

FICCIÓN



# POSEIDÓN

MARIAH EVANS



# Copyright

EDICIONES KIWI, 2019

info@edicioneskiwi.com

[www.edicioneskiwi.com](http://www.edicioneskiwi.com)

Editado por Ediciones Kiwi S.L.



EDICIONESKIWI

Primera edición, marzo 2019

© 2019 Mariah Evans

© de la cubierta: Borja Puig

© de la fotografía de cubierta: shutterstock

© Ediciones Kiwi S.L.

Corrección: Elena Hernández

Gracias por comprar contenido original y apoyar a los nuevos autores.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

# **Nota del Editor**

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

# Índice

[Copyright](#)

[Nota del Editor](#)

[PRÓLOGO](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[24](#)

[25](#)

[26](#)

27

28

29

30

31

32

33

AGRADECIMIENTOS

*Esta novela está dedicada con todo mi cariño a mi padre, Diego.  
Por haberme cuidado desde siempre, haber infundido en mí las ganas de  
saber y de ampliar conocimientos, por estar siempre a mi lado y ser la  
persona que ha guiado mis pasos junto con mamá.  
De tu hija que te quiere, María.*

# PRÓLOGO

AÑO 1550 A. C.

Theokos miró al horizonte observando la costa al otro lado del vasto océano.

Dio unos pasos hacia delante sobre la blanca arena mientras el mar mojaba sus pies e intentaba guardar el equilibrio. Él no llegaría, no lograría cruzar el estrecho. Aquello era el fin, ahora lo veía claro. Su mundo se desmoronaba y no había forma de detenerlo.

Centró de nuevo la mirada en las decenas de barcos que iban y venían de una costa a la otra. Ni siquiera sabía si él estaría allí, si Gadiro estaría llegando en uno de los barcos a la isla.

Otra sacudida de la tierra le hizo caer sobre la arena y tuvo que apoyarse sobre sus manos. En ese momento contuvo la respiración. El mar de aguas cristalinas se retiraba hacia el horizonte como si una fuerza lo empujase hacia atrás, apareciendo una playa inmensa ante él. Algunos de los barcos que se dirigían a su hogar desde la otra costa quedaron varados sobre la arena a mucha distancia. La imagen lo sobrecogió, pero más aún el hecho de saber lo que aquello significaba. Donde hubo mar ahora solo había arena mojada.

Tragó saliva y se puso en pie mientras el temblor amenazaba con derribarlo de nuevo. Ya no había motivo alguno para esperar más, solo le quedaba rezar.

Tropezó en el escalón de mármol blanco que ascendía hasta el templo de su hermosa ciudad, se golpeó la rodilla y el costado y, durante unos segundos, se permitió quedarse quieto para recuperar el aliento, tirado en las escaleras por donde otros corrían a toda prisa, huyendo y gritando. El incesante terremoto le hacía perder el equilibrio constantemente, no podía dar más de tres pasos seguidos sin salir despedido hacia el otro lado y chocar con alguien que corría en su dirección.

Hizo un esfuerzo y se levantó, aunque uno de los sacerdotes del templo golpeó su espalda haciéndole caer de nuevo. El pánico era generalizado. No había dónde resguardarse, dónde guarecerse. Aquello era su fin, el fin de toda

una ciudad, de una civilización.

Tragó saliva y miró al frente, por donde decenas de personas subían las escaleras a toda prisa cayendo unas sobre otras, mientras las lágrimas de pura impotencia inundaban sus ojos. Luego miró hacia el cielo. Las enormes columnas se elevaban con elegancia, formando uno de los templos más hermosos que jamás se hubiese construido, aunque ahora amenazaba con caer sobre todos ellos.

Los gritos aumentaron y se vio forzado a levantarse.

Lo habían infravalorado, habían ignorado sus advertencias y, ahora, pagarían por ello.

Se levantó, cogió su túnica blanca con una mano para no volver a caer y siguió la ascensión de las escaleras.

Cuando llegó a lo alto no pudo evitar echar la vista atrás. Desde allí, su ciudad se veía realmente hermosa, sin duda, la más radiante. Las casas blancas se mezclaban con las edificaciones de cristal, que dotaban de una gran luminosidad y elegancia a toda la metrópoli. No obstante, sacudidas en esos últimos momentos por el fuerte terremoto, muchas de las edificaciones se desplomaban sobre los ciudadanos.

Se obligó a seguir adelante, pues era consciente de que no les quedaban muchos minutos más.

Atravesó el patio del templo chocando con las sacerdotisas, que corrían asustadas intentando buscar refugio.

Atravesó una puerta custodiada a cada lado por las altas estatuas de Hécate, la diosa titánide de la hechicería con el poder de invocar las puertas del Tártaro.

Tuvo que detenerse varias veces para esquivar las piedras que caían de los tejados.

Corrió calle arriba hacia esa pequeña colina que se elevaba en medio de la gran ciudad por sus hermosas calles blanquecinas y sin dejar de mirar hacia atrás. Debía darse prisa o no lo conseguiría, sabía que en cualquier momento llegaría hasta él y la ciudad sería destruida.

Alzó la vista hacia el cielo observando el templo más alto y hermoso que jamás se había construido. Dos pirámides de cristal situadas a los lados reflejaban la luz del sol y, en el medio, las columnas se alzaban formando un

enorme rectángulo. No tenía techo, las columnas rodeaban una enorme plaza decorada con un suelo azulado, simulando las olas del mar y, en el centro, una enorme estatua del dios Poseidón la presidía.

Una nueva sacudida de la tierra le hizo perder el equilibrio una vez más y, cuando cayó al suelo, observó a toda la gente corriendo y gritando de un lado a otro.

Se levantó y corrió hacia la estatua de su dios, esquivando las numerosas ofrendas que se le habían entregado: joyas, oro, flores.

Se arrodilló directamente ante la imponente estatua.

—Perdónanos —suplicó con los ojos vidriosos. Unió sus manos y las alzó hacia él elevando su plegaria—. Ten misericordia —sollozó, mientras una lágrima caía por su mejilla.

No pareció ser escuchado, pues los gritos en toda la ciudad se incrementaron al aumentar también la intensidad del terremoto. Era el fin. Tragó saliva, nervioso, y se giró mientras observaba a toda la población correr despavorida por toda la ciudad.

Gateó hasta la inmensa estatua de Poseidón y colocó las manos en la base.

Aquel objeto había sido la causa de su perdición. No solo la suya, sino la de toda su gente.

Lo habían aceptado como un regalo, que se había convertido en su mayor condena... y ahora, por culpa de ello, por su mal uso, desaparecerían de la faz de la Tierra.

Elevó la mirada hacia la alta estatua de Poseidón, implorando de nuevo mientras algunas columnas que rodeaban aquella imponente plaza caían tras él creando una nube de polvo, haciéndole toser repetidas veces.

—Por favor, ya hemos aprendido la lección... —suplicó—. Ten piedad.

En ese momento, notó cómo su túnica se humedecía.

Theokos supo lo que aquello significaba. Miró hacia abajo viendo cómo el agua iba invadiendo el templo, inundándolo todo a su paso.

Cerró los ojos intentando calmarse y luego volvió a clavar su mirada sobre la estatua de Poseidón, mientras a su alrededor todos huían. De repente, el silencio más atroz se creó en su pequeña isla. Todos los habitantes que corrían cerca del templo se detuvieron temerosos.

—Gírate y mírame —ordenó una voz tras él.

Theokos lo reconoció, sabía de quién se trataba. Notó cómo su cuerpo comenzaba a temblar y, durante unos segundos, cerró los ojos intentando hallar el valor para hacerle frente.

Se giró lentamente, aún arrodillado, mientras el agua lo iba engullendo todo.

Elevó su cabeza con miedo hacia la enorme silueta que tenía ante él.

Su cabello rizado, de un color castaño oscuro, volaba hacia atrás. Su barba descendía hasta su cuello. Sus ojos, bajo unas pobladas cejas, tenían el color del mar.

Era uno de los hombres más altos que había visto nunca, aunque sabía que lo de «hombre» no se ajustaba realmente a la presencia que tenía delante.

Su túnica se sujetaba por un hombro dejando medio pecho al descubierto.

—Lo sentimos mucho —sollozó encogiéndose más, acongojado.

Lo miró, aunque no encontró piedad en sus ojos, sino que observaba con ira a todos los que corrían alrededor de las columnas, huyendo asustados del lugar.

—¡Todos vosotros! —gritó haciendo que hasta las columnas temblasen. Theokos se encogió más, mientras todo su cuerpo amenazaba con resquebrajarse ante el miedo que sentía—. Habéis mancillado mi templo.

—No, no era nuestra intención...

—¡Silencio! —ordenó con tal furia que casi se le paralizó el corazón—. Os di uno de los mayores regalos que se os podía otorgar, pero vosotros lo ultrajasteis y lo usasteis para vuestro beneficio, para invadir los pueblos desde Libia hasta Egipto, desde Europa hasta Tirrenia. No sois merecedores de tal regalo —rugió—. Y, ahora, ¡pretendéis invadir la tierra de mi hermano! ¿Quiénes os creéis que sois? —bramó haciendo que el terremoto incrementase su fuerza destructiva, derribando algunas estructuras del templo.

—Mi dios... —susurró arrodillándose ante él—. Tened piedad —suplicó desesperado.

La imponente presencia miró de un lado a otro y se fijó en una de las columnas de su templo que aún se mantenía en pie, en cómo todos los

ciudadanos de aquella isla gritaban aterrados. Caminó hacia ella y colocó su mano notando el frío mármol.

—Todos nos regimos por unas leyes —recordó—. La columna de oricalco os las recuerda cada día. —Señaló la columna donde aparecían escritas dichas leyes, retándolo, realmente enfurecido—. ¡Los reinos deben ayudarse entre ellos, jamás atacarse unos a otros o tomar decisiones que impliquen guerra! —Volvió a dar unos pasos hacia él y se colocó enfrente—. Habéis sembrado el caos y la muerte allá adonde habéis ido. ¡Habéis aniquilado pueblos y los habéis esclavizado en mi nombre!

—Por favor. —Volvió a llorar arrastrándose hacia sus pies.

Se quedó observándolo ante él, flexionando su espalda hasta que su frente se humedeció con el agua que había traído con él.

—No volverá a ocurrir —lloró Theokos de nuevo, esta vez elevando su mirada hacia él, con una ligera esperanza al ver que él permanecía pensativo.

En ese momento, fue rodeado por decenas de soldados que lo apuntaban con armas, como si así pudiesen evitar la catástrofe.

Miró todo el templo, recorriendo cada centímetro, centrando la mirada en todos aquellos hombres y mujeres que huían de su presencia y en todos los que le rodeaban, amenazantes. ¿Acaso pensaba el ejército que lograría algo contra él?

Volvió la vista hacia el otro lado observando la ciudad que tanto había amado, mientras los edificios cercanos a la costa se derrumbaban.

—Por supuesto que no volverá a ocurrir —sentenció.

Aquello no podía perdonarlo. El daño que habían causado, el dolor y sufrimiento a cientos y cientos de personas... No se merecían su clemencia ni su perdón. Habían arrasado tierras en su nombre, erigiéndose como vencedores gracias al poder que su dios les había concedido.

Inspiró con fuerza mientras miraba con odio a Theokos. No, no sembrarían más el caos, no lo permitiría.

—Piedad —suplicó Theokos de nuevo con un grito desgarrador.

Estiró su brazo hacia un lado y apareció un tridente de oro en su mano. Aquello fue lo que hizo que Theokos fuese consciente de que había llegado su fin.

—Ya es demasiado tarde. No os la merecéis —pronunció totalmente

erguido, con voz queda—. ¡Nunca más volveréis a matar en mi nombre! — gritó Poseidón lleno de ira—. ¡Nunca más!

Acto seguido alzó su mano y con fuerza clavó el tridente en medio de su templo, resquebrajándose el mármol de todo el suelo.

La luz que emanaba el tridente invadió todo el templo y se extendió por toda la ciudad, una luz más potente que el sol, cegadora.

En ese momento, el temblor aumentó su intensidad. Toda la isla se movió de un lado a otro derribando todas las construcciones y templos de norte a sur, pues una gigantesca onda expansiva avanzaba por toda la superficie arrasándolo todo.

Theokos gritó mientras se apartaba de él, asustado, evitando que las columnas cayesen sobre él y lo aplastasen. La superficie comenzó a inclinarse hacia abajo mientras el agua lo iba inundando todo. Una gigantesca ola con una fuerza incalculable entró en la ciudad y avanzó a gran velocidad.

Theokos sollozó alzando la vista hacia su dios, que, pese a la inclinación que en ese momento adoptaba la isla para ser engullida por el mar, se mantenía firme sujeto a su tridente mientras todo se destruía, con una mirada cargada de furia.

Comenzó a resbalar por el mármol color azul en dirección a aquel mar que se aproximaba a gran velocidad mientras su grito resonaba en las pocas columnas que quedaban en pie, pero un segundo antes de ser engullido por el bravo mar giró la cabeza para observar a su dios, consciente de que se acercaba su fin. Poseidón ni siquiera se dignó a mirarlo antes de que la descomunal fuerza del agua lo cubriese sumergiéndolo en aquellas turbulentas aguas.

Ocultaría una civilización hundiéndola en las aguas y sumiéndola en el olvido de las posteriores generaciones, pues, realmente, no merecía ser recordada.

Minutos después el mar volvió a la calma como si nada hubiese ocurrido, como si aquella isla jamás hubiese existido.

Ellos ya no estaban, todo había desaparecido, sumergiéndose en el océano a una de las leyendas de la historia más conocidas de nuestros días.

# 1

JEREZ DE LA FRONTERA, ESPAÑA

JUNIO DE 2018

Dejó que la brisa de la mañana acariciase su rostro. Cerró los ojos y suspiró mientras notaba cómo el sol acariciaba su piel, intentado buscar sentido a lo que había ocurrido.

Aquello no era justo. Era consciente de que aquel día llegaría, de que todo tenía un principio y un fin, aunque aquel final hubiese llegado demasiado pronto para Laureano.

Abrió los ojos intentando contener el llanto, fijando la mirada en el ataúd de madera de álamo que había frente a ella, sobre el que había depositado varias flores.

Lo único que la reconfortaba en aquel momento era la afluencia de gente que había acudido a despedirse de su abuelo. Sabía que era una persona muy querida y apreciada, no solo por la gente de a pie, sino por la comunidad de científicos, que trabajó o que había mantenido contacto con él en algún momento de su vida.

Siempre había considerado que su abuelo era un hombre que dejaba volar demasiado su imaginación, pero con un gran entusiasmo que lograba contagiar a todos los que lo rodeaban, desde sus más allegados hasta sus alumnos.

Él siempre había tenido dos pasiones en la vida: la historia y ella.

Desde la muerte de sus padres en un repentino accidente de tráfico cuando ella tenía ocho años, él se había encargado de su cuidado y, poco a poco, con el paso de los años, ella había comenzado a amar también la historia. Gracias a él, su vida había sido mágica, pese a la trágica muerte de sus padres.

Laureano había sido la única persona que le había hecho sonreír durante mucho tiempo y, ahora, él también se había ido y, aunque sabía que había dejado una huella imborrable en ella y en sus conocidos, ahora él ya no estaría más entre los vivos, nunca más.

Se giró y pudo identificar entre todos los presentes a los padres de muchos de los alumnos a los que ella impartía clases de griego y latín en el instituto de educación secundaria Juan Sebastián Elcano, en el bachillerato humanístico. Aquello era todo un detalle. Entre todos los presentes identificó a su amiga Alicia, con la que había estudiado la carrera y que la saludó con un ligero movimiento de cabeza.

Ella, al contrario que su abuelo, se había decantado por la enseñanza. Su abuelo siempre había sido un hombre de acción, de mancharse las manos. Tal y como siempre repetía: «Para comprender la historia lo mejor es vivirla», recordó que le había dicho mientras se lavaba las manos en una tinaja.

Sin poder evitarlo, una sonrisa se dibujó en sus labios ante aquellos recuerdos.

## EL CAIRO, EL MATAREYA MARZO DE 1993

Lucía se acercó internándose entre todos los hombres que miraban con atención hacia el fondo del pozo cavado.

No le gustaba nada aquella zona, los altos edificios de techo oscuro a medio construir rodeaban toda la plaza, convertida en esos momentos en un barrizal.

De la mayoría de las ventanas colgaba alguna prenda que, sin duda, se tendría que volver a lavar, pues durante las últimas horas aquella zona se había llenado de polvo ante el paso de excavadoras y drenadoras, que lo impregnaba todo.

Esquivó a otra persona y se acercó al enorme agujero excavado en la tierra que, en ese momento, se encontraba lleno de agua. Varios hombres trabajaban con picos y palas intentando extraer material del subsuelo.

Llevaba apenas tres días en El Cairo y, aunque hacía poco, se había quedado maravilla nada más aterrizar. No era el primer viaje que realizaba. Su abuelo ya la había llevado a México y a Malta, pero aquel era el viaje que más le había entusiasmado.

Dados los continuos viajes de su abuelo, de expedición en expedición, ella se encontraba internada en el colegio San Jerónimo. Era feliz allí. Tenía

sus amigos, se llevaba bien con todos y era buena estudiante. Aunque disfrutaba del hecho de vivir con sus amigas de clase, su abuelo, de vez en cuando, la sorprendía sacándola del internado y llevándola a algún lugar maravilloso. Tal y como le había prometido, cuando fuese a encontrar un tesoro la llevaría con él.

¿Quién iba a decirle que en medio de aquella ciudad pudiese encontrarse uno de aquellos tesoros?

Lo primero que preguntó a su abuelo nada más recogerla en el aeropuerto internacional de El Cairo fue: «¿Qué es lo que vamos a descubrir?».

—Aún no lo sabemos, cariño, pero eso es lo bueno... ¡Será toda una sorpresa!

Se había sorprendido cuando, en vez de llevarla hacia las pirámides, su chófer los había conducido por las concurridas calles de El Cairo hasta el barrio conocido como El Matareya, uno de los distritos de la región norte de El Cairo situado al este del Nilo. Allí, junto a una expedición alemana, habían comenzado a cavar y a remover la tierra de aquella zona.

No imaginaba que realmente hubiese algo maravilloso allí, pues la zona era pobre, desorganizada y sucia, hasta que los gritos de júbilo habían invadido toda la plaza y muchos de los obreros elevaban sus palas hacia el cielo en señal de alegría.

Se agachó sobre el barro y observó.

Tres obreros quitaban tierra alrededor de una enorme roca mientras otro la rociaba con agua de una manguera, limpiándola.

Su abuelo se había puesto las botas de agua y había descendido por el agujero para observar aquella roca que comenzaba a tomar forma a medida que el agua limpiaba el barro que la cubría.

—¿Qué es? —preguntó Lucía con expectación, aunque con el murmullo y los ruidos su abuelo no la escuchó.

No parecía gran cosa, aunque intuía que debía de ser muy importante, pues todos quedaban maravillados tras observarla.

Se puso en pie y corrió hacia el otro lado, rodeando el gran agujero para poder observar mejor.

En ese momento lo vio. La cabeza de una gigantesca estatua asomaba

entre el barro. Hizo coincidir la mirada con la de su abuelo, que mostraba una gran sonrisa en su rostro.

Tras extraerla del barro la habían colocado sobre unos plásticos mientras los obreros no dejaban de limpiarla con sumo cuidado.

Entonces, su abuelo cogió su mano para que se acercase al descubrimiento. Lucía permanecía totalmente absorta. Miró a su abuelo que, sin soltar su mano, no dejaba de sonreír.

—¿Qué te parece? —preguntó Laureano agachándose a su lado.

Ella se encogió de hombros y lo miró de soslayo, decepcionada.

—Me esperaba otra cosa.

—¿Otra cosa? —preguntó él divertido. Ella asintió—. ¿Algo que brillase? —se rio. Lucía volvió a asentir—. Verás, esta estatua seguramente tendrá más de tres mil años de antigüedad...

—Está bastante rota —insistió ella, pues solo habían extraído parte de la cabeza y a esta le faltaba la parte superior.

—Los restauradores se encargarán de reconstruirla —explicó su abuelo—. Probablemente, por el tamaño de la cabeza, la estatua entera debía de medir unos nueve metros. Quizá en la excavación podamos encontrar el resto —continuó, girándose hacia el enorme agujero donde los obreros no dejaban de trabajar—. Estamos ante uno de los descubrimientos más importantes de este siglo y tú... —dijo colocando una mano en su pecho— has estado aquí, conmigo.

En ese momento ella sonrió y pasó una mano sobre el hombro de su abuelo, abrazándolo, observando la roca y sintiéndose cómplice de aquel hallazgo y de la felicidad que los embargaba a todos.

—¿Quién es? —preguntó Lucía.

—Tendremos que esperar a hacer un estudio, pero yo apostaría que se trata de Ramsés II. Es uno de los faraones más importantes. Gobernó durante sesenta y seis años, entre el 1279 y el 1213 antes de Cristo, como parte de la decimonovena dinastía del antiguo Egipto. Además, conquistó franjas de la región de Nubia, lo que actualmente es Sudán, y Siria.

—¿Cómo sabes que es él?

Su abuelo señaló hacia la derecha.

—Nos encontramos cerca de la puerta de un templo dedicado a Ramsés

II, así que es lo más probable. Esta zona se conoce como la antigua Heliópolis y, durante el período greco-romano, gran parte de las antigüedades fueron saqueadas y enviadas a Europa o bien a Alejandría. Por suerte, aún podemos encontrar tesoros de la historia en estos lugares.

Se puso en pie y fue hacia una de las enormes tinajas llenas de agua y sumergió las manos manchadas de barro y lodo.

—Para comprender la historia, lo mejor es vivirla. —Sonrió a su nieta mientras se frotaba las manos con fuerza.

Él había sido la razón de que decidiese estudiar la carrera de Cultura Clásica. Su abuelo había sembrado en ella, desde muy pequeña, el deseo de comprender lo antiguo. Especializada en Paleografía, eran limitadas las veces que había podido ejercer como tal. Las pocas que pudo fue por contactos de su abuelo, y podían contarse con los dedos de una sola mano. Por suerte, llevaba ya dos años ejerciendo como profesora de griego y latín en el instituto. Aquella era su verdadera vocación, disfrutaba al ver el entusiasmo en las miradas de sus alumnos cuando impartía clases. No podía evitar verse reflejada en cada uno de ellos. Su abuelo era el responsable de todo aquello.

Atrás dejaba Laureano una vida llena de aventuras, con una importante labor como director del Museo de Historia de Cádiz y como director general de numerosas expediciones por todo el mundo. Había tenido una vida plena y se alegraba por ello.

A sus setenta y dos años había conseguido mucho más de lo que muchos conseguirían en diez vidas y ella, su nieta, había sido una privilegiada al haber podido vivir tanto junto a él.

¿Quién iba a decirle hacía dos días que un ictus se lo arrebataría? Estaba aún tan lleno de vida, con tantas ansias de conocimientos y de descubrir...

Se acercó al ataúd de madera y colocó una mano sobre él mientras cerraba los ojos. Él se lo había dado todo.

Tuvo que apartarse cuando cuatro hombres alzaron el ataúd para introducirlo en uno de los nichos. Se quedó observando mientras las lágrimas resbalaban por sus mejillas.

Él era la única familia que tenía y, ahora, se había ido para siempre. Atrás quedaban sus charlas por la tarde en el jardín de su chalé en Montealto,

sus llamadas telefónicas a altas horas de la noche cuando se encontraba en la otra punta del mundo realizando una excavación, pidiéndole disculpas por la diferencia horaria y aludiendo a que no controlaba la hora, aunque ella sabía que sí que era consciente, pero su pasión era tan grande que no podía refrenarse para explicarle tan pronto como descubría algo nuevo... Sus aventuras juntos cada verano, cuando ambos se internaban en su despacho para realizar las investigaciones que los conducirían a un nuevo tesoro por descubrir, analizando toda la documentación que Laureano había logrado reunir.

Ahora, solo perviviría en su recuerdo.

Se giró mientras mantenía en su mano un ramo de rosas blancas, observando a todos los allí presentes. En cada uno de ellos había dejado huella y estaba segura de que lo recordarían con un cariño especial.

No se movió de allí hasta que los sepultureros cerraron el nicho y se alejaron de la zona.

Poco a poco todos fueron abandonando el cementerio, no sin antes despedirse de ella y darle el pésame. Aquello era lo más duro, lo que le hacía ser consciente de que en realidad su abuelo se había ido para siempre.

En cuanto la multitud se disipó, su mirada coincidió con la de Cristina de Haro. La conocía desde hacía años. Se acercó a ella con lentitud. Iba vestida de una forma sobria y con las gafas de sol puestas, suponía que intentando ocultar unos ojos hinchados por el llanto.

La abrazó e intentó mantener la compostura mientras se quitaba las gafas de sol, mostrando sus enormes ojos azules. Pese a tener cerca de sesenta años era una mujer realmente atractiva. Llevaba su cabello rubio recogido en una cola alta y estaba maquillada de forma muy sutil.

—Siento mucho lo de tu abuelo —susurró cogiendo su mano con tristeza.

Lucía tragó saliva y asintió.

—Gracias.

—La comunidad de historiadores pierde a uno de los grandes.

Lucía apretó los labios ante el cumplido.

—Te lo agradezco —contestó con una triste sonrisa.

—Seguramente, si tu abuelo estuviese aquí, diría que dejase de decir

tonterías, que él no era un historiador, sino un vividor.

Aquello hizo que Lucía sonriese.

—Sí, apuesto a que sí —comentó, aunque intentó contener un puchero.

Cristina miró hacia el nicho y volvió la vista hacia Lucía.

—¿Quieres que te lleve a casa? —preguntó con delicadeza.

Ella negó.

—No, no hace falta. He pensado quedarme unos días aquí en Jerez, en casa de mi abuelo. —Cristina asintió—. Habrá que poner orden en ese despacho repleto de cajas y documentación.

Aquello hizo que Cristina sonriese.

—Tu abuelo estaba muy entregado a su investigación actual, la de Doñana.

—Sí, hay decenas de cajas con documentación en casa —recordó—. Supongo... —dijo encogiéndose de hombros— que os pueden interesar. ¿Te encargarás de seguir con la investigación de mi abuelo ahora que ya no está?

Cristina suspiró y asintió.

—Sí, supongo que sí. Al fin y al cabo, lo seguía a todas partes. Mañana se reúne la Junta y, la verdad... —comentó afligida—, no quiero que las investigaciones de tu abuelo caigan en el olvido. No se lo merece.

Lucía acabó sonriendo.

—Te lo agradezco. Significa mucho para mí.

Cristina cogió de nuevo su mano entre las suyas y la acarició.

—Estoy a diez minutos de aquí en coche —le recordó—, así que, cualquier cosa que necesites, avísame. Tienes mi teléfono.

—Lo tendré en cuenta. Muchas gracias —respondió acariciando su mano.

Cristina siempre había sido una buena mujer, había llegado a sospechar incluso que había mantenido una relación secreta con su abuelo.

Durante los últimos diez años siempre lo había acompañado a todas las expediciones y habían unido fuerzas para conseguir que la Junta de Andalucía les permitiese llevar a cabo una investigación en las marismas de Doñana.

Un historiador especializado en egiptología y una historiadora especializada en la Edad del Bronce hacían una buena pareja, y más si unías

aquellos caracteres luchadores.

Quizá el hecho de que ella hubiese comenzado a ejercer como profesora impartiendo clases y el saber que su abuelo no se encontraba solo, sino con Cristina, había propiciado que aquellos últimos años no fuese ella quien lo acompañase en sus viajes.

Por suerte, en aquellos últimos seis meses, su abuelo había decidido volver a Jerez de la Frontera y, aunque ella vivía en Sanlúcar de Barrameda, bastaban solo veinte minutos en coche para ir de una población a otra.

Se quedó media hora más en el cementerio, a solas frente a la tumba de su abuelo. Bajo el nicho, montones de flores se apilaban. Depositó las rosas al lado del resto, se puso en pie y colocó la mano en el nicho.

—Descansa, abuelo —susurró.

## 2

Montealto, en Jerez de la Frontera, era una bonita y tranquila urbanización alejada del bullicio del centro, que le permitía a su abuelo vivir tranquilo y con el suficiente espacio como para almacenar toda la documentación que iba recopilando.

Detuvo su Seat Ibiza color champán ante el chalé de su abuelo. Era un chalé independiente de trescientos metros cuadrados y una parcela de seiscientos metros cuadrados con piscina propia, donde ella había disfrutado de una infancia muy feliz.

La casa disponía de seis habitaciones y un amplio garaje. Dos de las habitaciones estaban decoradas como dormitorios. Uno, el de su abuelo, con una enorme cama de matrimonio que había compartido con su mujer hasta que esta había decidido divorciarse e irse a vivir a Sudamérica con su nueva pareja. Pese a que se encontraba lejos, recordaba haberla visto un par de veces y, poco después del fallecimiento de sus padres, el cáncer había acabado con la vida de ella.

La otra habitación era la suya, con una enorme cama, un armario empotrado y un escritorio donde había pasado muchos años estudiando.

Las otras cuatro habitaciones restantes estaban dedicadas íntegramente al trabajo de su abuelo. Solo una de ellas estaba decorada de forma señorial. La enorme habitación que usaba como despacho tenía una imponente mesa de trabajo junto a su equipo informático, impresora, escáner... y unas enormes estanterías que rodeaban toda la habitación, plagadas de archivadores y fotografías que se había hecho en sus numerosos viajes. En muchas de esas instantáneas, ella posaba junto a él.

Decenas de archivadores y cajas de cartón con mucha documentación en su interior se desperdigaban por las otras tres habitaciones e incluso, entre caja y caja, se podía encontrar algún objeto adquirido en uno de aquellos viajes.

No pocas veces, cuando se internaba en aquellas caóticas habitaciones, acababa realizando un nuevo hallazgo: una máscara azteca, la réplica de un papiro de Egipto e incluso una cabeza reducida del pueblo indígena de Shuar,

en la selva amazónica. Recordaba que cuando había encontrado aquella cabeza, con dieciséis años, le había costado conciliar el sueño durante días y entrar de nuevo en aquella habitación durante meses. Su abuelo había tenido que deshacerse de ella o, al menos, eso le había dicho. Estaba segura de que la había escondido en otro lugar, su abuelo jamás se desprendería de un objeto regalado o que hubiese adquirido en sus expediciones.

Aparcó el vehículo en la parcela y bajó de él. Normalmente siempre salía a recibirla a la puerta con su flamante sonrisa, se le hacía extraño no verlo aparecer.

Se le hizo un nudo en el estómago y mientras caminaba hacia la puerta buscando las llaves en su bolso rompió a llorar.

Había intentado mantener la compostura durante el entierro y mientras conducía, pero volver a aquella casa donde hacía apenas cinco días había cenado con él era más difícil de lo que hubiese podido imaginar.

Cerró la puerta tras de sí y se apoyó contra ella mientras dejaba que todo el dolor fluyese. No era muy dada a expresar sus sentimientos delante de la gente, pero la intimidad que aquella casa le proporcionaba hizo que expulsase los nervios y manifestase el sufrimiento que había soportado estoicamente durante todo el día.

Se dejó caer sobre el suelo y se hizo un ovillo mientras su cuerpo se convulsionaba.

Lo primero que vio cuando finalmente se recompuso fue una fotografía de los dos juntos. Recordaba cuándo se la habían hecho: agosto de 2013, en Atenas, justo en la Acrópolis. Detrás podía verse el Partenón.

Ambos posaban con una sonrisa. Había sido un bonito regalo de final de carrera.

Se dirigió al aseo y se refrescó la cara. Tenía los ojos hinchados de llorar. Siempre le habían dicho que se parecía mucho a él, y ahora que se miraba en el espejo veía que era cierto. Tenía unos enormes ojos marrón claro al igual que su abuelo y el pelo castaño oscuro. Aunque recordaba a su abuelo canoso, había visto fotografías donde lucía el mismo color de pelo que ella. Su sonrisa, la forma de sus hoyuelos en las mejillas, sus gestos, sus miradas... Sí, sabía que la gente tenía razón, se parecía a él.

Se obligó a moverse, de nada servía quedarse compadeciéndose. Ahora

que las clases habían acabado en el instituto y que disponía de todo el verano libre aprovecharía para recoger toda la casa y ver qué cosas se quedaba y cuáles donaba.

—Vamos allá —se dijo a sí misma para darse fuerzas.

Tuvo que repetirse ese cántico varias veces mientras caminaba por el pasillo y pasaba frente a la puerta de la habitación de su abuelo.

Se quedó unos segundos en silencio observando el interior y cerró la puerta de inmediato. Los recuerdos eran demasiado dolorosos.

Lo primero que hizo fue dirigirse a la que había sido su habitación hasta hacía dos años. Al conseguir la plaza de profesora en el instituto había alquilado un piso en Sanlúcar de Barrameda, cerca de su puesto de trabajo. De eso hacía ya dos años y aún tenía cosas que trasladar a su piso... «La eterna mudanza», pensó.

Las estanterías aún tenían libros de la carrera y fotografías. Sobre su enorme cama un par de peluches descansaban apoyados sobre los cojines.

Salió de la habitación y se dirigió al despacho de su abuelo. Aquella era la habitación más limpia y ordenada de toda la casa. Puede que las demás habitaciones donde guardaba pilas y pilas de documentación fuesen un caos, pero ahí, había orden.

No pudo evitar suspirar mientras se dirigía a la mesa donde aún había sobre ella varias carpetas. Rodeó la mesa y colocó la mano sobre la primera carpeta, de color rojo, con el nombre de «Doñana» bien visible. Sabía que esa era su actual investigación. Al otro lado de la mesa otra carpeta rezaba con el nombre de «Doñana 2».

Seguramente, tendría decenas de cajas sobre esa investigación en las otras habitaciones.

Se sentó en el enorme butacón esponjoso donde se sentaba cada día su abuelo y apoyó la cabeza en el respaldo. Durante unos segundos cerró los ojos e intentó calmarse.

Brincó sobre el asiento cuando escuchó el timbre de la casa y se incorporó de inmediato.

¿El timbre?

Salió a toda prisa de la oficina y atravesó el pasillo hasta el distribuidor.

Un joven con el uniforme de Correos esperaba tras la valla que precedía

al jardín.

—Puede pasar, está abierto —comentó ella mientras bajaba los dos escalones del porche.

Pero él hizo caso omiso y esperó a que ella llegase hasta la puerta.

—Traigo un paquete urgente para el señor Laureano Molina Prieto —dijo mientras extraía del carro un fino sobre.

—Es mi abuelo —susurró ella.

—¿Se lo puede entregar usted? —preguntó directamente, bastante agobiado.

Lucía tragó saliva e intentó refrenar un puchero.

—Sí, claro —contestó mientras apretaba los labios.

El joven le entregó un bolígrafo y comenzó a rellenar sus datos. Nombre, apellidos y DNI, le hizo firmar y le entregó el paquete.

—Muchas gracias —comentó antes de alejarse a toda prisa con el carro repleto de cartas que debía repartir ese día.

—A usted —contestó cerrando la puerta de inmediato.

Durante unos segundos se quedó quieta en medio del jardín, observando aquella bolsa de plástico herméticamente cerrada.

La palpó mientras iba hacia la casa y cerró la puerta con un suave golpe de tacón.

Aquello no abultaba mucho, parecían documentos. Miró el remitente: Fernando Cuevas Hernández. Lo conocía, sabía de quién se trataba.

Durante los últimos años, Fernando había trabajado con su abuelo como fotógrafo de las expediciones. Había coincidido solo dos veces con él, pero le había parecido una persona con un carácter alegre y dicharachero, además de un excelente profesional.

Suponía que Cristina debía haber informado ya a todos los miembros y colaboradores que trabajaban con su abuelo, pero con una muerte tan repentina dio por sentado que la información le habría llegado poco después de que enviase el paquete desde Jaén.

Fue hasta la oficina y se sentó de nuevo en la butaca. Buscó en el cajón del escritorio y sacó unas tijeras para abrir el sobre.

Como había imaginado, eran documentos que venían en el interior de otro sobre blanco. Lo abrió con cuidado y los extrajo.

Se quedó sorprendida cuando lo primero que vio fue un pólit amarillo en el que rezaban las palabras: «Siempre tienes razón».

El pólit, además de estar pegado, estaba asegurado con un clip para que no se desprendiese de los documentos.

Se trataba de fotografías de tamaño DIN A4. Las colocó sobre la mesa para observarlas con atención. Eran por lo menos treinta fotografías, sin duda realizadas desde el aire, pues podía verse una gran extensión de terreno. Creyó reconocer el lugar, ¿aquello no era Doñana? El paisaje de las marismas era impresionante. No es que hubiese recorrido el lugar cientos de veces, pero sí había ido en un par de ocasiones: una con el colegio y otra con su abuelo.

No pudo evitar sonreír mientras pasaba fotografía tras fotografía, cada vez realizadas a mayor altitud, pero hubo algo que llamó su atención. Dejó de pasar las fotografías y se quedó contemplando una.

A medida que las fotografías eran tomadas con más perspectiva podían apreciarse unos círculos en la tierra. Eran difusos, pero había acompañado en muchas excavaciones a su abuelo como para saber y entender perfectamente lo que estaba viendo.

Aquel era uno de los recursos más usados por los arqueólogos que buscaban vestigios de civilizaciones antiguas. Un globo, una cámara digital de alta resolución y conseguías uno de los mejores instrumentos para detectar las anomalías del suelo. Normalmente se solían tomar muchas fotografías a medida que el globo iba ascendiendo. La primera a cien metros, luego a ciento cincuenta, a doscientos, y así sucesivamente.

Comenzó a ojear con interés desde el principio. En la primera apenas podía apreciarse nada, pero a medida que las fotografías eran desde más lejos uno contemplaba cómo tres círculos aparecían en el suelo, unidos entre ellos.

Aquello la dejó descolocada. Estaba claro que no se trataba de una formación natural. Además, no se atrevía a asegurarlo, pero la distancia entre el primer círculo y el segundo parecía ser la misma distancia que separaban al segundo del tercero. Era una formación muy simétrica.

Pasó varias fotografías más, donde se podía apreciar aún mejor la formación de esos círculos. Era extraño cómo la marca de una civilización quedaba patente en la tierra. Una persona no notaría nada estando allí, pero a vista de pájaro, a bastante altura, la tierra podía mostrarte incluso trazas del

pasado.

Se quedó mirando el pólit que había escrito a mano el fotógrafo, donde ponía: «Siempre tienes razón».

No sabía de qué se trataba, pero estaba claro que su abuelo había descubierto algo y que esas fotografías tenían que ver con su actual investigación en Doñana.

Miró la carpeta y la abrió para introducir las fotografías. Le entregaría todo a Cristina de Haro para que continuase con la investigación, pero al abrir la carpeta se quedó observando el primer documento.

Una sonrisa se dibujó en su rostro y cogió el documento entre sus manos. Lo conocía bien, durante la carrera habían dedicado una asignatura íntegra a Platón donde había leído *La República*, *Alegoría de la caverna*, *Menón* y *El banquete*, con su relativo estudio. Como buena amante de la cultura griega había seguido leyendo por su cuenta más obras de él.

—*Timeo y Critias* —susurró al reconocer la obra mientras comenzaba a leer.

«En aquella época, se podía atravesar aquel océano dado que había una isla delante de la desembocadura que vosotros, así decís, llamáis columnas de Heracles. Esta isla era mayor que Libia y Asia juntas y de ella los de entonces podían...».

Detuvo la lectura cuando la música de su móvil inundó el despacho.

Lo extrajo rápidamente del bolsillo y miró la pantalla.

—Alicia —susurró mientras introducía las fotografías en la carpeta y la cerraba. Descolgó el teléfono y lo llevó a su oído—. Hola, Alicia.

—Hola, Lucía, ¿cómo estás? —preguntó con la voz apagada—. Antes no hemos podido hablar mucho, había mucha gente —dijo haciendo referencia al cementerio.

Lucía suspiró mientras pasaba la mano por la carpeta de su abuelo.

—Estoy en casa de mi abuelo. Me he venido para aquí.

—¿Estás sola? —preguntó de inmediato.

Lucía se levantó y se dirigió a la ventana. Desde allí podía apreciar el patio trasero del chalé con su enorme piscina.

—Sí, quería aprovechar para comenzar a hacer limpieza. Mi abuelo ya sabes que guardaba muchas cajas y...

—¿Hoy? —preguntó sorprendida.

Lucía se encogió de hombros.

—Prefiero quitármelo de encima lo antes posible —comentó con ansiedad—, además, mi abuelo guardaba mucha documentación sobre las investigaciones y supongo que en el museo la necesitarán.

—Ya —respondió su amiga no muy convencida—. ¿Te vas a quedar aquí en Jerez unos días?

Se apartó de la ventana, atravesó el despacho y salió al pasillo. Fue hacia una de las habitaciones que usaba su abuelo para amontonar cajas. Abrió la puerta y resopló. La habitación contenía decenas de ellas.

—Sí, me quedaré unos días hasta que ordene todo un poco.

Alicia guardó silencio unos segundos.

—¿Qué te parece si paso a buscarte y vamos a dar un paseo? —Lucía no respondió, lo que hizo que su amiga comenzase a insistir—. Vamos, te irá bien. Necesitas despejarte. Vamos al Gallo Azul, tomamos algo, te desahogas y mañana será otro día.

Recorrió con la mirada toda la habitación. La verdad es que aquella casa se le echaba encima en esos momentos y no se veía con el valor suficiente para comenzar a abrir cajas y clasificar la información.

—¿Cuánto rato tardas en llegar?

La respuesta de Alicia fue inmediata.

—Estoy ahí en media hora.

Aquella zona siempre le había gustado. Un lugar tranquilo donde poder tomar algo y hablar.

Un edificio de planta circular entre la calle Larga y la calle Santa María, justo frente a la plaza por donde se distribuían las mesas que, a esas horas de la tarde, comenzaban a llenarse de parejas y grupos de amigos.

Construido en 1929 por el arquitecto sevillano Aníbal González, con motivo de la Exposición Iberoamericana, había resultado ser uno de los más emblemáticos edificios de la ciudad, de obligado paso para todo el que viajase a la zona. Un edificio elegante, de ladrillo, con unas columnas jónicas de mármol blanco que subían hasta la primera planta, consiguiendo así una inmensa terraza.

Dio otro sorbo a su refresco y apretó los labios.

—No me hago a la idea —respondió a su amiga.

—Es normal. Poco a poco.

Conocía a Alicia desde el primer día de universidad, en la primera clase. Jamás lo olvidaría: Alemán I. Alicia se había sentado a su lado y se habían presentado. Coincidían en casi todas las clases y, en menos de una semana, ya iban juntas a desayunar. Poco después sus quedadas en fin de semana eran una costumbre, así como sus innumerables noches estudiando en la biblioteca. Habían formado un grupo de chicas, pero en la actualidad la mayoría se encontraba trabajando fuera de Andalucía o con marido e hijos, y era difícil quedar con ellas muy a menudo.

Pese a que ella vivía en Sanlúcar y Alicia en Jerez se juntaban prácticamente cada fin de semana cuando sus trabajos y obligaciones se lo permitían.

—¿Has hablado con Cristina de Haro? —preguntó Alicia con interés—. ¿Te ha pedido la documentación de tu abuelo?

Ella se encogió de hombros.

—Estaba en el cementerio, ¿no la has visto? —Alicia negó—. Me ha dicho que no quiere que la investigación de mi abuelo se pierda. —Se encogió de hombros—. Es buena mujer. Mi abuelo le tenía mucho aprecio.

—¿Y se la darás?

—No quiero que su investigación caiga en el olvido —confirmó ella—. Es lo que él hubiese querido. —Suspiró y se hundió un poco más en la silla—. Pero hay tantas cajas... —dijo abriendo los ojos al máximo—. Quiero revisarlas antes de dárselas.

Alicia se quedó observándola unos segundos.

—¿Quieres que te ayude?

Negó de inmediato.

—No, tranquila. Son tres habitaciones.

—Tres habitaciones enormes —le recordó su amiga exagerando su tono.

—Tengo pensado ir clasificándolas, y las que vea que pueden ser útiles entregárselas a Cristina.

—¿Y con el resto?

Suspiró.

—No lo sé, hablaré con ella a ver si las quiere también.

Su amiga acarició su espalda reconfortándola.

—Bueno, piensa que al menos él estaba aquí. Pudiste estar tiempo con él. Normalmente siempre estaba de viaje o planeando uno.

—Sí, supongo que en ese sentido los dos hemos tenido suerte. —Se incorporó en la silla y dio otro sorbo a su refresco—. Hoy, cuando estaba en su casa han traído un sobre para él. —Alicia chasqueó la lengua con fastidio—. Eran unas fotografías sobre su última investigación.

—¿La que me comentaste de Doñana? —Lucía asintió—. ¿Y qué están investigando ahí?

—No lo sé, nunca me lo dijo, pero supongo que sí que tengo que dar gracias de que estuviese aquí y no en el otro lado del mundo.

—En serio —insistió Alicia—, yo también estoy aquí y me gustaría ayudarte. Iremos mucho más rápido. Tengo todas las mañanas libres, esta semana tengo turno de tarde.

Lucía la observó de reojo.

—¿Estás segura?

—Segurísima, si puedo aguantar a todos los extranjeros —hizo referencia a su trabajo como guía de grupos franceses y alemanes en el museo de Huelva—, podré con esto. Ni te preocupes.

### 3

#### WASHINGTON D. C., EE. UU.

Robert Morris firmó el documento y cerró la carpeta.

Llevaba más de cinco meses esperando para adquirir el cuarenta por ciento de las acciones de TokyoTel, una moderna empresa surgida en el centro de Japón y que estaba acaparando como clientes, con tan solo siete meses de andadura en el mercado de la telefonía, a más de la mitad de la población japonesa.

Con gran esfuerzo y perseverancia, había conseguido que Horizont Corporation, la empresa que había fundado hacía poco más de veinte años, se convirtiese en una de las principales empresas globales de consultoría y tecnología, que englobaba desde energía, telecomunicaciones y servicios financieros hasta transporte y defensa, entre otros ámbitos. Con esta nueva adquisición, hacía su primera incursión en Japón y lo hacía por la puerta grande. Ya era hora de, tal y como rezaba el nombre de su empresa, expandir horizontes.

Se puso en pie y entregó la carpeta al asistente que había acudido a aquella reunión entre el socio mayoritario de TokyoTel y él. Ahora, él pasaría a ser el socio mayoritario de dicha compañía y con ello aumentaría más aún su patrimonio.

Robert asintió hacia Hikaru Izumi, un japonés que rondaría los setenta años, sin un solo cabello en su cabeza y un aspecto endeble, aunque de mirada firme.

Hikaru se limitó a asentir y, junto a su ayudante, que hacía las veces de traductor, se despidió dirigiéndose a la puerta de la lujosa oficina situada en pleno centro financiero, con vistas al río Potomac.

Le había costado mucho esfuerzo crear aquel imperio. Horas sin su mujer, sin su hijo..., pero les había dado una vida a la que muy pocos podían aspirar.

Horizont Corp. era una de las empresas que lideraba el I+D a nivel mundial y aquello lo había conseguido con el sudor de su frente.

Cuando Hikaru abandonó la estancia, Robert se acercó a la ventana para contemplar las hermosas vistas desde la octava planta. Aquella visión lo relajaba, le hacía sentir la calma y la paz que durante los últimos años le habían faltado.

Cerró los ojos y suspiró. Pasó unos minutos allí, solo, hasta que su asistente abrió la puerta y le hizo volver a la tierra.

—Señor Morris, el coche le espera.

Robert se giró y asintió. Fue hasta la mesa donde estaba la carpeta, la cogió y se la entregó.

—Es preciso que lo registren lo antes posible.

—Por supuesto —contestó su asistente.

Caminó por el pasillo sujetando su maletín en la mano mientras con la otra se abrochaba el botón de su americana. Subió al ascensor y esperó a que descendiese.

Saludó a su secretaria cuando pasó por el recibidor y salió a la calle, donde el sol lo cegó unos segundos.

Su coche negro lo esperaba, pero antes de subir se giró para observar el enorme edificio. Era increíble todo lo que había logrado, pero de nada le servía en aquellos momentos.

Entró en la parte trasera del coche y cerró la puerta. Lanzó el maletín a un lado y saludó a su chófer.

—Buenos días, Hugo.

—Buenos días, señor —respondió encendiendo el motor—. ¿Al hospital? —preguntó mirando por el retrovisor.

—Sí, Hugo, al hospital —respondió mientras se deshacía el nudo de la corbata, se la arrancaba del cuello y se desabrochaba los primeros botones de la camisa.

En ese momento se dio cuenta de que le faltaba la respiración.

Intentó calmarse durante el trayecto. Cada vez se le hacía más difícil recorrer aquel camino.

Se inclinó hacia la ventana y apoyó la frente en su mano mientras intentaba calmarse. Pese a que cada día hacía el mismo recorrido era imposible acostumbrarse a ello.

El Sibley Memorial Hospital se encontraba en pleno centro de

Washington D. C., a pocos minutos en coche de su sede empresarial, siempre y cuando no fuera hora punta como en aquel momento.

Tras más de media hora Hugo detuvo el vehículo frente al hospital.

Era uno de los mejores hospitales de Washington, por eso mismo habían decidido ir allí.

—Te llamo cuando tengas que pasar a buscarme —comentó mientras salía del vehículo.

—De acuerdo, señor —pronunció Hugo.

El contraste de temperatura del interior del vehículo al exterior era significativo.

Se refugió de un sol abrasador bajo el porche blanco del hospital y subió los escalones que daban al interior del recinto. El edificio tenía unas enormes vidrieras que dejaban entrar toda la luz exterior, haciendo de aquel lugar un sitio muy luminoso.

En el gran distribuidor decenas de asientos de color naranja se repartían sobre moquetas color gris, realzando la blancura del mármol del edificio.

Atravesó el enorme distribuidor en dirección a los ascensores y, cuando subió, extrajo el móvil de su bolsillo y miró la hora.

Las seis. Aquel día iba un poco más tarde.

Cuando llegó a la cuarta planta se dirigió directamente a la derecha. Los pasillos, al igual que el distribuidor, tenían enormes ventanales por donde entraba mucha claridad. Aquello era lo que le había hecho decantarse por aquel hospital, no solo las buenas referencias, sino lo acogedor que era.

Cuando llegó frente a la habitación se detuvo ante la puerta.

Durante unos segundos cerró los ojos e inspiró con calma, luego intentó recomponer su rostro y llamó un par de veces.

Su hijo, como siempre, se encontraba allí.

—Papá —dijo levantándose de la silla y acercándose a él. Se había convertido en todo un hombre y esperaba que, en poco menos de un año, pudiese estar al frente de la empresa.

Robert fue hacia su hijo y lo abrazó, aunque su mirada voló directamente hacia su mujer, postrada sobre la cama. Pese a que su rostro estaba totalmente blanquecino y su gesto era cansado intuyó que sonreía levemente.

—Regina —comentó soltando a su hijo y acercándose a ella—. Hoy tienes mejor cara —comentó sonriente mientras se sentaba en la cama, a su lado, y cogía su mano.

Aquellos últimos meses había perdido mucho peso. Hacía siete meses que le habían diagnosticado un cáncer de páncreas. Pese al tratamiento, el cáncer no remitía y lo único que conseguían era debilitarla aún más.

Se quedó observándola. Ya no era la mujer de esbeltas curvas, pómulos prominentes y labios carnosos, aunque para él seguía siendo igual de hermosa.

Sus enormes ojos azules se habían apagado y su cabello comenzaba a escasear.

—¿Cómo... cómo ha ido la compra de las acciones?

Robert asintió mientras miraba a su hijo con una sonrisa, el cual se encontraba en ese momento a los pies de la cama de su madre.

—Bien, muy bien. Ya somos propietarios de TokyoTel.

Regina sonrió y aquello hizo que tuviese que aguantar las lágrimas. Su esposa, la mujer que más amaba en el mundo se le iba, la apartarían de su lado para siempre. No era justo.

Tuvo que contenerse y miró a su hijo. Se parecía a su madre. Sus ojos azules, su cabello rubio oscuro, incluso sus rasgos eran similares a los de ella. Su viva imagen.

—¿Tienes... tienes que viajar a...? —Regina tragó saliva con algo de esfuerzo.

—No hables, cariño —pronunció Robert.

Ella negó con su rostro, estaba claro que no se daba por vencida y esa misma fortaleza que demostraba en aquel momento era la que le hacía seguir con vida.

—¿Viajar... en esta semana? —Acabó la frase.

Robert negó.

—No, este mes ya no tengo que viajar. Tengo reuniones, pero no me alejaré de aquí.

Regina le sonrió.

—Tú haz lo que tengas que hacer... —pronunció con suavidad.

—Lo que tengo que hacer es estar contigo —sollozó mientras cogía su

mano y la besaba.

Aquel gesto hizo que su hijo Larry tuviese que apartarse un poco para contener las lágrimas.

—Voy... voy a buscar un café —comentó Larry dirigiéndose a la puerta para dejarlos solos—. ¿Quieres uno?

—No, gracias —contestó su padre.

En cuanto se quedaron solos Robert notó cómo la mano de Regina se dirigía a su mejilla. La acarició suavemente, notando la barba de hacía dos días.

—Estás triste —susurró con ternura.

Robert chasqueó la lengua y acarició su mano con la suya.

—Voy a sacarte de esta —pronunció convencido.

Regina le sonrió mientras sus ojos se entelaban por las lágrimas.

—Sé que lo intentas... —dijo con suavidad—, pero creo que...

—Eh, eh... —la cortó cogiendo su mano—, confía en mí. Voy a hacerlo.

Su marido tenía una mirada decidida, segura de sí mismo.

Se habían conocido en el colegio, cuando él tenía trece años y ella doce. Los primeros años habían jugado juntos en el patio del colegio, pero cuando Robert había cumplido dieciséis le había pedido una cita. Desde ese momento habían sido inseparables. Fruto de ello había nacido Larry. Habían pasado unos años difíciles, pues la creación de la empresa supuso numerosos sacrificios para ambos, aunque finalmente hubiese merecido la pena. Se habían convertido en dueños de una de las mayores fortunas de Washington y de Estados Unidos. Jamás les había faltado nada a partir de ese momento, excepto ahora. Pero él no iba a rendirse, sabía lo que debía hacer, lo que tenía entre manos, y no pensaba permitir que le arrebatasen a su mujer tan pronto. No lo iba a consentir.

—Todo saldrá bien, ya verás —continuó.

En ese momento un médico entró en la habitación.

—Buenas tardes, Regina —comentó mientras se colocaba frente a la cama cogiendo el expediente que colgaba de ella—. Buenas tardes, señor Morris.

Robert se levantó y asintió con una leve sonrisa al doctor. En ese

momento la enfermera apareció por la puerta.

—Vamos a realizar las curas, serán diez minutos —informó el doctor.

Robert asintió y acarició el cabello de su esposa.

—Enseguida estoy de vuelta.

Regina le sonrió mientras él se alejaba. Llevar varias semanas en cama sin moverse le había provocado úlceras por presión en las piernas que requerían de cuidados diarios.

Cuando salió de la habitación miró a ambos lados. Seguramente su hijo se encontraría en la cafetería al final del pasillo.

Cogió su móvil y miró la pantalla, ninguna llamada. Aquello comenzaba a impacientarle. Marcó el número de teléfono y lo llevó a su oído. Cuando escuchó los primeros tonos miró de un lado a otro y decidió apartarse un poco más de la puerta para no ser escuchado.

—Dime —dijo una voz al otro lado.

—¿Arges? —preguntó directamente.

—Soy Bronte.

Robert caminó nervioso por el pasillo, en ese momento se dio cuenta de que su mano temblaba mientras sujetaba el teléfono en su oído y una gota de sudor frío resbalaba por su frente.

—¿Alguna noticia?

—De momento nada nuevo, de lo contrario te hubiésemos informado —respondió con voz seca.

Robert apretó los labios y convirtió la mano que tenía libre en un puño mientras se acercaba a la ventana.

—No veo resultados por ningún lado.

—Lo bueno se hace esperar —respondió con ironía.

—Ya, pues... —contestó con voz más grave, notando cómo sus nervios aumentaban—, no dispongo de mucho tiempo. —No contestaron al otro lado de la línea—. Tu jefe me prometió resultados rápidos.

Pudo escuchar al otro lado una inspiración bastante larga, como si se armase de paciencia.

—Hacemos todo lo que podemos. A nosotros también nos interesa encontrarlo. Es parte de nuestro acuerdo.

—Ya, pues espero que sea pronto —dijo apretando los dientes.

En ese momento escuchó unos pasos a su espalda. Sin despedirse siquiera colgó, pues vio en el reflejo del cristal de la ventana el rostro de su hijo, bastante angustiado.

Se giró mientras guardaba el teléfono en su bolsillo y observó la expresión de Larry que, aunque bastante atormentada, revelaba cierta intriga.

—¿Con quién hablabas? —preguntó mientras se llevaba el vaso de café a los labios.

—No es nada —respondió mirando hacia la puerta de la habitación de su esposa, en esos momentos entornada.

Larry lo miró con cierta preocupación y dio un paso hacia él para hablar de forma más confidente.

—¿No estarías hablando de nuevo con...?

—No —respondió su padre tajante, pero aquella respuesta tan rápida le dio a entender todo lo contrario a su hijo.

—Ni mamá ni yo queremos eso —respondió con los dientes apretados.

Su padre tragó saliva y apartó la mirada de él. Puede que su esposa y su hijo estuviesen en lo cierto, que fuese lo más correcto, pero él no estaba dispuesto a rendirse.

—Ya te he dicho que no era nada de eso. Son temas de trabajo —zanjó la conversación.

Su hijo iba a responder, pero en aquel momento el doctor y la enfermera salieron de la habitación.

Ambos se acercaron rápidamente.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó Larry de inmediato.

El doctor hizo un gesto con la cabeza a la enfermera para que se dirigiese a la siguiente habitación y se quedó a solas con ellos.

—De momento está estable, pero no sabemos cuánto tiempo aguantará así. —Ambos suspiraron decepcionados—. El tratamiento no hace el efecto que deseábamos y los marcadores tumorales no bajan como esperábamos inicialmente.

—¿Y no se puede probar otra cosa? —preguntó Larry consternado.

El doctor negó con su cabeza y, en un gesto de confianza, puso la mano en su hombro.

—Lo lamento, pero no. Solo hay que esperar y confiar en que el

tratamiento haga efecto en algún momento. De lo contrario, tendremos que asumir los hechos y valorar tratamiento paliativo. Es todo cuanto puedo decirles.

Ambos asintieron frustrados.

—Gracias, doctor —susurró Robert.

En cuanto el doctor se alejó, Larry entró de inmediato en la habitación. Robert se quedó bajo el marco de la puerta, observando cómo su hijo se sentaba al lado de su madre y cogía su mano.

Puede que ambos se hubiesen rendido, pero él no iba a hacerlo. No se rendiría nunca.

## 4

Dormir en aquella casa no había sido buena idea. Por un lado, se negaba a abandonar la residencia de su abuelo, por otro, le era imposible conciliar el sueño. Los recuerdos se amontonaban en cada rincón y en cada esquina a cada paso que daba.

Se obligó a levantarse de la cama cuando el timbre sonó.

Alicia había llegado a las ocho de la mañana con un enorme termo de café y unos cuantos dulces.

Tras darse una ducha y haber tomado una buena taza de café comenzaba a ser persona.

—No tienes nada en la nevera —reaccionó su amiga al abrirla para coger un envase de leche.

—Mi abuelo no solía comer en casa y yo no he tenido tiempo de ir a comprar.

Alicia había enarcado una ceja.

—Si vas a quedarte unos días aquí, ¿de qué pretendes alimentarte? ¿Del aire?

Aquella pregunta había hecho que Lucía resoplase, pero sabía que su amiga tenía toda la razón del mundo.

—Vale, iré a comprar esta tarde.

Los minutos pasaban lentos, demasiado. Mientras Alicia se internaba en una de las habitaciones con la idea de ir distribuyendo las cajas según la temática y el año de investigación, Lucía se había dirigido a la oficina de Laureano.

No era fácil estar allí, pero la compañía de Alicia le daba fuerzas suficientes como para seguir adelante y no enclaustrarse en una habitación. Había cogido una caja de cartón y había comenzado a vaciar los archivadores de su abuelo. Cada carpeta que abría, cada mapa que veía, cada documento escrito a mano por Laureano le traía recuerdos de una vivencia emocionante junto a él.

Egipto, México, Perú, Malta, China, Israel... Cada una de aquellas ciudades le recordaba momentos felices junto a su abuelo.

Extrajo la última carpeta del segundo cajón del archivador y la introdujo en la caja. Aquella estaba llena. Cogió cinta de embalar y cerró la caja.

«Egipto 2016» apuntó con un rotulador de punta gruesa sobre el cartón. Desplazó la caja hasta una esquina de la habitación y mientras se dirigía de nuevo hacia el archivador se pasó la mano por la frente notando unas pequeñas gotas de sudor.

—Dios, qué calor —susurró—. ¡Alicia! —gritó arrodillándose en el suelo frente al tercer cajón del archivador—, ¿tienes calor?

—¡Sí, me estoy derritiendo! —escuchó la voz de su amiga desde la habitación contigua.

Se levantó y salió del despacho.

—Voy a poner el aire acondicionado —comentó pasando por delante de la habitación donde se encontraba Alicia.

Fue directa al comedor, cogió el mando y lo encendió. En pocos minutos se estaría mucho mejor allí.

Cuando pasó por delante de la habitación donde se encontraba su amiga se detuvo. Alicia permanecía sentada en el suelo con varias carpetas sobre sus rodillas.

—¿Cómo vas?

En ese momento, Alicia elevó la mirada de los documentos y se encogió de hombros.

—Bien, voy haciendo.

Lucía se apoyó contra el marco de la puerta.

—Sabes que no tienes por qué hacer esto.

—No digas tonterías. Me encanta —dijo sinceramente—. Tu abuelo hizo unos descubrimientos impresionantes. Por cierto —dijo girándose—, ¿qué vas a hacer con el tótem? ¿Es inca?

Lucía observó hacia donde ella señalaba. Alicia lo había colocado en una esquina.

—Maya —dijo entrando en la habitación—. Se lo regalaron cuando estuvo en la excavación de México.

Las dos se quedaron observándolo. Se trataba de un enorme trozo de madera pintado con forma de pájaro, de enormes ojos verdes con una línea negra que los cruzaba y el pico rojo abierto. A los lados, las enormes alas

azules se desplegaban como si estuviese en pleno vuelo.

—Da un poco de miedo —admitió Alicia, lo que hizo que Lucía sonriese.

—Es un halcón. Los tótems son como amuletos. El halcón significa intuición y discernimiento.

—Cosa que a tu abuelo no le hacía falta —remarcó ella mientras Lucía se encogía de hombros antes de dirigirse de nuevo a la puerta—. Si necesitas algo, dímelo.

—De acuerdo.

Fue a la oficina de nuevo y se arrodilló ante el tercer cajón del archivador. Iba a abrirlo, pero no pudo. Tiró de nuevo del asa sin que este se abriese lo más mínimo.

Se fijó en la cerradura. Su abuelo debía haber echado la llave.

Chasqueó la lengua y se arrastró hasta la mesa abriendo los cajones.

—¿Dónde está la llave? —susurró mientras revolvía en los cajones llenos de clips y grapas.

Cerró el cajón y se puso en pie hasta situarse al otro lado de la mesa, donde había un par de cajones más. El primero estaba vacío. En el segundo había decenas de folios en blanco. Los sacó dejando al descubierto una pequeña llave. La observó con suspicacia.

Fue de nuevo hacia el archivador y, para su sorpresa, la llave entró sin problemas en la cerradura. ¿Para qué cerraba ese cajón y escondía la llave?

La hizo girar y cuando lo arrastró hacia afuera se quedó aún más sorprendida. No había carpetas, únicamente una agenda roja.

Acabó de sentarse en el suelo y la cogió. La agenda era de 2017-2018.

Aquello era extraño. ¿Por qué iba su abuelo a guardar una agenda bajo llave?

La hojeó rápidamente. Estaba escrita de su puño y letra, aunque no en cada día, había días en que no tenía nada apuntado, otros simplemente mostraban números o palabras anotados. Se quedó mirando la agenda, extrañada. ¿Qué era aquello? Su abuelo no se caracterizaba por escribir tan poco.

Fue hasta la semana en curso, no tenía nada escrito. Echó varias hojas hacia atrás y se detuvo en una que estaba escrita. Era de hacía doce días.

«Inmersión S. P.»

¿Una inmersión? Aunque su abuelo estaba en plena forma no creía posible que se pusiese a hacer esnórquel o buceo. Y S. P., ¿qué significaba?

Echó varias hojas atrás con cierta agitación y se detuvo en otra hoja.

De nuevo volvían a aparecer unos números y al lado la palabra «pintura».

Aquello no parecía una agenda donde él se programase sus asuntos, sino una especie de recordatorio secreto.

Si era del año en curso, 2018, lo contenido en aquella agenda se referiría a la última investigación que su abuelo había llevado a cabo.

Pasó varias hojas más hacia atrás y clavó su mirada en otra página con anotaciones. Su abuelo nunca había sido un buen dibujante. En unas hojas había varios símbolos. Uno de ellos lo reconoció al momento, lo había visto infinidad de veces en los jeroglíficos de Egipto. Un círculo que se abría por la parte baja, situado sobre una base que formaba un triángulo. No conocía su significado, pero estaba segura de que era egipcio. Dibujos de barcos, un toro y algo que llamó en especial su atención. Se quedó observando aquello. Un punto rodeado de dos círculos más.

Aquello le hizo pestañear varias veces. Se levantó de inmediato y fue hacia la mesa. Abrió la carpeta con el nombre de «Doñana» y cogió las fotografías que había recibido el día anterior. Les quitó el clip y las esparció sobre la mesa.

El símbolo que había dibujado su abuelo en la libreta era similar a los círculos que aparecían en las fotografías aéreas de Doñana, reflejados en el suelo. Podía verse claramente, a vista de pájaro, cómo la tierra de las marismas de Doñana se oscurecía formando dos círculos alrededor de uno central, incluso, si se fijaba bien, podía apreciarse en la fotografía cómo dentro del círculo central se intuía un rectángulo.

No pudo evitar que su mirada volase hacia el pósito que acababa de arrancar: «Siempre tienes razón».

¿Qué era aquello? ¿Qué estaba investigando su abuelo?

Cogió de nuevo la agenda y comenzó a hojearla con ansiedad, pasando las hojas adelante y atrás, aunque la cerró de golpe cuando escuchó la voz de su amiga.

—Lucía, es la una —comentó señalándose la muñeca. Alicia esperaba bajo el marco de la puerta, como si no quisiese entrar en la oficina de Laureano por respeto—. Tengo que irme, entro a trabajar a las cuatro y tengo dos horas de camino.

Lucía pestañeó intentando centrarse y depositó la agenda roja sobre la mesa.

—Claro, perdona, te estoy monopolizando —comentó con una sonrisa.

—No me iría, te lo aseguro —dijo esta vez con una sonrisa tierna mientras su amiga se acercaba—. He puesto la ubicación y el año de investigación en cada una de las cajas.

—Me has ayudado mucho —respondió mientras se dirigían al pasillo. Alicia había hecho un buen trabajo. Al menos, había colocado contra la pared cuatro cajas repletas—. Puede que llame a Cristina para entregarle las cajas que ya están llenas, por si le interesan.

—Perfecto, así estará todo más despejado. Mañana vendré a la misma hora —dijo cogiendo el bolso que había depositado sobre la mesa del comedor.

—Me sabe mal, no estás obligada.

—No vuelvas a decir eso —contestó esta vez más seria—. Lo único que te pido, por favor... —y esta vez sí hizo un gesto más gracioso—, es que llenes la nevera.

Lucía sonrió ante tal comentario.

—Tranquila, iré a comprar... Mensaje recibido.

—De acuerdo —dijo abriendo la puerta—. Cualquier cosa, llámame al móvil.

—Muchísimas gracias.

Se acercó y la abrazó.

—Nos vemos mañana.

Esperó a que su amiga atravesase la puerta del jardín y arrancase su vehículo.

Nada más cerrar la puerta volvió de nuevo hacia el despacho. Aquello último la había dejado con la mosca detrás de la oreja. ¿Por qué su abuelo había ocultado aquella agenda? ¿Qué significaba? Y, ante todo, ¿qué estaba investigando en las marismas de Doñana?

Cogió el teléfono móvil y buscó en la agenda el contacto de Cristina de Haro. Caminó por el pasillo con calma, en dirección al despacho, e iba a colgar cuando respondieron al otro lado de la línea.

—¿Lucía?

Se detuvo en el pasillo.

—Hola, Cristina. —De fondo se escuchaba el murmullo de mucha gente—. Perdon, no sé si te cojo en buen momento.

—Sí, no te preocupes. Iba a llamarte esta tarde, ¿cómo estás?

En ese momento detectó cómo Cristina se alejaba de todo el bullicio, pues su voz le llegó con más claridad.

—Bien, estoy bien. —Inició el paso de nuevo—. He estado recopilando información de mi abuelo y tengo unas cuantas cajas embaladas —explicó—. No sé si te importaría que te las acercase, por si te interesan. Así podría comenzar a despejar las habitaciones.

Se detuvo ante la habitación donde había estado Alicia y observó todas las cajas. En cierto modo, le daba pena desprenderse de todo aquello, pero de esa forma conseguiría que las investigaciones de su abuelo siguiesen su curso, pese a su fallecimiento.

—Claro, me parece estupendo. Seguro que hay mucha documentación interesante que nos puede ayudar.

Lucía se giró, fue hacia la puerta que tenía enfrente y la abrió. Un suspiro recorrió su garganta y salió por sus labios cuando observó la siguiente habitación llena de documentación.

—Solo he comenzado. Tengo unas cuatro cajas que llevarte para comenzar. Aún tengo mucho que revisar.

—Paso a paso —contestó—. ¿Quieres que me acerque esta tarde a casa de tu abuelo y...?

—No —respondió rápidamente, interrumpiéndola—, prefiero ir yo a donde me digas. Así me despejo un poco también. —No le importaba que Cristina fuese hasta allí, sabía que había estado innumerables veces, pero corría el riesgo de desprenderse de más cajas si ella venía, y no quería, de momento. Fue hasta el despacho, se dirigió a la mesa y observó las fotografías que le habían llegado el día anterior y la agenda de su abuelo, lanzándoles una mirada intrigada. —Necesito que me dé el aire —continuó

Lucía.

—De acuerdo, como quieras. Me reclaman por aquí, te tengo que dejar, Lucía, luego hablamos.

—Muy bien, estamos en contacto. Gracias.

—Hasta pronto, ¡llámame luego! —Se escuchó cómo colgaba con cierta urgencia.

Detuvo el vehículo ante la entrada al parque nacional de Doñana, el punto más cercano al que podía llegar sin tener que coger un barco o un autobús. Había tardado casi una hora en llegar. Lo primero que había hecho después de que Alicia se marchase era arreglarse e ir a comprar. Ya con la nevera llena para subsistir unos días, había cargado las cuatro cajas en el coche y tomado rumbo al parque de Doñana.

Cristina le había dicho que cuando estuviese llegando la llamase y un guía iría a su encuentro.

El Parque nacional y natural de Doñana era uno de los espacios naturales protegidos a nivel nacional en Andalucía, con una amplitud de 116 487 hectáreas.

El acceso al parque estaba restringido para los vehículos de visitantes, por lo que era obligatorio acceder con vehículos adaptados de la compañía de guías, unos vehículos todoterreno que recorrían todo el parque en una ruta circular, diferenciándose claramente cuatro ecosistemas durante el trayecto.

De todas formas, lo prefería así. No se conocía lo suficiente el parque como para llegar hasta donde Cristina le había indicado.

Se apeó del vehículo y miró hacia los lados. El aparcamiento estaba bastante concurrido. Ahora que habían comenzado las vacaciones de verano las familias acudían con sus hijos para mostrarles un paraje natural y único.

—¿Lucía Molina? —preguntaron a su espalda.

Se giró de inmediato hacia la persona que caminaba en su dirección.

—Sí, soy yo.

El hombre, que no llegaría a los cuarenta años, extendió su mano hacia ella para estrecharla.

—Me llamo Ángel. Me manda doña Cristina de Haro a buscarla.

Ella asintió y fue hacia la puerta trasera de su vehículo.

—He traído unas cajas para ella.

Ángel se acercó y miró el interior, luego sonrió a la muchacha.

—Menos mal que vamos en todoterreno —bromeó.

En pocos minutos había cargado las cajas en la parte trasera de un pequeño todoterreno y conducían a través de campos de sembrado. Por suerte, el todoterreno disponía de aire acondicionado, dado que el calor en aquella zona era sofocante.

—¿Has visitado alguna vez el parque? —preguntó con una sonrisa.

—De pequeña —respondió mirando por la ventana—, en una excursión del colegio y otra vez con mi abuelo, pero ya casi ni me acuerdo.

El hombre señaló a su derecha, por la ventana.

—Personalmente, creo que es mucho más bonito en los meses de abril y junio. Ahora comienza la sequía y las lagunas y marismas desaparecen.

—La zona es espectacular —susurró sin apartar la mirada de la ventana. Se giró y lo miró fijamente. El hombre tenía el cabello negro y un fino bigote sobre su labio. Su tez morena destacaba con aquella camisa color crema de manga corta. —¿Trabaja con Cristina?

—No, soy guía del parque. Aunque ayudo en lo que puedo. Normalmente me dedico a llevarlos de un lado a otro cuando me lo piden. — En ese momento abandonaron la carretera asfaltada y tomaron un camino de tierra que hizo que el todoterreno comenzase a moverse de un lado a otro. Lucía se agarró rápidamente a la puerta—. No te preocupes —se apresuró a calmarla Ángel—, estoy acostumbrado a estos caminos. —Y dedicó una gran sonrisa a Lucía.

Sí, estaba claro que estaba acostumbrado, pero ella no.

—¿Adónde nos dirigimos?

—A la marisma de Hinojos. Está a unos veinte minutos.

Lucía resopló mientras el todoterreno subía y bajaba unas pequeñas dunas, haciendo que se tambalease enérgicamente.

—¿Trabajas con los científicos? —preguntó él.

Lucía mantenía la vista al frente.

—No, no... —respondió rápidamente—. Mi abuelo trabajaba con ellos, era Laureano Molina.

Aquello hizo que Ángel cambiase su expresión facial y durante unos

segundos apretase los labios.

—Vaya, no tenía ni idea. No he caído cuando me han dicho tu nombre y apellido —pronunció en voz baja—. Lo siento mucho —acabó susurrando—. Laureano era un buen hombre.

—Gracias —respondió con una leve sonrisa—. ¿Lo conocías?

Ángel asintió de inmediato.

—Vaya que si lo conocía... —rio—, estuve los últimos meses paseándolo por todo el parque —sonrió divertido—. Tu abuelo me traía siempre zumos frescos.

Aquel comentario le hizo sonreír.

—Sí, típico de mi abuelo. —Se giró y observó las cajas—. Llevo documentación sobre sus investigaciones. Puede que sean útiles. —Luego volvió su rostro hacia la ventana—. Y me temo que no será la última vez que venga. Tengo un montón de cajas tuyas que revisar aún.

Ángel abrió la guantera y extrajo una tarjeta.

—Cuando vengas avísame y te iré a recoger allá donde estés.

Lucía cogió la tarjeta y le sonrió agradecida.

—Muchas gracias. —Abrió su bolso y sacó el monedero, aunque tuvo que sujetarlo sobre sus rodillas cuando el todoterreno volvió a tambalearse—. Menudo caminito, ¿eh? —ironizó mientras conseguía guardar la cartera y dejar el bolso entre sus pies.

—No te preocupes, ya queda poco.

## 5

Bajó del vehículo observando todo a su alrededor. En un principio pensó que sería un simple grupo de tres o cuatro científicos, entre ellos Cristina, pero se encontraba ante un gran número de personas e incluso un campamento fijo.

—¿Qué es todo esto? —susurró boquiabierta mientras Ángel rodeaba el vehículo para dirigirse al maletero.

—Lo llaman el campamento base. Es adonde tenía que traerte, ¿verdad? Cristina está aquí.

Lucía se giró un segundo para observarlo y volvió su vista al frente. Decenas de personas se movían sobre la marisma de Hinojos, en ese momento totalmente seca.

Había un par de mesas que le recordaba a las de *camping*, con varios hombres mirando mapas sobre ellas. Otros, simplemente cargaban cajas con tierra y piedras, como si estuviesen limpiando la zona.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó para sí misma, absorta.

Ángel se colocó a su lado cargando una de las cajas.

—Están despejando la zona —explicó.

Lucía giró su cabeza hacia él, sorprendida, como si no hubiese esperado que estuviese a su lado.

—¿Para qué?

Ángel se encogió de hombros y se adelantó.

—Supongo que querrán tomar más fotografías, no tengo ni idea. Vamos —apremió dirigiéndose hacia una carpa situada a pocos metros de donde había aparcado el todoterreno—, esta caja pesa lo suyo —acabó gruñendo.

No conocía a nadie de los que allí estaban. La única cara que reconoció fue la de Cristina cuando salió de la carpa blanca apartando la tela que hacía las veces de puerta.

Sus miradas coincidieron al segundo, como si se atrajesen.

—Lucía. —Avanzó hacia ella extendiendo los brazos.

Ángel se interpuso en su camino con gesto de sufrimiento.

—Señora, ¿dónde la dejo?

—Déjala dentro de la carpa —se apresuró a contestar rodeándolo, manteniendo su paso hacia Lucía.

En cuanto llegó a ella se fundió en un amistoso abrazo.

—Me alegro de que estés aquí —dijo distanciándose de ella, colocando sus manos en sus hombros. Lucía miró aún impresionada todo lo que la rodeaba. No imaginaba que la investigación fuese tan numerosa—. Vamos, ven conmigo. El sol a estas horas es horrible, aún nos dará un golpe de calor.

Colocó una mano sobre su hombro y la condujo hasta la carpa.

En el interior unos cuantos ventiladores removían el ambiente, refrescándolo.

Ángel pasó a su lado.

—Traeré el resto —comentó a Cristina, que asintió de inmediato.

No podía salir de su asombro. En ningún momento su abuelo le había explicado que la investigación que estaba capitaneando fuese de aquella envergadura. Sin duda, era más importante de lo que había imaginado desde un principio.

Dentro de la carpa había dos hombres sentados a una mesa con un ordenador, mirando la pantalla con atención, ni siquiera habían levantado la mirada para observarla.

Se obligó a volver la vista al frente cuando sintió que Cristina posaba su mano en su brazo.

—¿Cómo te encuentras?

Pestañeó varias veces y se encogió de hombros.

—Bien —dijo mirando a un lateral, donde había tres grandes archivadores. Miró a Cristina atónita—. Menuda tenéis liada ahí fuera —apuntó con sorpresa.

—Sí, hay mucho trabajo que hacer —contestó colocando las manos en la cintura, luego se giró hacia los dos hombres que la acompañaban—. Os presento a Lucía Molina. —Ambos hombres elevaron la mirada de la pantalla—. Es la nieta del doctor Laureano. —En ese momento, Ángel entró en la carpa portando otra caja más y la depositó al lado de la que había dejado poco antes. Cristina continuó—: Él es Gael Bellini —dijo señalando al primero. Se trataba de un chico joven, seguramente de los más jóvenes que había visto en aquel lugar, a duras penas superaría en un par de años la edad de Lucía—. Es

nuestro informático, especialista en bases de datos, nos ayuda con toda la documentación.

Gael se levantó y rodeó la mesa para estrechar la mano de Lucía.

—Encantado. Siento mucho lo de su abuelo.

Aunque hablaba un perfecto español se le notaba un deje italiano. Bajó la mirada y soltó su mano.

—Gracias.

—Y él es el doctor Georges Díaz, doctorado en Historia —continuó.

El hombre se acercó y también estrechó su mano. Al igual que Ángel, tenía la piel bronceada por el sol, destacando su ondulado cabello blanco echado hacia atrás.

—Siento mucho lo de Laureano, era un fantástico historiador y excelente persona.

Ella asintió con una leve sonrisa. Aunque agradecía aquellos gestos, le hacían rememorar constantemente la pérdida de su abuelo.

—¿Qué me has traído? —preguntó Cristina con la voz un poco más animada, dirigiéndose a las cajas que Ángel depositaba al final de la carpa.

Se giró y se dirigió a ella.

—Solo he comenzado. Tengo muchas más que traerte —afirmó.

Cristina se agachó para leer lo que había apuntado.

—«México 2012». —Luego fue a por las dos siguientes—. «China 2007 I» y «China 2007 II».

—Creo que Ángel traerá la tercera de China ahora.

Cristina se puso en pie.

—¿No has traído ninguna sobre la investigación actual? —preguntó girándose hacia ella.

Lucía se mordió el labio.

—No he tenido mucho tiempo y hay mucha documentación...

—Gael —interrumpió Cristina—, estaría bien que escaneases toda la documentación. Nos irá bien tenerla guardada.

Gael la observó y luego miró las cajas.

—Claro —respondió antes de volver la mirada a la pantalla.

Lucía chasqueó la lengua y continuó.

—Espero tener la casa despejada en un par de semanas. Seguiré

trayéndote todo lo que encuentre.

Cristina la miró fijamente unos segundos y asintió, luego le dedicó una sonrisa.

—Claro, cuando puedas —acabó diciendo. Aunque Lucía intuyó cierta ansiedad en su voz. Estaba claro que en medio de una investigación cualquier dato era importante.

Lucía dio unos pasos al frente, hacia la tela blanca y la corrió un poco para observar justo cuando Ángel llegó portando la cuarta y última caja.

—Ya está —confirmó.

Lucía se fijó en el movimiento que había, con la mirada clavada en un grupo de hombres que estudiaban el mapa sobre una de las mesas.

—¿Qué estáis investigando? —preguntó sin volverse.

—¿Me necesita para algo más? —preguntó Ángel.

Cristina negó haciendo que Ángel saliese de la carpa despidiéndose alegremente de los allí presentes.

Cristina se aproximó a Lucía y se cruzó de brazos mirando al exterior.

Aquel era un paisaje realmente hermoso. El lugar era majestuoso, cargado de vida. El terreno era escarpado, pero se intuían numerosas tonalidades desde el bronce hasta el dorado, pasando por el marrón oscuro. A lo lejos, observó a un grupo de pelícanos sobrevolando la zona.

—Aún no lo tenemos muy claro —contestó—. De momento, nada importante.

Lucía se giró hacia ella.

—No lo parece —respondió sorprendida por su respuesta—. Tenéis a mucha gente aquí.

Cristina se encogió de hombros e ignoró la pregunta, como si no tuviese importancia. Fue hacia las cajas y colocó una mano sobre ella.

—¿De verdad que no quieres que te ayude con la documentación? —insistió—. Me sabe mal que tú te encargues de...

—No me importa —respondió interrumpiéndola—. Lo prefiero así —dijo con más contundencia y se giró de nuevo para observar el exterior.

Uno de los hombres delimitaba esta vez una zona, colocando clavos en la tierra y uniéndolos a través de unos hilos.

Conocía a Cristina desde hacía muchos años, siempre había sido

encantadora con ella y sabía que hablaba en serio cuando se ofrecía para ayudarla, pero el hecho de que su abuelo no le hubiese explicado nada de la investigación y que ella se negase a darle una mínima información...

Ladeó su rostro cuando Gael pasó a su lado rumbo a las cajas y cogió la primera.

—¿Qué harás con la documentación? —preguntó Lucía hacia ella.

—La escanaremos para tenerla informatizada. Así ocupará menos.

—¿Y el papel? Mucha de esa documentación está escrita a mano por mi abuelo. ¿Lo tirarás todo?

Aquella pregunta hizo que todos los allí presentes la mirasen.

—Bueno, si quieres puedes... puedes quedarte lo que desees una vez esté escaneado —respondió Cristina un poco acongojada.

Lucía asintió y apretó los labios. Solo pensar que podían destruir toda aquella documentación le entristecía y enfurecía a partes iguales. Su abuelo la había mantenido guardada toda su vida y no precisamente para que ahora, pocos días después de su muerte, pensasen en destruirla.

—Me gustaría quedarme unas cuantas cosas —dijo ella modulando esta vez el tono de voz.

—Claro —respondió rápidamente Cristina—, todo lo que quieras. —Señaló al informático—. Cuando Gael termine puedes llevarte lo que desees. ¿Cuánto puedes tardar en tenerlo todo? —preguntó al informático.

Gael enarcó una ceja hacia Cristina.

—¿Las cuatro cajas? —preguntó asombrado. Cristina asintió—. Un par de días, hay mucha documentación.

—No, tampoco... —intervino Lucía acelerada hacia Gael—, tampoco tiene que ser hoy ni mañana. Es solo... —volvió su atención hacia ella— que no te deshagas de ellas —acabó susurrando con cierto dolor.

Cristina se quedó observándola y, en ese momento, pudo detectar la tristeza en sus ojos.

—Claro, tranquila. Es la documentación de tu abuelo. Se escaneará y la guardaremos aquí hasta que puedas venir a por las cajas.

Lucía tragó saliva y asintió.

—Quizá en un par de horas pueda tener la primera —comentó Gael extrayendo la documentación de la caja.

—No, no... tranquilo —insistió Lucía—. De todas formas, yo me voy. No te preocupes.

Gael se quedó observándola unos segundos y finalmente asintió.

Se giró hacia Cristina y le sonrió.

—Será mejor que me vaya. Tenéis mucho trabajo —dijo. Cristina asintió y colocó una mano en su hombro mientras apartaba la cortina—. Encantada de conoceros —se despidió de los dos hombres.

En cuanto salieron se hizo patente el cambio de temperatura. Aquel calor te abofeteaba con toda su ira.

—Te acompaño al todoterreno —se ofreció Cristina a su lado—. ¡Ángel! —lo llamó—. ¿Puedes llevar a Lucía a su coche?

—Claro —respondió a pocos metros de ellas, dirigiéndose al todoterreno.

Por mucho que le diese vueltas al asunto no acababa de comprender cómo podía haber tanta gente ahí. ¿Qué era lo que buscaban? Ni siquiera su abuelo le había dado pista alguna o insinuado algo en ningún momento, de hecho, solo se había limitado a decir que durante unos meses lideraría una investigación en Doñana.

Acostumbrada a que le hablase de civilizaciones como las de El Cairo, Mesopotamia, la antigua Alejandría, los incas, los aztecas... en aquella ocasión, Lucía ni siquiera se interesó por aquello. Ahora, sin embargo, se daba cuenta de que su abuelo tenía algo grande entre manos, algo que ni siquiera a ella le había querido explicar.

En ese momento, recordó las fotografías que había recibido en su casa personalmente y la agenda roja. Normalmente, toda la documentación se enviaba siempre al punto de estudio para que la recogiese algún científico o encargado, pero, en aquel caso, había solicitado que se la enviaran a él personalmente. También estaba el tema de la agenda roja donde había apuntado números, dibujado símbolos... y que por alguna extraña razón había mantenido oculta en su propia casa.

Cuando llegaron al todoterreno, Ángel ya esperaba en el asiento del conductor.

—Perdona —dijo Lucía pensativa—, ¿sabes si mi abuelo hizo alguna inmersión hace unas semanas?

Cristina reflexionó unos segundos.

—Que yo sepa, no. Pero tampoco estaba enterada de todo lo que hacía. Desde luego si hizo algo así lo hizo por disfrute personal, no para esta investigación. —Lucía se quedó mirándola fijamente unos segundos hasta que le dedicó una sonrisa—. En cuanto tengas más documentación preparada, a poder ser de Doñana, coméntamelo.

—Claro, miraré a ver qué encuentro. Igualmente te seguiré trayendo todo cuanto ordene, aunque hay tanto que ordenar...

Cristina sonrió y dio un paso hacia atrás.

—Estamos en contacto y... —dijo ya girándose, volviendo hacia la caseta—, cualquier cosa que necesites, ya sabes. —Luego le hizo el gesto del teléfono subiendo su mano hasta su cara—. Llámame.

El camino de vuelta con Ángel había sido peor que el de ida, pues parecía que tenía prisa y pisaba más a fondo el acelerador.

La hora de trayecto hasta su casa la había pasado pensativa. Intuía que su abuelo estaba tras algo importante, algo que había mantenido oculto y que se había llevado a la tumba. No solía equivocarse, era una persona muy intuitiva y más si se trataba de su abuelo.

Hasta ese momento no había sido consciente de que cuando se veía con su abuelo ya no le explicaba nada sobre sus investigaciones o excavaciones, él se dedicaba a escucharla sin más. Lo conocía lo suficiente como para saber que aquel silencio no era porque no fuese algo importante aquello que investigaba, sino porque se trataba de un gran secreto que no quería revelar, al menos, de momento.

Puso el aire acondicionado al máximo mientras se adentraba ya en la urbanización de Montealto. Lo primero que haría sería darse una ducha y, luego, intentaría aclarar un poco el asunto.

El agua fresca hizo que se relajase. Estuvo cerca de quince minutos bajo el agua, intentando ordenar las ideas y convencerse a sí misma de que su abuelo no estaba ocultando información, pero... cuando se le conocía era difícil no creer en ello. ¿Por qué ocultó entonces aquella agenda roja? Y, sobre todo, ¿por qué apuntaba datos ahí que Cristina no conocía?

Salió de la ducha y se enrolló una toalla al cuerpo y otra a la cabeza. Por

suerte, aún tenía ropa allí, la que solía usar después de darse un baño en la piscina.

Entró en el que había sido su dormitorio y abrió el armario. No disponía de casi nada, pero al menos podría ir vestida mientras lavaba la ropa que había llevado puesta.

Se vistió con unos piratas color amarillo y una camiseta azul oscuro, se quitó la toalla de la cabeza y se pasó los dedos por su cabello liso.

Se quedó observando la estantería donde tenía aún multitud de libros, incluso una fotografía con su amiga Alicia, aunque otra cosa llamó su atención.

Caminó hacia ella mientras la melancolía se apoderaba de su mirada. Cogió entre sus dedos el colgante que su abuelo le había regalado. Era muy sencillo, apenas un trozo de barro con una menorá tallada.

Durante años no se lo había quitado, pero al iniciar el instituto lo había dejado sobre la estantería y había comenzado a ponerse collares más coloridos. Al fin y al cabo, era solo un trozo de piedra tallada por un molde.

En ese momento lo cogió entre sus manos, acariciándolo, paseando con delicadeza sus dedos sobre el colgante. No dudó en ponérselo y anudarlo al cuello.

## **ISRAEL, MEZQUITA DE TIBERÍADES JUNIO DE 2001**

Llevaba más de media hora golpeando las piedras que encontraba en el suelo, levantando polvo y lanzándolas lo más lejos posible.

Cinco días en Israel y su piel estaba totalmente bronceada de ir a la playa.

Hacía media hora que su abuelo había entrado en la mezquita junto a una mujer, «una colega», tal y como le había explicado mientras se dirigían hacia el lugar.

Se acercó de nuevo a la mezquita. Aquella construcción se notaba antigua, desgastada por el paso del tiempo.

No era muy grande y en su tejado brillaba una cúpula más clara que el ladrillo con el que la habían construido. A un lado había un alto minarete de color marrón oscuro.

La vegetación había comenzado a adueñarse de la parte superior,

dándole un colorido verdoso a parte del tejado.

Sabía que no debía interrumpir a su abuelo, pero tenía ganas de marcharse de allí e ir a la playa otra vez. Iba a acercarse cuando su abuelo salió de la mezquita con una gran sonrisa en su rostro.

Dirigió unas palabras en inglés a la mujer y estrechó su mano.

—Muchas gracias por la información, es justo lo que necesitaba — pronunció Laureano.

Lucía dio unos pasos rápidos hacia su abuelo para coger su mano.

—¿Nos vamos ya? —preguntó con ansiedad.

—Sí, pero primero vamos a dar un paseo —contestó mientras se dirigían a la salida del recinto, rodeado por un muro de varios metros.

—¿No vamos a la playa?

—No, iremos mañana. —Lucía resopló y puso cara de indignada—. Estoy en medio de una investigación... —explicó con una voz cargada de misterio, lo que hizo que la niña cambiase su gesto y lo mirase con entusiasmo.

—¿De qué?

—¿Quieres ayudarme? —preguntó con una sonrisa. Lucía asintió rápidamente mientras giraban por una esquina. La calle estaba llena de comercios. Laureano llevó la mano a su bolsillo y extrajo un documento, luego soltó a Lucía de la mano para desdoblarlo—. Mira.

Ella lo cogió y lo observó. Era la fotografía de una piedra amarronada.

—¿Otra piedra? —preguntó, lo que hizo que su abuelo riese.

—Es una losa —comentó agachándose a su lado—. Mira, ¿ves esto? —preguntó mientras señalaba la figura que surgía en relieve de la losa—. ¿Sabes qué es? —Lucía negó—. Es una menorá.

Ella lo miró confundida.

—¿Qué es una menorá?

—En hebreo significa «lámpara».

—Es lo que me había parecido, ¿es un aguantavelas? —preguntó entusiasmada con la idea de que su abuelo le explicase aquello.

—Un candelabro —concretó Laureano—. Dicen que significa «el espíritu de Yahveh».

—Pero ¿no me has dicho que es una lámpara? —preguntó confundida.

Laureano rio. No había nada como explicar a los niños la simbología de los objetos antiguos.

—Sí, pero también dicen que se parece a las zarzas que ardían en el monte Sinaí y que se presentaron ante Moisés. ¿Recuerdas cuando te expliqué eso?

Lucía asintió con énfasis.

—A mí me parece más un candelabro —insistió ella.

—Lo imaginaba —continuó con una sonrisa—. Mira —dijo señalando el brazo central—, según la profecía de Isaías el brazo central significa el espíritu de Dios, los brazos a cada lado del central el espíritu de la sabiduría y de la inteligencia. Los penúltimos hacen referencia al espíritu del consejo y de poder, y los de cada extremo al espíritu del conocimiento y de temor a Dios.

—Alaaaa —reaccionó entusiasmada.

—Y, ¿sabes qué? —preguntó de nuevo con misterio—. Esta es especial, diferente a todas.

—¿Por qué? —preguntó rápidamente.

—Las menorás —señaló la tallada en la piedra y que había fotografiado—, al igual que el candelabro, siempre se sustentan en una base redondeada; es como siempre las han representado.

Lucía miró intrigada el dibujo.

—Esta tiene tres patitas —dijo sorprendida—. ¿Por qué?

Su abuelo cogió la fotografía y la dobló, luego se puso en pie mientras cogía de nuevo la mano de su nieta.

—Eso es lo que hay que averiguar —dijo divertido.

—Ohhh, me gusta mucho. Es divertido —respondió mientras comenzaban a caminar—. ¿Y por qué crees que la de esta mezquita es diferente?

—Porque las personas que la tallaron mil ochocientos años atrás querían decirnos algo.

—¿El qué? —preguntó rápidamente.

Laureano se detuvo frente a un escaparate y miró hacia abajo, hacia Lucía.

—¿Te ha gustado? ¿Quieres una? —preguntó de inmediato.

Ella asintió viendo que, a través del escaparate, se exponían decenas de suvenires, entre ellos, colgantes con la menorá que su abuelo le acababa de enseñar.

—Te compraré la menorá de tres patitas —bromeó su abuelo mientras se agachaba—, pero debes recordar una cosa: este es el tesoro más importante que tendrás nunca.

Ella lo miró asombrada.

—¿Por qué?

—Algún día lo descubrirás.

## 6

Eran las tres de la mañana y seguía sin un ápice de sueño. Su excursión a Doñana y la conversación con Cristina no habían hecho más que aumentar su curiosidad por lo que su abuelo investigaba.

Lo primero que había hecho era concretar en un documento a ordenador todo lo que ponía en la agenda roja que su abuelo se había molestado en esconder. La lista era más larga de lo que había pensado al dar un primer vistazo.

Los recuerdos afloraban a su mente con algunas de las anotaciones en las que hacía referencia su abuelo a un viaje. Al menos, todos aquellos datos que su abuelo se había molestado en apuntar podría encontrarlos en la multitud de cajas que había en las tres habitaciones.

Algunos de los lugares a los que su abuelo hacía referencia no los había visitado, aunque estaban relativamente cerca.

Conocía Los Alcornocales, un parque natural que se extendía a lo largo de 170 000 hectáreas entre la provincia de Cádiz y Málaga, en el que podía encontrarse la masa forestal de alcornoques más extensa del mundo. A duras penas tardaría en llegar una hora en coche. El problema era, ¿por qué su abuelo había apuntado aquel nombre allí? ¿Qué lo hacía tan importante como para que el nombre de Los Alcornocales estuviese subrayado con dos rayas? Ni siquiera sabía a qué se refería. Además, iba acompañado de una secuencia de números a los que, por más que hacía cálculos con ellos, no les encontraba lógica alguna.

Se había dirigido a las habitaciones y buscado por encima cajas que trataran sobre aquel tema, pero no había nada. Lo más sorprendente era que tampoco aparecía en la actual investigación que estaba llevando a cabo en Doñana..., así que, una de dos: o no tenía realmente nada que ver y su abuelo lo había apuntado por ser un parque de su agrado, o era algo que pretendía tener oculto al igual que la agenda donde lo había apuntado.

Otro lugar eran las Minas de Riotinto, en Huelva. Recordaba haberlas visitado cuando era pequeña. Tenía un grato recuerdo de aquella excursión. Su abuelo se había levantado temprano y había recorrido las dos horas de

distancia en coche hasta el lugar. La zona era increíble, llena de colores vivos. Sobre eso tampoco había encontrado información en las carpetas de su actual investigación.

Otro emplazamiento era Cancho Roano: aquel lugar no lo había escuchado nunca, así que se había limitado a buscarlo por internet y, para su sorpresa, había marcado la ubicación del lugar en Badajoz, Extremadura, a casi tres horas de distancia en coche desde Jerez de la frontera. Por lo que había leído se trataba de uno de los yacimientos arqueológicos tartésicos mejor conservados de la península ibérica, datando su construcción del siglo VI a. C. Aquello ya sí había captado su atención.

Su especialidad era la cultura clásica, concretamente la griega, y sabía que ese, Tartessos, era el nombre con el que los griegos conocían a la que posiblemente fuese la primera civilización de Occidente.

Otra de las zonas que no le sonaba para nada era la Cueva de Toril, así que, tras realizar también la búsqueda, teniendo claro que se trataba de algún lugar nacional, la había encontrado a más de cuatro horas de Jerez, en Jaén. Lo que le había llamado la atención del lugar era que un conocido arqueólogo español explicaba que en aquella cueva había un calendario solar único.

Desde luego, su abuelo había apuntado los yacimientos del sur de España más importantes o, al menos, eso creía ella, pero lo sorprendente era cuando algunas de estas zonas iban en la misma página unidas con flechas a palabras como «Museo de Badajoz», «Alcornocales» y una sucesión de números que conformaban claramente una coordenada: «36° 26' 0" N», «5° 30' 0" W», «cerámica de Sevilla», «pinturas rupestres en Galilea», «zodiaco de Dendera» o incluso las palabras «menorá en Israel». Aquello fue lo que la hizo reaccionar totalmente.

Cogió el colgante que llevaba anudado al cuello y lo observó.

Estaba claro que su abuelo se refería a la menorá que le había mostrado aquel junio de 2001 en Israel. Recordó las palabras de su abuelo:

«—Te compraré la menorá de tres patitas, pero debes recordar una cosa: este es el tesoro más importante que tendrás nunca.

—¿Por qué?

—Algún día lo descubrirás».

Si hasta aquel momento había tenido alguna duda sobre que su abuelo

hubiese anotado aquellos lugares al azar, ahora tenía claro que no era así. Debía haber algo que relacionase todo aquello.

Su última anotación era de hacía dos semanas: «Inmersión S. P.». No sabía qué significaba aquello. Sin embargo, Cristina no sabía nada sobre ello. ¿Acaso buscaba su abuelo algo en concreto?

¿Cómo podía relacionarse todo aquello? Aún no lo sabía, pero estaba dispuesta a averiguarlo. Lo único que tenía claro es que debía haber alguna conexión dado que su abuelo había dibujado varios símbolos: jeroglíficos egipcios, barcos navegando y aquel extraño círculo con varios más en su interior, cada vez más pequeños. Aquella era la única conexión que había encontrado de momento y tampoco estaba segura del todo, pues en las fotografías que habían tomado de las marismas de Doñana podía intuirse aquel mismo símbolo. Quizá fuese únicamente un dibujo de cómo se veía Doñana desde el cielo... No obstante, ¿por qué razón iba a ponerle Fernando Cuevas, el fotógrafo, «Siempre tienes razón»?

Se había acostado sobre las cinco de la madrugada y a duras penas había logrado conciliar el sueño más de media hora seguida. Lo primero que debía hacer era intentar encontrar un nexo entre dos zonas y a raíz de ahí buscar si ese mismo nexo se repetía en todas, y sabía que, para ello, lo mejor era visitar las zonas que su abuelo había apuntado, aunque primero quería asegurarse de si su abuelo había hecho mención de alguno de aquellos lugares en las carpetas de Doñana o en algún documento guardado en las cajas que acumulaba en las habitaciones.

No se negaba a entregárselos a Cristina, pero sería con posterioridad a que ella los examinase. Estaba claro que Cristina no quería informarla sobre la investigación, así que ella se dedicaría a investigar lo que su abuelo había apuntado y codificado en aquella agenda.

Para cuando Alicia llamó al timbre Lucía ya se había dado una ducha para despejarse. En otras circunstancias se estaría arrastrando por las esquinas, pero en aquel momento era tal la adrenalina que recorría sus venas que se sentía con la energía al cien por cien, pese a no haber dormido casi nada aquella noche.

Tras tomar un café y una vez Alicia se aseguró de que tenía la nevera llena se habían puesto manos a la obra.

Había elaborado una lista sobre la documentación que, si Alicia encontraba, debía apartar. No había dado explicaciones de nada, simplemente que eso debía ir aparte. Cualquier documentación relacionada con España, Malta, Egipto y Galilea se pondría en una caja diferente.

Como el día anterior, Alicia se había encerrado en una de las habitaciones e iba clasificando la documentación que encontraba. Lucía ya había dejado el despacho y se había introducido en la segunda habitación.

Movió unas cuantas cajas a un lado y fue a por la siguiente. Notó cómo la electricidad recorría su columna cuando al abrir otra de las cajas vio una carpeta con el nombre de Jaén. Ahí es donde había visto que estaba ubicada la Cueva de Toril que su abuelo había reseñado en su agenda.

La cogió de inmediato y la colocó sobre sus rodillas. La abrió y se quedó sorprendida, no había mucha documentación. Apenas unas cuantas fotografías y documentos, aunque nada referente a la cueva. Se quedó extrañada mirando las imágenes de una tinaja de cerámica, color marrón, bastante antigua, aunque notó que se le cortaba la respiración cuando observó a fondo la fotografía. De nuevo, aquel símbolo de los tres círculos concéntricos, aunque, en este caso, una línea atravesaba el símbolo hasta el medio, como si se tratase de un radio, aunque un poco más largo.

¿De qué iba todo eso? Llevaba dos días con las cajas de su abuelo y había visto aquel símbolo decenas de veces. Primero en las fotografías del suelo de Doñana, luego en la agenda, realizados a mano con un bolígrafo y, ahora, esto.

Resopló y en ese momento cayó en la cuenta. El amigo de su abuelo, Fernando Cuevas, le había enviado las fotografías de Doñana donde podía intuirse ese mismo símbolo en el suelo con el pósito diciendo que tenía razón. Él podría aclararle aquello, aunque, por otro lado, era el fotógrafo que solía acompañarlo en las expediciones y conocía también a Cristina. Si le contaba aquello, seguramente se pondría en contacto con la reciente nombrada directora para decirle que contaba con documentación sobre la actual investigación. Por otro lado, debía tener en cuenta que aquella documentación se la había enviado directamente a su abuelo, no al lugar de trabajo.

Se quedó observando el símbolo. Jamás lo había visto. No se trataba de

ningún símbolo griego o romano, eso estaba claro.

Sabía que para algunas culturas el círculo tenía un significado religioso, dado que Dios tiene su centro en todas partes, incluso era una representación de lo absoluto, de la perfección, de lo espiritual. Pero eso era un círculo, no tres.

Suspiró y se quedó pensativa. Se puso en pie de inmediato y se dirigió al despacho.

—¿Cómo vas Alicia? —preguntó pasando por delante de la habitación.

—Aquí estoy, inmersa en Perú —bromeó su amiga sin apartar la mirada de los documentos.

Depositó la carpeta con el nombre de Jaén sobre las dos de Doñana y encendió el ordenador. No se fiaba mucho de internet, pero en aquel momento podía más su curiosidad.

Una vez encendido el ordenador accedió al buscador y tecleó «simbología con círculos». Fue al apartado de fotografías y comenzó a mirar. Se detuvo unos segundos mirando las fotografías de los Stonehenge, aquellas enormes formaciones de piedras dispuestas en círculos, aunque aquello no era lo que buscaba.

Círculos en llamas, círculos gemelos, triples círculos que formaban una pirámide, un círculo alado...

Llevó directamente el ratón a una fotografía en la que aparecían círculos concéntricos. Aunque no era idéntico al símbolo dibujado en la cerámica de la fotografía, aquella era la idea: círculos concéntricos.

Entró en la web y leyó con atención. Los círculos concéntricos representaban los grados de desarrollo, de evolución de la consciencia del ser y el perfeccionamiento.

Soltó el ratón del ordenador y se apoyó contra la butaca. ¿Era un símbolo sobre la evolución del ser humano?

Se levantó de la silla cuando escuchó el tremendo grito de su amiga y salió disparada del despacho.

—¿Alicia? —gritó corriendo por el pasillo.

—Ahhh... qué asco, por Dios, ¡qué narices es esto!

Lucía derrapó sobre el suelo y se sujetó al marco de la puerta, asustada y con el corazón a mil por hora.

—¿Qué pasa? —preguntó acelerada.

Alicia se removió inquieta, con cara de asco y señaló hacia delante, con la mirada clavada en un objeto.

Lucía resopló en cuanto lo vio y se llevó la mano al corazón. Entró en la habitación a paso más relajado.

—Qué escandalosa eres —la riñó. Luego prestó toda su atención hacia el punto que Alicia miraba con temor—. Así que aquí estás... —ironizó.

—¿Cómo que aquí estás? ¿Qué narices es eso? —gritó de los nervios.

—Eh, calma... Es una cabeza reducida —dijo con los dientes apretados—. Se llama *tzantza*.

—¿Cómo que se llama *tzantza*? ¿Le has puesto nombre? —gritó de los nervios.

—¡No! Se les llama así. Es una práctica normal del pueblo indígena Shuar.

—¿Normal? —gritó Alicia.

—Es un talismán... —La miró y le hizo un gesto de burla—. Se la regalaron a mi abuelo cuando fue a la selva amazónica.

—Qué detalle —bromeó con gran ironía—. ¿Qué vas a hacer con ella?

Lucía arqueó una ceja hacia ella.

—¿Qué quieres que haga? —preguntó sin comprender.

—¿La vas a dejar aquí? —Dio unos pasos hacia atrás—. No, ni hablar... no pienso estar en la misma habitación que... que eso. ¡Tírala!

Lucía resopló y se quedó observando la cabeza reducida. Luego miró las cajas que su amiga había acumulado al otro lado de la habitación.

—¿Cuántas cajas has hecho?

—Una de Ecuador y dos de Perú.

Esta vez miró a Alicia con una gran sonrisa.

—Le llevaré las cajas a Cristina esta tarde...

—Puede que la minicabeza le interese —reaccionó Alicia.

Lucía ladeó su cabeza con una sonrisa.

—Quizá algún día se la lleve.

Después de terminar de comer, había cargado las cajas en el coche y partido rumbo a Doñana, esta vez sin avisar a Cristina. La excusa de llevarle

aquella documentación era perfecta para acudir al lugar, poder observar la excavación e intentar averiguar de qué iba todo aquello.

Solo cuando le faltaba media hora para llegar al parque de Doñana marcó el teléfono de Ángel, el guía.

—¿Sí?

—Buenas tardes —pronunció Lucía acercándose al micrófono que tenía en el salpicadero para que la escuchase mejor—. ¿Ángel?

—Sí, soy yo —respondió al momento.

—Hola, soy Lucía, Lucía Molina, la nieta de Laureano. Nos conocimos ayer cuando...

—Sí, hola, Lucía —dijo con una voz amistosa—. ¿Qué tal?

—Bien... —respondió mientras tomaba un desvío y salía de la autovía —, verás, no sé si te importa, pero como me diste tu número... Voy hacia Doñana para entregar más...

—¿Estás aquí ya? —preguntó directamente.

—No, llego en menos de media hora.

—Si quieres espérame donde ayer y te paso a buscar.

Aquella respuesta la tranquilizó. Le sabía mal causar algún contratiempo, pero al menos Ángel parecía dispuesto a cumplir su promesa del día anterior.

—Muchas gracias. ¿Estás en la excavación? —preguntó como si nada, intentando sacar algo de información por si estaba con Cristina.

—No, estoy a diez minutos del punto de recogida de ayer.

—Ah, de acuerdo.

—Sí, no te preocupes, no me pilla lejos —respondió como si esa fuese la causa de la pregunta de Lucía—. Nos vemos cuando llegues, allí estaré.

—Muchas gracias —repitió antes de colgar.

Al menos contaba con el factor sorpresa. Era posible que Ángel avisase a la excavación de que se dirigiría hacia allí, aunque seguramente pensaría que ya había hablado ella.

Durante todo el trayecto su mente no dejó de intentar hallar una conexión. Aquel símbolo sabía que era importante, su abuelo lo había dibujado varias veces y, además, parecía encontrarse en el subsuelo de Doñana, aunque también podía tratarse de una mera ilusión óptica. Pero lo

cierto es que, según la definición de aquel símbolo, se trataba de la evolución de la consciencia humana. Debía hablar con el fotógrafo para que le aclarase el asunto.

Ángel se encontraba allí esperándola y, de nuevo, la recibió con una gran sonrisa.

—Hola, cuánto tiempo —bromeó acercándose.

Ella le devolvió a sonrisa.

—Sí —bromeó—, muchas gracias por venir a buscarme.

—No hay problema —comentó dirigiéndose a la parte trasera del vehículo— ¿Cuántas cajas has traído hoy?

—Tres.

El guía se encogió de hombros y tomó la primera.

—Bueno, menos que ayer. —Se resignó—. Todo un alivio. Y pesa menos... —dijo con una sonrisa mientras se dirigía al todoterreno.

—Esa pesa bastante más —dijo angustiada.

Ángel soltó la caja en su vehículo y fue a por la segunda caja.

—He cargado cosas que pesan más que todo lo que has traído hasta ahora —bromeó haciéndose el machito.

Lucía arqueó una ceja y prefirió no preguntar de qué se trataba, pues por el tono socarrón con el que lo había dicho podía intuirlo.

—Sube al coche, no estés mucho tiempo al sol sin gorra o te puede dar una insolación —le recomendó.

Lucía subió al asiento del copiloto y cuando Ángel acabó de cargar las tres cajas cerró los dos maleteros. Apretó el botón de cierre centralizado y el vehículo emitió unas luces.

El guía se puso al volante, se quitó su gorra, la dejó atrás y encendió el aire acondicionándolo al máximo.

—¿Has tenido mucho trabajo? —preguntó Lucía mientras iniciaban la marcha.

—Una ruta por la mañana —explicó—. Ahora por la tarde tengo otra.

Ella asintió mientras se maravillaba de nuevo con el paisaje. Miró de reojo al guía y apretó los labios.

—¿Has avisado de que voy?

Ángel chasqueó la lengua como si hubiese cometido un error.

—No, ¿debía hacerlo? —preguntó directamente.

—No, no. Prefiero que sea así, de esta forma no molesto tanto.

Bueno, la realidad es que confiaba en poder observar mejor e intentar averiguar algo.

## 7

Cuando bajó del todoterreno una suave brisa echó su mechón de cabello castaño hacia atrás. Se colocó una mano frente a los ojos para que el polvo que arrastraba el viento no la molestase y paseó la mirada por todo el horizonte.

De nuevo, decenas de personas caminaban por el campamento improvisado, aunque detectó que había menos que el día anterior.

—Hay menos gente hoy —comentó mirando de un lado a otro.

—Sí, creo que hoy hacían otras pruebas de esas que hacen los científicos no sé dónde... —pronunció mientras colocaba una caja encima de otra y las cargaba.

Lucía se colocó a su lado y caminó hacia la carpa donde se había reunido con Cristina la jornada anterior.

—¿Cristina no está? —preguntó mientras echaba la tela de la carpa a un lado y observaba el interior. No había absolutamente nadie.

—Pues... —respondió soltando las cajas en el suelo, luego miró de un lado a otro—, parece que no. —Y acabó sonriente—: Voy a por la otra caja.

Lucía se adentró más en la carpa mientras observaba a Ángel dirigirse al todoterreno.

Miró de un lado a otro. Si Cristina no se encontraba allí podía aprovechar para mirar algunas cosas.

Se acercó con sigilo a la mesa, observando a través de la rendija de la carpa cómo Ángel llegaba al todoterreno para coger la caja restante.

Se giró hacia la mesa y observó. Había un par de mapas de la zona sobre la mesa y un ordenador portátil con la pantalla abierta.

Rodeó la mesa y se colocó ante la pantalla.

—Mierda —susurró al ver que estaba en modo suspendido.

Llevó la mano al ratón y lo movió suavemente haciendo que se reiniciase.

Justo en ese momento Ángel entró con la caja que faltaba y se dirigió al otro lado de la carpa. Lucía dio un paso atrás distanciándose del ordenador.

—Pues ya está —comentó Ángel girándose hacia ella, secándose el

sudor de la frente.

—Te lo agradezco. —Miró hacia los lados sin saber qué hacer—. Si no te importa, esperaré un poco por si viene Cristina.

Ángel asintió.

—Claro, sin problema. —Se dirigió hacia afuera de la carpa—. Yo estaré por aquí un rato. Avísame cuando acabes.

Ella asintió con una sonrisa y cuando Ángel ya había abandonado la carpa se adelantó de nuevo hacia el ordenador. Se quedó observando la pantalla. Aquello sin duda era trabajo de Gael, el informático. Había dibujado un plano en 3D y parecía que se distribuía en capas, como si hubiese cortado la tierra por el medio. Llamó su atención que, aunque muy flojo, se habían representado unos círculos sobre los cortes de tierra. ¿Eran esos los círculos que ella había visto en las fotografías? ¿Tenían constancia de ello? ¿Les había informado su abuelo de ese hallazgo?

Dio un respingo hacia atrás cuando escuchó que alguien entraba en la carpa.

Cuando se giró su mirada coincidió con la mirada azulada de Gael, que se quedó totalmente paralizado al encontrarla ahí.

Se quedó observándola unos segundos, aunque Lucía pudo detectar la suspicacia de su mirada. La había pillado hurgando en sus cosas.

—Hola —sonrió ella intentando aparentar serenidad.

Gael se dirigió a la mesa, aunque a paso lento. Llegó hasta su lado y miró el ordenador con la pantalla encendida.

Miró a Lucía con una ceja enarcada y apagó el ordenador simplemente cerrando la tapa.

—Lucía, ¿verdad? —preguntó con aquel acento italiano.

Ella apretó los labios.

—Sí. —Inspiró intentando calmarse, pues Gael la observaba fijamente incrementando sus nervios—. He traído más cajas con documentación de mi abuelo. —Señaló hacia ellas intentando dar algo de conversación. Gael se giró para observarlas y asintió. Aquel hombre era como una estatua, no parecían incomodarle los silencios, al contrario que a ella—. ¿Sabes si va a venir Cristina?

Iba a responder justo cuando la susodicha entró en la carpa acompañada

de otro de los miembros de la investigación, Georgeos, creía recordar.

—Quiero que se pasen los datos lo antes posible a la computadora. Tiene que estar todo listo para... —Se quedó en silencio cuando vio a Lucía allí—. Hola, Lucía —pronunció con asombro.

—Hola —respondió Lucía rápidamente, dando unos pasos hacia delante y distanciándose del informático.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó pasmada.

Lucía sonrió, bastante incómoda, y señaló las cajas.

—He tenido la mañana libre y he hecho unas cuantas cajas más. Pensaba que estaría bien traértelas.

Cristina no salía de su asombro. Se giró y miró las cajas, luego se acercó a ellas.

—Vaya, gracias —contestó arrodillándose frente a ellas—. No tenías por qué preocuparte tanto...

—Me dijiste que era urgente —susurró mirando de reojo a Gael, el cual no apartaba la vista de ella.

—¿Son de la excavación actual?

—No, no... —respondió acercándose a ella—. Son de Sudamérica —continuó nerviosa, pues incluso desde aquella distancia podía intuir la mirada de Gael clavada en su nuca—. Voy por orden de lo que voy encontrando —se excusó.

Cristina se puso en pie y miró a Gael.

—¿Has escaneado algo de lo que trajo ayer?

—Sí —respondió con la mirada fija en Lucía. Luego señaló una caja—. Aunque solo una de ellas.

—No importa —reaccionó rápidamente acercándose a la caja para cogerla—, hay mucha documentación, poco a poco. La cojo y me voy —pronunció agachándose. Pesaba lo suyo y le costó más de la cuenta ponerse en pie de nuevo, pero para cuando estaba consiguiendo ponerse recta Gael se la quitó de las manos y la colocó en su regazo—. Gracias.

—No te preocupes —contestó directamente—. Te acompaño al coche.

Aunque su tono sonaba cordial, un suave tinte de seriedad en su voz le dio a entender que había sido cazada husmeando en su trabajo.

Cristina se acercó por detrás.

—¿Mañana traerás más cajas? —preguntó.

Se giró directamente hacia ella, con el corazón desbocado por los nervios.

—No lo sé. —Se encogió de hombros—. Depende de cómo me levante de ánimos. —Cristina asintió sin decir nada más, aunque ya que estaba allí podía aprovechar para sacar algo de información—. Ángel me ha dicho que estáis haciendo unas pruebas...

—Sí —comentó sin darle mucha importancia—, son rudimentarias —dijo girándose hacia la mesa, acercándose y mirando un plano—, hemos cogido unas muestras de tierra para analizarlas.

—Ah —contestó mientras veía cómo ella observaba los mapas fijamente—, ¿para qué? —preguntó con inocencia.

—Pues para saber su composición —remarcó con voz divertida mientras se giraba hacia ella.

Lucía asintió y luego detectó cómo Gael se le acercaba más. Bueno, al menos la respuesta que le había dado aquella vez se adecuaba a lo que había visto tanto en los mapas como en el ordenador, aunque aquello no despejaba sus dudas ni el porqué de aquellos círculos concéntricos.

—La próxima vez que vengas avísame antes —comentó con ternura mientras se giraba hacia ella—, así no te haré esperar.

—No importa. Ha... ha sido improvisado, no sabía qué hacer y... —la mirada de Gael la estaba poniendo cada vez más nerviosa—, será mejor que me vaya —acabó la frase con un suspiro.

—De acuerdo, cariño —dijo Cristina—. Ve con cuidado y muchas gracias por las cajas.

—De nada —contestó dirigiéndose fuera de la carpa.

Se obligó a tomar aire nada más salir, aunque de nuevo notó cómo los latidos de su corazón aumentaban cuando Gael se situó a su lado portando la caja.

—¿Has venido con Ángel? —preguntó mirando el todoterreno de los guías del parque.

Ni siquiera contestó, se limitó a asentir sin decir nada. Ambos se dirigieron al vehículo y cuando llegaron Gael soltó la caja sobre el capó.

Aunque no la miró directamente y parecía buscar al guía para avisarlo, sí

pudo intuir cómo la miraba de soslayo.

Aquella situación era desesperante, comprendía aquella actitud por parte de él, que se hubiese sentido asaltado en su trabajo, pero también agradecía que no hubiese dicho nada en presencia de la recién nombrada directora de la investigación.

—Ayer dijiste que conocías a mi abuelo —pronunció.

Gael la miró seriamente y luego desvió su atención hacia el otro lado alzando la mano.

—¡Ángel! —gritó llamando la atención del guía, que se encontraba hablando con uno de los trabajadores. Se giró hacia ella y colocó las manos en su cintura en actitud despreocupada. Era bastante alto, sin duda superaba el metro ochenta y cinco. Su cabello corto castaño oscuro y su tez morena de estar muchas horas bajo el sol contrastaban con sus ojos azules, aunque, hasta ese momento, no había sido consciente de su tonalidad. Eran de un azul oscuro, casi añil, aunque con la luz del sol se aclaraban—. Sí, claro que lo conocía, trabajaba con él. —Aunque su gesto era impasible, su tono de voz sonó amable.

Ella asintió.

—¿Lo conocías desde hacía mucho?

Gael chasqueó la lengua y miró de reojo cómo se acercaba Ángel, parecía desesperado por alejarse de ella, como si se sintiese indignado por la situación en la que la había encontrado.

—Sí, bastante.

—¿Te refieres desde que se inició la investigación aquí? —preguntó intrigada.

Gael pestañeó sorprendido por la pregunta.

—Bastante más. Llevo casi diez años viviendo en España —explicó.

Ella asintió y se giró hacia Ángel, que se acercaba con una sonrisa. El guía puso una mano en el hombro del informático a modo de saludo y luego cogió la caja repleta de documentos.

—¿Nos la llevamos? —preguntó a Lucía.

—Sí —respondió directamente.

—Hoy ha sido una visita rápida, ¿eh? —bromeó mientras iba al maletero.

—Sí —volvió a responder.

—Y bien aprovechada —intervino Gael llevándose una mirada contrariada por parte de ella. De acuerdo, allí estaba su reprimenda. No pudo hacer otra cosa que apretar los labios y aguantar el chaparrón. Al menos, la insinuación solo había sido detectada por ella. Gael miró a Ángel cerrar la puerta del maletero y dirigirse al asiento del conductor—. Hasta luego, Ángel. —Se despidió de este mientras avanzaba, aunque se giró hacia Lucía y le dedicó una leve sonrisa—. Hasta la próxima, Lucía. Sé buena.

Lucía puso su espalda erguida de inmediato y enarcó una ceja mientras lo observaba alejarse.

Ángel la miró contrariado al ver su gesto, tenía la mandíbula un poco desencajada.

—A mí me lo parece.

En ese momento Lucía reaccionó.

—¿Qué?

—Que parece buena chica —apuntó señalándola con la mano.

—Gracias —contestó sin saber qué responder a aquello.

Suspiró y rodeó el todoterreno para dirigirse a la puerta del copiloto.

Tras pasar por Sanlúcar de Barrameda y coger algunas prendas más de vestir había vuelto a Jerez de la Frontera, aunque antes había tenido que enfrentarse a un gran atasco que había agotado su paciencia.

Cuando por fin llegó eran más de las ocho de la tarde y tenía los nervios a flor de piel, además comenzaba a notar cómo los efectos de la noche anterior sin dormir comenzaban a pasarle factura.

No dudó en llamar a Alicia, necesitaba una buena dosis de sueño y no pensaba levantarse al día siguiente a las ocho de la mañana. Estaba de vacaciones y, de momento, no había disfrutado ni un solo día en condiciones.

No pudo evitar observar la fotografía que su abuelo había colocado sobre la estantería, donde se veía a Laureano con ella pasando un brazo sobre sus hombros, acercándola en actitud cariñosa. Aquella fotografía la habían hecho hacía poco menos de un año, justamente en el jardín de aquella casa, junto a la piscina.

Fue hasta ella y la cogió mientras los tonos del móvil sonaban.

—Hola —respondió la voz de Alicia—, ¿qué tal?

—Hola. Bien, acabo de llegar a casa de mi abuelo. ¿Estás en el trabajo?

—Estoy saliendo por la puerta. Al fin —respondió con voz agotada—, menuda tarde he tenido. No quiero ni explicártela. ¿Va todo bien?

—Sí, sí —respondió. Lucía fue hasta la butaca de su abuelo y se sentó sujetando la fotografía en una mano, enmarcada en un marco de plata cuadrado—. He estado en Doñana esta tarde.

—¿Hasta ahora? —preguntó extrañada.

—He pillado caravana para volver.

Alicia resopló.

—No me digas que hay caravana, voy a subirme al coche ahora. Espera, que conecto el manos libres —informó. Segundos después pudo escuchar cómo el motor de su vehículo arrancaba y la voz de Alicia, aunque clara, llegaba más lejana—. ¿Y cómo has ido? ¿Le has dado la minicabeza a Cristina?

Aquella pregunta le hizo sonreír.

—No, no se la he dado.

—¡¿Sigue ahí?! —preguntó con un grito, lo que hizo que Lucía sonriese más aún.

—Sí, la he guardado, ya se la daré otro día. Hoy ya llevaba suficientes cajas.

—Tienes que deshacerte de ella ya —ordenó—. Y, ¿cómo ha ido?

Lucía se encogió de hombros.

—Bien, le he entregado las cajas y me he vuelto —comentó mientras observaba la sonrisa de su abuelo—. Quería comentarte que esta noche no he dormido mucho, estoy bastante cansada...

—Ya te lo he notado esta mañana, menudas ojeras llevabas —la cortó.

Aquello hizo que Lucía frunciese el ceño.

—Gracias —ironizó—. ¿Te parece bien si mañana nos tomamos el día libre de cajas?

—Yo lo que tú digas. —Se quedó unos segundos en silencio—. Pero sí, me parece bien, debes descansar y dormir todo lo que puedas.

—Creo que necesito una buena dosis de sueño.

—Me parece estupendo, es lo que tienes que hacer —reaccionó su

amiga—. Pero no te pongas a ordenar cajas tú sola.

—No, descuida, a no ser que me aburra mucho —rio—, cosa que dudo porque voy a caer redonda en cuanto me acueste.

—De acuerdo, piensa que yo mañana acabo también a las ocho de la tarde, pero el sábado y el domingo no trabajo, así que tenemos todo el fin de semana para poner orden. Descansa mañana.

Lucía asintió.

—Sí, es lo que haré.

—De acuerdo, e igualmente cualquier cosa me llamas, ¿eh?

—Por supuesto.

—Pues venga —continuó con voz más animada—, a dormir como las niñas buenas.

Aquella frase hizo que la imagen de Gael apareciese en su mente.

—Sí, sí... Ahora mismo me voy a dormir.

—Buenas noches.

—Igualmente —contestó antes de colgar.

Dejó el móvil sobre el escritorio y pasó unos segundos más observando la fotografía. La habían tomado en pleno invierno. Los dos iban con un voluminoso abrigo y el gorro puesto. En cierto modo, aquella fotografía era divertida. Su abuelo tenía las mejillas y la nariz coloradas por el frío.

Se incorporó en la butaca y cogió el documento que había redactado con todo lo que había en la agenda roja.

—Vamos a ver... —susurró. Miró el listado durante unos segundos—. Malta, Egipto e Israel —pronunció las ubicaciones internacionales que su abuelo había apuntado. Se levantó y se dirigió a la habitación que estaba ordenando Alicia. Necesitaba encontrar aquella documentación y analizarla con calma y, aunque sabía que no tardaría en caer rendida, al menos la apartaría de la habitación para tenerla a mano y documentarse al día siguiente, aunque eso debería esperar a la tarde, por la mañana tenía otra cosa en mente. Estaría bien averiguar para qué su abuelo había hecho una inmersión. Cristina le había dicho que no tenía constancia de ello, sin embargo, aparecía en la agenda junto al resto de información.

Entró en la habitación y comenzó a remover cajas.

## 8

Aquel día había dormido hasta las once. Lo necesitaba y le había sentado genial. Con las pilas cargadas tras darse una ducha y tomar un buen desayuno se había sentado de nuevo en el escritorio de su abuelo y había encendido el ordenador.

Cogió la agenda y fue hasta la fecha en la que Laureano había escrito de su puño y letra: «Inmersión S. P.».

Aquello era lo primero que debía averiguar. ¿Dónde había hecho aquella inmersión y buscando qué?

Abrió internet y buscó los puertos marítimos cercanos. Desde que su abuelo había iniciado la investigación en Doñana sabía que había dormido cada día en su casa, por lo que la inmersión no se habría llevado a cabo muy lejos de allí. Seguramente, su abuelo habría contratado algunos buzos y una lancha, ya que él no disponía del equipo necesario. Lucía se preguntó a qué profundidad habrían llegado durante la inmersión.

Los únicos puertos marítimos que conocía por la zona eran el puerto de Chipiona y el de Rota. Para comenzar podría ir a esos dos, preguntaría a los lugareños si su abuelo había alquilado alguna lancha e intentaría localizar al propietario.

Cogió bolígrafo y papel y apuntó el nombre de los dos puertos. Miró la pantalla del ordenador y fue apuntando los nombres de otros puertos marítimos que le quedaban a poca distancia. Iría visitando uno por uno hasta encontrar lo que quería: Puerto Sherry, Puerto América, el puerto de Cádiz, el puerto de Gallineras, el puerto de Sancti Petri...

Se quedó unos segundos paralizada observando aquel nombre: puerto de Sancti Petri.

Cogió la agenda de su abuelo y miró de nuevo: «Inmersión S. P.». El nombre de aquel puerto se correspondía con las letras «S. P.». Puede que fuese mera casualidad o que estuviese viendo una relación donde no la había, pero recordaba que su abuelo solía clasificar muchos documentos según las iniciales del lugar.

Durante unos segundos, antes de abandonar el despacho, observó las

cajas que había dejado allí. La noche anterior, había encontrado varias carpetas sobre los lugares apuntados por su abuelo en la agenda, pero aquello debería esperar. Debía fijarse un objetivo y su objetivo ahora era intentar adivinar qué buscaba su abuelo en aquella inmersión.

Cogió el bolso y una fina chaqueta y salió de la casa.

Descartó ir primero al puerto de Chipiona o al de Rota. En su lugar, el primer puerto al que se dirigiría sería el de Sancti Petri. Tenía una corazonada con aquel lugar.

El GPS indicaba cerca de cincuenta minutos para llegar. No le importaba.

Sancti Petri era un pequeño poblado perteneciente al término municipal de Chiclana de la Frontera. Su nombre provenía del latín y traducido significa San Pedro, el patrón de los pescadores, puesto que allí, ante todo, residían pescadores. Estos mismos, en 1929, habían formado el Consorcio Nacional Almadrabeto, iniciando una boyante actividad pesquera que funcionó durante años hasta que, a mediados de los años setenta, la pesca del atún comenzó a escasear y finalmente el consorcio cerró.

Pero aquella, según la historia del lugar, no era la época en la que Sancti Petri se había consolidado como un gran pueblo pesquero. En la historia, aquel era un asentamiento fenicio donde se erigió el hermoso templo de Melkart, el dios del comercio y, tras la destrucción de este, se erigió el templo del Hércules gaditano. Las ruinas de aquel templo, conocido comúnmente en el lugar como el Castillo de Sancti Petri, habían sido reformadas convirtiéndose en una fortificación defensiva situada en el islote que llevaba el mismo nombre, el islote de Sancti Petri, ubicado justo en frente del caño de San Fernando. Anteriormente, había formado parte de la fortificación que protegía la entrada.

Tomó el desvío hacia el puerto marítimo atravesando la parte habitada del pueblo, con sus grandes hoteles, pues el casco antiguo llevaba años abandonado.

Los complejos hoteleros tenían un aire majestuoso, con sus enormes jardines interiores con piscinas, zonas de relax y bares, algunos de ellos con playa privada.

Llegó hasta el puerto marítimo y aparcó el vehículo. Era bastante

pequeño, nada comparable a puertos como el de Cádiz o Sanlúcar, aunque el paisaje era impresionante.

Bajó del coche notando cómo el sol calentaba su piel. A esa hora, el sol pegaba con fuerza.

Caminó a toda prisa en dirección a la oficina de información, un enorme edificio blanco situado frente a los muelles, donde permanecían amarrados decenas de barcos.

A menos de cien metros de los muelles y enfrente de estos, asomaba una parcela de tierra de origen natural que cerraba el puerto, una duna de arena emergida del Atlántico que formaba un cabo arenoso.

Caminó por delante de un restaurante y fue directa al edificio de información blanco de dos plantas.

En el interior el aire acondicionado estaba a máxima potencia.

El edificio tenía mucha claridad, pues una enorme vidriera, que hacía las veces de pared, permitía que el espacio del recibidor recibiese gran cantidad de luz natural. Frente a ella había unas anchas escaleras que subían hasta la segunda planta, donde se encontraba el restaurante del club náutico, y a su derecha había un mostrador donde un par de administrativos tecleaban en los ordenadores. Se acercó a ellos sin saber muy bien cómo afrontar la situación.

—Hola, buenas tardes —dijo con una sonrisa.

Uno de los hombres dejó de teclear y le devolvió la sonrisa.

—Buenas tardes —respondió mientras volvía la atención a la pantalla—. ¿Qué desea?

Lucía se apoyó en el mostrador observando que por detrás había varias mesas llenas de documentación y carpetas, aunque ningún trabajador más se encontraba allí en ese momento.

—Quería informarme de si hay alguien en el puerto que se encargue de alquilar su barco para posibles excursiones o inmersiones por la costa.

El recepcionista asintió.

—Sí —dijo cogiendo unos documentos—. Hay tres empresas que se dedican a eso aquí.

Se quedó sorprendida.

—¿Tres? —Pestañeó varias veces.

—Sí, es una zona turística —reaccionó con una gran sonrisa.

—¿Podría informarme con las tres empresas?

El hombre comenzó a rebuscar entre los documentos.

—Tengo un folleto con lo que ofrece cada una de ellas y los precios.

Lucía negó.

—No, yo... Si no le importa, ¿sería posible hablar directamente con ellos?

—Sí, claro, supongo que no habrá problema. —Se puso en pie y señaló los folletos indicando la parte alta de la hoja—. Normalmente suelen estar en sus barcas. Aquí pone el pantalán y el amarre. —Se giró hacia su compañero—. ¿Sabes si están ahora?

El compañero miró su reloj.

—Son las tres. Si no están en las barcas es posible que estén comiendo en el restaurante. —Señaló la planta alta.

Lucía cogió los tres folletos y dedicó una sonrisa agradecida a los trabajadores.

—Muchas gracias.

El hombre volvió a sentarse y asintió.

—De nada.

Cuando salió del edificio sintió como si se golpease contra una pared ardiendo. El calor era mucho más sofocante que hacía unos minutos. Aquellos cambios tan bruscos de temperatura la dejaban noqueada durante unos segundos.

Comprobó que las tres empresas se encontraban en el mismo pantalán, aunque en diferente amarre.

Se dirigió al que indicaban y caminó sobre la madera. A cada lado había barcas y pequeños yates, aunque a medida que avanzaba las embarcaciones tenían más metros de eslora y calado.

Llegó al primero y observó la barca. Era pequeña, de unos seis metros de eslora y equipada con una pequeña cabina desde donde se pilotaba. Tenía una puertecita de vidrio que daba a un diminuto camarote. Supuso que debían alquilarla a parejas o grupos reducidos de amigos. En ese momento no había nadie allí.

Miró el siguiente documento. La siguiente empresa se encontraba un par de amarres más adelante.

Mientras se dirigía hacia allí se fijó en el yate. Aquel era más grande, de unos once metros de eslora, de fibra de vidrio en color blanco. Al inicio tenía el nombre escrito en azul cielo: Solero.

Miró el panfleto para asegurarse de que era la embarcación que buscaba y sonrió al darse cuenta de que dos chicos se encontraban sentados en la popa bajo un techado, tomando un café con hielo.

Se detuvo ante ellos y saludó.

—Hola —dijo con timidez.

Los dos chicos se volvieron hacia ella y rápidamente sonrieron.

—Hola, ¿qué tal? —preguntó el primero de ellos quitándose las gafas de sol y poniéndose en pie.

—Disculpad, me han dado un folleto vuestro en la oficina.

—Sí, sí —reaccionó el chico emocionado.

Ambos parecían jóvenes. El que hablaba con ella no llegaría a los treinta años, su cabello era extremadamente rubio y largo, recogido en una coleta que le caía por la espalda. El que se mantenía sentado debía tener un par de años menos que el primero y tenía el cabello corto y muy negro.

—Me llamo Rafa y él es José, ¿podemos ayudarte? —preguntó acercándose a la pasarela que unía el pantalán con el yate.

—Quería haceros unas preguntas, si no os importa —pronunció. Ambos asintieron—. No... —reconoció, pues ambos chicos tenían una gran sonrisa en su rostro, como si estuviesen deseando aceptar un encargo. Le sabía mal mentirles—. No... no tengo intención de alquilar el yate, que... que es muy bonito —reaccionó rápidamente—, pero estaría interesada en saber si se lo alquilasteis a una persona hace un par de semanas. Se trata de mi abuelo —explicó rápidamente—, falleció hace unos días y dejó apuntado que había salido a hacer una inmersión. Estaría interesada en saber con quién la hizo y por qué.

Los dos chicos se quedaron mirándola fijamente.

—Lo siento mucho. ¿Ha fallecido... por... —José que permanecía sentado se puso en pie y tragó saliva— por alguna inmersión?

—No —intentó tranquilizarlos rápidamente—. No, no es nada de eso. Es... simplemente estoy intentando reconstruir sus últimas semanas. Estuve un poco alejada de él esos días y... es solo curiosidad —susurró. Se llevó la

mano al bolso y extrajo el móvil—. Tengo una fotografía de él, no sé si... — Los dos muchachos se acercaron a ella atravesando la pasarela, conmocionados por lo que les explicaba. Se pusieron a su lado indicándole que verían la fotografía para ver si lo reconocían. Lucía buscó una foto y la primera que encontró era de hacía justamente unas semanas, en el jardín de casa. Laureano se había dado un baño en la piscina y se encontraba sentado bajo el porche con una cerveza en la mano y muy sonriente. No pudo evitar sonreír con amargura cuando la vio. Pensar que no volvería nunca la llenaba de tristeza. Giró su móvil hacia los muchachos para mostrarles la fotografía —. Es él, se llamaba Laureano.

—Eh, mira, José —dijo Rafa, al que le bastaron unos pocos segundos para reconocerlo—. Sí, estuvo aquí —confirmó a Lucía directamente.

José se acercó para mirar y confirmar.

—Sí, sin duda. Era muy majo —explicó con una sonrisa triste.

¿En serio? ¿A la primera? Había tenido muchísima suerte. Guardó de inmediato el teléfono en el bolso y los miró con expectación.

—Y..., ¿para qué alquiló vuestra embarcación?

—Los llevamos al islote de Sancti Petri y a dar una vuelta por la zona, mar adentro —continuó explicando Rafa.

Lucía lo miró confundida.

—¿Hizo una inmersión allí?

José intervino en la conversación.

—Iban con dos buzos. Estuvimos unas tres horas por la zona e hicieron unas cuantas inmersiones.

Ella sonrió.

—Mi... mi abuelo era arqueólogo.

—Nos lo explicó —apuntó con una sonrisa—. Menudas aventuras. Mientras los buzos trabajaban tuvo tiempo de explicarnos sus viajes —rió al final.

Ella se quedó unos segundos pensativa y tragó saliva.

—¿Sabéis si encontró algo que fuese de su interés?

Los dos se encogieron de hombros.

—Bueno, creo que hicieron fotografías y tomaron algunas muestras — continuó Rafa.

Ella lo miró con interés.

—¿De qué?

Se encogió de hombros.

—Ni idea, no nos dijo nada al respecto.

José volvió a intervenir.

—Pero parecía emocionado y sonriente, al menos más que su amigo.

En ese momento Lucía arqueó una ceja en su dirección.

—¿Qué amigo? ¿Uno de los buzos?

—No, su amigo —insistió José—. ¿Cómo se llamaba? —preguntó al compañero.

—No lo recuerdo —respondió encogiéndose de hombros. Luego miró a Lucía—. Uno que era italiano.

En ese momento Lucía puso su espalda recta y miró boquiabierto a Rafa.

—¿Italiano? —preguntó ladeando su cuello hacia un lado.

—Sí, aunque hablaba muy bien el castellano —reaccionó rápidamente.

—Ya —comentó Lucía cruzándose de brazos—. ¿Gael?

Los dos asintieron de inmediato con una sonrisa.

—Sí —respondieron rápidamente al unísono.

—No lo recordaba, pero ahora sí —comentó José.

Lucía se quedó pensativa. ¿Gael con su abuelo? ¿Lo había acompañado en aquella inmersión y no le había explicado nada? Dos días antes, cuando había llevado las primeras cajas a Doñana se lo había preguntado a Cristina delante de él y ninguno de los dos hombres había contestado. Ahora, se encontraba con que no solo había ido con él a la inmersión, sino que además se lo ocultaba.

Notó cómo la ira se apoderaba de ella. Estuvo a punto de rugir, pero se contuvo, ya explotaría a su debido momento con quien tenía que explotar.

—Gracias, chicos —comentó con una sonrisa tirante—. Me habéis ayudado mucho.

Tenía suerte de haber conocido a Ángel. Tras hablar con Rafa y José había ido a su coche y se había quedado pensativa en el interior durante diez minutos. Ahora sabía que algo le ocultaban. Cristina, supuestamente, no sabía nada al respecto y Gael había acompañado a su propio abuelo a la inmersión

donde se habían tomado fotografías y muestras.

Aquello era de locos. Era su nieta, Cristina la conocía desde hacía años. Sabía que era una investigación científica, pero también tenía claro que su abuelo había descubierto algo, algo que, por lo que pensaba, quería mantener oculto y en secreto. Aquello era lo que le indicaba aquella agenda escondida.

Necesitaba saber qué ocurría allí, en qué estaba metido su abuelo.

Solo cuando había aparcado en el aparcamiento de Doñana y llamado a Ángel se había dado cuenta de que aquel día no llevaba cajas que entregar. De todas formas, no era una visita de cortesía. Lo tenía muy claro. Aquella era la última investigación de su abuelo, seguramente, una de las más importantes de su vida dado el hermetismo con que la había llevado. Quería colaborar. Iba a ser muy clara. Ellos llevaban la investigación, pero ella tenía toda la documentación de su abuelo que les interesaba, así que, si la querían, deberían admitirla.

Se había mantenido prácticamente en silencio todo el trayecto por las dunas de Doñana y, nada más llegar al campamento, había bajado del todoterreno y se había dirigido a la carpa donde se suponía que estaban todos.

A aquella hora había más gente que el día anterior y el calor era asfixiante, no quería ni imaginarse lo que sería estar allí en pleno agosto.

Se dirigió a la carpa y cuando apartó la tela blanca se quedó de piedra. No había nadie. De hecho, la mesa estaba bastante ordenada en comparación con los otros días que la había visitado. No había mapas sobre ella, ni ordenador... nada. Aun así, vio cómo habían movido las cajas que les había llevado el día anterior.

Se giró buscando entre todos los trabajadores. Ninguno pareció reparar en ella, pues todos estaban concentrados en sus funciones.

Apretó los labios y se obligó a respirar profundamente para calmarse cuando vio a Gael aparecer junto a otro trabajador por el bosque de pinos que precedía a la seca marisma. Conversaba de forma amistosa con él. Ya había visto al otro chico alguna vez por la zona. Un chico que debía medir poco más que ella, de cabello muy negro y enormes ojos marrones, bastante delgado y que, al encontrarse al lado de Gael, no hacía más que dejar patente la gran altura de este.

Gael se limpió las manos con un trapo y lo depositó sobre una mesa

vacía mientras ambos se dirigían a la carpa. Aunque iba en su dirección no había reparado en su presencia hasta ese momento.

—De acuerdo, Hermi —pronunció sonriente—. Nos vemos luego y hablamos —dijo despidiéndose, aunque cuando volvió la vista al frente se quedó paralizado.

Se topó directamente con la mirada de ella. Durante unos segundos se quedó inmóvil, si bien tras resoplar, indudablemente ante la presencia de ella, prosiguió la marcha.

Lucía se cruzó de brazos sin moverse de debajo de la carpa, en actitud firme y, aunque mantenía la mirada fija en Gael, durante unos segundos recorrió el lugar en busca de Cristina.

Cuando Gael llegó hasta ella, no se detuvo a la entrada donde esta lo esperaba y pasó a su lado con un ligero movimiento de cabeza a modo de saludo.

—Hola, Lucía —pronunció arrastrando las palabras. Ella se giró hacia él observando su espalda. Gael miró de un lado a otro y luego se giró extrañado en su dirección—. ¿No has traído cajas?

Ella dejó caer los brazos y dio unos pasos hacia él, ante la mirada asombrada de Gael. No parecía de muy buen humor.

—Me habéis mentido —dijo con los dientes apretados colocándose frente a él, elevando un poco su cabeza para hacerle frente, pues le sacaba más de una cabeza.

Gael arqueó una ceja y entrecerró los ojos, luego miró al exterior de la carpa.

—No te entiendo —pronunció volviendo su atención hacia ella.

Lucía colocó las manos en su cintura.

—¿Dónde está Cristina? —exigió.

Gael ladeó su cabeza, totalmente extrañado por la actitud de ella.

—Ahora vendrá —pronunció de malos modos, como si le importunase su tono de voz—. No creo que tarde más de diez minutos. ¿A qué viene esto?

Ella alzó su mano hacia él y lo señaló con el dedo.

—El otro día le pregunté a Cristina si mi abuelo había hecho una inmersión —pronunció con los labios apretados. Había pensado que cuando se lo dijese a Gael este mostraría sorpresa, pero ningún gesto de su rostro le

hizo pensar que la sintiese—. Me dijo que no sabía nada sobre una inmersión.

—¿Y? —preguntó en tono de reto.

—Que sé que tú lo acompañaste. —En ese momento la mirada de Gael se intensificó. Colocó las manos en su cintura y miró de nuevo hacia el exterior, como si buscara a alguien—. Sé que fuiste con mi abuelo a hacer una inmersión a Sancti Petri y sé que encontrasteis algo y recogisteis muestras.

El gesto de Gael la interrumpió. La cogió por el brazo y la internó más en la carpa para situarse en un lugar más oculto de la vista de todos, como si no le gustara hablar de aquello en público.

—¿Qué haces? —preguntó sorprendida al ver que la había conducido de forma un tanto brusca al otro lado de la caseta, alejándola de la puerta de acceso.

Gael la soltó y se colocó ante ella arrinconándola en cierto modo.

—¿Cómo sabes eso? —Su voz en ese momento no fue nada amistosa.

Lucía se quedó observándolo. Sus ojos habían adquirido un tono azul oscuro y sus músculos faciales estaban tensos.

—No voy a responderte —dijo dando un paso hacia él, enfrentándose. Gael volvió a girarse asegurándose de que nadie se acercaba. En ese momento detectó cierto nerviosismo en él. La forma de controlar la puerta de acceso a la carpa mientras hablaba de aquello le hizo sospechar. —¿Ocurre algo? —preguntó, esta vez sorprendida.

Cuando Gael se giró hacia ella también había modificado su mirada y esta vez, dentro de que seguía estando nervioso, parecía algo más relajado.

—Esto es una investigación científica —pronunció secamente.

—Ya lo sé.

—Que yo sepa tú no formas parte de esta investigación, así que no tienes por qué estar al tanto de lo que hacemos o descubrimos.

—Ya —contraatacó ella—, pero yo sí quiero estarlo. Mi abuelo era el director de esta investigación y —le recordó—, además —dijo esta vez con altanería—, estáis interesados en su documentación, ¿me equivoco?

Gael arqueó una ceja ante el tono amenazante de ella y sonrió de medio lado, incrédulo por las agallas de la joven.

—Por mí, Lucía —susurró—, respecto a la documentación, puedes

quedártela toda.

Aquello la sorprendió. ¿No le interesaba la documentación de su abuelo?

—Ya, pero a Cristina sí le interesa —le recordó.

Aquello hizo que Gael chasquease la lengua con fastidio. Dio un paso atrás y la observó. Vestía unos tejanos piratas y una camiseta color azul oscuro con un tirante grueso. Se cruzó de brazos y la observó.

—¿A qué has venido? —preguntó.

—Quiero participar en la investigación. Era la última de mi abuelo.

—No —respondió directamente.

—¿Cómo que no? ¡Tú no tienes que decidirlo! Cristina es la directora ahora, no tú. Tú eres el informático —dijo señalándolo.

Gael se pasó la mano por la frente, agobiado por la situación, y luego la llevó hasta su cabeza pasándola sobre su cabello castaño, angustiado.

—Márchate de aquí —pronunció con la mirada fija.

Aquello la alteró y dio un paso al frente.

—No. —Apretó los labios por la prepotencia del informático—. Puede que me marche, pero será cuando la directora me lo ordene, no tú. —Gael suspiró y apartó la mirada de ella volviendo a observar al exterior—. ¿Por qué fuiste con mi abuelo a la inmersión?

Gael resopló ante la insistencia de ella y la miró con enfado.

—Fui con él porque me lo pidió —respondió irritado.

—¿Para qué?

Gael la miró con furia y dio un paso hacia ella intentando intimidarla.

—No es asunto tuyo.

—Es asunto mío en el momento en que yo tengo toda la documentación sobre esto.

En ese momento Gael la miró fijamente y tragó saliva.

—¿La documentación sobre esto? ¿Es así como te has enterado? —preguntó directamente.

—¿Qué encontrasteis en esa inmersión? —continuó ella sin prestar atención a su pregunta. En ese momento se dio cuenta de que Gael la observaba paralizado—. ¿Tienes ya las pruebas que solicitasteis? —preguntó con una sonrisa de victoria al darse cuenta de la mirada asombrada de él.

—¿Cómo sabes todo eso? —volvió a preguntar.

Ella se encogió de hombros, aunque en ese momento los dos se giraron cuando escucharon la voz de Cristina a lo lejos. Se dirigía hacia la carpa mientras conversaba con el historiador. Gael miró de reojo a Lucía.

—Bien, ¿no respondes? —preguntó Lucía con un claro tono de superioridad. Se encogió de hombros—. Le preguntaré a Cristina —dijo avanzando por la carpa.

Gael dio unos pasos rápidos y se interpuso en su camino evitando que siguiese andando.

—No lo hagas —dijo esta vez con un tono de voz más relajado, mientras miraba de reojo cómo Cristina se acercaba. Lucía se quedó observándolo—. Ella no lo sabe —admitió finalmente.

Se quedó aturdida ante aquella respuesta y miró a Cristina frunciendo el ceño.

—¿El qué no sabe? —preguntó intrigada.

Gael suspiró como si se diese por derrotado.

—Lo de la inmersión —reconoció—. Tu abuelo no quería.

—¿Por qué? —preguntó en un susurro mientras observaba a Cristina acercarse más.

Gael miró un segundo hacia atrás y luego prestó toda su atención a Lucía. Desde luego, su nieta había heredado la misma fortaleza y perseverancia que Laureano.

—Hay cosas que es mejor que no sepas. Es peligroso —susurró seriamente.

Aquello acabó de descolocarla. Se quedó observándolo fijamente mientras Gael controlaba los pasos de Cristina, cada vez más cerca de la carpa.

¿Era mejor que no lo supiera? ¿Por qué aquello era peligroso? No entendía nada, pero había algo que sí le había quedado claro: su abuelo parecía confiar en Gael. Lo había acompañado a la inmersión y parecía respetar la voluntad de su abuelo de que aquello que guardaban en secreto no lo supiese Cristina.

—¿Qué encontrasteis en esa inmersión? —preguntó esta vez con un susurro.

Gael la miró fijamente y su mandíbula se tensó.

—Anclas, anclas muy antiguas —pronunció sin apartar la mirada de ella.

Ella lo interrogó con la mirada e iba a preguntar, pero la voz de Cristina la disuadió.

—¿Lucía? —Escuchó la voz de la directora a su espalda.

Ella se giró de inmediato despertando de sus pensamientos y se volvió con una sonrisa, todavía consternada por las últimas palabras de Gael.

—¡Qué sorpresa! —dijo con una voz chillona. Llevaba una cola alta de donde se habían escapado unos mechones de cabello y las manos sucias de tierra, igual que Gael cuando había llegado—. ¿Qué haces aquí?

Lucía seguía en *shock* por lo que Gael le había confesado y dudó en responder.

—Le iba de paso y ha venido a ver si había escaneado alguna caja más —intervino Gael.

Lucía lo miró impresionada y luego asintió con una sonrisa.

—Sí, he quedado con unas amigas en Huelva para cenar y he pasado por aquí por si me podía llevar algo y aprovechar el viaje —improvisó al final.

Cristina miró a Gael con una sonrisa.

—Pues me temo que no. Hemos estado bastante ocupados —respondió con una sonrisa.

—Ya se lo he dicho —volvió a interrumpir Gael—. La acompañaba al todoterreno ya —dijo volviendo su mirada hacia Lucía.

Ella asintió lentamente comprendiendo la clara insinuación de Gael.

—Pues a ver si un día nos vemos con más calma y charlamos tranquilamente, siempre me pillas muy liada. Lo siento.

Lucía sonrió y negó.

—Tranquila, es normal. —Se puso al lado de Gael y comenzó a caminar. Notaba que algo ocurría, lo había sospechado desde un principio y, por lo visto, no había ido mal encaminada.

—Un día de estos te llamo por teléfono y quedamos para tomar un café —insistió Cristina alzando más la voz, puesto que ambos se alejaban.

—Claro —respondió Lucía girándose hacia atrás. Luego le hizo un leve gesto con la mano para despedirse.

Caminaron en silencio hasta el todoterreno y se detuvieron ante la puerta

del copiloto. Gael elevó la mano hacia Ángel, que se había sentado junto a un grupo de amigos y se estaba tomando un refresco.

Lucía lo miró con suspicacia, no sabía cómo tomarse aquello.

Gael se mantenía frente a ella sin decir nada, con las manos en la cintura y mirando en dirección a Ángel, que en ese momento se ponía en pie y daba el último sorbo.

Gael tenía un perfil hermoso. Cuando el sol lo iluminaba el azul de sus ojos tomaba un tono más claro y contrastaba más con su piel bronceada, incluso aquella barba que comenzaba a asomar y que sombreaba partes de su rostro le daba un aspecto más masculino.

—Mi abuelo confiaba en ti. —No se lo preguntó, sino que lo afirmó.

Gael la miró al principio de reajo y tras un suspiro focalizó toda su atención en ella, aunque en ese momento su mirada fue en parte de ternura.

—Sí, era amigo mío —susurró. Suspiró de nuevo y esta vez se puso más serio—. Apártate de todo esto, Lucía —pronunció esta vez con un tono de voz más enérgico.

Dicho esto, se alejó rumbo a la carpa.

Tuvo que apoyarse contra la puerta del copiloto del todoterreno, pues notaba cómo sus piernas temblaban un poco. Notó que su corazón incrementaba su ritmo y se obligó a cerrar los ojos para intentar calmarse.

No sabía qué era lo que su abuelo perseguía, pero supuso que era más importante de lo que había imaginado en un principio.

Observó a Gael llegar hasta la carpa e introducirse en ella cuando Ángel se puso a su lado.

—¿Estás bien? —preguntó preocupado.

Ella se puso recta y colocó tras su oreja un mechón de cabello.

—Sí, es este calor, es horrible —mintió.

—Vamos —dijo rodeando el todoterreno para sentarse en el asiento del conductor—, pondré el aire acondicionado.

Gael entró en la carpa y sonrió a Cristina, que en ese momento charlaba con Georgeos, el historiador.

—Cristina, hay que volver a repasar todo cuanto tenemos. Las cosas o se hacen bien o no se hacen. La historia merece ser tratada con respeto y rigor —dijo Georgeos.

—Sí, sí, en eso estamos de acuerdo, pero recuerda que vamos justos de tiempo.

Gael se giró y observó a Lucía subir al todoterreno. Aquella chica podía causarle problemas. De momento, él mismo había conseguido que la investigación quedase paralizada, pero Lucía parecía tener interés real en averiguar de qué trataba todo aquello.

Dio unos pasos al frente y llamó a su amigo.

—Hermi —dijo hacia él. Se giró y lo observó enarcando una ceja. Gael señaló el todoterreno con un movimiento de su cabeza—. Síguela —ordenó—. Sabe más de lo que debería.

## 9

Todavía notaba sus piernas temblar cuando llegó a casa de su abuelo. Entró en el interior y se apoyó contra la puerta intentando no desfallecer. La última frase de Gael no le había gustado nada, había sonado casi a amenaza.

«Apártate de todo esto, Lucía».

Sin duda, algo ocultaba, sin embargo, él mismo le había afirmado que su abuelo era amigo suyo. ¿Intentaba protegerla o simplemente disuadirla? Algo había descubierto junto a su abuelo. ¿Pretendía Gael apoderarse de aquel descubrimiento?

A veces las explicaciones más sencillas eran las más reales.

De todas formas, no pensaba rendirse. Él se encontraba en medio de la investigación, en Doñana, pero ella tenía toda la información de su abuelo. Había acompañado a Laureano en muchos viajes, vivido la historia junto a él, le había ayudado a clasificar archivos, conocía su metodología... Fuese lo que fuese que le estaban ocultando lo descubriría. No permitiría que otra persona se apropiase de su investigación y se llevase todo el mérito.

Se llevó la mano al cuello y extrajo el colgante de debajo de su camiseta, aquel colgante que le había comprado en Israel con la Menorá. Recordó las palabras de su abuelo:

«—Te compraré la menorá de tres patitas, pero debes recordar una cosa: este es el tesoro más importante que tendrás nunca.

—¿Por qué?

—Algún día lo descubrirás».

Y tanto que iba a descubrirlo. Por eso mismo era la nieta de uno de los arqueólogos de mayor reputación del mundo.

Fue directa a la oficina y cogió el documento y la agenda de su abuelo.

Su mirada voló directamente hacia las cajas depositadas en el suelo que había apartado la noche anterior.

Cogió la caja donde había metido toda la información que había visto que coincidía con lo que apuntaba su abuelo en la agenda y la llevó al escritorio.

La abrió y sacó todas las carpetas. Con aquello estaría entretenida.

—Vamos a ver —susurró mientras esparcía las carpetas sobre la mesa. «Egipto», «Malta», «Galilea» y «España».

Todas le llamaban la atención, pero teniendo en cuenta que el colgante se lo había regalado su abuelo en Galilea, Israel, y que le había dicho que era el tesoro más importante que tendría nunca se decidió por coger esa. De todas formas, tenía que mirarlas todas.

Se sentó en la butaca y la abrió. No había mucho en la carpeta, aquello era lo que más le extrañaba. Normalmente, su abuelo solía tener carpetas plagadas de información, con centenares de fotografías y explicaciones, sin embargo, las carpetas que coincidían con los nombres que usaba en la agenda eran finas, a duras penas con veinte hojas.

Cogió una hoja en blanco y un bolígrafo para apuntar las cosas que creyese importantes.

En la carpeta había fotografías de la losa que habían encontrado en la mezquita de Tiberíades en Israel. La famosa menorá esculpida de tres patitas. Las siguientes fotografías eran de diferentes menorás, siempre acabadas con una base triangular o redondeada. Sí que era cierto que la suya era diferente. Pasó fotografías de diferentes menorás, cada una con la ubicación pertinente y la fecha de descubrimiento.

Al pasar una de las fotografías se dio cuenta de que en la parte de atrás su abuelo había dibujado un símbolo: de nuevo, aquellos tres círculos concéntricos.

—Qué narices significa —rugió al verlo otra vez dibujado.

Resopló molesta consigo misma y siguió pasando un par de fotografías más, vigilando siempre la parte posterior.

Luego había una breve explicación de qué era una menorá, algo que ya sabía. Su abuelo se había encargado de explicarle su significado y, en la actualidad, era uno de los símbolos modernos del estado de Israel.

¿Qué tenía que ver aquello con Doñana? Y, más aún, ¿qué tenía que ver aquello con los tres círculos?

Pasó a la siguiente carpeta y en esta ocasión observó unas fotografías. Recordó aquella zona, su abuelo la había llevado allí tras ver la menorá en la mezquita de Tiberíades.

GALILEA, ISRAEL  
JUNIO, 2001

Lucía dio unos pasos rápidos hacia su abuelo para coger su mano.

—¿Nos vamos ya? —preguntó con ansiedad.

—Sí, pero primero vamos a dar un paseo —contestó mientras se dirigían a la salida del recinto de la mezquita que acababa de visitar.

—¿No vamos a la playa?

—No, iremos mañana. —Lucía resopló y puso cara de indignada—. Estoy en medio de una investigación... —pronunció con una voz cargada de misterio, lo que hizo que la niña cambiase su gesto y lo mirase con entusiasmo.

Tras comprarle el colgante con la menorá habían tomado un taxi que los había llevado hasta el otro extremo de Israel.

A poco más de una hora desde Tiberíades se encontraba el Monte Carmelo, perteneciente a una cordillera de Israel y conocido por las frecuentes apariciones de la Virgen del Carmen, de ahí el nombre que recibía el monte.

De forma triangular y con una altura de 550 metros, la ciudad de Haifa se encontraba situada parcialmente sobre dicho monte, así como otras pequeñas ciudades tales como Nesher y Tirat Karmel.

Su abuelo bajó del taxi por la puerta contraria a la suya. Lucía miró a su alrededor. Había puntos de aquel monte donde se concentraba una frondosa vegetación, sin embargo, otras zonas eran totalmente áridas y escarpadas.

—Vamos —dijo su abuelo ofreciéndole la mano. Ella se la cogió gustosa—. Este lugar se llama Monte Carmelo. —Ella lo miró y se encogió de hombros—. Se menciona en el Antiguo Testamento de la Biblia.

Lucía puso cara de cansada.

—Prefiero ir a la playa —se quejó otra vez.

Laureano tiró de su nieta hacia arriba, subiendo el monte por un camino de tierra.

—Escucha, es importante —dijo con un tono de voz más enérgico—. Según la Biblia, aquí, el profeta Elías derrotó al demonio. —Lucía puso los ojos en blanco—. ¿No querías que te llevase a descubrir un tesoro? —preguntó decepcionado.

Ella se detuvo como si estuviese cansada y se soltó de su mano.

—Ya hemos ido antes, ahora me apetece otra cosa.

Su abuelo cogió de nuevo su mano y esta vez le sonrió animándola.

—Será un momento y, después, iremos donde tú quieras.

—A la...

—A la playa no —la corrigió de inmediato mientras volvía a tirar de ella—, a la playa iremos mañana. Pero podemos ir a comer un helado. —Lucía suspiró y luego asintió como si se diese por vencida—. Vamos, ánimo... —canturreó su abuelo mientras seguía subiendo la montaña junto a ella—, esto te va a gustar —continuó con una sonrisa—. ¿Sabes cuándo nació, según la Biblia, el profeta Elías? —Ella lo miró indecisa y luego negó—. Según la Biblia nació en el año 900 antes de Cristo.

—Uhhh —dijo impresionada—. Hace mucho.

—Sí, mucho —dijo desviándose por un camino—. De hecho, según la Biblia vivió cerca de cien años...

—¿Tanto? —preguntó—. ¿Antes vivían más?

Aquel comentario hizo que su abuelo riese.

—No, simplemente el tiempo lo manejaban de otra forma.

—¿De otra forma?

En ese momento dos hombres bajaron por la colina a recibirlos. Laureano los saludó con la mano y comenzó a hablar con ellos en inglés. Detestaba cuando hacía eso, pero siempre se mantenía callada.

—Ven, vamos a ver una cosa... —dijo tendiéndole la mano. Lucía se la cogió de nuevo mientras subían otra vez.

—¿Son otros colegas? —preguntó mientras subía con esfuerzo una piedra.

Aquel comentario hizo que su abuelo sonriese de nuevo.

—Sí, otros colegas.

—Tienes muchos —comentó ella con una sonrisa pícara.

En ese momento se situaron ante una cueva. Varios hombres tomaban fotografías o apuntaban datos en portafolios.

—¿Qué hacen aquí? —preguntó ella observando la afluencia de personas que había en aquel lugar.

Su abuelo le sonrió.

—¿Sabes cuándo dice la Biblia que se creó el ser humano?

—Hace mucho, ¿no?

—Según las interpretaciones de los grandes teólogos la caída de Adán fue sobre el 4000 antes de Cristo y su aparición poco antes. —Se agachó a su lado y señaló la cueva—. Aquí han encontrado los huesos de una persona que nació hace mucho tiempo...

—¿En esa época? —preguntó entusiasmada.

Laureano negó con su rostro.

—Mucho antes —dijo con una sonrisa—. Dicen que hace unos 100 000 años, y solo han comenzado a explorar. Además, el techo de la cueva cayó —señaló hacia las rocas que iban retirando—, por lo que contiene capas prehistóricas de unos cuatro metros de profundidad, ¿sabes lo que significa eso? —Lucía negó con su rostro—. Que bajo esas capas encontramos tierra de más de 500 000 años de antigüedad.

Se quedó observando las fotografías que su abuelo había realizado en aquella zona. En aquel momento le había sorprendido el dato, sin más. Ahora, le daba la importancia que tenía realmente. La cueva Misliya era considerada el descubrimiento más importante en paleontografía del mundo y de la historia hasta el momento.

Su abuelo había seguido con interés las investigaciones, sobre todo cuando en 2014 habían encontrado en dicha cueva una mandíbula superior que habían datado en unos 150 000 años. Aquello había supuesto un antes y un después en la historia, pero en enero de 2018 se volvió a hacer una revisión del fósil con técnicas más avanzadas decretando que aún era más antiguo, entre 177 000 y 194 000 años, por lo que sería comparable a los restos hallados en el valle del Omo, en el sur de Etiopía. Aquello había supuesto que la migración del hombre desde África se produjese 60 000 años antes de lo que afirmaban hasta el momento. Los restos más antiguos fuera de África se habían encontrado en el corredor levantino y en China, datados entre 80 000 y 120 000 años, pero con ese dato el hombre habría estado en un continente diferente a África milenios antes. Aquello suponía un cambio en toda la historia de la humanidad.

Ahora bien, ¿por qué su abuelo había apuntado el nombre de Israel en su

agenda? ¿Qué tenía que ver todo aquello con lo que investigaba?

Hojeó la agenda y llegó a la página donde había apuntado el nombre, la giró y vio que no había nada.

Dejó la carpeta a un lado y cogió la que ponía «Egipto». Nada más abrirla se quedó impresionada. Había fotografías de papiros antiquísimos. En algunas de aquellas fotografías había señalado cosas resaltándolas con un rotulador rojo.

—No sé leer jeroglíficos —protestó.

En ese momento se quedó quieta. Ella no, pero conocía a personas que sí podían hacerlo. Se fijó en ellos, había señalado varias figuras. La primera que señalaba siempre en todas las fotografías era una que aparecía en los papiros en la parte superior o inferior. La figura de varios hombres con una rodilla sobre la tierra y con los brazos hacia arriba. En las cinco fotografías había señalado ese jeroglífico. También un conjunto que aparecía en varios laterales y que se repetía en todas ellas: una de aquellas figuras le recordaba a un ojo, otra a un pájaro, otra era, simplemente, tres líneas horizontales rectas... No comprendía su significado, pero sabía que debía ser importante, puesto que aquellos símbolos se repetían en alguna parte del papiro que aparecía en las cinco fotografías, y todas ellas las había resaltado.

Si de algo estaba segura era de que, en aquel papiro, había agua, como un río, y que al final había una enorme barca donde sobre ella se posaba una estructura similar a una pirámide escalonada del mismo color azul que el río.

Aquello era extraño. Miró la parte de atrás de cada una de las fotografías intentando hallar algún dato que le hiciese comprender. Nada, su abuelo no ponía nada sobre ello, pero en la última de las fotografías escribió las palabras «zodiaco de Dendera».

Aquello lo había leído en la agenda...

No esperó y encendió el ordenador. Abrió el buscador y puso escribió «zodiaco de Dendera».

Lo primero que hizo fue mirar imágenes. El zodiaco se trataba de un círculo tallado en piedra en el que podían verse personas y animales.

Fue directamente a una página web que le explicase y comenzó a leer. Aquello no era más que una representación de un zodiaco, tal y como el mismo nombre decía, y parecía corresponderse con las constelaciones de

Tauro y Libra, realizada durante el reinado del emperador Tiberio. Se creía que podía estar tallado sobre el año 50 a. C., dado que las constelaciones que aparecían representadas serían las que se verían en aquella época en el firmamento.

Miró de nuevo las fotografías de los papiros intentando hallar alguna similitud. No tenía mucha experiencia en temas egipcios, pero, por lo que parecía, aquellas fotografías y el supuesto zodiaco de Dendera no tenían nada que ver, de hecho, ningún jeroglífico se correspondía entre las fotografías y el dibujo que estaba viendo en la pantalla del ordenador.

Resopló y entonces vio un dato que le llamó la atención. El zodiaco de Dendera estaba esculpido en el techo de una cámara dedicada a Osiris en el templo de Hathor, en Dendera, de ahí su nombre y, actualmente, se exponía en el Museo del Louvre en París, en la sala 12 bis del Pabellón Sully.

Tanta información la hizo resoplar. Un maestro albañil llamado Jean Baptiste, en el año 1820, lo había extraído usando sierras, alicates y pólvora.

—La gente está loca —susurró.

¿Qué tenía que ver todo aquello? Necesitaba encontrar a alguien que supiese analizar aquellos símbolos e interpretarlos.

Abrió de inmediato el cajón del escritorio y escudriñó en el listín telefónico de su abuelo. No iba a contactar con algún profesor de la universidad, sabía que Cristina tenía muchos conocidos y estos podrían informarla, iba a ir directa a la fuente.

Ahmed Marrash había sido director del Museo de El Cairo durante diez años y, además, un gran amigo de su abuelo. Recordaba que en los viajes a Egipto siempre los habían invitado a tomar el té o cenar en su hermosa casa en Ain Sokhna, en el Golfo de Suez, a poco más de una hora del bullicioso El Cairo. Disponía de un apartamento donde se alojaba en la ciudad, pero siempre que podía se escapaba a aquella zona más relajada y tranquila.

Encontró el nombre. Desde luego, quería a su abuelo, pero tenía una caligrafía horrible.

Junto al nombre había un número de teléfono y un correo electrónico. Aquello le hizo sonreír más, de aquella forma podría enviarle las imágenes escaneadas.

Se puso manos a la obra y escaneó las fotografías. Luego abrió su correo

e introdujo la dirección de correo electrónico. Al menos, su inglés era perfecto a esas alturas de la vida.

No se extendió mucho. Le explicó que era la nieta de Laureano, que lo recordaba con cariño, que su abuelo había fallecido y que le había dejado unas carpetas con fotografías sobre papiros haciendo referencia al zodiaco de Dendera y, ante todo, que estaba interesada en cumplir la última voluntad de su abuelo y continuar con aquella investigación, pero que necesitaba su ayuda y que agradecería una traducción sobre lo que significaban aquellos papiros.

Adjuntó las fotografías al correo electrónico y le dio a «enviar». Puede que respondiese o puede que no, pero debía intentarlo, si no, siempre podría acudir a otro egiptólogo.

Observó durante un rato aquellos papiros hasta que fue consciente de que por más que los observase no lograría entenderlos. Pasó a valorar la carpeta de España. Quizá aquella le daría alguna pista más sobre lo que buscaba, sin embargo, lo que encontró la dejó todavía más descolocada.

Única y exclusivamente ponía los mismos nombres que había escrito en la agenda escondida, con flechas entre sí, como si todos estuviesen conectados. En la parte inferior de la hoja había vuelto a dibujar aquel símbolo que comenzaba a odiar, los tres círculos concéntricos.

Rugió y cerró la carpeta.

—Esto no sirve de nada —susurró.

Hasta que no recibiese respuesta de Ahmed no podría continuar o hacerse una idea de a qué se enfrentaba.

Las palabras de Gael volvieron a su mente. «Es peligroso». Estaba segura de que Gael debía saber de qué iba todo, también tenía claro que no iba a informarla de nada. Debía averiguarlo ella sola.

Apretó los labios y durante unos segundos se preguntó a sí misma si aquello era necesario, si realmente valía la pena.

Y tanto que lo valía, esa era la investigación de su abuelo, su legado, y no iba a permitir que nadie se apropiase.

Al día siguiente sin demora comenzaría a visitar los lugares que había apuntado en la agenda y que le quedaban cerca. Necesitaba verlos con sus propios ojos.

Cogió la carpeta con el nombre de Malta y observó que había unas

fotografías de unos surcos en la piedra. Sobre la fotografía ponía «Siggiewi». Aquella era una zona de Malta. Se fijó en las decenas de imágenes que su abuelo había imprimido, todas iguales, con largos surcos en las piedras.

—Muy bien, abuelo, es maravilloso —ironizó.

Iba a mirar en el buscador para ver si encontraba alguna explicación lógica de por qué su abuelo había fotografiado aquella zona cuando la música de su móvil le hizo dar un brinco de la butaca.

Lo cogió y observó el nombre de Alicia parpadeando en la pantalla. Se pasó la mano por la frente y se llevó el teléfono al oído.

—Hola, Alicia —dijo mientras se apartaba un mechón de cabello.

—Hola, ¿qué tal? —preguntó.

Lucía pudo escuchar cómo su voz sonaba un poco a lo lejos.

—¿Vas conduciendo? —preguntó Lucía.

—Acabo de salir del trabajo. —Lucía miró el reloj de su muñeca que marcaba las ocho y media de la tarde. Se le habían pasado las horas volando—. ¿Qué tal? ¿Has podido descansar hoy?

Se apoyó contra el respaldo y cerró los ojos mientras suspiraba.

—Sí, lo necesitaba.

—¿Y has cenado? —preguntó directamente.

Aquello hizo que Lucía abriese los ojos y se levantase directamente de la butaca, no había sido consciente de la hora que era ni del hambre que tenía hasta que su amiga se lo había insinuado.

—Pues ahora iba a hacerme algo de cenar —comentó mientras iba descalza hasta la cocina—. ¿Qué tal tu día?

—Bien, ha sido una tarde tranquila —comentó—. Oye, ¿te apetece quedar mañana por la noche? Podríamos salir a cenar y tomar algo.

Lucía abrió la nevera y miró lo que tenía. No es que hubiese comprado mucho, lo suficiente para subsistir un par de días. Sacó unos filetes de ternera y los depositó sobre el mármol.

—¿Mañana? —preguntó mientras rebuscaba en los cajones una sartén.

—Claro, mañana es sábado. El fin de semana no trabajo, ya te lo dije, me tienes disponible todo el fin de semana —canturreó con alegría.

Puso la sartén sobre la vitrocerámica y echó un chorro de aceite.

—Pues, no lo sé... —susurró.

—¿Cómo que no lo sabes? —preguntó ofuscada—. ¿Vas a estar en Jerez?

Lucía chasqueó la lengua.

—Había pensado una cosa.

—Propón cositas —dijo con alegría.

—Me gustaría ir mañana a un sitio.

—¿Adónde? —preguntó con expectación.

—Hay un templo que mi abuelo investigaba. —Echó el filete de carne en la sartén y buscó rápidamente en los cajones unas pinzas para darle la vuelta—. Lo único es que está un poco lejos...

—¿A cuánto está?

—A unas tres horas, creo. Está en Badajoz.

—¿En Badajoz? —preguntó sorprendida.

—Sí, quiero ir mañana. No tienes que acompañarme si no quieres...

—Eh, eh —la cortó—. ¿A ti te hace ilusión ir?

Aquella pregunta le hizo sonreír con ternura.

—Sí, me gustaría.

—Pues vamos —reaccionó rápidamente—. ¿Quieres ir por la mañana o por la tarde?

—Mejor por la mañana.

—Hecho —respondió con felicidad—. Por cierto, ¿le has llevado más cajas a Cristina?

—No, no voy a llevarle más. Así que no tenemos prisa en ordenar las habitaciones.

Aquella respuesta hizo que su amiga se quedase en silencio unos segundos.

—¿Ha ocurrido algo?

—No, no... —respondió rápidamente mientras le daba la vuelta a la carne—. Es solo que está muy liada... —improvisó—, hasta que no acabe con las que le llevé no voy a acercarle más —sentenció.

Su amiga pareció conforme con la respuesta.

—De acuerdo, pues, ¿nos vemos mañana por la mañana? ¿A qué hora quieres salir?

# 10

Se llevó la mano a la boca y tapó el bostezo. Alicia la esperaba, tal y como habían quedado la noche anterior, a las siete de la mañana. Había dormido pocas horas, pero tras un café se había espabilado un poco.

Miró por la ventana mientras la música inundaba todo el coche. El paisaje cada vez era más austero. Los campos de cultivo aparecían a ambos lados del camino de tierra que habían tomado escasos minutos antes desde la A-66.

—Menuda calor hace —susurró Alicia observando a ambos lados.

Lucía se fijó en la cantidad de olivos que había a cada lado de la carretera y miró al cielo. En el horizonte se intuían unas esponjosas nubes negras.

—Pues parece que viene tormenta —dijo Lucía.

—Mejor, así refrescará un poco.

Pasaban cinco minutos de las diez de la mañana cuando vieron aparecer un edificio color crema, acristalado, con unas grandes letras metálicas que rezaban Cancho Roano.

—¿Es aquí? —preguntó Alicia mirando su GPS. Luego arrugó su frente—. ¿Este es el templo?

—Alicia..., por favor... —arrastró las palabras—. Eso debe ser el centro de turismo —dijo divertida—, el templo estará detrás.

Ella la miró enarcando una ceja.

—¡Eso ya me lo imagino! —Chasqueó la lengua ante la mirada divertida de Lucía—. ¿Aparco aquí? —preguntó señalando una pequeña parcela asfaltada.

—Sí, tienes donde elegir —ironizó al ver que no había nadie visitando el lugar.

Apagó el coche y desconectó el móvil del mechero donde se cargaba para hacer las veces de GPS.

—¿De qué época es? —preguntó mientras se guardaba el teléfono.

Lucía se quitó el cinturón de seguridad, cogió el bolso y salió del coche.

—Lo miré hace un par de días por internet. Es tartésico, el mejor

conservado de la península ibérica. Dicen que data como mínimo del siglo VI antes de Cristo.

Alicia cogió su bolso y cerró el coche.

—Qué interesante —comentó mientras guardaba las llaves en el bolso y se dirigían hacia el gran complejo—. ¿Y tu abuelo había venido aquí?

Lucía se situó a su lado sin dejar de caminar. Apretó los labios y asintió.

—Sí —improvisó—. Me hablaba bastante de este lugar —mintió observando alrededor.

Alicia le sonrió y pasó una mano por sus hombros.

—Bueno, pues vamos a verlo —dijo más animada mientras entraban al edificio.

Tras hablar con el chico de la recepción, accedieron al interior del edificio. La luz entraba a través de los cristales opacos con los que habían recubierto todo el complejo, permitiendo que entrase una gran luminosidad. Aquel lugar estaba lleno de fotografías sobre el descubrimiento y la excavación, así como de objetos que habían encontrado en aquel lugar.

Tartessos era el nombre con el que los griegos conocían a la que, en principio, fue la primera civilización en Occidente. Dicha civilización se había extendido por las actuales provincias de Huelva, Sevilla y Cádiz, así como Badajoz, durante la época del Bronce tardío y la primera Edad del Hierro. La cultura tartésica desarrolló una lengua y una escritura distintas a las de sus vecinos y, en sus últimos años, tuvo influencias culturales de egipcios y fenicios.

Recordaba haber estudiado en la carrera a autores como Heródoto de Halicarnaso, del siglo V antes de Cristo, que describía aquel lugar como el legendario reino de Tartessos y hablaba de su maravilloso rey, de incontable riqueza, sabiduría y generosidad, el rey Argantonio. Se sorprendió al recordar el pasaje: «Los samnios partieron de la isla y se hicieron a la mar, ansiosos por llegar a Egipto, pero se vieron desviados de su ruta por causa del viento de levante. Y como el aire no amainó, atravesaron las Columnas de Hércules y bajo el amparo divino llegaron a Tartessos».

Los samnios provenían de Samos, una isla de Grecia, lo que convertía aquel documento en algo histórico, ya que se trataba de la primera vez que un griego llegaba a la península ibérica, sin tener en cuenta los viajes de héroes

aqueos de la mitología griega como la *Ilíada* o la guerra de Troya.

Posteriormente, otros autores se habían hecho eco de la cultura tartésica, dejándola por escrito en numerosas obras, pero Heródoto de Halicarnaso fue el primer griego en hacerlo.

En las paredes había un mapa del templo que se encontraba en el exterior, a pocos metros, y al que se podía acceder a través de un camino de piedra.

Pasó unos minutos observando todo aquello y la pequeña reproducción en miniatura que habían hecho del templo.

Alicia se acercó.

—¿Recuerdas a Heródoto? —preguntó mirando las fotografías de los objetos que habían encontrado en la excavación.

—Estaba pensando en ello ahora —respondió con una sonrisa.

—No sabía que estaba este templo aquí —pronunció asombrada—. Es fascinante —dijo acercándose a la maqueta.

Alicia parecía igual de emocionada que ella. Debía ser defecto profesional, pero todo lo que tuviese que ver con la historia les ponía la piel de gallina, aunque, en su caso, debía admitir que su abuelo había influido en gran parte.

Alicia se dio la vuelta y fue hacia unas fotografías.

—Eh, Lucía, ¿has visto esto? —preguntó señalando una de las fotografías.

Lucía se giró y avanzó hacia ella. En ese momento notó cómo se le disparaba el corazón. Aquel símbolo lo había visto dibujado en la agenda de su abuelo. Se trataba de una fotografía realizada en el mismo templo. Dio unos pasos, se colocó frente a ella y tragó saliva.

Se trataba de un símbolo egipcio, de aquello no había duda, consistente en un círculo que se sustentaba sobre una base triangular muy fina.

—Es egipcio, ¿verdad? —preguntó Alicia.

Lucía asintió y miró de reojo a su amiga.

—Los tartesios tenían influencias egipcias y fenicias —le recordó—. ¿Sabes qué significa?

—Ammm... —pronunció Alicia mirando de un lado a otro, buscando en algún sitio la explicación—. ¿No lo pone en ningún sitio? —preguntó

asombrada—. ¿En serio? Qué mal —se quejó—. Me parece fatal.

Lucía suspiro y extrajo su móvil, enfocó y tomó una fotografía.

—Eh... —susurró Alicia—, que no sé si se pueden hacer fotografías.

Lucía se guardó el móvil de nuevo en el bolsillo.

—Claro que se puede —protestó ella— y, si no, pues que hubiesen puesto la explicación, yo no pienso quedarme sin saber qué es. Ya lo buscaré.

—Miró hacia afuera del complejo—. ¿Vamos?

Alicia asintió rápidamente.

Salieron del edificio y avanzaron por el camino sobre un pequeño puente de madera color azul. Hacía un poco de cuesta. Allí, ante ella, se encontraba bajo un tejado de chapa, soportado por altas vigas y resguardado de las inclemencias meteorológicas, uno de los templos de la península ibérica más antiguos que rememoraba una civilización perdida de la que pocos vestigios se habían encontrado. Sin embargo, allí estaba, uno de los templos que revelaban que aquella cultura había existido y que había sido una de las más importantes de aquella remota época.

Caminar sobre aquellas piedras, aquella tierra, le hacían ser consciente de lo insignificante que era su existencia.

Los muros de piedra no se alzaban mucho. Por suerte, estaba permitido el acceso al interior.

—Es increíble —susurró Alicia con una sonrisa por delante de ella subiendo el primer escalón para acceder al templo.

Lucía la siguió, observando cada uno de los detalles de aquel templo. Su abuelo lo había dejado apuntado como uno de los lugares importantes en aquella agenda escondida, y debía averiguar por qué.

Cuando puso el pie en el primer escalón para acceder al templo notó cómo el corazón se le disparaba de nuevo y los pulmones se le vaciaban. En aquel momento el mundo se detuvo.

Fijó la mirada en aquella piedra que hacía las veces de escalón.

—No es posible —susurró mientras se agachaba para contemplar mejor aquel símbolo.

Ahí estaba, aquel símbolo que no entendía, pero que tantas veces su abuelo había dibujado en aquella libreta, el mismo símbolo que le había parecido intuir en las fotografías a vista de pájaro en las marismas de Doñana.

Se quedó observándolo mientras tragaba saliva. Sí, ahí estaba. Los tres círculos concéntricos, pero, además, iban acompañados de la silueta de un guerrero que portaba lo que parecía una espada.

Durante unos segundos se quedó en estado de *shock*. Había esperado encontrar algo con lo que pudiese encarrilar la investigación de su abuelo, pero aquello sobrepasaba sus expectativas. ¿Qué significaba aquello? ¿Era un símbolo de Tartessos?

—Eh, Lucía —llamó la atención Alicia, que iba varios metros por delante de ella—, ¿qué haces?

—Ven, ven... —dijo instándole con un movimiento de mano, sin apartar la mirada del símbolo. Alicia fue intrigada hasta allí y miró lo que observaba—. Mira. —Señaló el símbolo.

—Ah, qué mono —sonrió ella.

—¿Qué... qué significa?

Alicia arqueó una ceja hacia su amiga, consternada por aquella mirada cargada de desesperación y se agachó a su lado observando el dibujo tallado.

—Pues parece un guerrero con un escudo, ¿no?

—Sí, pero... —susurró Lucía mientras abría el bolso y buscaba desesperada el teléfono en su interior. Lo sujetó con una mano y realizó una fotografía del símbolo—, este escudo... no es normal.

—¿A qué te refieres con que no es normal?

—Tiene tres círculos —respondió rápidamente.

—Ya, a lo mejor los hacían así y...

Lucía se puso en pie de inmediato.

—Necesito encontrar a alguien que me lo explique.

—Ammm... —Alicia se puso en pie y la miró contrariada, confusa por la actitud de su amiga. En aquel momento parecía encontrarse bastante nerviosa—, es un guerrero, Lucía. —Se encogió de hombros.

Ella apretó los labios y miró el símbolo de nuevo. Sí, ahí había un guerrero, pero su abuelo en ningún momento había dibujado aquellos símbolos acompañados de uno de ellos, sin embargo, era el mismo símbolo, los tres círculos y, además, en uno de los lugares que había apuntado.

Resopló y miró de un lado a otro. Necesitaba encontrar a alguien especializado en aquel templo.

—Oye, ¿estás bien? —preguntó Alicia más preocupada.

—Sí, sí —intentó calmarla.

—Pues no lo parece. ¿Quieres irte? —insistió al ver que su amiga miraba hacia el complejo.

Lucía intentó calmarse. Allí había algo, algo que su abuelo intentaba explicar a través de aquellos símbolos y lugares, pero estaba claro que en ese estado de nervios no lograría descubrirlo ni pensar con claridad, a lo sumo acabaría sufriendo un ataque de ansiedad. Necesitaba calmarse.

El símbolo estaba allí, no iba a moverse, de hecho, no se había movido durante milenios, sin embargo, ella se encontraba en aquel templo junto a su amiga, también licenciada en cultura clásica.

—Escucha —dijo dando unos pasos para colocarse ante ella—, necesito que busques más símbolos como este en el resto del templo.

Alicia enarcó una ceja.

—¿Más símbolos de guerreros?

—Sí.

Aquello le extrañó.

—¿Por qué? —preguntó sin comprender.

Lucía suspiró y dejó caer los brazos.

—Mi abuelo dibujaba mucho ese símbolo. Los tres círculos. —Se encogió de hombros—. Me gustaría saber qué significa. No... —dijo mirando de nuevo hacia el escalón—, no lo había visto nunca, de hecho, en clase nunca lo estudiamos. ¿Tú lo recuerdas? —Alicia negó—. Me sorprende. Sabes que mi abuelo siempre hacía las cosas por alguna razón.

—Ammm... —murmuró arrastrando las letras—, vaaaale —continuó no muy convencida—. Buscaremos más dibujitos de guerreros por el templo. —Lucía puso los ojos en blanco ante sus palabras mientras avanzaba al interior buscando en las paredes cercanas—. ¿Por qué pones los ojos en blanco? Son guerreros, ¿no? Llevan una espada.

—Sí, sí... Eso ya lo he visto —susurró concentrada mirando las paredes y el suelo.

Alicia comenzó a fijarse igual que ella.

—Seguro que estaban fuertes —murmuró revisando la pared de al lado, de espaldas a su amiga.

Lucía se giró hacia ella y enarcó una ceja.

—Alicia, por favor, no empieces a divagar.

El templo se recorría bastante rápido, no era muy grande, así que en una media hora habían recorrido el interior revisando todas las paredes y el suelo.

Las dos se habían detenido ante un foso de varios metros de profundidad donde podía verse el símbolo egipcio que habían fotografiado y que se encontraba enmarcado en el complejo.

—Es más grande de lo que pensaba —pronunció Lucía observándolo desde allí arriba.

—Sí —susurró Alicia sin apartar la mirada.

Aquellos dos símbolos habían sido dibujados por su abuelo en una agenda oculta, símbolos que no había encontrado en el resto de documentación que tenía en las carpetas referentes a Doñana, solo en aquella agenda privada. ¿Por qué?

Necesitaba saber qué significaban para comprender mejor lo que escondía aquella investigación.

Tras varios minutos decidieron volver al complejo. Aunque llevaban allí casi una hora no había ido nadie a visitarlo.

—Sigue tan vacío como antes —susurró Alicia—. Una pena, es un lugar precioso.

—Y cargado de historia —remarcó Lucía. En ese momento se quedó mirando a una mujer a la que no había visto antes. Seguramente se habría incorporado después que ellas, ya que el templo abría sus puertas a las diez de la mañana y ellas habían llegado sobre esa hora—. Mira —señaló con la cabeza hacia delante—, parece una guía.

Avanzó con paso decidido hacia ella sin esperar a su amiga, que la siguió de cerca.

—Buenos días —la saludó con una sonrisa.

—Buenos días.

—¿Trabaja usted aquí? ¿Es una guía? —La mujer asintió—. Verá, tengo unas dudas... —comentó directamente con emoción ante la idea de encontrar respuestas. En ese momento Alicia se puso a su lado—. Hay un símbolo que consiste en un círculo con una base estrecha, casi triangular y que tienen fotografiado. —Señaló justamente hacia la fotografía—. Creo que es de

origen egipcio, ¿no?

La mujer asintió con una gran sonrisa, alegre de poder impartir conocimiento.

—Sí, se trata de un símbolo egipcio. Por lo que sabemos, los tartesios eran una cultura muy avanzada y que mantenía estrechas relaciones con el pueblo egipcio y...

—Sí —interrumpió Lucía—, eso ya lo sé —continuó estresada—, pero estoy más interesada en saber lo que significa.

La mujer apretó los labios mientras escuchaba su segunda pregunta, como si le hubiese fastidiado la interrupción, pero igualmente volvió a ofrecerle una sonrisa amable.

—Es un símbolo egipcio que data del siglo XVI antes de Cristo, se ha encontrado este mismo jeroglífico en templos de la época del faraón Amosis... —Lucía comenzó a dar golpecitos con el pie por la impaciencia. ¿Por qué se enrollaba tanto aquella mujer? Ella solo quería saber cuál era su significado. Alicia la miró de reojo, pues notaba que su nerviosismo iba aumentando—, es un símbolo de la metalurgia sagrada.

Aquello la descolocó y parpadeó varias veces.

—¿Metalurgia sagrada?

—Sí, se cree que el lugar donde se emplaza ese símbolo en el templo —señaló hacia el exterior— es el lugar que usaban los herreros para fabricar los objetos sagrados para el mismo lugar de culto. Al menos, eso es lo que ocurría en los templos egipcios.

—Herreros... —comentó ella mirando hacia el exterior.

—Los tartesios tenían la fama de dominar con gran pericia los metales.

Ella asintió pensativa, luego miró extrañada a la guía.

—Y hay otra cosa, en el primer escalón al templo, en la losa, hay otro símbolo: un guerrero con una espada y tres círculos concéntricos.

La guía volvió a asentir dándole a entender que sabía a lo que se refería.

—Se trataría de la representación de un guerrero tartesio.

—Ya —dijo rápidamente—, ¿y los círculos?

—Va armado con una espada y un escudo.

—¿Un escudo formado por tres círculos? —preguntó sorprendida.

Ella le sonrió.

—Como he dicho, los tartesios eran grandes herreros, dominaban los metales. Seguramente los adornarían. Podemos entender que en ese mismo símbolo se hace referencia a que eran grandes guerreros y grandes herreros.

Lucía se quedó mirándola fijamente.

—Ya —respondió de mala gana, sin ninguna emoción en la voz.

Había algo que no encajaba. Su abuelo había dibujado el símbolo de los tres círculos sin el guerrero al lado, debía tener un significado concreto.

—¿Y el círculo concéntrico no significa nada si está solo?

La guía se quedó pensativa y luego se encogió de hombros.

—En este caso sería un escudo tallado a mano por grandes herreros.

—Ammm... —Fue lo único que dijo. Miró de reojo a su amiga, que se mantenía en silencio—, además de esos símbolos, ¿han encontrado algo más?

—Se encontraron los objetos que se muestran en las fotografías —le señaló.

Lucía se giró y las observó, aunque aquello ya no suscitaba su interés. ¿Aquello era lo que estaba estudiando su abuelo? ¿La cultura de Tartessos? ¿Por qué ese símbolo lo veía representado entonces en el subsuelo de Doñana?

—Muchas gracias por todo —pronunció—, ha sido de gran ayuda.

—A vosotras por venir —contestó.

Lucía y Alicia se alejaron y salieron del complejo dirigiéndose al coche. El día comenzaba a oscurecerse por las nubes, que cada vez avanzaban más en el cielo.

—¿Te ha gustado? —preguntó Alicia risueña.

Lucía se forzó a sonreír.

—Sí, la verdad es que sí. Me gusta visitar los sitios donde sé que estuvo mi abuelo —explicó mientras se subía al coche.

—Lástima que esté tan lejos —comentó Alicia mientras marcaba en el GPS la ruta para volver a casa—. Tres horas y cuarto.

—Son las once y media —susurró Lucía mientras observaba su reloj de muñeca—. ¿Quieres que paremos por el camino a comer?

—De acuerdo —dijo observando el camino que debían seguir—. Podemos parar en Sevilla.

—Perfecto.

# 11

Eran las cinco pasadas cuando Alicia tomó el desvío rumbo a la urbanización de Montealto. Tras comer en Sevilla habían vuelto a la carretera.

Lucía no había tocado más el tema del templo, lo único que deseaba era llegar a casa, ponerse con la carpeta de su abuelo y ver qué otros sitios investigar. Sabía que tarde o temprano encontraría la conexión.

Por eso mismo había desechado la idea de ir a cenar, excusándose en que aquella noche no había dormido bien y se había levantado a las seis de la mañana. De todas formas, Alicia también debía estar cansada, puesto que no había insistido demasiado.

Alicia detuvo el coche frente a la casa del abuelo de Lucía. Comprendía que le hiciese ilusión visitar los mismos lugares que había visitado su abuelo, pero en parte sabía que la perjudicaba y le hacía daño. Era muy pronto aún, pero tenía que adaptarse a aquella nueva vida sin él. Lucía era fuerte, sabía que lo haría, pero se sentía mal tras pasar la última media hora en silencio.

—Bueno, pues hoy descansa y si te apetece mañana llámame. Aunque sea podemos... —Se quedó callada cuando la música inundó el coche.

Lucía abrió su bolso y rebuscó en su interior. Cogió el móvil y miró la pantalla, luego resopló hacia su amiga y le mostró la pantalla donde aparecía iluminado el nombre de «Cristina investigadora».

—Cógelo —le susurró.

Lucía suspiró y descolgó el teléfono y se lo llevó al oído.

—Hola, Cristina —comentó en un tono de voz neutro.

—Hola, Lucía —respondió ella en un tono más risueño—, ¿qué tal estás?

Lucía miró a su amiga de reojo.

—Bien, bien... Estoy con una amiga pasando el rato.

Alicia hizo un gesto divertido.

—Ah, perdona..., no quería molestarte.

—No, no, no es molestia —reaccionó rápidamente—. ¿Va todo bien?

Escuchó de fondo a varios hombres hablando. Estaba segura de que

estaba en Doñana.

—Sí, me preguntaba si te pasarías hoy a traer más cajas.

Lucía miró directamente a Alicia con gesto sorprendido, a lo que su amiga respondió encogiéndose de hombros y elevando las manos, pues no escuchaba lo que decía.

—No, no... Este fin de semana me lo tomo libre si no te importa.

Hubo un silencio al otro lado de la línea.

—Sí, claro, no hay problema. Es que.... —Hubo bastante jaleo—. Un segundo, por favor —comentó a Lucía.

—Sí, sí. —Y aprovechó para tapar el micrófono.

—¿Qué pasa? —vocalizó Alicia.

—Quiere más cajas —la imitó ella. De fondo pudo escuchar cómo Cristina daba unas cuantas órdenes a los trabajadores.

—Pues dáselas, así te las quitas de encima —susurró su amiga—. Y recuerda también la cabecita...

Lucía negó.

—Disculpa, Lucía —escuchó la voz de Cristina al otro lado—. Ya estoy aquí.

—Estás bastante liada, ¿verdad? —preguntó intentando dar conversación.

—Un poco —respondió tras un suspiro—. Verás —dijo adoptando un tono de voz más serio—, sé que quizá no es el momento, pero nos sería de mucha utilidad la documentación de la zona que recabó tu abuelo. —Lucía puso los ojos en blanco—. Si hace falta yo misma puedo ir a ayudarte.

—Ya... —respondió Lucía. Ni loca iba a entregarle aquella documentación, y más teniendo en cuenta el secretismo con que había llevado el tema su abuelo. Además, debía tener en cuenta que Gael ya le había informado de que su abuelo no le había explicado nada de aquello a Cristina—, es que... —chasqueó la lengua y se encogió de hombros hacia su amiga—, no estoy en casa de mi abuelo. Perdona... —continuó rápidamente—, me he venido a Sanlúcar de Barrameda el fin de semana.

Alicia extendió los brazos hacia ella sin comprender por qué decía aquello, así que Lucía intentó calmarla con un movimiento de mano.

—Ah, ¿ya no estás en casa de tu abuelo? —preguntó impresionada.

—No, necesitaba... un cambio de aires —improvisó—. El lunes volveré, así que si quieres ese mismo día te lo miro.

—Ahhh... —balbuceó Cristina—. De acuerdo, no te preocupes. Disfruta del fin de semana, te irá bien descansar. Estás de vacaciones —acabó con la voz más risueña.

—Sí, es lo que necesito.

—De acuerdo, pues si me necesitas avísame, de verdad, si necesitas ayuda para ordenar cajas no dudes en pedírmela.

—Descuida, lo tengo en cuenta —comentó agradecida—. Que vaya bien el fin de semana.

—Igualmente.

Colgó el teléfono y lo guardó en el bolso cuando elevó la mirada para ver que su amiga Alicia la observaba con una ceja enarcada.

—¿Estás en Sanlúcar de Barrameda? —preguntó en tono irónico.

—Ya te he dicho que no quiero darle más cajas hasta que no me devuelva las que le he dado —le recordó quitándose el cinturón de seguridad.

Alicia hizo un gesto de incredulidad.

—Espera, ¿hasta que no te las devuelva? —preguntó sorprendida—. ¿Qué vas a hacer tú con las cajas?

Lucía se encogió de hombros.

—El otro día, cuando le llevé las que hiciste tú me insinuó que se escanearían los documentos para ahorrar espacio y que el papel lo tiraría.

En ese momento la mirada de Alicia se enterneció.

—Ya, comprendo. —Debía ser difícil deshacerse de todo aquello. Puso una mano en su brazo y le dio una palmadita—. Está bien, pues nada de cajas —confirmó—, hasta que no sepamos que las otras están a salvo.

Aquello hizo despertar una sonrisa en Lucía, saber que contaba con el apoyo de su amiga era muy importante.

—Muchas gracias —sonrió mientras abría la puerta del coche. Salió del vehículo y cuando la cerró se asomó por la ventana—. Y gracias por la excursión, es mucho mejor ir acompañada que sola.

—Nada, gracias a ti por el bocadillo de tortilla —rio. Arrancó el coche y puso primera—. Cualquier cosa avísame, estoy aquí cerca.

Lucía asintió y se despidió de ella con un gesto de la mano.

Cuando entró a casa de su abuelo se fue directa a la habitación, depositó el bolso en el armario, cogió el móvil y fue al lavabo. Tras darse una ducha rápida para despejarse fue directa hacia la oficina de su abuelo.

Eran las cinco y media pasadas cuando se sentaba en el butacón de su abuelo y cogía la agenda y el documento en formato Word que había realizado con el resumen de lo que había apuntado su abuelo.

—Bien, Cancho Roano visto. —Cogió un bolígrafo y junto a la palabra dibujó los dos símbolos que había identificado, aunque al de los círculos añadió el guerrero.

Aquello era curioso. Su abuelo debía haber establecido una conexión entre todos aquellos lugares, pero debería esperar a visitarlos todos para poder extraer conclusiones. Por lo menos, sabía lo que significaba el símbolo egipcio: metalurgia sagrada.

¿Puede que su abuelo hubiese encontrado la civilización perdida de Tartessos? ¿Que eso fuese lo que estuviese investigando en Doñana antes de fallecer?

No sabía por qué, pero algo había que se le escapaba, ¿por qué si no iba a desconfiar de Cristina? Y, ante todo, ¿por qué confiaba en Gael?

«Esto es peligroso», recordó las palabras que había nombrado el italiano.

Resopló y repasó las opciones que le quedaban. Algunos de aquellos lugares estaban bastante lejos, pero otros le quedaban relativamente cerca, así que podía aprovechar el fin de semana para visitar unos cuantos emplazamientos como los Alcornocales y aquella coordenada o la zona de las minas de Riotinto, a casi dos horas de viaje. Su abuelo también había señalado como punto clave la cueva del Toril, a casi cuatro horas en coche. Podía aprovechar al día siguiente para hacer el viaje largo.

Cogió la carpeta de su abuelo que rezaba «Doñana» y miró en su interior. Ahí estaban las fotografías, luego pasó a los siguientes documentos y sonrió de nuevo al reconocer el texto de Platón. Iba a pasar otra página cuando un fuerte golpe hizo que se quedase petrificada en la butaca.

Se quedó totalmente helada. Cerró la carpeta y cogió el móvil. Aquello había sonado como un golpe seco. Caminó despacio hacia el pasillo, notando cómo su corazón se disparaba. De puntillas llegó hasta el pasillo y observó

las habitaciones abiertas, con las cajas.

Otro fuerte golpe la hizo mirar hacia delante, mientras se quedaba sin aliento.

En ese momento supo lo que ocurría. Notó cómo las piernas comenzaban a temblarle, sobre todo, cuando intuyó cómo metían una radiografía por el filo de la puerta.

Dio unos pasos hacia atrás totalmente perpleja, en *shock*, pero se obligó a moverse cuando comprendió que aquella o aquellas personas conseguirían entrar tras escuchar cómo la cerradura crujía.

—Dios mío —susurró antes de salir corriendo hacia el final del pasillo y meterse en el aseo.

Prácticamente derrapó y logró colocarse tras la puerta justo cuando escuchaba cómo la puerta se abría, emitiendo un sonido grave.

Se agachó haciéndose un ovillo y se colocó la mano en la boca mientras intentaba controlar su respiración.

¿Habían entrado? Aquello se confirmó cuando escuchó unos pasos.

Estuvo a punto de gemir, pero se apretó los labios con la mano sujetando con fuerza su móvil.

—Eh, no está... —susurró una voz masculina—, vamos, date prisa.

¿Date prisa? ¿Había más de uno?

No tenía intención de averiguarlo. Se quedó totalmente quieta mientras escuchaba los pasos acercarse por el pasillo.

Notó aumentar las palpitations de su corazón cuando aquellos pasos se acercaron al aseo. «Esto no es verdad, es un sueño —se repitió en su mente—, una pesadilla».

Cerró los ojos con fuerza y agachó la cabeza cuando escuchó aquellos pasos colocarse frente a la puerta mientras la otra persona corría por toda la casa.

Abrió los ojos y miró hacia la puerta medio abierta con la que se cobijaba. Al otro lado pudo escuchar cómo una persona resoplaba.

Se apretó más la mano contra los labios mientras observaba la silueta que se dibujaba sobre el suelo. Por lo menos, aquel pequeño aseo no tenía ventana y estaba más o menos oscuro, pero sin duda era más tenebroso cuando podía intuir la silueta de un hombre al otro lado de la puerta reflejada

en el suelo.

Escuchó cómo daba otro paso hacia delante mientras una gota de sudor resbalaba por su frente producto de los nervios, justo cuando la otra voz interrumpió el camino del que se encontraba tras la puerta.

—Eh, aquí está... Creo que es esto.

No supo a qué se refería, ni qué buscaban. ¿Algo de valor? ¿Se habían enterado del fallecimiento de su abuelo y pensaban que encontrarían joyas o dinero?

Aunque no se calmó, sí pudo respirar un poco más tranquila cuando aquellos pasos se alejaron dándole un poco de espacio para sentirse más segura.

Estuvo tentada de escribir un mensaje a Alicia, pero sabía que la luz del móvil podía delatarla. Hasta el momento estaba pasando desapercibida y era lo que más le convenía. No sabía si podían llevar algún arma de fuego o tal vez un arma blanca.

—¿Seguro? —Escuchó otra voz distinta a la primera, aunque también de hombre.

—Sí.

—Pues cógelo y vámonos —ordenó.

Cerró los ojos con fuerza suplicando que se marchasen, que no diesen ningún vistazo más y, sobre todo, que no la encontrasen allí. Jamás había pasado tanto miedo.

Escuchó los pasos rápidos de las dos personas por el pasillo y la puerta se cerró con un golpe.

En ese momento retiró la mano de sus labios y sollozó. Se quedó unos segundos quieta, escuchando para asegurarse de que se habían ido mientras notaba cómo su cuerpo amenazaba en romperse en mil pedazos. En esos pocos segundos notó toda su espalda empapada.

Gateó hasta el vértice de la puerta y se asomó.

Parecía que se habían ido. Le costó ponerse en pie, pues las piernas no le respondían. Titubeó y salió del aseo apoyándose con la mano en la pared para mantener el equilibrio.

¿A qué habían ido aquellos hombres?

Fue directamente hacia la puerta y se aseguró de que estuviese cerrada.

Echó la llave y el cierre, que consistía en una barra de hierro por encima del pomo y se apoyó contra ella intentando recuperar el control de su cuerpo.

Notó que el estómago se le revolvía y tuvo que contener un par de arcadas. Inspiró con fuerza y se puso en pie sujetando su móvil.

Miró por la mirilla asegurándose de que no había nadie y solo en ese momento consiguió que los latidos de su corazón se relajasen.

Los había escuchado moverse por las habitaciones y por la oficina. Habían actuado rápido, lo que significaba que tenían un claro objetivo.

Fue pasando por las diferentes habitaciones. Las cajas se amontaban unas encima de otras, no pareció echar nada en falta. Corrió hacia la oficina y al darse cuenta se quedó paralizada.

—No —sollozó mirando el escritorio.

Corrió hacia él y miró por el suelo. Revisó también las estanterías. No estaba, se la habían llevado. La carpeta de Doñana había desaparecido. Al menos, la agenda roja de su abuelo aún estaba en la mesa, aunque estaba claro que también la habían mirado, puesto que no estaba en el lugar donde ella la había dejado.

¿Por qué se habían llevado esa carpeta?

Las palabras de Gael volvieron a su mente: «Es peligroso».

¿A qué venía todo aquello? Y, sobre todo, ¿por qué iban a entrar de forma ilegal en una vivienda para llevarse única y exclusivamente una carpeta sobre la investigación que estaba llevando a cabo su abuelo en Doñana? En esa casa, en las habitaciones contiguas, había decenas de objetos de gran valor por los que un museo o el mercado negro pagarían una gran suma de dinero.

De repente, notó un escalofrío que recorrió toda su espalda.

Cristina de Haro estaba sumamente interesada en aquella carpeta, la había llamado hacía escasamente una hora para pedírsela y ella misma le había mentado diciendo que no se encontraba en casa de su abuelo, que iba a quedarse el fin de semana en Sanlúcar.

Notó cómo la ira se iba apoderando de ella al ver un nexo causal. ¿De verdad era capaz de eso Cristina de Haro? De hecho, aquellas personas no habían tocado nada de nada, ni habían roto la cerradura, solo se habían llevado aquella carpeta sin siquiera fingir un robo. Fácilmente, si ella no

hubiese estado allí, creería que la había perdido o puesto en otro sitio.

Notó cómo los ojos se le cargaban de lágrimas. La investigación de su abuelo...

Al menos, tenía suerte de que la agenda roja aún la tenía allí y que había ojeado aquella carpeta, pero las fotografías aéreas de Doñana y los escritos los había perdido.

Inspiró con fuerza y fue rápidamente hacia su habitación.

Cogió el bolso y las llaves del coche y se dirigió al garaje. Aquello no iba a quedar así.

Bajó del todoterreno hecha una furia. Ni siquiera esperó a que Ángel apagase el motor. Aquello había pasado de castaño oscuro. En ese momento escuchó un trueno que venía de lo lejos. La típica tormenta de verano se aproximaba y el sonido del trueno no hizo más que aumentar su enfado.

Comenzó a caminar con las manos apretadas en dirección a la carpa donde se suponía que encontraría a la directora. No había mucha gente en la zona, aunque teniendo en cuenta que era sábado y pasaban unos minutos de las seis y media lo normal sería que no hubiese nadie. Incluso entonces se le hizo raro ver que allí se seguía trabajando contrarreloj, sin importar qué día fuese.

Iba directa hacia la carpa, sin fijarse en nada más, por lo que no se dio cuenta de que Gael la observaba desde un lugar cercano a la caseta. Había estado mirando los mapas hasta que había visto cómo llegaba el todoterreno. Se había sorprendido cuando Lucía había bajado de él, pero más aún cuando había visto su rostro enfadado y sus gestos tensos. Estaba claro que algo ocurría.

En ese momento, vio a Hermi aparecer corriendo tras ella. Lo miró y le señaló hacia Lucía, cada vez más próxima, pero Hermi la señaló dándole a entender que algo había ocurrido.

Lucía venía con ganas de guerra y, tras la conversación del día anterior, aquello no le daba buena espina.

Avanzó en su dirección y la interceptó por el camino, a pocos metros de la carpa. Lucía frenó en seco, pues ni siquiera se había dado cuenta de que se acercaba.

Ella no dijo nada, solo resopló e intentó rodearlo, pero Gael la cogió del brazo.

—¿Ocurre algo? —preguntó serio.

Ella se soltó y lo miró enfadada. Luego observó directamente hacia la carpa con una mirada ansiosa.

—Eh —insistió Gael—. ¿Qué ocurre?

Aquello hizo que Lucía volviese a prestarle atención. Se giró y se enfrentó a él.

—¿Has tenido algo que ver? —preguntó de forma acusadora.

Gael se quedó observándola sin comprender.

—¿A qué te refieres?

Ella puso un dedo en su pecho de forma incriminatoria, señalándolo. Aunque la mirada de Gael se intensificó y estaba claro que no estaba de acuerdo con aquel gesto desafiante, no hizo referencia a ello, esperando una respuesta por su parte.

—La documentación de mi abuelo —pronunció con contundencia—. ¿Has sido tú?

Gael arqueó una ceja y miró de reojo a su amigo Hermi que se acercaba.

—No sé a qué te refieres. —Luego apartó el dedo de ella de su pecho con malas formas.

—Ya... ¿Y tengo que creerte? —preguntó cruzándose de brazos—. Acaban de entrar en casa de mi abuelo y se han llevado la carpeta con su investigación de Doñana. —Aquello hizo que Gael se pusiese erguido—. Dime —insistió—, ¿sabes algo?

—No, por Dios —respondió rápidamente.

Ella apretó los labios y se giró directa a la carpa. No podía fiarse de nadie, pero algo le decía que él no era el culpable. Gael había acompañado a su abuelo a la inmersión, parecía que Laureano tenía confianza con él, y era el propio Gael quien había mantenido el secreto de su abuelo respecto a las anclas encontradas, sin siquiera revelarlo a la propia directora.

—¿Dónde está Cristina? —gritó de los nervios avanzando hacia la carpa.

Gael resopló. Aquello podía complicar mucho las cosas y ya lo estaban bastante de por sí.

Fue hacia Lucía de nuevo y la cogió del brazo para detenerla.

—Lucía, por favor... —comentó sujetándola del brazo, frenándola, pero ella se deshizo rápidamente de su mano.

—¡No me toques! —gritó hecha una furia.

Gael inspiró con fuerza cargándose de paciencia.

—No hagas esto... —susurró intentando infundirle algo de calma.

Tal era el estado de nervios en el que se encontraba Lucía que de nuevo se enfrentó a él, colocándose de puntillas para acercarse a su rostro.

—¿Que no haga qué? —lo retó. Luego se señaló a sí misma—. Han entrado en casa de mi abuelo y se han llevado su investigación, su legado. ¡Esto es algo personal!

Dicho esto, fue hacia la carpa y de un manotazo corrió la tela.

Tal y como había imaginado Cristina estaba allí acompañada del historiador y de otro trabajador observando la pantalla del ordenador con atención, aunque todos elevaron su mirada hacia ella cuando entró.

La mirada de Lucía se encontró directamente con la de Cristina, que sonrió al momento.

—Lucía, ¿no me habías dicho que...? —pronunció rodeando la mesa para acercarse a ella.

—¿Dónde está? —rugió.

En ese momento Gael entró en la carpa dando unos pasos hacia el lado, distanciándose de ella, cruzándose de brazos y quedándose como simple espectador.

Cristina se quedó quieta y la miró sin comprender.

—¿Dónde está el qué?

—¡La carpeta de mi abuelo! —gritó mirando de un lado a otro.

Cristina miró a sus dos compañeros confundida y luego señaló las cajas que había traído los días anteriores.

—Gael creo que aún no ha escaneado todo, pero si quieres puedes llevarte las cajas que...

—¡No me refiero a eso y lo sabes! —gritó acercándose con gesto amenazante. Aquello hizo que Gael diese unos pasos hacia delante acercándose a ella—. La carpeta de mi abuelo sobre la investigación en Doñana...

Cristina la miró sin comprender.

—Dijiste que no podías este fin de...

—¿Te crees que me chupo el dedo? —rugió—. Acaban de entrar en casa de mi abuelo y se han llevado justo esa carpeta. La misma carpeta por la que tú me has llamado esta misma tarde pidiéndomela.

Cristina dio un paso hacia atrás.

—¿Han entrado en tu casa? —preguntó asombrada—. ¿Estás bien?

—¡No me vengas con esas! —La señaló—. Cuando me has llamado te he dicho que no estaría en casa de mi abuelo, sabías que no iba a haber nadie allí, eras la única persona que lo sabía. —Cristina la miró cada vez más asombrada—. ¿Los has enviado tú?

Cristina dio unos pasos atrás.

—¿Qué estas insinuando? —gritó.

—¡Lo que oyes! —Le devolvió el grito. En ese momento notó cómo Gael volvía a cogerla del brazo—. ¡Suéltame!

Pero Gael no lo hizo.

—No, cálmate —ordenó.

Finalmente, ella se soltó y lo miró con furia.

—Oye, Lucía —dijo Cristina—, no sé a qué viene esto, pero jamás se me pasaría por la cabeza algo así, no sé ni cómo puedes pensar algo así sobre mí. —Lucía se quedó mirándola fijamente—. Te he llamado para pedirte la documentación, pero también te he ofrecido mi ayuda —le recordó.

La respiración de Lucía se aceleró.

—Eres la única persona a la que le he dicho que no estaría en casa de mi abuelo. Y no era cierto. Han entrado cuando yo estaba. —Cristina abrió los ojos de forma exagerada.

—Oye, lo siento mucho, pero yo no tengo nada que ver. —Se quedó pensativa—. ¿Los has visto? Si lo que me explicas es cierto deberías poner una denuncia.

Lucía rugió y, aunque aquello no la convenció, sí la bloqueó un poco.

—Eran dos hombres.

Cristina miró a sus compañeros y a Gael totalmente descolocada.

—¿Y dices que se han llevado la documentación de tu abuelo?

Ella enarcó una ceja hacia Cristina.

—Sí, justamente eso... Nada más —canturreó con un claro tono insinuante hacia ella.

En ese momento Cristina se puso más firme.

—Lamento mucho lo que ha ocurrido, pero no pienso consentir que me faltes al respeto —pronunció con tono de voz serio. Gael volvió a colocarse al lado de Lucía—. Largo de aquí ahora mismo.

Lucía dio un paso hacia delante.

—Claro, perfecto. Ahora hazte la ofendida. Sé que has sido tú —la recriminó de nuevo. En ese momento Gael volvió a cogerla del brazo—. Lo sé. ¡Por eso mismo mi abuelo no se fiaba de ti!

Gael comenzó a tirar de ella y aunque intentó soltarse esta vez no lo pudo hacer. Mejor sacarla de allí, aunque fuese a la fuerza antes de que siguiese hablando.

—¡Pienso ir a la policía! —continuó gritando mientras Gael tiraba más fuerte para sacarla de la carpa—. No voy a parar hasta encontrar la documentación de mi abuelo que tú me has robado. ¡Ladrona!

Aquello acabó de desesperar a Gael, que la cogió por la cintura y la elevó levemente para apartarla de la carpa mientras ella pateaba y gruñía. Intentó darle un par de patadas con las piernas y soltarse de los brazos, pero no había forma de lograrlo.

—¡Suéltame! —gritó hacia él—. ¿Quién te has creído que eres?

Gael la soltó sin ninguna delicadeza sobre la tierra y colocó una mano en el estómago de Lucía apartándola un poco más.

—Ah, perfecto —ironizó ella—. Defiéndela.

Gael la miró enfadado.

—No la estoy defendiendo —pronunció seriamente—, pero estás dando un espectáculo.

—¿Un espectáculo? —gritó hecha un basilisco—. Sí, claro. Pero ella me ha mandado dos matones a casa... —recordó—, ¿qué hubiese pasado si llegan a darse cuenta de que estoy dentro?

Gael se cruzó de brazos y suspiró armándose de paciencia.

—Estás lanzando acusaciones muy graves sin tener pruebas.

—No necesito pruebas. Sé que ha sido ella, era la única persona que pensaba que no estaba allí y, además, han cogido solo esa carpeta. Podían

haberse llevado decenas de cajas, de piezas de coleccionista y no han tocado nada. Solo la carpeta de mi abuelo con la investigación de Doñana, algo que ella me lleva solicitando desde el mismo momento en que mi abuelo falleció hasta una hora antes de que entrasen los asaltantes en la casa.

Gael se giró hacia atrás mirando hacia la carpa con cierta duda en su rostro. Intentó relajarse y que ella también se calmase.

—Sea como sea no puedes venir aquí y lanzar todas esas acusaciones a la directora en su lugar de trabajo.

Ella lo miró boquiabierta mientras ponía los brazos en jarra.

—¿En su lugar de trabajo? —pronunció alzando el tono de nuevo, causando que Gael ladease su cuello hacia un lado—. ¿Lleva cuatro días dirigiendo esta investigación y ya es suya? —Dio un paso hacia él—. Pensaba que eras amigo de mi abuelo, que él confiaba en ti... —dijo esta vez en un tono más bajo—, incluso sé que le ocultas información a Cristina. ¿Ahora te fías de ella?

—Yo no he dicho nada de eso —pronunció con la mandíbula apretada—. No confío en nadie. Pero es que incluso tú estás mintiendo. Si sabías dónde estaba la información sobre Doñana, ¿por qué no la has traído cuando se te ha solicitado? —Dio un paso hacia ella con actitud intimidante, aunque Lucía no retrocedió—. Te dije que te apartases de esto, que es peligroso —la advirtió.

Ambos se quedaron mirándose fijamente, retándose.

—Como te he dicho antes —pronunció con la mirada fija en él, retrocediendo hacia atrás—, ahora ya se trata de algo personal.

Dicho esto, se giró y fue hacia el todoterreno. No iba a conseguir nada allí, nadie iba a delatarla y estaba claro que no podía fiarse de nadie, ni de Cristina ni de Gael, en quien parecía que había confiado su abuelo. Al menos, seguía teniendo la agenda roja y recordaba bastante bien lo que había en el interior de la carpeta. Al menos, la información más relevante no se la habían logrado llevar. Su abuelo sabía lo que hacía apuntando todo lo importante en aquella agenda roja y ocultándola en su propia casa, en un lugar donde sabía que solo ella podría encontrarla.

Gael la vio subir al todoterreno y, solo cuando este arrancó, se acercó a Hermi.

—No la pierdas de vista —ordenó.

## 12

Cerró con un portazo y lo primero que hizo fue quitarse los zapatos empapados de la lluvia. Puede que se hubiese extralimitado, que hubiese sido mejor guardar silencio e intentar seguir sin, tal y como dijo Gael, dar un espectáculo. Pero no lo había podido remediar, habían tocado lo más preciado que tenía en ese momento: las últimas anotaciones de su abuelo.

Notó cómo los ojos se le ponían vidriosos de tristeza. Se recompuso como pudo. Necesitaba sacar fuerzas y seguir adelante. Algo importante debía haber en esa carpeta cuando era lo único que se habían llevado.

Algo tenía claro: Cristina era la única persona con la que había hablado. Ni siquiera se habían molestado en llamar al timbre para asegurarse de que no hubiera nadie, habían entrado directamente. Aquello no iba a quedar así, no señor.

Había aparcado fuera de la casa. No se molestó ni en ir al aseo a secarse el cabello. Por mucho que supiese que lo único que querían aquellos ladrones era la carpeta de su abuelo, estar allí sola le daba miedo. Cogería los expedientes relacionados con la investigación que aún permanecían allí y se iría a su piso.

Cogió una mochila y guardó los expedientes de Egipto, Malta, Israel y España. Abrió el bolso y observó la agenda roja y el documento de Word que había creado.

Se quedó pensativa unos segundos. Puede que aún pudiese recuperar parte de lo que había en la carpeta de Doñana. Las fotografías se las había enviado Fernando Cuevas, sabía que su abuelo tenía una gran amistad con él.

Abrió el cajón del escritorio y cogió el pequeño listín telefónico de su abuelo. Aquello también le sería de gran utilidad.

Buscó el número de Fernando y no dudó en marcarlo mientras se sentaba en la butaca.

—¿Sí? —Escuchó una voz al otro lado de la línea.

—Hola —respondió poniéndose tiesa en la butaca—. ¿Fernando Cuevas?

—Soy yo.

—Hola —respondió más sonriente—. Soy Lucía Molina, la nieta de Laureano Molina...

—Ay, hola, Lucía, ¿qué tal estás? —preguntó directamente—. Siento mucho lo de tu abuelo. Hubiese ido al entierro, pero me encuentro en Galicia.

—No te preocupes —intentó calmarlo, pues parecía bastante alterado—. Te lo agradezco. —Tomó aliento y se apoyó contra la mesa—. Verás, te llamaba porque hace unos días llegó un paquete tuyo con unas fotografías de Doñana...

—Sí, lo envíe hace unas semanas.

—Ya, el problema es que estoy ordenando toda la casa de mi abuelo y... por despiste he tirado una caja donde había puesto sin querer esas fotografías. Me sabe fatal, pero ando con la cabeza loca. Quería preguntarte si tenías algunas copias...

—Tengo el carrete —interrumpió directamente.

—¿En serio? —preguntó asombrada.

—Sí, tu abuelo me lo envió.

—Me harías un favor enorme si pudieses enviarme unas copias. Estoy organizando todo y... era de su última investigación, no quiero perder nada.

—Claro, claro... No hay problema. ¿Te urge mucho? —preguntó—. Es que me pillas bastante lejos de mi estudio de fotografía para enviarte las copias.

—Ammm.

—Espera, si quieres, lo que puedo hacer es enviarte los archivos por internet. Y ya a lo largo de esta semana si quieres te mando las fotografías impresas por correo certificado.

—No, no... —dijo feliz—, si con que me las envíes por internet, yo las imprimo. No tendrán tanta calidad, pero es solo para dejar su investigación completa. No quiero que se pierda nada.

—Por supuesto, en cuanto llegue al hotel te las envío. Dime un correo electrónico.

Tras facilitarle su correo electrónico y agradecerle decenas de veces que le volviese a enviar los archivos colgó.

Al menos recuperaría las fotografías.

Se quedó pensativa. Aquello era lo primero que le había hecho

sospechar, aquellas fotografías aéreas donde se intuía aquel símbolo tan y tan repetido en la agenda de su abuelo, el mismo que se encontraba en Cancho Roano.

Le habían sustraído la carpeta, pero las fotografías podría conseguirlas de nuevo. Ahora bien, recordaba que su abuelo había copiado pedazos de novelas clásicas. Recordó que le había llamado la atención el texto de Platón, hacía varios años que había leído aquella novela: *Timeo y Critias*.

Fue directamente hacia su habitación, donde aún tenía decenas de libros clásicos en las estanterías, y buscó entre ellos hasta que encontró la obra. La sacó y observó la portada. La novela consistía en los diálogos entre Ion, Timeo, Gorgias y Critias.

Buscó entre las páginas, hojeando con celeridad, hasta que encontró aquel famoso diálogo entre *Timeo y Critias*. Su abuelo había detectado algo ahí que le llamaba la atención, de lo contrario, no lo hubiese anotado en su investigación.

Comenzó a leer:

*En aquella época, se podía atravesar aquel océano, dado que había una isla delante de la desembocadura que vosotros, así decís, llamáis columnas de Heracles. Esta isla era mayor que Libia y Asia juntas y de ella los de entonces podían pasar a las otras islas y de las islas a toda la tierra firme que se encontraba frente a ellas y rodeaba el océano auténtico, puesto que lo que quedaba dentro de la desembocadura que mencionamos parecía una bahía con un estrecho. En realidad, era mar y la región que lo rodeaba totalmente podría ser llamada con absoluta corrección tierra firme. En dicha isla, Atlántida...*

Se quedó un poco aturdida cuando leyó aquello y una sonrisa de incredulidad se asomó a sus labios. Pasó por alto la explicación que daba sobre los reyes y sus guerras y siguió leyendo:

*Posteriormente, tras un violento terremoto y un diluvio extraordinario, en un día y una noche terribles, la clase guerrera vuestra se hundió toda a la vez bajo la tierra y la isla de Atlántida desapareció de la misma manera, hundiéndose en el mar. Por ello, aún ahora el océano es allí intransitable e*

*inescrutable, porque lo impide la arcilla que produjo la isla asentada en ese lugar y que se encuentra a muy poca profundidad.*

—Bonita leyenda —susurró Lucía.

*El centro de la isla estaba ocupado por una llanura en dirección al mar, de la que se dice que era la más bella de todas, y de buena calidad, y en cuyo centro, a su vez, había una montaña baja por todas partes, que distaba unos cincuenta estadios del mar. En dicha montaña habitaba uno de los hombres que en esa región habían nacido de la tierra, Evenor de nombre, que convivía con su mujer Leucipe. Tuvieron una única hija, Clito, cuando la muchacha alcanza la edad de tener un marido, muere su padre y su madre. Poseidón la desea y se une a ella y, para defender bien la colina en la que habitaba, la aísla por medio de anillos alternos de tierra y mar de mayor y menor dimensión: dos de tierra y tres de mar en total, cavados a partir del centro de la isla, todos a la misma distancia por todas partes, de modo que la colina fuera inaccesible a los hombres.*

Notó cómo se le aceleraba el corazón mientras leía aquel último fragmento. Aquello no podía ser. Volvió a leer esta vez en voz alta para autoconvencerse.

—«... la aísla por medio de anillos alternos de tierra y mar de mayor y menor dimensión: dos de tierra y tres de mar en total, cavados a partir del centro de la isla, todos a la misma distancia por todas partes». —Fue directamente hacia el despacho de su abuelo, depositó el libro sobre la mesa y abrió la mochila donde había guardado la agenda. La abrió y buscó uno de aquellos símbolos que tantas veces había dibujado—. No puede ser —susurró para sí misma cuando observó que el dibujo se basaba justamente en eso, en lo que Platón había descrito como la ciudad de Atlántida. Los círculos concéntricos...

Tragó saliva al comprender lo que su abuelo estaba insinuando.

Los símbolos dibujados a mano por Laureano, lo que Platón había descrito en el siglo v antes de Cristo... se correspondían con lo que podía intuir en las fotografías de Doñana. Además, era claramente el símbolo que había encontrado en Cancho Roano, aquel símbolo de círculos concéntricos

con un guerrero que portaba una espada.

—Esto no puede ser —susurró intuyendo la conexión que su abuelo había encontrado—. No, no... eran... tartesios. Cancho Roano es un templo tartesio —susurró mientras volvía a su habitación para buscar un libro sobre la cultura íbera.

Arrojó el libro sobre la cama sin contemplaciones y se colocó ante la estantería.

—Vamos, vamos... —dijo mirando nerviosa el lomo de los libros. No lo encontraba—. ¡Mierda! —acabó gritando, debía tenerlo en su piso.

Resopló y cogió de nuevo el libro de Platón y lo abrió por donde lo había dejado.

Recordaba que tartesios era el nombre que los griegos habían otorgado a la que creyeron la primera civilización de Occidente, cuyo primer rey mitológico había sido Gerión. Su desaparición había sido abrupta y, según los historiadores, sus investigaciones les habían conducido a la hipótesis de que un tsunami había sepultado la capital tartesia bajo el agua.

Tragó saliva y volvió a leer el fragmento de Platón intentando ordenar todas aquellas ideas.

—«... tras un violento terremoto y un diluvio extraordinario, en un día y una noche terribles, la clase guerrera vuestra se hundió toda a la vez bajo la tierra y la isla de Atlántida desapareció de la misma manera, hundiéndose en el mar» —susurró anonadada.

Dio un brinco cuando escuchó un trueno y se quedó unos segundos quieta en su habitación, sin poder moverse. ¿De verdad su abuelo estaba buscando la... la Atlántida?

Volvió a la oficina con el libro de Platón en la mano. Igualmente, lo poco que había visto coincidía con lo que Platón decía en el diálogo entre *Timeo* y *Critias*.

—¿La Atlántida? —preguntó desquiciada.

Miró la agenda de nuevo, observando los dibujos que su abuelo había hecho. Además, llevaba una copia en la misma carpeta de este mismo escrito.

Tras la explicación de cómo estaba formada la Atlántida, Platón entraba a debatir cómo se habían repartido los círculos entre los descendientes de Poseidón con los mortales y, cómo estos habían vivido ahí durante muchos

años y gobernado muchas otras islas en el océano. Luego explicaba de qué vivían. Su primer recurso era el oricalco, que se extraía de muchos lugares de la Tierra a través de la minería...

Alzó la mirada de nuevo y volvió a mirar la agenda de su abuelo.

—Las minas de Riotinto —susurró. Luego miró de nuevo el libro de Platón—. ¿Y qué es el oricalco? —preguntó hacia el libro como si pudiese responderle. Leyó las siguientes líneas—: «El más valioso de todos los metales entre los de entonces, con la excepción del oro». —Tragó saliva—. Ah, qué bien —ironizó mientras se sentaba en la butaca y encendía el ordenador.

No sabía mucho de geología ni de minerales, pero jamás había oído hablar del oricalco.

En cuanto el ordenador se encendió fue al buscador y puso la palabra «oricalco».

La primera página que le salió era una clara explicación sobre el material legendario del oricalco y de cómo Platón hablaba sobre ello.

La segunda página captó su interés. La página era del National Geographic:

Unos investigadores sicilianos han recuperado 47 lingotes de este metal legendario descrito por Platón y, entre otros objetos, dos cascos corintios en perfecto estado de conservación.

Entró directamente en la web, donde lo primero que observó fue la fotografía de los materiales.

Los lingotes eran alargados y redondeados, algunos recordaban a los churros de los churreros, otros eran más gruesos y adoptaban una forma cuadrada. Se quedó observándolos. Eran de un color dorado oscuro. Posteriormente, explicaba que el oricalco era una aleación de cobre y zinc, y que, antiguamente, tenía mucho valor.

Después venían fotografías sobre los dos cascos corintios de bronce de la antigua Grecia que cubrían parte de la cabeza y que disponían de una abertura para los ojos y la boca.

—Oricalco —susurró anonadada—. Es real.

Los lingotes se habían hallado frente a la costa de Gela, en Sicilia, junto

a los restos de una nave hundida en el siglo VI antes de Cristo. Y no solo eso, también habían encontrado cerámica y un *skyphos*, es decir, una taza con dos asas que usaban para beber vino.

Estaba que no daba crédito. Se dejó caer sobre la butaca y desvió su mirada hacia la ventana, por donde veía la lluvia caer.

¿Habían encontrado aquel material legendario? Por lo tanto, ¿era aquello una prueba de que realmente la Atlántida de Platón había existido?

Cogió el libro de Platón y siguió leyendo:

*En primer lugar, levantaron puentes en los anillos de mar que rodeaban la antigua metrópoli para abrir una vía hacia el exterior y hacia el palacio real. Instalaron directamente desde el principio el palacio real en el edificio del Dios y de sus progenitores y, como cada uno, al recibirlo del otro, mejoraba lo que ya estaba bien, superaba en lo posible a lo anterior, hasta que lo hicieron asombroso por la grandeza y belleza de las obras.*

Recordaba que en las fotografías que Fernando Cuevas había hecho llegar a su abuelo sobre el suelo de Doñana se podían apreciar aquellos círculos y, en el centro, le había parecido distinguir unos rectángulos, lo que significaba que en un pasado hubo construcciones.

—El palacio real —susurró ella sin saber cómo encajar toda aquella información.

¿Era real? ¿O era simple casualidad? ¿Estaba buscando su abuelo realmente la Atlántida? ¿O era simplemente una conexión que ella quería ver donde no la había?

*El anillo mayor, en el que habían vertido el mar por medio de un canal, tenía tres estadios de ancho. El siguiente de tierra era igual a aquel. De los segundos, el líquido tenía un ancho de dos estadios y el seco era, otra vez, igual al líquido anterior. De un estadio era el que corría alrededor de la isla que se encontraba en el centro. La isla, en la que estaba el palacio real, tenía un diámetro de cinco estadios. Rodearon esta las zonas circulares y el puente, que tenía una anchura de cien pies, con una muralla de piedras y colocaron sobre los puentes, en los pasajes del mar, torres y puertas a cada lado.*

—Y da medidas —exclamó asombrada. Volvió a leer—: «El templo estaba consagrado a Poseidón».

Necesitaba ver las fotografías aéreas de Doñana otra vez para contrastar su hipótesis. Entró en el correo electrónico, pero no había recibido nada aún, ni siquiera de Ahmed, el director del museo de El Cairo. Esa era otra cosa importante: ¿cómo relacionar todas aquellas fotografías con los jeroglíficos? Y, ¿qué tenía que ver el zodiaco de Dendera que se encontraba expuesto en el museo del Louvre con todo aquello?

Aquello era una locura, pero una locura con mucha lógica.

Notó sus manos temblar al coger la agenda de su abuelo. Jamás había sentido los efectos de la adrenalina como aquella vez. Pese a haber estado presente en multitud de excavaciones nunca experimentó una sensación como la que ahora la embargaba.

Si estaba en lo cierto, si su abuelo creía haber encontrado la Atlántida en las marismas de Doñana, estaría ante el mayor descubrimiento de toda la historia.

Se preguntó si Cristina de Haro estaría al corriente de todo aquello.

Hojeó la agenda y vio la referencia a los Alcornocales y el número sucesivo que conformaba unas coordenadas.

Miró directamente hacia la ventana. Seguía lloviendo, pero en aquel momento necesitaba saber más que nunca. Jamás había sentido unas ansias de conocimiento tan desmedidas.

Guardó el libro de Platón en la mochila, cogió una chaqueta con capucha que tenía en el armario, puso las coordenadas de la agenda en el móvil y se dirigió a la puerta.

Noto cómo la lluvia mojaba su ropa, pero aquello no le importó.

Pese a que eran casi las siete de la tarde, aún podía disfrutar de un par de horas de sol y no pensaba desperdiciarlas. Comenzaba a comprender las razones por las que su abuelo no había dado pistas de aquellos lugares en la carpeta principal de Doñana y guardaba, receloso, todo aquello bajo llave.

De ser cierto, se encontraba ante uno de los mayores descubrimientos de la humanidad.

No iba a permitir que nadie se apoderase del descubrimiento de su abuelo.

Condujo acelerada, con los parabrisas a media velocidad. No era el mejor momento para hacer una visita a la montaña, pero aquella necesidad se había apoderado de ella.

Ni siquiera se dio cuenta del coche que la seguía a poca distancia, vigilando sus movimientos.

# 13

Se había equivocado. Obviamente, habría sido mucho mejor dejar aquella excursión para el día siguiente. Había aparcado el vehículo a media hora de allí, pues el trayecto hasta donde el GPS indicaba era intransitable.

Le quedaban aún quince minutos para llegar y el sol comenzaba a esconderse en el horizonte. Al menos, hacía diez minutos que había dejado de chispear, lo cual agradecía bastante, pues en aquella zona, en medio de la montaña, comenzaba a refrescar.

Había pasado un lago y comenzado a subir la colina.

Cuando logró llegar hasta el lugar que le indicaba el GPS estuvo a punto de arrodillarse sobre la tierra. Solo se lo impidió el hecho de que esta estuviese mojada por la lluvia.

Se quedó mirando al frente. Ante ella había una gran cueva con barrotes que impedían el acceso al interior. No era profunda, pero estaba claro que algo ocultaba, puesto que era imposible acercarse.

Comprobó de nuevo en el móvil que estaba en el lugar correcto y caminó hacia ella con paso lento, recuperando el aliento.

Mientras avanzaba se giró unos segundos hacia atrás y se quedó impresionada, el paisaje era sobrecogedor. Pese al horrible día que hacía, podía verse la intensidad del verde de los alcornoques: por debajo de ella se extendía una de las mayores reservas de alcornoques del mundo, que prácticamente se perdía en la lejanía. Era realmente hermoso y lo hubiese sido más aún si no fuese porque estaba anocheciendo y comenzaba a llover en aquel momento.

Resopló mientras miraba al cielo. Debía darse prisa. Dudaba de que le quedase poco más de media hora de sol.

Avanzó hasta la cueva y miró el interior. No estaba iluminada ni había focos para observar bien, de hecho, estaba en un lugar bastante apartado y remoto. No se había cruzado con nadie en todo el camino, aunque también era normal teniendo en cuenta el día que hacía y las horas que eran.

Miró entre los barrotes. Aunque la luz no era muy intensa, pudo apreciar las pinturas en el interior de la cueva, realizadas en un color rojizo y negro.

Decidió mirar una a una las pinturas, mientras extraía el móvil. Buscó la función de linterna e iluminó el interior. De aquella forma veía mucho mejor.

En ese momento sí pudo apreciarlas bien. Aunque de una forma un poco diluida por el paso del tiempo, pudo ver las pinturas antiguas que representaban una parte muy importante de nuestra historia.

Lo primero que le llamó la atención fue el dibujo de un barco a vela. Podía verse claramente. También podían verse lo que intuía como hombres armados con... ¿tridentes? ¿Aquello era un tridente? Buscó la función de cámara para hacer una fotografía y enfocó hacia el hombre. Miró la pantalla e intentó ampliar la imagen, pero ya había poca luz para que pudiese apreciarse bien y el *flash* no llegaba a tanta distancia.

Volvió a introducir el brazo entre los barrotes mientras alumbraba la roca con la luz. Más abajo se intuía otro tipo de barco con varios remos.

Entornó los ojos intentando contemplar mejor. No entendía nada de todo aquello. Lo único que le llamaba la atención eran los hombres que parecían portar tridentes. Aquel entendía que era el símbolo del dios Poseidón, el dios de la Atlántida. ¿Significaba aquello una prueba más de que lo que había encontrado su abuelo era cierto?

La luz iba desapareciendo por momentos. Extrajo el brazo de los barrotes y observó la fotografía que había tomado de lo que intuía que eran los barcos y aquellos guerreros.

Le vino a la mente el guerrero que había encontrado en Cancho Roano junto al círculo concéntrico. Buscó de nuevo con la mirada por toda la cueva, pero no encontró dicho círculo.

Suspiró y dio unos pasos atrás. Debía analizar mejor estas imágenes. De todos modos, casi podía asegurar que lo que aquel hombre portaba era un tridente, así que eso sería una prueba o un indicio de la ubicación de una ciudad cercana donde se rendía culto a Poseidón.

Si no hubiese leído lo que su abuelo había dejado en la carpeta o visto las fotografías y los símbolos, no habría caído nunca en aquello, pero lo cierto era que comenzaba a ver una conexión muy clara.

El sol se escondía tras las montañas y cada vez oscurecía más. Aunque no llovía mucho el recorrido de vuelta iba a ser complicado al ser de bajada. Lo mejor sería volver al coche lo antes posible y regresar allí otro día a plena

luz del día. La emoción y la ansiedad la habían llevado hasta allí y, debía admitirlo, había merecido la pena. Tenía una conexión más, aquel hombre con el tridente podía ser también un símbolo de la ciudad perdida que buscaba su abuelo.

Se giró y gritó cuando encontró a una persona a su espalda. Iba con una chaqueta azul oscuro y cubría su cabeza con una capucha, no podía verle el rostro y estaba demasiado próximo a ella. ¿De dónde había salido? Se golpeó contra los barrotes de la cueva y resbaló con el barro. Tuvo que sujetarse a los barrotes para no caer.

En ese momento, Gael se bajó la capucha y la miró con rostro serio, con las manos en los bolsillos.

Lucía se quedó paralizada a medio caer, con la respiración entrecortada y aún sujeta a los barrotes. No supo cómo reaccionar al verlo allí. Comenzó a ponerse en pie mientras la lluvia mojaba su cabello.

—¿Gael? —preguntó con la voz entrecortada.

Las gotas de lluvia resbalaban por su frente y su mejilla, tenía el pelo castaño oscuro totalmente mojado y, aunque en otro momento había detectado sus ojos de un color azul claro, en ese momento la oscuridad que comenzaba a reinar en el ambiente y su mirada enfurecida hicieron que sus ojos parecieran más oscuros.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó con semblante serio, dando un paso hacia ella.

Lucía tragó saliva y logró ponerse recta del todo. Gael tenía un gesto impenetrable. ¿Qué estaba haciendo él allí? Le costó bastante reaccionar, pues era la última persona que esperaba encontrarse en aquel lugar y, además, la había sorprendido totalmente, sin avisar.

Miró de un lado a otro. Estaba a solas con él, perdida en la montaña. Dio un paso hacia un lado.

—¿Qué haces tú aquí? —le recriminó distanciándose—. ¿Me has seguido? —gritó.

Gael apretó los labios sin apartar la mirada de ella.

—Te he dicho que te alejes de todo esto —le recordó y, durante unos segundos, miró en dirección a la cueva.

Ella siguió dando pasos hacia el lado, intentando rodearlo para coger el

camino de tierra y salir corriendo. No le parecía mal chico, pero en ese momento, en aquel lugar y con aquella mirada, comenzaba a sentir verdadero pánico.

—Tú no tienes que decirme lo que debo o no debo hacer —protestó ella, aunque dio unos pasos acelerados cuando él se interpuso en su camino.

—Es peligroso, Lucía —insistió una vez más—. No deberías estar aquí. Ella tragó saliva.

—¿Por qué? —se atrevió a preguntar mientras vigilaba para no tropezar con las piedras o resbalar con el barro—. Es simplemente una cueva.

Gael se quedó quieto sin modificar un ápice la mirada.

—¿Cómo has llegado hasta aquí?

—En coche —respondió rápidamente—, y luego caminando.

—No me refiero a eso. Eso ya lo sé —comentó. De acuerdo, ahí había quedado claro que la había seguido. Ahora la cuestión era con qué intención—. ¿Por qué has venido hasta aquí?

Ella inspiró más fuerte intentando controlar la respiración y, de paso, la situación. Sabía que de nada le serviría ponerse a gritar, estaba a varios kilómetros de cualquier poblado, así que nadie iría en su ayuda.

Tragó saliva y esta vez intentó modular el tono y hablar más tranquila.

—Mi abuelo me hablaba de esta cueva —improvisó.

—Mientes —dijo dando un paso hacia ella, amenazante, lo que hizo que ella volviese a retroceder rápidamente—. Tu abuelo jamás te habló sobre esta cueva. Te lo repetiré una vez más —gruñó colocándose ante ella—, ¿por qué has venido?

Se quedó mirándolo fijamente, ¿cómo podía saber todo aquello?

—Dímelo tú —acabó diciendo.

Gael ladeó su rostro y la contempló de los pies a la cabeza.

—Creo que me estás ocultando algo.

—Igual que tú a mí —protestó ella—. Dices que mi abuelo confiaba en ti...

—Así es.

—¿Y por qué tengo la sensación de que yo no puedo hacerlo? —preguntó directamente.

Se quedaron mirando unos segundos hasta que ella volvió a dar unos

pasos al lado con temor, ante la atenta supervisión de él. Comenzó a bajar la roca huyendo lentamente, alejándose. Lo único que quería era poner distancia entre ambos.

—Tienes que parar —le recomendó.

—No voy a hacerlo —gritó al encontrarse más lejos. No iba a dejarse acobardar fácilmente. Ni los ladrones que habían entrado en casa de su abuelo ni Gael siguiéndole la pista iban a frenar sus ansias de saber todavía más y de preservar la investigación de Laureano.

Gael se quedó observando cómo bajaba la piedra resbaladiza con cuidado. Su amigo Hermi la había estado vigilando y le había avisado cuando ella había salido de casa. Desde que había tomado el primer desvío hacia Jimena de la Frontera, el pueblo más cercano a la cueva de la Laja Alta, sabía adónde se dirigía. El verdadero problema radicaba en cómo sabía ella que debía dirigirse allí. Lucía había demostrado ser una mujer de carácter, perseverante, y que no se rendiría ante nada hasta descubrir lo que ocurría. Aquello podía ser un gran problema. De nada serviría intentar apartarla, pues parecía que de aquella manera se le daba aún más ímpetu para seguir adelante.

—Está bien —escuchó que decía Gael a su espalda. Lucía se detuvo y se giró lentamente mientras guardaba el equilibrio sobre la roca—, ¿sabes lo que significan esas pinturas? —preguntó colocándose a su lado con agilidad, bajando la cuesta resbaladiza sin problema alguno.

Ella lo observó unos segundos, al menos había modificado su tono de voz y sus gestos ya no eran tan furiosos, aunque aún se le notaba bastante tenso.

—¿Vas a decírmelo? —preguntó enarcando una ceja.

Gael suspiró y durante unos segundos se debatió entre explicárselo o no. Señaló con un movimiento de cabeza hacia la cueva.

—¿Has visto las pinturas de barcos? —Ella asintió sin decir nada, nerviosa—. Tu abuelo hizo una prueba en esta cueva...

—¿De qué?

Gael chasqueó la lengua.

—Hay más de lo que se ve a primera vista. —Se giró prestándole toda su atención—. Se usó una cámara fotográfica capaz de captar dieciséis

longitudes de onda de luz diferentes para ver las imágenes más claras y los detalles ocultos a nuestros ojos.

—Sé en qué consiste. Imágenes espectrales —comentó ella.

Gael asintió.

—Se pueden ver más barcos, hasta siete tipos diferentes, incluso con timón para dirigir el rumbo. Hay guerreros en caballos, un puerto cuadrado con círculos concéntricos y un jinete que huye de este.

Ella tragó saliva y esta vez dio un paso hacia él.

—¿Círculos concéntricos? —preguntó sorprendida.

Gael asintió. En ese momento se dio cuenta de que ella sabía más de lo que había pensado en un primer momento. Aquella pregunta era demasiado significativa.

—La primera evidencia de un barco, es decir, flotante, que pudiese ser gobernado a propia voluntad y construido con un cierto nivel de seguridad se puede fechar entre los años 4000 y 3500 antes de Cristo y eran para atravesar el Nilo, un río —aclaró—. La certeza de un barco que pudiese navegar por mar y... a vela —remarcó señalando la cueva, haciendo referencia a los dibujos que se veían— no apareció hasta después del 2000 antes de Cristo, según la crónica de la historia que conocemos. —Lucía lo miraba impresionada—. Además de esa prueba fotográfica, tu abuelo hizo una prueba de carbono, pero por luminiscencia.

—¿Y de qué época es esto? —preguntó con cierto temor.

Gael la miró fijamente, pensativo, hasta que intensificó la mirada.

—La prueba reveló que las pinturas, como mínimo, tienen 6 200 años de antigüedad.

Lucía dio un paso hacia atrás.

—¿6 200 años? —preguntó confundida.

—Como mínimo. Puede que tengan 7 000 u 8 000... Te estoy hablando del mínimo, no del máximo... Hay un margen de error en cualquier datación de este tipo.

Notó cómo su corazón se aceleraba ante aquellas palabras.

—Esto... esto no es posible. ¿Cómo sabes tú tantos detalles? —preguntó rápidamente.

—Porque yo estuve con tu abuelo en ambas pruebas.

El pecho de Lucía subía y bajaba con celeridad por la respiración acelerada, titubeando.

—Si lo que dices es cierto... —pronunció con la mirada hacia abajo, inmersa en sus pensamientos—, estaríamos hablando de una época anterior a la cuna de la civilización, anterior a Mesopotamia.

Gael la miró seriamente y asintió. Dio un paso hacia ella colocándose enfrente y colocó las manos en su cintura, adoptando una postura erguida. En ese momento, ante aquella proximidad, Lucía elevó su mirada.

—¿Estás segura de que quieres saber todo lo que tu abuelo descubrió? —preguntó ladeando su cabeza hacia ella. Lucía tragó saliva, ¿de verdad se lo iba a explicar? Aunque la verdadera pregunta era: ¿por qué Laureano había confiado en él y no en su propia nieta? De todas formas, aquel era un tema que ya discutiría en otra ocasión, ahora lo único que quería era saber. Asintió lentamente sin decir nada—. Está bien —dijo mirando de un lado a otro—. Vayamos a otro lugar.

Aparcó el coche en el garaje de casa de su abuelo y corrió por el pasillo hasta la entrada. En un principio había pensado ir a su piso, pero todavía no conocía a Gael lo suficiente como para plantearse esa posibilidad. Por tanto, la mejor opción era la casa de su abuelo, que además estaba más cerca.

Fue hasta la puerta y abrió. Gael había dejado su coche fuera y la esperaba en el porche. Estaba igual de empapado que ella.

—Pasa —pronunció Lucía apartándose a un lado.

Gael se bajó la capucha mientras entraba y se removió el cabello corto.

Cerró la puerta y lo contempló unos segundos.

—Buscaré algo para que te cambies...

—No importa —comentó.

—Estás empapado —susurró mientras se alejaba por el pasillo. Gael la siguió—. Aquí está el lavabo, puedes...

—Sí, ya lo sé —comentó abriendo la puerta del aseo. Ella se giró para observarlo. —Vine un par de veces a ver a tu abuelo.

Aquella información la dejó consternada, pero asintió y fue directa hacia la habitación de Laureano.

Cuando abrió el armario no pudo evitar un suspiro. Su abuelo tenía

mucha ropa. Notó cómo los ojos se le ponían vidriosos, pero intentó contener la emoción mientras movía las perchas buscando algo que pudiese servirle a Gael.

¿Por qué la había mantenido apartada de todo aquello? Sin embargo, Gael parecía haber trazado una gran amistad con él, algo que la descolocaba totalmente. Nunca su abuelo le mencionó nada relativo a Gael o a aquella última investigación.

Cogió una camisa blanca, unos pantalones de chándal y salió de la habitación de su abuelo. Gael mantenía la puerta del aseo abierta y se pasaba una toalla por el cabello.

Lucía depositó la ropa en el mármol y se quedó observándolo.

—Dices que eras amigo de mi abuelo... —susurró, lo que hizo que Gael la mirase de reojo mientras se secaba la barbilla—, pero no te vi en el entierro.

La miró directamente y depositó la toalla en el mármol.

—Estuve ahí —comentó mientras cogía la ropa que le había traído Lucía—, solo que no me acerqué a saludarte porque no me conocías. Estuve tentado de hacerlo.

Ella se quedó observándolo hasta que apretó los labios y asintió.

—Voy a cambiarme de ropa. Mira si te sirve lo que te he traído.

—Gracias.

Fue directa a su dormitorio y en cuanto cerró la puerta buscó rápidamente en la mochila que se había hecho. Extrajo unos tejanos, una camiseta y se vistió. Tenía el cabello totalmente empapado.

Gael la esperaba en la puerta de la oficina. Le cogió la ropa húmeda que tenía entre sus manos y la llevó junto con la suya a la secadora.

Cuando regresó, él se encontraba en el interior del despacho de Laureano, observándolo todo. La camisa le iba un poco entallada y los pantalones le quedaban cortos, pero al menos estaría seco. Lucía arrojó unas zapatillas y se las señaló.

—Toma, pónelas.

Fue hacia la mesa y encendió el ordenador mientras se sentaba en la butaca.

Gael fue hacia la silla situada frente a ella. Con aquella camisa blanca

destacaban más aún sus ojos azul oscuro. Desde un principio le había parecido un chico atractivo, pero en aquel momento, con el pelo oscurecido por la humedad de la lluvia, resaltaban más sus rasgos masculinos. Se obligó a apartar la mirada de él, abochornada. No solía quedar con chicos a solas, y menos en casa de su abuelo. Intentó recomponerse y aparentar normalidad. Se apoyó contra el respaldo de la butaca y lo observó fijamente.

—Bien, explícame.

Gael se apoyó también contra el respaldo de su silla y ladeó su cabeza.

—¿Qué es lo que sabes?

—Preferiría que tú me informases primero —reaccionó ella rápidamente.

Suspiró y paseó durante unos segundos la mirada por la habitación.

—Hace unas tres semanas que estuve aquí por última vez —pronunció con añoranza. Volvió la mirada hacia ella—. ¿Has oído hablar de los tartesios?

—Soy licenciada en Cultura Clásica —le recordó.

Aquel comentario le hizo sonreír.

—Sí, es cierto, y tu abuelo no dejaba de presumir de ello. —La señaló con una sonrisa. Se echó hacia delante apoyándose en la mesa, lo que hizo que ella apretase los labios—. Entonces sabrás que la ciudad de Tartessos está desaparecida, según muchos historiadores desapareció en tan solo un día y una noche.

—Lo sé —apuntó ella. Tragó saliva y cogió la mochila que había dejado al lado, la abrió y extrajo el libro de Platón que había hojeado hacía unas horas. Aquello hizo que la mirada de Gael se intensificase. Ya no había duda, estaba claro que él también tenía conocimiento de lo que decía el diálogo entre *Timeo* y *Critias*.

—El mismo día que llegué del entierro de mi abuelo —continuó ella— me llegaron unas fotografías de Doñana de parte de Fernando Cuevas, el fotógrafo que acompañaba a mi abuelo en casi todas las expediciones.

—Esas fotografías las hicimos hace unas dos semanas. —Inspiró y ladeó su cabeza—. ¿Las tienes?

Ella lo miró fijamente.

—No, me las robaron. Las tenía en la carpeta de Doñana.

Gael suspiró y se mojó los labios mientras entrelazaba sus manos.

—En esas fotografías —explicó él—, pueden apreciarse círculos concéntricos.

—Sí —interrumpió ella—. Los vi. —Movié el ratón del ordenador y tecleó—. Le he pedido a Fernando que me las mande escaneadas, por suerte, tenía los carretes.

Entró en su correo electrónico y vio que tenía dos mensajes. Uno era de Fernando, con las fotografías adjuntas, y el otro de Ahmed, respondiendo al tema de los jeroglíficos egipcios.

Gael se puso en pie y rodeó la mesa, así que Lucía abrió el correo de Fernando donde había diez archivos adjuntos.

Se colocó de pie, a su lado, y se apoyó contra la mesa. Lucía lo observó de reojo mientras se descargaban los archivos.

—¿Sabes quién me robó la carpeta?

Gael giró su rostro para observarla y negó débilmente.

—No, pero lo puedo intuir —susurró.

—¿Cristina?

—Es posible. —Inspiró y miró la pantalla del ordenador—. Quiere comenzar la excavación la semana que viene...

—¿Una excavación?

Gael asintió y volvió a girarse hacia ella.

—Hace una semana hicimos una tomografía del suelo de Doñana. La prueba consiste en pasar electricidad a través de la tierra. Esa electricidad se filtró hasta doce metros de profundidad del suelo. De esa forma podemos «dibujar» lo que hay debajo, a esa profundidad.

—¿Y?

—A doce metros bajo tierra existe una gran cueva que, justamente, se corresponde con los círculos concéntricos que pueden apreciarse en las fotografías de tu abuelo.

—¿Una cueva?

—Sí, con una gran cantidad de materia orgánica atrapada y gas metano —continuó. Lucía tragó saliva. —Lo que significa que, hace mucho tiempo, algo catastrófico sucedió sin previo aviso y que, con ello, quedaron muchos seres vivos, flora y fauna, sepultados. Sin duda, había gente viviendo ahí.

Se quedó observándolo ante lo que le acababa de revelar.

—¿Dónde está esa prueba?

—Los resultados están en Doñana, en el centro de investigación.

Ella enarcó una ceja.

—¿No los tienes en tu ordenador?

—Mi ordenador está en Doñana.

—¿Lo dejas las noches ahí? —preguntó asombrada.

—En realidad no es mi ordenador —contraatacó—. Es material de la investigación que se está realizando. —Luego se encogió de hombros—. Son las órdenes.

—¿De Cristina? —volvió a atacar. Gael suspiró—. Quiero ver ese estudio.

Gael chasqueó la lengua.

—No se me permite sacar el ordenador.

—Pero puedes guardarlo en un *pendrive* —contraatacó.

Gael la miró fijamente y se puso erguido.

—No creo que sea buena idea...

—¿Y por qué no? —preguntó a la defensiva.

—¿Tú por qué crees que no? —ironizó—. Entraron en tu casa a robar esta tarde, ¿no lo recuerdas?

Lucía resopló justo cuando un pitido anunció que la descarga de las fotografías se había completado.

Las abrió y fue pasándolas una a una. Ambos miraban atentos la pantalla.

—Es el mismo símbolo que describe Platón... —susurró ella— y que hay en el templo de Cancho Roano.

Gael se puso erguido y se cruzó de brazos.

—Tartessos, al igual que la Atlántida, era una ciudad que desapareció sin más, de forma misteriosa. —Miró a Lucía con intensidad—. Hay un mapa, de los más antiguos conocidos...

—¿Qué mapa? —preguntó incrédula.

—De Egipto, de Ptolomeo, siglo II, de unos 1 800 años de antigüedad. En ese mapa se nos muestra cómo era el mar Mediterráneo en aquella época...

—¿Y?

—Sitúa la ciudad de Tartessos en la bahía de Doñana. Una isla rodeada de marismas. Una ciudad rodeada de mar, pasadas las columnas de Hércules, es decir, el estrecho de Gibraltar... —Luego hizo un gesto de burla—. Este mapa está en el Museo Británico, si vas lo verás.

Ella lo miró sorprendida.

—¿Y está expuesto?

Gael la miró con una sonrisa, lo que hizo que su corazón comenzase a latir con más fuerza. ¿Por qué le sonreía de aquella forma?

—Lleva expuesto varios años y nadie se había dado cuenta. El historiador que se encuentra en la excavación, Georgeos..., lo conociste —le recordó—. Fue él quien se percató. —Se encogió de hombros—. Cosas que pasan. Basta que tengas algo delante para que no lo veas —acabó diciendo con cierta gracia.

Lucía miró las fotografías que Fernando le había enviado y analizó las palabras de Gael.

—Una ciudad circular tal y como la describe Platón. ¿Hablamos de lo mismo?

—Hay otro detalle importante —continuó Gael apoyando una mano en la mesa y echándose hacia delante—, en la propia Biblia se hace referencia al término «barcos de Tarsis» para hacer alusión a los barcos mercantes programados para largos viajes. En el Antiguo Testamento dice específicamente: «Jonás se fue, pero en dirección a Tarsis, para huir del Señor. Bajó a Jope, donde encontró un barco que zarpaba rumbo a Tarsis».

—¿Te lo sabes de memoria? —lo interrumpió alucinada.

—Muchos historiadores han identificado el término «Tarsis» como la capital del reino de Tartessos, que podría haber englobado a las actuales provincias de Huelva, Sevilla y Cádiz —continuó Gael haciendo caso omiso a su última pregunta—. En la Biblia se pueden encontrar muchas referencias a Tarsis. El propio profeta Ezequiel explica que la plata, el hierro, el plomo y el estaño venían de Tarsis. —Luego amplió su sonrisa con un atisbo de prepotencia—. Y sí, me lo sé de memoria.

Lucía negó con la cabeza, ignorando su último comentario con la clara intención de hacerla sonreír.

—Esto no... no puede ser... —susurró pensativa—. ¿Quieres decir que mi abuelo encontró la civilización perdida de la Atlántida?

Gael se encogió de hombros.

—Ammm..., más o menos, pero no impresiona tanto si dices que podía estar en España, ¿verdad? —bromeó.

—Pero es un mito, es mitología —exclamó ella.

—¿Te suena la *Ilíada* de Homero? —Ella resopló—. También era mitología Troya —remarcó Gael— y la han encontrado en la península de Anatolia, en Turquía, a unos trescientos kilómetros de Estambul. —Gael se acercó a ella—. Está claro que lo que los historiadores llaman mitología griega está basado en algo real. ¿Por qué no lo va a ser esto? —Señaló las fotografías.

Ella negó con rotundidad.

—¿Conoces la mitología de la Atlántida? —preguntó ella—. Según Platón, son descendientes del mismísimo Poseidón y...

—También decían que Aquiles era hijo de un mortal llamado Peleo y de la diosa marina Tetis. Y es uno de los héroes de la *Ilíada*, en esa Troya que creíamos ficticia —ironizó.

Ella resopló y miró las fotografías. Lo cierto era que las imágenes que habían extraído de Doñana, el símbolo de Cancho Roano, el mapa al que aludía Gael de Egipto con el nombre de Tartessos, la tomografía que habían hecho... todo encajaba con los escritos de Platón. Y encajaba tanto que daba miedo.

—¿Platón tenía razón? ¿Realmente existió? —preguntó impresionada.

Gael ladeó su cabeza hacia un lado y le mostró una leve sonrisa.

—Si solo fuese Platón... —pronunció apoyándose contra la mesa, medio sentándose y cruzado de brazos—. Todos conocemos a Platón, pero este no fue el primero que habló de la Atlántida. ¿Te suena Solón?

—Claro que me suena. Fue un poeta griego además de legislador, está considerado como uno de los Siete Sabios de Grecia.

—Era familiar de Platón... —Ella lo miró confundida, a lo que Gael la señaló con el dedo como si le diese una clase—. Platón redactó el diálogo de *Timeo* y *Critias* gracias a unos apuntes que encontró de Solón. Por lo visto, Solón había mantenido contacto con los sacerdotes egipcios.

—¿Cómo sabes eso? —preguntó ofendida.

—¿Conoces a Proclo? —Lucía resopló al no obtener respuesta a su anterior pregunta—. Un filósofo del siglo...

—IV, ya lo sé.

—Sí, disculpa —pronunció—, pues dedica más de doscientas páginas al tema de *Timeo y Critias* de Platón y, gracias a él, sabemos que Crantón, un discípulo suyo, viajó a Egipto y verificó las estelas donde estaban escritos los jeroglíficos. Los sacerdotes egipcios se las mostraron a Crantón.

Aquello le hizo recordar a Lucía los jeroglíficos que había en la carpeta de Doñana. Se giró directamente y con el ratón abrió el otro correo electrónico recibido en su bandeja de entrada, la respuesta que le había enviado Ahmed.

—¿Te suena un autor español llamado José Pellicer de Ossau y Tovar? —preguntó.

—No —respondió sin mirarlo, prestando toda su atención a la pantalla de su ordenador.

—Fue un cronista real de la Corona española. Sabía latín, griego, hebreo... Un hombre muy culto, pero, ante todo, historiador. En 1673 escribió unas cien páginas dedicadas a la Atlántida con la hipótesis de que se ubicó en la península ibérica. Fue el primero que lanzó esta teoría... —Luego se quedó pensativo—. Bueno, unos 150 años antes un sacerdote llamado Juan de Mariana ya hizo esta asociación, aunque solo en un párrafo. Estaba convencido de que los atlantes eran los fenicios o, por lo menos, que descendían de ellos —sonrió hacia la pared, pensativo—. Eso tiene bastante gracia, ¿has visto alguna moneda fenicia? —preguntó hacia ella.

—No —respondió sin mirarlo.

—Las monedas tienen grabados los pilares de Hércules. En el medio hay una palmera con una serpiente, pero eso no es lo importante. En las monedas, la columna de la derecha acaba en pico igual que el peñón de Gibraltar, y la de la izquierda acaba en plano, igual que el peñón de Calpe en Marruecos. — Se acomodó sobre la mesa y siguió hablando—. También tenemos a Silio Itálico: tiene numerosas obras sobre las guerras púnicas; llama directamente a la península ibérica como *regna* atlántica, el lugar del reino de los atlantes; hace referencia a la guerra de los *pirene*, lo cual se parece bastante a los

Pirineos, en la que los atlantes intentaron dominar casi todo el mundo y, otra cosa muy importante... —remarcó—, los llama «la casa de los idonios», lo que significa «madre de los fenicios». También tenemos a Fernando Fernández González, este elaboró un amplio escrito donde decía que Hispania era la Atlántida. Pero esto... —comentó con una sonrisa—, esto no es lo más llamativo. —Se giró para observarla. Lucía estaba leyendo el correo electrónico sin prestarle atención—. ¿Me estás escuchando? —preguntó con tono serio.

Ella lo miró un segundo.

—Sí, sí, perdona... —dijo volviendo su mirada hacia la pantalla—, has hablado de los sacerdotes egipcios y de unos jeroglíficos.

—No solo de eso —marcó con tono grave.

—Ya... —respondió. Se giró y lo miró extrañada—. En la carpeta de Doñana de mi abuelo había unas fotografías de jeroglíficos egipcios. Mi... mi abuelo tenía un gran amigo historiador, Ahmed, que trabaja en el Museo de Historia de El Cairo y al cual envié esas fotografías escaneadas por si podía ayudarme. También hacía referencia al zodiaco de Dendera. —Señaló la pantalla—. Le pregunté si podía ayudarme con eso y con el zodiaco que se expone ahora en el Louvre...

—Ya, la teoría sobre el zodiaco de Dendera no está muy clara...

—Es... —tragó saliva—, es lo que me ha contestado —dijo señalando la pantalla—. ¿Cómo sabes tú todo esto? —gritó de nuevo asombrada.

Él se encogió de hombros.

—Tu abuelo era muy instructivo.

Aquella respuesta se llevó un soplido por parte de ella.

—¿Y a mí nunca me dijo nada? —gritó de nuevo, alterada por todo aquello.

Gael apretó los labios e inspiró profundamente.

—Solo intentaba protegerte —contestó en un susurro.

—¿De qué? —preguntó directamente.

Gael miró a la pantalla del ordenador.

—¿Qué te ha contestado?

—¿De qué? —insistió con un tono más agudo.

Gael tragó saliva y suspiró.

—Está bien... —susurró—. Conoces mejor que yo la mitología griega. ¿Por qué se hundió la Atlántida según la mitología?

Lucía enarcó una ceja mientras lo miraba fijamente.

—No —susurró—, no puedes estar hablando en serio.

—Según la mitología griega, Poseidón tuvo descendencia con los atlantes, los protegía, los amaba y les hizo un regalo.

—El regalo de los dioses —susurró ella recordando la historia.

—Pero los atlantes, en vez de usarlo para hacer el bien lo usaron para conquistar el mundo, matando y asesinando a todo aquel que les plantaba cara. Así que Poseidón, al ver lo que hacían, al comprobar que usaban su regalo para hacer el mal en lugar de para hacer el bien y viendo todo el sufrimiento que estaban causando, tomó una decisión: los hundió, los hizo desaparecer de la faz de la Tierra.

Ella miraba de un lado a otro sin comprender muy bien por dónde iba todo.

—No entiendo... —dijo escudriñándolo con la mirada—. ¿Poseidón se enfadará si encuentran la Atlántida? —bromeó.

—El regalo que Poseidón les dio, ellos lo usaron como un arma para conquistar el mundo, un arma que aún estará sumergida junto a la ciudad.

Ella lo miró seriamente durante unos segundos hasta que no aguantó más y comenzó a reír.

—Vamos, Gael... —ironizó—, no puedes estar diciendo todo esto en serio... —Gael la miraba fijamente, como si no le encontrase ninguna gracia a lo que acababa de explicar y se sintiese ofendido por sus risas. Hasta sus ojos estaban tomando un matiz más oscuro. Lucía se puso seria—. ¿En serio lo crees? —preguntó asombrada.

—Y no soy el único. Tu abuelo también lo creía...

—¿Qué?

—Por eso mismo estaba llevando esta investigación en secreto. Cuando descubrió todo esto se opuso a que se llevase a cabo la excavación, decía que había cosas que era mejor que el ser humano no desenterrase jamás.

Lucía lo miraba fijamente.

—¿Que mi abuelo qué?!

—Lo que oyes...

—Por Dios —dijo levantándose de la butaca—, ¿de verdad crees que los atlantes o tartesios o tarsis eran descendientes de Poseidón? ¿Que realmente aún sigue enterrada el arma con la que intentaron esclavizar a todo el mundo? —Luego hizo un gesto gracioso—. Si es que realmente esa supuesta arma existió, claro... —rectificó.

—Es un arma solo si la usas como tal —comentó Gael sin apartar la mirada de ella—, y sí, lo creo, al igual que lo creía tu abuelo. De hecho, has visto todas las pruebas... —señaló hacia la pantalla del ordenador—, y también dice mucho el hecho de que Cristina quiera continuar con la excavación, pese a que tu abuelo se había negado. Recuerda que no deja de pedirte toda la documentación constantemente.

—Pero una cosa es que Cristina quiera encontrar una ciudad perdida y otra muy distinta es lo del arma que dices..., vamos, ¡no me compares!

Gael se puso en pie y ladeó su cabeza.

—Eres muy inocente, Lucía.

—Y tú estás un poco loco, Gael —ironizó ella volviendo la atención al *email*, sentándose de nuevo en la butaca.

Gael sonrió ante aquel comentario y se colocó detrás de la butaca para observar la pantalla del ordenador.

—¿Me vas a decir lo que ha respondido Ahmed? —preguntó de nuevo.

—Me dice que las fotografías que le envié de los jeroglíficos pertenecen al *Libro de los muertos* —susurró asombrada—. Sobre el zodiaco de Dendera me ha dicho lo mismo que tú, que hay muchas teorías al respecto. —Hizo rodar su butaca haciendo que Gael dejase de apoyarse en ella y lo miró enarcando una ceja—. ¿Qué sabes tú de eso?

Gael se encogió de hombros.

—No soy egiptólogo.

Lucía resopló y optó por teclear en el ordenador abriendo nuevas pantallas en internet. Aquello llamó la atención de Gael.

—¿Qué haces? —preguntó mosqueado.

—Voy a comprar un billete de avión para ir a Egipto, El Cairo.

Gael sujetó la mano con la que movía el ratón de forma inmediata y la apartó.

—¿Por qué?

—Porque Ahmed me ha dicho que prefiere explicármelo en persona, pero hasta septiembre no viene a España. —Lo miró fijamente y se soltó de su mano—. Y no voy a esperar a septiembre.

Volvió a mover el ratón, pero Gael se la sujetó de nuevo.

—No.

Aquello la enfureció.

—¿Cómo que no?

—Te he explicado todo esto para que comprendas por qué es tan importante que todo esto se mantenga en secreto, no para que tú sigas indagando.

—¿Y qué esperabas que hiciese, Gael? —preguntó soltándose de su mano.

—Pues esperaba que, al igual que tu abuelo, me ayudases a frenar la excavación.

Aquellas palabras le hicieron mirarlo dudosa.

—¿Mi abuelo te ayudaba a ti? ¿O tú le ayudabas a él?

Él la miró fijamente mientras ella volvía su atención a la pantalla observando los vuelos. Si salía del aeropuerto de Sevilla tenía una hora de vuelo hasta Madrid y luego cuatro horas y cuarto más de vuelo hasta El Cairo.

—Eso ya da igual. Él ya no está. —Intentó modular la voz—. Es muy importante, Lucía. Tu abuelo, como yo, estaba convencido de ello. Si no quieres creerme a mí, al menos cree a tu abuelo.

Ella volvió una mirada irritada hacia él.

—Mi abuelo jamás me explicó nada de esto —dijo apartando la mano de él y volviendo a coger el ratón del ordenador—. Así que tampoco sé realmente si lo que me explicas sobre él es cierto o no.

Aquella respuesta hizo que Gael se pusiese erguido y resoplase.

—Ya me dijo tu abuelo que eras tozuda como una mula.

—Ves —asintió—, eso sí creo que te lo dijo. —Clavó la mirada en la pantalla y pulsó un botón, lo que hizo que Gael se colocase tras ella otra vez mirando la pantalla.

—Joder —susurró Gael—. ¿Has comprado un billete para El Cairo? —gritó.

—Salgo pasado mañana —respondió con fingida alegría.

En ese momento no supo de dónde venía aquel sonido, aunque intuyó que era Gael rechinando los dientes.

—¿Estás loca? —preguntó volviendo la butaca hacia él con bastante fuerza, lo que hizo que ella se sujetase al asiento ante aquel giro inesperado.

—No.

—¿No has tenido bastante con que entren en casa de tu abuelo? ¿Acaso quieres que te maten?

Ella lo apartó colocando una mano en su pecho.

—Eres un exagerado.

Gael se puso la mano en los ojos y resopló.

—Ahora entiendo por qué tu abuelo no te dijo nunca nada —susurró.

—Pues quizá si mi abuelo me hubiese explicado esto yo no tendría que estar ahora investigando —gritó de los nervios.

Gael se echó sobre ella, colocando un brazo a cada lado, lo que hizo que Lucía se reclinase hacia atrás. Visto así, asustaba un poco.

—No vas a moverte de aquí —sentenció con un gesto que no dejaba lugar a dudas.

En ese momento la impresora comenzó a hacer sonidos.

—Yo creo que sí —dijo a pocos centímetros de él. Se reclinó hacia un lado y cogió la hoja recién imprimida—. Mi billete para El Cairo. —Se lo mostró—. Salgo pasado mañana a las once y veinte de la mañana.

Gael rugió y miró la pantalla del ordenador.

—Loca —susurró colérico.

Ella se encogió de hombros.

—Es importante para mí —dijo ya ignorándolo, girándose de nuevo hacia el ordenador.

Gael observó su perfil, mirando atenta el ordenador. Tenía la espalda recta en actitud nerviosa.

Tenía su móvil sobre la mesa. Se acercó y lo cogió, lo que hizo que ella lo mirase fijamente. Gael marcó un número en el teléfono de ella y al momento sonó el suyo. Luego se lo entregó.

—Ese es mi número —dijo mientras ella se lo cogía de la mano—. Te recomiendo que no duermas aquí y que te vayas a tu piso —comentó

dirigiéndose a la puerta de la oficina, lo que hizo que ella lo mirase asombrada.

—Espera, eh... eh... —reaccionó poniéndose en pie—. ¿Te vas?

—Claro que me voy —respondió mosqueado.

—Pero... aún tenemos cosas que hablar —contestó rodeando el escritorio para salir en su búsqueda.

—¿Para qué? Si haces lo que te place... —contestó caminando por el pasillo—. Tienes mi número, llámame si necesitas cualquier cosa, si no... —respondió abriendo la puerta de la casa—, nos vemos el martes en el aeropuerto a las nueve de la mañana.

Ante aquella respuesta ella lo miró extrañada.

—¿En el aeropuerto?

—¿Pretendes ir sola a El Cairo? —preguntó.

—No, yo... no pretendía que tú... que tú me acompañases. —Alzó un poco más la voz al perderlo de vista.

—Ya, pero creo que es lo que más te conviene después de ver lo temeraria que eres.

Lucía llegó hasta la puerta de la casa y lo vio bajar los escalones del porche.

—Yo no te he pedido que me acompañes.

—Ya lo sé —dijo llegando a la puerta del jardín. La abrió, salió y cerró tras él—. Pero tu abuelo así lo querría. —Se giró y la observó—. Del hotel ya me encargo yo.

Dicho esto, fue hacia su coche y abrió la puerta. En menos de medio minuto Gael se alejaba de la casa del abuelo de Lucía a poca velocidad, pues en ese momento la lluvia caía con fuerza.

Lucía cerró la puerta y se apoyó contra ella. Todo lo que le había explicado era realmente impresionante. ¿De verdad debía creerlo? Su abuelo siempre había sido una persona racional, ¿por qué iba a dejarse llevar ahora por la mitología?

Y luego estaba Gael, aquel supuesto confidente de su abuelo sumamente atractivo que parecía más un historiador que un informático.

Fue hacia la cocina y entonces cayó en la cuenta. La secadora. Corrió hacia ella y extrajo tanto la ropa de Gael como la suya. Justo en ese momento

le sonó el móvil.

Abrió la aplicación de WhatsApp observando un número de teléfono que no conocía.

«Tráeme la ropa el martes, por favor».

Estaba claro que era Gael. Guardó su número en la agenda y dejó el móvil en el mármol. Tenía muchas cosas que hacer al día siguiente. Debía hacer la maleta y dejarlo todo preparado y, además, necesitaba contrastar todo lo que Gael le había explicado, así como hacer una visita al otro lugar que su abuelo había dejado redactado en aquella agenda: la Cueva de Toril. Sin embargo, aquello no era lo que más le importaba en aquel momento. Si Gael estaba en lo cierto y bajo el suelo de Doñana había una enorme cueva, necesitaría aquellos datos para que Ahmed la ayudase.

No iba a dejarse amedrentar tan fácilmente y haría lo que estuviese en sus manos para llevar adelante la investigación de su abuelo. Ahora, más que nunca, viendo la importancia de aquel descubrimiento supo que debía hacerlo. No permitiría que nadie se adueñase de lo que su abuelo había investigado con pasión durante tanto tiempo.

Se puso en pie y fue hacia la oficina de su abuelo. Escribiría un correo electrónico a Ahmed informándole de su llegada y pidiéndole que le reservase unas horas para hablar con ella.

## 14

Cristina depositó el abrigo en el perchero del recibidor. Aquella semana había sido agotadora, no solo por toda la burocracia necesaria para conseguir que la Junta de Andalucía autorizase la excavación, sino por la presencia de Lucía. Sabía que era buena chica y que tenía buenas intenciones, pero se había excedido con ella. No podía permitir que una chica de tan solo veintiséis años llegase a su investigación y la tachase de ladrona.

Tras cincuenta largos minutos conduciendo hasta su casa de Sevilla se sentía exhausta.

Ahora, solo esperaba la aprobación de la Junta que, según su espónsor, no tardaría en llegar más de un par de días. En su opinión, el trámite iba a ser sumamente rápido. Desde luego, nada como manejar dinero cuando querías conseguir las cosas.

Aquel descubrimiento sería un triunfo para su vida, ya no solo por encontrar una civilización perdida, sino por todo lo que ello conllevaba. Normalmente, no se solían realizar excavaciones de más de siete metros de profundidad, sin embargo, con esta podrían llegar a los doce o trece. Sería una de las excavaciones más profundas realizadas en España. Pasaría a la historia como una de las primeras mujeres en lograr que un proyecto así saliese adelante.

Avanzó por el pasillo hacia el comedor y encendió la luz, aunque su corazón se paralizó cuando dos hombres la esperaban al otro lado, sentados en el sofá tranquilamente.

—Ahhh —gritó dando un salto hacia atrás mientras se llevaba la mano al corazón. Tuvo que apoyarse contra el marco de la puerta para mantener el equilibrio y agachó la cabeza para calmar su respiración. Los dos hombres se levantaron—. ¿Estáis locos? —vociferó hacia ellos. Se puso firme de nuevo y se apartó el mechón de cabello rubio que había caído sobre su rostro—. La próxima vez esperadme en la calle —rugió.

El primero de ellos avanzó en su dirección rodeando el sofá.

—Son las órdenes que tenemos. Nadie —dijo colocándose ante ella— puede vernos contigo. Por cierto... —dijo con una sonrisa perspicaz—, una

casa muy bonita.

Ella resopló y se apartó de él dirigiéndose a la mesa para dejar su bolso.

En ese momento, el segundo hombre que aún permanecía sentado en el sofá se levantó y fue hacia ella.

—¿La habéis conseguido? —preguntó mirándolo de reojo.

—Bronte, dásela —ordenó el primero de los hombres.

Le mostró la carpeta. Cristina se la quitó de las manos de inmediato y la depositó sobre la mesa, comenzando a hojearla acto seguido.

—¿Solo tenía esto? —preguntó furiosa. Se giró hacia los dos hombres, que esperaban con los puños apretados. Aquellos dos hombres, Bronte y Arges, le ponían la piel de gallina, pero sabía que estaban supeditados a lo que ella ordenase por mandato expreso de su jefe—. ¿Y el resto?

—No hay resto —contestó Arges con la mirada fija en ella—. Eso es todo lo que había en esa carpeta.

—¿Y no habéis mirado más? —gritó volviéndose hacia la carpeta de nuevo, hojearlo lo que contenía: escritos de Platón, fotografías de Doñana, unos jeroglíficos egipcios... Rugió de nuevo y cerró la carpeta. La cogió en sus manos y estuvo a punto de tirársela al que le había contestado—. ¡Aquí no está!

—¡Esas eran tus órdenes! —gritó Bronte colocándose ante ella—. Tu orden exacta era coger la documentación relativa a Doñana, y eso es lo que hemos hecho —gruñó.

Ella apretó los labios y se giró de nuevo depositando la carpeta sobre la mesa con la respiración acelerada. Sabía que era mejor no enfurecer a aquellos hombres.

—Si no lo has encontrado debemos comunicárselo a nuestro jefe. — Escuchó esta vez la voz de Arges.

Aquello la puso tensa de inmediato.

—No —dijo girándose—. Aquí no está, pero lo encontraré.

El primero de ellos, Bronte, se acercó a Cristina con gesto intimidatorio.

—¿Y eso cuándo será? Lo mismo nos dijiste con Laureano Molina y no fue posible. Sabes que nuestro jefe tiene paciencia hasta cierto punto. Ha confiado en ti, no hagas que se arrepienta.

—No se arrepentirá. Te lo prometo —sentenció ella—, pero necesito

algo más de tiempo —pronunció con la voz más tranquila—. Dile que agilice los trámites de la excavación lo máximo posible. Con suerte, para cuando se comience, yo ya tendré lo que necesito.

Ambos hombres se miraron no muy seguros, pero finalmente, Bronte, que estaba más cerca, asintió.

—¿Qué más necesitas?

Cristina tragó saliva.

—La información que necesito debe estar aún en casa de Laureano —sentenció—. Su nieta, Lucía, sabe que habéis estado en la casa.

—Ya lo sabemos —comentó el segundo hombre.

—¿Y por qué no habéis esperado a que saliese? —preguntó más enfadada—. Ahora sospecha de mí, ha venido al centro de investigación hecha una furia.

—Quizá, de esta forma, nos entregue lo que necesitamos. Tú y nuestro jefe directo sois demasiado piadosos, pero recordad que nosotros tenemos un jefe superior al que no conocéis y que simplemente nos pide que os obedezcamos porque él es el mayor interesado. Lo estamos haciendo a vuestro modo, pero quizá, de una forma más amenazante, surtiría efecto antes.

Cristina negó.

—No, creo que no tiene ni idea de lo que ocurre —susurró pensativa—, o al menos no la tenía hasta ahora. —Si algo había sacado en claro de aquella tarde es que Lucía, al igual que Laureano, le ocultaba información, si no, ¿por qué iba a negarse a darle la documentación sobre Doñana cuando ellos la habían encontrado con tanta rapidez? Estaba segura de que sabía más de lo que daba a entender—. Vigíladla, estoy segura de que ella sabe dónde podemos encontrarlo. Y si lo veis, quitadle el mapa.

Miró hacia la orilla y sonrió de nuevo a Juan, girándose. Había sido más fácil de lo que imaginaba o había tenido un golpe de suerte increíble.

Había aparcado el vehículo cerca del bar. Eran cerca de las once y media de la noche cuando se había acabado el refresco.

Nunca lo había hecho, pero sabía que era una práctica habitual. Muchas mujeres alemanas intentaban ligar con algún barquero que les cruzase el río

Guadalquivir hasta Doñana. Muchas lo habían logrado, ¿por qué no iba a hacerlo ella?

En aquel bar cercano, muchos barqueros y jóvenes de la zona se acercaban a tomar alguna copa para despedir el día. No había dudado en acercarse a un hombre que permanecía en la barra con una enorme jarra de cerveza en su mano. Hacía unos minutos se había despedido de unos amigos y no había podido evitar escucharlos hablar sobre las barcas.

Sonrió al barquero y se acercó a él con una gran sonrisa. Era bastante mayor, con una gorra roja en la cabeza y la camisa a cuadros.

—Me encantaría ver Doñana por la noche... —había susurrado apoyándose de una forma contorsionista en la barra.

El hombre había levantado su rostro de la barra y la había mirado extrañado, como si le costase enfocar.

—Me llamo Olga —mintió acercándose más. En ese momento el hombre le sonrió.

—Yo soy Juan —dijo poniéndose erguido.

—Y dime, Juan, ¿qué haces aquí solo? —preguntó con una amable sonrisa.

El hombre se encogió de hombros y volvió a apoyarse contra la barra cerrando los ojos. Lucía resopló y se colocó totalmente a su lado, posando una mano en su espalda. Vamos, no podía ser tan difícil, las alemanas lo habían conseguido.

—Te lo aseguro, es... es mi sueño —dijo mientras se apoyaba contra la barra, fingiendo también un poco de malestar por la bebida, como si hubiese bebido alcohol.

Juan volvió a elevar su mirada.

—¿El qué? —preguntó como si no entendiese nada.

—Desde pequeña... Ver Doñana por la noche. Dicen que desde ahí se ve uno de los cielos más hermosos que existen. Te estaría tan, tan y tan agradecida...

Juan la miró con una sonrisa.

—Eh, tengo una barca —exclamó.

—¿Y sabes por dónde cae la marisma de Hinojos? —preguntó acelerada.

Y ahí estaba ella a las once y media, cruzando el río Guadalquivir con un barquero pasado de copas. La barca era pequeña e iba con un motor que la hacía avanzar lentamente.

Afinó su vista para ver cómo se acercaban a la playa.

—Muchas gracias, Juan.

El hombre le sonrió contento, estaba segura de que no era la primera vez que lo hacía.

—Ya sabes, me debes un buen desayuno y cincuenta euros —dijo con gracia.

Se puso en pie cuando vio que llegaba hasta la orilla.

—Por supuesto; café, tostadas, cruasanes, churros...

—Te pasaré a buscar por este mismo punto a las cuatro de la mañana.

Se acercó al barquero y lo besó en la mejilla con gratitud.

—Aquí estaré para llevarte a desayunar —pronunció agradecida.

Saltó a la orilla y en ese momento sollozó.

—Mierda. —No había contado con ello, hubiese sido mejor llevar unas chanclas.

Dio unos pasos con dificultad y finalmente corrió por la arena de la playa, aunque con los zapatos mojados era muy difícil. Cuando llegó a los árboles se detuvo y se los quitó. Cogió la pequeña mochila donde había guardado los objetos personales que quería llevar y sacó una bolsa para introducir los zapatos.

No había cogido muchas cosas: bolígrafo, papel, móvil y un *pendrive*. Colocó de nuevo la mochila a la espalda y con el móvil alumbró el camino.

Sabía que desde el punto donde la había dejado Juan tenía más de una hora de camino para llegar hasta la marisma de Hinojos donde se encontraba la carpa.

Debía ir con cuidado, pues seguramente los guardias vigilarían la zona, y más la que estaba dedicada a la investigación.

Todo debía hacerlo rápido. Se introduciría en la carpa donde estaba el ordenador, haría una copia de los archivos y se iría corriendo. Con suerte, regresaría al punto de encuentro mucho antes de las cuatro y solo tendría que preocuparse por que no la pillasen corriendo de un lado a otro.

Se quedó inerte y se agachó de inmediato al escuchar unos susurros.

—Estás loco... —rio una muchacha.

—¿No querías una aventura? —preguntó la voz de un chico.

Lucía se asomó tras un arbusto.

Parecía una pareja joven que, al igual que ella, había ido en busca de aventura.

Puso los ojos en blanco cuando vio que el chico se quitaba la camiseta, se acercaba a la chica y la besaba. Ambos comenzaron a caer sobre la arena.

—Como nos pillen... —rio la chica mientras se tumbaba con él.

—Ahí está la gracia —bromeó el chico. Luego hizo un rugido antes de echarse sobre ella, lo que provocó la carcajada de la muchacha.

Lucía resopló de nuevo y siguió su camino. Lo que había que ver. Ella tenía que ligarse a un barquero, pagarle cincuenta euros e invitarle a un desayuno y seguramente aquella joven pareja habría llegado a nado o con una barca propia.

Se puso en pie y comenzó a correr. Cuanto antes avanzara tanto mejor, pero aquella zona no estaba iluminada y, aunque en ese momento no llovía, las nubes seguían tapando la luna y las estrellas.

Cogió el móvil y alumbró hacia delante, intentando no tropezar con las raíces que sobresalían de la arena.

Sabía que aquello era arriesgado, pero si conseguía aquella prueba podría mostrársela a Ahmed y él sabría interpretarla. Además, era una prueba con la que podía demostrarse que, en aquel lugar, existían vestigios de una civilización oculta y, ante todo, que aquella tomografía se había realizado bajo las órdenes de su abuelo, no de Cristina.

También existía la posibilidad de que el ordenador tuviese clave de acceso. Ya contaba con eso, aunque igualmente sabía que casi todo lo tenían imprimido por seguridad, así que seguramente en los archivadores podría encontrar mucha documentación al respecto.

Si Gael no se hubiese opuesto a darle esa información y le hubiese mostrado las pruebas no se tendría que ver en aquella situación.

Llevaba más de un cuarto de hora corriendo hacia las marismas cuando escuchó un ruido. Se agachó rápidamente, apagó el teléfono y se cobijó tras unos árboles.

Se quedó en silencio un par de minutos hasta que se aseguró de que no

había nadie.

Recuperó el aliento y comenzó a caminar justo cuando escuchó el crujir de unos arbustos tras ella.

—¡Alto! ¡Manos arriba! —gritó la voz de un hombre.

Lucía se puso tiesa como un palo y elevó las manos de inmediato.

—Mierda —sollozó—. ¡Manda narices! Y a los que se revuelcan en la arena no los pillan...

—Dese la vuelta —ordenaron.

Lucía gimió mientras se daba la vuelta poco a poco.

—Joder —susurró mientras se daba la vuelta y entrecerraba los ojos cuando el guardia la iluminaba con una linterna—. Disculpe, yo, yo solo...

—De rodillas —ordenó.

Lucía gimió, aquello no podía estar pasándole.

—Escuche, yo solo... solo quería... —resopló. De perdidos al río—, me apetecía ver las estrellas, no estoy haciendo nada malo... —susurró con un tono de voz más acaramelado—, dicen que es uno de los cielos más hermosos...

—¡He dicho que de rodillas!

Lucía suspiró.

—Vale, vale..., ya voy —comentó a regañadientes, arrodillándose—, tampoco hay que ser tan antipático, oiga.

La llevaron al cuartelillo en todoterreno y la metieron en una celda. Jamás había estado en un lugar así y se hubiese puesto a llorar si el enfado que sentía no la mantuviese en ese estado de nervios.

Se cogió a los barrotes.

—Esto no es necesario —dijo de nuevo hacia el guardia que permanecía sentado frente a la celda.

—Cuando venga el cabo usted misma puede explicárselo.

—Oiga, escuche... Soy amiga de los guías, pueden... ¿pueden llamar a Ángel? Por favor —imploró.

En ese momento el guardia levantó la mirada.

—¿Ángel?

—Sí, Ángel.

—¿Ángel qué más? —preguntó interesado esta vez.

Ella resopló y se removió desesperada por la celda.

—No lo sé —sollozó—. Yo... —dijo corriendo a los barrotes y sujetándose con fuerza— soy la nieta de Laureano Molina. —El guardia la volvió a mirar, esta vez enarcando una ceja—. ¿Sabe quién es? Estaba haciendo una investigación en Doñana...

—Claro que sé quién es —pronunció poniéndose en pie.

—Puede verlo en mi DNI, además llevo una fotografía suya en la cartera y en mi móvil. Tengo muchas con él —sollozó.

No le gustaba tirar de contactos, pero haría lo que fuese para que no le comunicasen aquello a Cristina.

El guardia la miró de reojo y, como si se compadeciese de ella, fue hacia la bolsa donde había guardado su mochila.

—Además, Ángel puede confirmárselo. En mi monedero tengo su tarjeta —insistió.

En ese momento entró otro compañero y miró directamente a Lucía, que permanecía con los ojos llorosos.

—¿Ocurre algo?

—Dice que es amiga de uno de los guardias, y la nieta de Laureano Molina.

El hombre que acababa de llegar la miró confundido.

—Es verdad —dijo ella directamente mientras el primero de los guardias cogía el monedero que llevaba en el interior de la mochila y buscaba su DNI—. Ángel me conoce.

El primer guardia mostró el carné al segundo y asintió. Soltó la cartera sobre la mesa y se cruzó de brazos mientras se acercaba a los barrotes.

—Llama a Ángel Fernández, ¿es ese? —preguntó a Lucía.

Ella se encogió de hombros.

—No sé su apellido. Ángel, de unos cuarenta y pocos años, moreno, aunque con canas... Mi abuelo siempre le daba zumos cuando lo llevaba de aquí para allá por Doñana...

—Debe de ser él —supuso el segundo guardia dirigiéndose a la puerta—. Lo llamo y ahora vengo.

El primer guardia pareció de acuerdo y finalmente se giró hacia Lucía.

—¿Y qué haces aquí?

Ella apretó los labios y suspiró. Obviamente, no iba a contarle la verdad, pero algo podría improvisar.

—Si se lo digo... ¿me prometes que no dirás nada? —sollozó.

El guardia enarcó una ceja.

—Depende.

Ella inspiró.

—Hace un par de días traje unas cajas de la investigación de mi abuelo, los documentos están escritos a mano y... —tragó saliva— esta tarde me he peleado con Cristina, la directora, y temo que no me devuelva las cajas. Son lo único que me queda de mi abuelo —sollozó.

—¿Y por qué no se las pide?

Ella resopló.

—La pelea ha sido... Ammm... Preferiría no volver a verla —comentó en un susurro.

El guardia suspiró y ladeó su cabeza hacia ella.

—Esta no es la mejor forma de conseguir las cosas, mujer.

—Lo sé —reaccionó rápidamente—. Pero en principio las iba a escanear y me las iba a devolver, de eso ya hace un par de días..., y ahora temo que no lo haga. De hecho, por cómo ha ido la discusión lo dudo mucho. Y, de verdad, es lo único que me queda de mi abuelo, lo único —acabó llorando.

El guardia se pasó la mano por los ojos y se giró cuando escuchó que abrían la puerta y su compañero volvía a la sala.

—Ángel dice que la conoce. Que la ha llevado varias veces a la zona de la investigación con documentación, que traía muchas cajas.

El guardia que estaba al lado la miró y suspiró.

—Está bien... Y solo porque es la primera vez —la señaló y luego se giró hacia su compañero—. Ábrele, anda.

—Gracias, gracias... —gimió con los ojos cargados de lágrimas al ver que el guardia abría la cerradura.

—Pero alguien tiene que venir a buscarte.

Aquello la paralizó.

—¿Alguien?

—¿Has venido en coche? —preguntó enarcando una ceja.

Ella negó.

—Pues alguien tendrá que venir a buscarte —cogió el teléfono y se lo mostró—. ¿A quién llamo?

## 15

Lucía no pudo menos que agachar su rostro y mirar de reojo aquellos ojos azules e intimidantes que la observaban sin cesar.

En un principio había pensado en llamar a su amiga Alicia, pero entonces debería dar explicaciones. Además, eran prácticamente las dos de la madrugada. Él era la única opción viable que le quedaba en esos momentos.

—Joder, Lucía —susurró Gael acercándose a ella con actitud colérica.

Al menos, había ido a buscarla sin oponerse. No se atrevió a decir nada y se limitó a coger la mochila. La abrió y se puso los zapatos, aunque hizo un gesto de desagrado con su rostro al notar que aún estaban húmedos.

—No queremos volver a verte por aquí, ¿eh? —ironizó el guardia. Ella asintió efusivamente, en silencio—. Al menos, no sin pagar entrada.

—De acuerdo —susurró colocándose la mochila a la espalda—. Gracias.

Salió junto a Gael de la caseta. Lo cierto era que no sabía si le asustaba más el silencio de él o que le echase bronca.

Llegaron hasta el vehículo y Gael fue directamente a la puerta del copiloto. Lucía se quedó un poco parada.

—Vamos, sube —ordenó con tono de voz enfadado.

Tragó saliva y subió al vehículo. Notó cómo el corazón se le aceleraba mientras se ponía el cinturón. Aquello había sido una locura, la más grande que había cometido nunca, pero, al menos, había tenido la suerte de no tener antecedentes policiales y de contar con el apellido de su abuelo y la amistad de Ángel. Lo siguió con la mirada mientras Gael rodeaba el coche y se sentaba al volante dando un portazo.

Arrancó y, aunque no dijo nada, se le notaban los músculos en tensión.

—¿Cómo se te ocurre? —Ella apretó los labios—. ¿A qué ha venido esto?

—¡Quería la documentación!

Gael la miró mientras giraba el volante.

—¿Qué documentación? —gritó desesperado—. ¿Las cajas de tu abuelo? Yo mismo te las traeré mañana si hace falta.

—¡Esa no! —Luego bajó el tono—. Bueno, esa también la quiero —

admitió—. Lo que quería ver era el estudio de la tomografía y ver si tenían algún dato más... ¡Además de mirar si estaba la carpeta que me han robado! —acabó gritando.

Gael se soltó unos segundos del volante y alzó los brazos hacia arriba.

—Claro, y a la señorita no se le ocurre otra cosa que colarse en Doñana por la noche —refunfuñó, de hecho, se estaba dando cuenta de que cuando estaba enfadado se le notaba más el acento italiano—. ¿Se puede saber cómo has entrado?

Ella lo miró desafiante.

—Me ligué a un barquero —respondió secamente.

—¿Que hiciste qué? —gritó sorprendido.

—¿Qué pasa? —preguntó provocativa—. Necesitaba entrar a escondidas, puesto que tú —lo señaló— no ibas a darme la información que quiero. ¡Esto es culpa tuya!

—¿Culpa mía? —preguntó mirando de la carretera a ella.

—Sí.

—Claro, ahora seré yo el culpable de que seas una delincuente.

—¡Yo no soy ninguna delincuente! —gritó ofendida.

—Lo que has hecho ha sido un delito...

—Por Dios... —gritó ella volviéndose hacia la ventana, dándole la espalda y cruzándose de brazos.

—¡Te has colado en una propiedad privada y además pretendías robar datos! —gritaba asombrado.

Ella se giró mosqueada.

—Si tú me hubieses ayudado esto no hubiese pasado.

—¿Cuántas veces tengo que decírtelo? —preguntó señalándola con el dedo—. Apártate de todo esto.

Ella apartó su dedo con un movimiento de mano.

—No —respondió con contundencia—. No pienso hacerlo, ¿lo entiendes?

Gael resopló.

—*Sei pazzo!* —gritó alzando los brazos—. *Completamente pazzo!*

—Eh —se quejó ella—. Habla en mi idioma.

—*Non capisco come potresti farlo!*

—Vale yaaa —volvió a quejarse.

—*Quante volte ti ho detto?* —Lucía resopló al ver que ya hablaba solo, totalmente desquiciado—. *Ma no... non importa quanto ti avverto, continuerai a fare quello che vuoi.*

—¡No te entiendo! —dijo extendiendo los brazos hacia él.

Gael apretó los labios y se giró en su dirección realmente enfadado.

—¡Te has arriesgado demasiado! ¿Entiendes eso? —preguntó alterado.

—Sí, eso sí. Pero si al menos tú me hubieses ayudado....

—No me vengas con esas —la cortó—. ¡Esas no son formas! ¿Te das cuenta de la locura que has cometido hoy? Y..., ¿y eso de ligarte a un barquero? —gruñó.

Se encogió de hombros y esta vez le sonrió con malicia.

—Ya ves, el encanto español —se mofó, lo que provocó un soplido por parte de Gael. Lucía se cruzó de brazos—. Y ahora, ¿qué?

Él la miró de reojo mientras tomaba un desvío.

—¿Ahora qué de qué? —preguntó enfurruñado.

Lucía se encogió de hombros y miró por la ventana.

—Eh, espera..., ¿adónde me llevas? —Gael enarcó una ceja—. He dejado el coche al principio de Sanlúcar.

—Te llevo a tu piso.

—Tengo el coche a unas manzanas de aquí —dijo rápidamente.

—¿Dónde vives? —preguntó ignorando el comentario de ella.

—Que tengo el coche aquí cerca —insistió ella.

—Y yo te digo que te voy a dejar en tu piso —gruñó—. ¿Crees que te voy a dejar en el coche para que puedas escaquearte otra vez?

Ella lo miró desafiante y resopló. De todas formas, el coche lo tenía aparcado a una media hora andando de casa. Mañana lo podría coger sin problemas.

—Esta calle a la izquierda —dijo con tono seco—. Tu ropa no la tengo en mi piso, se quedó en casa de mi abuelo.

—No hace falta, llévala al aeropuerto. —Hizo referencia a su viaje a Egipto.

Ella lo miró enfurruñada y se cruzó de brazos.

—Preferiría ir sola.

Gael sonrió hacia la carretera.

—Yo preferiría que no fueses.

Lucía resopló. Se mantuvo en silencio unos segundos. Aunque Gael era bastante autoritario, debía admitir que aquella llamada a las dos de la madrugada para que la fuese a recoger al cuartelillo no debía ser plato de buen gusto de nadie y, al fin y al cabo, había ido a buscarla.

Se acomodó en el asiento y suspiró.

—Por cierto, el vuelo sale desde Sevilla, ¿verdad? —Lucía lo observó de reojo y al final asintió—. Estaremos tres días en Egipto, ¿no?

Se volvió hacia él.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo vi en la pantalla del ordenador y además me restregaste el billete por las narices —le recordó.

Ella miró hacia delante de nuevo. Sí, ahí tenía toda la razón.

—Gira aquí a la derecha y ya puedes detener el vehículo. Vivo ahí.

Gael hizo lo que le dijo y apagó el coche.

—¿Vives aquí? —preguntó mirando el portal que había quedado a su izquierda. Era un bloque de varias plantas.

—Sí. —Se quitó el cinturón y antes de abrir la puerta suspiró. Se quedó unos segundos quieta y finalmente se giró hacia él—. Supongo que estarías durmiendo, gracias por venir a buscarme. No sabía a quién recurrir.

Gael asintió mientras la observaba.

—No hay de qué, pero... —comentó al ver que ella se giraba para abrir la puerta—, por favor, no hagas más locuras, *accetto*?

El tono que empleó aquella vez fue bastante más calmado.

No pudo menos que asentir. Salió del vehículo y se echó la mochila a la espalda. Cuando pasó por delante del vehículo para llegar a la acera intuyó que Gael no apartaba la mirada de ella, incluso sus manos temblaron cuando cogió las llaves del portal y abrió la puerta.

Gael se quedó allí durante un par de minutos, observando, hasta que la luz de la segunda planta se encendió. Intuyó que debía ser ella, pues el resto de pisos permanecían a oscuras.

Nada más arrancar el vehículo conectó el manos libres de su móvil. Bastaron un par de tonos para que contestasen al otro lado de la línea.

—Dime —contestó una voz masculina.

—Hermi, ¿me has seguido? —preguntó Gael.

—Sí.

—De acuerdo, no te muevas de su puerta y avísame ante cualquier movimiento extraño de ella.

No había dormido muchas horas, se había acostado sobre las dos y media de la madrugada y a las ocho ya estaba en pie. Quería aprovechar el día lo máximo posible y recopilar toda la información que pudiese antes del viaje.

De la agenda secreta de su abuelo aún tenía un par de lugares que visitar. En primer lugar, las Minas de Riotinto: tanto los tartesios como los atlantes tenían fama de ser buenos herreros, así que las Minas de Riotinto y los materiales que se extraían fueron cruciales para el desarrollo de estas civilizaciones. No obstante, tenía más curiosidad por el segundo lugar, la Cueva del Toril. Había buscado información antes de irse a dormir. Se encontraba a más de tres horas en coche y eso la había echado para atrás en un principio, aunque, bien mirado, si salía pronto podía estar allí a mediodía, echar una ojeada por sí misma y, para antes de las ocho de la tarde, estar de regreso en casa.

Se había levantado a las ocho y, tras caminar hasta su coche, a las nueve ya estaba en carretera.

No había hecho la maleta, aunque sí había dejado la ropa preparada sobre la cama, al fin y al cabo, eran tres días los que estaría en Egipto y tampoco debía facturar, con una maleta de mano le serviría.

Había encontrado un poco de retención a la salida de su pueblo, pero luego todo había ido como la seda.

Aquella zona, con amplios valles y espesas montañas plagadas de árboles, se creía que en plena Edad de Cobre estaba habitada por un poblado minero dedicado a la explotación de vetas de sílex. Dicho poblado estaba rodeado por una muralla de doscientos metros de longitud y una necrópolis dolménica. Los arqueólogos habían probado que hacía unos 4 500 años la Cueva del Toril fue un santuario asociado al sol y al agua. Aquello había suscitado su interés. Sobre todo, cuando había leído que aquella gigantesca

cueva de sesenta y siete metros de abertura por doce de profundidad tenía una treintena de petroglifos en forma de círculos concéntricos grabados en la roca.

No hubiese dado importancia a aquellos símbolos si no supiese su significado.

En un artículo se relataba que hacía pocos años habían comprobado con sorpresa cómo la puesta de sol coincidía en un petroglifo, confirmando que aquellos símbolos actuaban como calendario solar.

Aquello era lo que le había hecho convencerse de que no le iría mal echar una ojeada. Al fin y al cabo, no tenía nada más que hacer excepto prepararse una pequeña maleta.

Casi cuatro horas más tarde aparcaba el coche en un cruce. El sol, a diferencia del día anterior, lucía con fuerza.

Apagó el motor y enseguida el ambiente en el interior del vehículo se caldeó.

Fue cerrar el coche y su móvil comenzó a sonar. Rebuscó en su bolso mientras cruzaba la carretera, asegurándose de que el vehículo no entorpecía la circulación.

—Alicia —susurró mirando la pantalla del móvil. Se colgó el bolso en el hombro y llegó hasta el otro extremo de la carretera. Lo llevó a su oído—. Hola —comentó mientras miraba a ambos lados. Aquello, realmente, no era una cueva. Eran dos montes muy unidos, tanto que incluso la parte que quedaba en medio estaba en penumbras.

—Hola, ¿qué tal? ¿Cómo estás?

—Bien, dando un paseo —comentó mientras comenzaba a internarse entre los dos montes—. ¿Y tú? —preguntó acercándose a esas paredes para observar.

—Bien, te llamaba por si te apetece quedar para tomar algo. Así nos vemos —comentó risueña.

Lucía se inclinó para observar las paredes y comenzó a seguir la tierra, observando atentamente.

—Pues iba a llamarte para explicarte una cosa... —dijo mientras avanzaba, más atenta a la pared que a la conversación del móvil—. Me he cogido un pequeño viaje y salgo mañana en avión.

Aquello dejó descolocada a su amiga.

—Ah, ¿sí?

—Sí, me voy a Egipto tres días —respondió como si nada.

—Oh, vaya... —contestó consternada—. Pues..., me alegro mucho, así te despejarás —continuó sincera—, pero ¿por qué Egipto?

—Sabes que siempre me ha gustado. Me trae buenos recuerdos —improvisó.

—Ya, ya me imagino —respondió—. ¿Y te vas sola a Egipto? —preguntó preocupada.

Aquella pregunta le hizo poner la espalda recta. No iba sola, aunque no por voluntad propia. Gael se había apuntado a aquel viaje sin pedir permiso.

—Sí —respondió directamente.

—Si me lo hubieses dicho podría haberme pedido unos días y nos íbamos...

—Alicia, Alicia... —la cortó—, no te preocupes. —Volvió a acercarse a las piedras—. Es lo que necesito, de verdad.

—Ay, no sé... Me da cosa que te marches sola, y más a Egipto.

—No te preocupes —bromeó—, no soy rubia con ojos azules, no me querrán cambiar por camellos.

—Pzzz —respondió su amiga—. ¿Necesitas que te lleve al aeropuerto?

—No, cogeré un taxi —continuó atenta a todo. En ese momento se quedó observando la pared de piedra. Ahí podían intuirse unos círculos concéntricos—. Oye, te llamo esta noche o mañana, ¿vale?

—De acuerdo, pero ¿seguro que no quieres que pase a buscarte? —insistió—. No me importa.

—No, de verdad que no, tranquila. Tengo que dejarte Alicia, tengo una llamada —mintió.

—De acuerdo, pues llámame luego y hablamos. Un abrazo.

—Otro —respondió rápidamente.

Colgó el teléfono sin apartar la mirada de la piedra. Aquello era impresionante. Aunque no estaba tan marcado como el símbolo del templo de Cancho Roano podía apreciarse claramente.

Abrió la cámara del móvil para tomar una fotografía y lo colocó cerca de la roca. Cuando la hizo observó la pantalla. Era espectacular, allí también

estaba aquel símbolo, los círculos concéntricos que recordaban tanto a lo descrito por Platón.

Siguió caminando, observando más grabados. Por lo que había leído, según los arqueólogos, aquellos círculos concéntricos formaban un reloj solar.

Ahora, ella sabía que aquello podía significar otra cosa, la evidencia de una civilización perdida y muy avanzada.

Miró de un lado a otro, estaba totalmente sola. Bueno, al menos, aquella vez parecía que Gael no la había seguido.

Había otros petroglifos a los lados, también de círculos concéntricos y otras figuras que parecían ser personas, aunque estas no se intuían bien.

Una de ellas llamó su atención. Notó cómo se le cortaba la respiración, cómo el corazón se le aceleraba. Durante unos segundos se quedó totalmente petrificada, sin poder moverse, observando sin pestañear aquel símbolo.

Se trataba de una menorá y, al igual que la que llevaba colgada al cuello, tenía tres patas. Nunca había visto una igual en ninguna inscripción ni en ningún libro, a excepción de la suya.

Se llevó la mano al cuello y observó su colgante. Sí, era la misma. El mismo símbolo. Pero ¿qué tenía que ver una menorá con todo aquello?

Tragó saliva cuando vio que, al lado del grabado de la menorá, de aquel símbolo hebreo, había otros símbolos consistentes en círculos concéntricos. En ese momento cayó en la cuenta. Ver un símbolo al lado de otro le hizo ser consciente de algo que le había pasado desapercibido hasta ese momento.

La menorá situada al lado de ese símbolo no hizo sino revelarles que el símbolo hebreo de la menorá no era más que la mitad del símbolo de los círculos concéntricos. Se quedó observando el souvenir que su abuelo le había comprado en su viaje a Israel: aquella menorá acabada «en tres patitas», como ella había dicho cuando era pequeña, se asemejaba a la figura de un tridente.

«Un lugar para el culto del agua y el sol. Un santuario», recordó que había leído como definición de aquel lugar.

En ese instante recordó las palabras que su abuelo había pronunciado tras entregarle el souvenir con la menorá descubierta en la capilla de Israel.

«—Te compraré la menorá de tres patitas —bromeó su abuelo mientras

se agachaba—, pero debes recordar una cosa: este es el tesoro más importante que tendrás nunca.

—¿Por qué?

—Algún día lo descubrirás».

Aquel era un símbolo hebreo, uno de los símbolos más importantes del judaísmo y, sin embargo, estaba grabado junto al símbolo de los círculos concéntricos que representaba los anillos de la Atlántida. Además, acababa de igual forma que la menorá de Israel. Ahora, después de todo lo descubierto, podía ver que aquel palo que brotaba del centro del candelabro y se sustentaba por tres patas bien podría ser un tridente, el símbolo de Poseidón, del dios al que habían dado culto en la civilización perdida.

¿Qué significaba aquello? ¿Eran los judíos una civilización que tuviese conocimiento de la Atlántida? ¿Que hubiese mantenido un vínculo en tiempos pasados? ¿Podrían los judíos ser descendientes de los atlantes?

Se quedó consternada al observar aquello, sobre todo al recordar las palabras de su abuelo: «Algún día lo descubrirás».

En ese momento fue consciente de que prácticamente todos los viajes que había realizado con Laureano la conducían hasta allí. ¿Puede que esa hubiese sido su misión principal? ¿Que todas sus investigaciones hubiesen tenido como fin encontrar la ciudad perdida de la Atlántida, o Tartessos o Tarsis?

Durante unos segundos pensó en llamar a Gael y comunicarle lo que había visto, pero teniendo en cuenta que lo vería en unas pocas horas y que, seguramente, él ya lo sabría, prefirió no decirle nada. Bastante había tenido la noche anterior como para que ahora se enterase de que ella seguía indagando en el tema. Además, si algo tenía claro era que Gael sabía mucho más que ella, parecía que su abuelo lo había tenido como su pupilo.

Tiró unas cuantas fotografías a la menorá. No pudo evitar sacarse el colgante y colocarlo al lado, comparando la de Israel con aquella. Eran iguales. ¿De qué fecha dataría? Recordaba que la de Israel debía tener unos 1 800 años, pero ¿y esta? Decidió que era hora de irse. Echó un rápido vistazo y se dirigió a su vehículo. Tenía un largo trayecto por delante y todavía tenía que preparar la maleta.

## 16

Había llegado a su piso en Sanlúcar de Barrameda sobre las ocho de la tarde. Lo primero que había hecho era preparar la maleta para el viaje, se había dado una ducha y había cenado. Para cuando había acabado eran cerca de las once y, teniendo en cuenta lo poco que había dormido la noche anterior, decidió acostarse.

Un poco antes de las siete de la mañana estaba caminando hacia la estación de autobuses. Sabía que el trayecto en autobús desde Sanlúcar hasta el aeropuerto de Sevilla duraba unas dos horas. Había barajado la idea de tomar un taxi, pero iba con tiempo suficiente para estar allí a las nueve y, en todo caso, el avión no salía hasta las once y media. Con suerte, tendría tiempo de tomar un café en el aeropuerto.

Tras hacer trasbordo en otro autobús, a las nueve y diez minutos se encontraba ya en la terminal mirando de un lado a otro. Si Gael estaba por allí iba a ser difícil encontrarlo.

Su sorpresa fue cuando su mirada coincidió directamente con el azul del mar de los ojos de Gael que la observaban fijamente.

—Joder... —susurró mientras se dirigía a la cola para pasar por el arco de seguridad—, y ha venido... —dijo sorprendida, aunque más sorprendida se quedó cuando vio que no iba solo. Un muchacho le hacía compañía a su lado. Aquel chico le sonaba, aunque no sabía de qué.

—Buenos días —pronunció Gael con su amable sonrisa. Vestía un polo de manga corta color azul marino, que resaltaba más aún sus ojos, y unos tejanos azul oscuro. Lo cierto es que cada vez que lo veía era más consciente de lo atractivo que era.

—Has venido... —pronunció Lucía colocándose a su lado.

—Ya te lo dije —comentó mientras se apoyaba en su maleta. Lucía miró de reojo al chico que lo acompañaba—. ¿Os conocéis? —preguntó directamente. Lucía negó tímidamente—. Hermi —lo señaló—, ella es Lucía.

—Mucho gusto —comentó el muchacho acercándose.

Fue entonces cuando cayó en la cuenta y lo reconoció. Por supuesto que lo había visto con anterioridad...

—Tú trabajas en la investigación de Doñana, ¿verdad? —preguntó asombrada.

—Sí, ayudo a Gael —contestó con un tono amable y una peculiar sonrisa.

Los miró intrigada.

—Encantada —respondió—, no te lo tomes a mal, Hermi... —luego miró a Gael, escudriñándolo—, pero no sabía que vendrías acompañado.

Hermi iba a intervenir, pero Gael se le adelantó.

—Hermi viene conmigo. Además, tiene otras cosas que hacer...

—¿Cosas como qué? —interrumpió ella.

—Tiene amigos en Egipto con los que ha trabajado con anterioridad. Le dije que nos íbamos de viaje...

—¿Que nos íbamos? —preguntó irónicamente.

—Y me pidió si podía venir. No vi inconveniente —respondió con indiferencia.

—Sí, amigos —comentó rápidamente Hermi—, de hace muchos años.

Lucía enarcó una ceja hacia los dos. Por descontento que no tenía amigos en Egipto, aquella no era sino una mala improvisación de Gael, pero había decidido tomarse aquello lo mejor posible. Iría, hablaría con Ahmed sobre lo que representaban aquellos documentos y se encargaría de averiguar qué secretos encerraba el zodiaco de Dendera. Tanto si Gael quería como si no, no iba a esperarlo ni iba a trazarle una ruta a seguir, ella iría a su ritmo, sin preocuparse por ellos.

—¿Y vais a aprovechar para ver a esos amigos? —preguntó con ironía mientras avanzaba con la maleta junto a ellos.

—Él, yo no —contestó Gael mientras se adelantaba también.

—¿Y tú que vas a hacer? —preguntó con el mismo tono.

Gael la miró y enarcó una ceja hacia ella.

—Acompañarte a donde vayas. —Y le dedicó una bonita sonrisa.

Lucía resopló ante su respuesta.

—¿Para qué? —preguntó de malos modos.

—Me interesa lo que vayan a explicarte.

—¿Acaso no lo sabes ya? —preguntó cruzándose de brazos, aunque tuvo que coger de nuevo su maleta para avanzar en la cola—. ¿Mi abuelo no

te lo explicó?

—Tu abuelo me explicó muuuuchas cosas —exageró.

—¿Y cuándo me las vas a explicar tú a mí?

Gael volvió a avanzar y señaló a Lucía para que se adelantase, dejase su maleta en la cinta transportadora y pasase ella primero por el arco de seguridad.

—Son muchas horas de vuelo —pronunció como si nada—, al menos, el de Madrid a El Cairo.

Lucía suspiró desesperada, sin embargo, parecía que Gael estaba dispuesto a explicarle más cosas. Días antes ya le había demostrado que poseía muchos conocimientos al respecto.

Cruzó el arco y avanzó hasta donde estaba el agente de seguridad, que por alguna razón no vio necesidad de cachearla, y luego recogió la maleta que ya había pasado por el escáner, ante la atenta mirada de otro agente.

Veinte minutos después los tres esperaban en la puerta de embarque. Aunque Hermi siempre estaba cerca de ellos, Lucía notaba que se desvinculaba un poco. Se giró y lo observó mirando atento su móvil. Miró de reojo a Gael, le sacaba más de una cabeza, y en ese momento se mantenía callado.

—De acuerdo pues..., explícame —comentó ella.

Gael giró su cuello.

—Ahora no, luego. Ya te lo he dicho, tenemos muchas horas de vuelo —pronunció encogiéndose de hombros—. ¿O es que prefieres ver una película? —bromeó.

Lucía le sonrió con ironía.

—Ya sabes que no —contestó mirando al frente, mientras los pasajeros por delante de ellos comenzaban a embarcar.

Estaba defraudada, ahora que se había hecho más o menos a la idea de que Gael y Hermi iban a acompañarla en el primer vuelo a Madrid les tocaba en asientos separados. Los habían sentado a los tres en pasillo, Gael delante de ella y Hermi en diagonal a ella, al lado de Gael.

Prácticamente no habían podido hablar, así que había aprovechado para echar una cabezada, que nunca venía mal. El vuelo duraba casi una hora, así

que para cuando comenzó a coger el sueño ya habían tocado tierra.

Tras atravesar casi toda la terminal habían llegado con un margen de veinte minutos a la puerta de embarque que los llevaría directamente a El Cairo.

—¿Prefieres ventana? —preguntó Gael dejando que eligiese.

Este avión era mucho más grande y amplio. Tenía tres filas. Las de los laterales consistían en dos asientos y la fila central tenía cuatro.

—Si no te importa... —comentó ella, a lo que Gael le señaló con un movimiento de cabeza, instándola a que pasase.

Se sentó a su lado y miró a su amigo Hermi, que se sentaba en el asiento que estaba al otro lado del pasillo. Automáticamente, comenzó a trastear la pantalla táctil que tenía delante con un montón de aplicaciones: música, juegos, películas, un mapa interactivo...

—Perfecto —comentó Hermi mientras buscaba los auriculares en la canastilla que tenía enfrente. Miró a Gael con una sonrisa—. Tienen la película *Furia de titanes*.

—¡Qué bien! —rio su amigo—. ¿Cuántas veces la has visto ya?

—Y las que me quedan. —Fue la única respuesta que le dio mientras conectaba los auriculares a la pantalla y los colocaba en sus oídos, sin revelar el número.

Se giró hacia Lucía, que observaba al resto de pasajeros meter su equipaje de mano en los altillos superiores. Luego miró a Hermi, que pulsaba la pantalla y se acomodaba para disfrutar de la película.

Gael se fijó en el rostro de Lucía, se notaba que estaba cansada pese a que con su actitud y gestos no lo denotase. Se apoyó contra el respaldo mientras la seguía mirando. Era una mujer hermosa. La primera vez que la vio aparecer en Doñana se quedó impresionado al verla, aunque más aún cuando había descubierto que era la nieta de Laureano, de la que tantas veces le había hablado.

Aquella mirada fija por parte de Gael llamó la atención de Lucía, que lo contempló también. El sol se filtraba por la ventana alumbrando la mitad de su rostro. Sus ojos se veían de un azul oscuro, aunque eran brillantes y profundos. En cierto modo eran hasta hipnóticos.

Se apoyó en el respaldo también sin apartar la mirada.

—¿Tu amigo se ha puesto una película?

Gael asintió sin apartar la mirada de ella.

—Sí, le encanta el cine —sonrió.

—Tiene tiempo de ver un par —continuó ella que, por primera vez, se permitió el hecho de bromear con él. Apartó la mirada y miró por la ventanilla. Hacía buen día en Madrid, el cielo estaba totalmente despejado, ni una nube. Esperaba tener un vuelo tranquilo. No es que le hiciese mucha gracia volar, pero lo había superado a base de tener que enfrentarse a su miedo.

Se giró y se percató de que Gael aún seguía con la mirada fija en ella.

—¿Qué pasa? —preguntó confundida.

Él se encogió de hombros y ladeó su cuello hacia un lado.

—Me preguntaba cómo comenzaste con esta investigación.

Ella apretó los labios y durante unos segundos se fijó en las azafatas que pasaban ya por los pasillos asegurándose de que todos los pasajeros se hubiesen abrochado el cinturón.

Gael había hecho una pregunta muy directa. De todas formas, ya no había razón para mentirle. Parecía que iba a ayudarla con la investigación y la había socorrido yendo a buscarla al cuartelillo de Doñana la noche que se metió en líos... Quizá tampoco estuviese mal confiar un poco en él. Su abuelo lo había hecho.

—Respóndeme primero a una pregunta —pidió ella—. ¿Por qué mi abuelo nunca me habló de ti? Normalmente conocía a todos los que trabajaban con él o, al menos, me comentaba sus nombres.

Gael chasqueó la lengua y miró hacia su amigo Hermi, ajeno a la conversación entre ambos e incluso a todo lo que le rodeaba.

—Por la misma razón que tampoco te comentó nada sobre lo que estaba investigando en Doñana —comentó con un tono más bajo—. Todo lo que giraba alrededor de dicha investigación lo guardaba en el más absoluto secreto, ya fuesen datos, cálculos o incluso personas. Si él no te comentaba nada al respecto tú no preguntarías, así de simple.

Ella suspiró y miró al frente mientras las azafatas abandonaban ya esa parte del avión y se dirigían al siguiente compartimento.

—No es justo... —susurró esta vez con pena—. Mi abuelo siempre me

había hecho partícipe de todo, sin embargo, me apartó en la investigación más importante de su vida.

Gael se incorporó en el asiento echándose hacia delante para atraer su mirada, pues Lucía miraba al frente mientras pronunciaba aquello.

—No se trata de si es justo o no. Se trataba de lo que era mejor para ti — pronunció con cierta delicadeza.

—¿Y por qué tú sí? —preguntó directamente.

Ahí estaba. Aquella era la pregunta que había querido formularle desde que se había enterado de que lo había acompañado a la inmersión, que había mantenido confidencias con él. Aquello era realmente lo que le dolía.

—Yo trabajo ahí —le recordó lentamente, con tono calmado—. Y, bueno... —esta vez hizo un gesto bromista con su rostro—, supongo que no le importaría tanto mi seguridad como la tuya.

Aquella respuesta se llevó un buen soplo por parte de ella.

—Me hubiese gustado que confiase en mí para esto.

Gael la observó, aunque su tono no quería reflejar tristeza, era inevitable pronunciar aquellas palabras intentando simular otro sentimiento.

—A él también le hubiese gustado compartir todo esto contigo, pero había cosas más importantes. —Luego le sonrió—. Puede que no te hablase de lo que había descubierto, ni de mí..., pero a mí no dejaba de hablarme de ti, de hecho, cuando te vi en la excavación por primera vez ya era como si te conociese. —Sonrió recordando algunos momentos—. Cada vez que sacaba una nueva conclusión o realizábamos una nueva prueba y veía los resultados decía: «Esto le gustaría a Lucía». Luego me miraba todo orgulloso y me decía: «¿Sabes que es licenciada en Cultura Clásica? Sí, da clases en el instituto de Sanlúcar, hizo la especialidad sobre la Grecia clásica...». —Gael imitó como pudo la voz de su abuelo, lo que hizo que ella sonriese con simpatía—. Se sentía muy orgulloso de ti, Lucía.

Aquello le gustó, la reconfortó en cierto modo e hizo que el hecho de que su abuelo no le hubiese confiado información sobre su última investigación perdiese importancia.

—Sabes muchas cosas de mí —rio—, pero yo sé poco de ti, solo sé que eres italiano y no porque me lo hayas dicho. Tu acento a veces te delata. Y que eres informático —recordó rápidamente.

Gael se encogió de hombros.

—Tampoco hay mucho que explicar —dijo como si nada—. Me licencié en Informática en la Universidad de Roma. El último año hice un Erasmus en la Complutense de Madrid y me gustó mucho, así que decidí hacer unos másteres aquí.

—¿De qué?

—Primero hice el máster de Biotecnología avanzada y luego me animé e hice el de Geoinformación.

—¿Y cómo acabaste trabajando en Doñana?

Se encogió de hombros.

—Mi primer trabajo fue cartografiando una excavación en Roma —explicó—. Ahí conocí a tu abuelo, hace un año y medio.

Ella asintió.

—Recuerdo cuando se fue a Roma. Me dijo que fuese con él —apuntó con una sonrisa—, pero el viaje coincidía con las clases en el instituto y me fue imposible.

—Al principio era muy reacio a verme con el ordenador por la excavación —sonrió divertido—. Era un arqueólogo a la vieja usanza...

—Sí —rio ella también.

—Pero cuando le mostré la excavación plasmada en el Autocad en 3D quedó encantado —dijo volviéndose hacia ella con una gran sonrisa—, así que cuando inició su investigación en Doñana me llamó para ofrecerme un puesto.

—Y aceptaste...

—Por supuesto que acepté. Es lo que me gusta y él me estaba dando una gran oportunidad —admitió.

Ella asintió pensativa.

—Así que lo conocías desde hacía tiempo...

—Sí.

Lucía tragó saliva justo en el momento en que el avión avanzaba por la pista de despegue. Se quedó observando. Lo cierto es que si no lo llamaba a las dos de la madrugada para que fuese a sacarla del cuartelillo podía llegar a ser un chico encantador.

—Encontré una agenda en su escritorio —explicó—. Así es como

comencé esta investigación —puntualizó encogiéndose de hombros—. Me parecía raro que guardase una agenda en un cajón cerrado bajo llave. Cuando la hojeé me di cuenta de que los datos contenidos en ella no eran los mismos que había en la carpeta que pretendía entregar al equipo de investigación. Había coordenadas, palabras en clave, símbolos dibujados..., pero todo estaba codificado, escrito de forma que no se pudiese entender y conectar o relacionar de buenas a primeras.

—Pero tú lo hiciste.

Ella se encogió de hombros con una tímida sonrisa.

—Era mi abuelo, lo conocía.

—Y tienes el mismo instinto que él —apuntó.

—No, en absoluto. Ya me gustaría a mí —rio—. Sin esa agenda o las fotografías de Doñana o los recortes del libro de Platón no hubiese sido capaz de comprender lo que investigaba. Jamás hubiese caído en... —se acercó un poco más a él—, en lo de la Atlántida.

En ese instante, el avión aceleró y avanzó a toda velocidad por la pista de despegue. Notó cómo el estómago se le encogía cuando se elevó. Aquella falsa sensación de ingravidez le desagradaba y hasta que el avión no se estabilizaba no era capaz de calmarse.

—Creo que hay algo que debo matizar... —comentó Gael—. Lo que encontramos en Doñana no es la Atlántida...

Aquello la dejó consternada.

—¿Cómo?

Gael negó y sonrió.

—Es la ciudad de Tartessos.

—Pero... tú... tu dijiste que era lo mismo —comentó extrañada.

—Te dije más o menos. Recuérdalo. —La señaló con la mano—. Un segundo —dijo cuando vio que el símbolo que había sobre sus cabezas referente al cinturón de seguridad se apagaba. Se puso en pie, abrió el compartimento superior y cogió una mochila negra. Se volvió a sentar y la colocó sobre sus rodillas. Abrió la bandeja de Lucía, que se echó hacia atrás de inmediato, y Gael extrajo un documento enrollado—. Como te dije, Tartessos, Tarsis y Atlántida son lo mismo en su conjunto, pero hay unas matizaciones que creo que deberías conocer... —Desenrolló entonces el

documento y lo colocó sobre la bandeja de Lucía.

—¿Un mapa? —preguntó observando.

El mapa era una fotocopia de un documento original. En él podían verse los continentes de Europa y de América. En el centro del océano Atlántico se veía una isla.

—Hay autores, como te comenté, que han escrito sobre ello. Athanasius Kircher era un sacerdote jesuita. En su novela *Mundus Subterraneus* escrita en 1664 elaboró, entre otros, este mapa, donde especifica que la Atlántida se encontraba en medio del océano Atlántico. —Miró a Lucía y sonrió—. De ahí que sea llamada por muchos la Atlántida. Además, especifica que las islas Azores y las islas Canarias son los picos de lo que era el antiguo continente. —Sacó una carpeta roja y depositó la mochila a los pies. La carpeta contenía bastantes documentos. Extrajo unos y los colocó en su propia bandeja, sin duda iba bien preparado. Lucía se fijó en los primeros documentos—. Platón —señaló el texto de *Timeo y Critias* y comenzó a leer: «En aquella época, se podía atravesar aquel océano, dado que había una isla delante de la desembocadura que vosotros, así decís, llamáis columnas de Heracles. Esta isla era mayor que Libia y Asia juntas y de ella los de entonces podían pasar a las otras islas y de las islas a toda la tierra firme que se encontraba frente a ellas y rodeaba el océano auténtico, puesto que lo que quedaba dentro de la desembocadura que mencionamos parecía una bahía con un ingreso estrecho. En realidad, era mar y la región que lo rodeaba totalmente podría ser llamada con absoluta corrección tierra firme. En dicha isla, Atlántida, había surgido una confederación de reyes grande y maravillosa que gobernaba sobre ella y muchas otras islas, así como partes de la tierra firme. En este continente, dominaban también los pueblos de Libia, hasta Egipto, y Europa hasta Tirrenia».

—Sí, lo leí —confirmó ella.

—Fíjate en lo que dice Platón: «... que vosotros, así decís, llamáis las columnas de Heracles» —siguió aquella frase con el dedo—. No estamos hablando propiamente de Doñana —y señaló el mapa que descansaba sobre la bandeja de ella—, sino de una isla situada frente a Gibraltar, entre Iberia y Marruecos. Eso es lo que se encuentra en todos los textos sobre el tema, no solo en el de Platón. En el mapa de Ptolomeo que te comenté y que se expone

en el museo de Londres ya especifica, en el siglo II antes de Cristo, que lo que se encuentra en Doñana es la ciudad de Tartessos, de hecho, la nombra en latín justo en esa zona, entre los dos ríos: el río Betis y el río Tartessos, como la ciudad. —Lucía lo miraba sin comprender por dónde iban los tiros. En ese momento extrajo de la carpeta la fotocopia en alta calidad del mapa que le había nombrado, donde en la zona de Doñana podía verse cómo aparecía una isla rodeada de dos ríos y, en el centro, ponía la palabra «Tartessos» en latín.

Lucía lo miró impresionada. Cogió el mapa, nerviosa, y lo observó con detalle.

—Es increíble.

—Así se confirma que lo que existía ahí no era la Atlántida, sino Tartessos en sí. —Gael sonrió al ver que ella escuchaba atenta. Se acercó un poco más a Lucía para bajar el tono—. La Atlántida es mucho más antigua que la ciudad de Tartessos. Todos los escritos —señaló a la carpeta que mantenía sobre su bandeja— especifican que la Atlántida se hundió como muy pronto hacia 1550 antes de Cristo —apuntó eso con un tono de voz cómico. Lucía miró el mapa donde aparecía el continente de la Atlántida en medio del océano. Gael lo señaló—. Los estudios que se han hecho en esta región, así como los sedimentos que se encuentran en ella, han demostrado que esta zona hace miles de años colapsó y se hundió.

—¿La Atlántida está bajo el mar? —preguntó aún desubicada.

—Por lo que creemos, de unos 200 a 1000 metros de profundidad, sí.

Lucía parpadeó varias veces apabullada por toda la nueva información.

—¿No es lo mismo tartesios que atlantes?

—Están unidos.

—¿Unidos? —preguntó desconcertada.

—Tartessos, ubicada en Doñana, era más o menos lo mismo que la Atlántida, me explico: aunque estaban separadas por mar, estaban muy cerca, tanto que, según Platón, podía verse el continente de la Atlántida desde las columnas de Hércules, es decir, desde el Peñón de Gibraltar.

—¿Eso cómo lo sabes?

—Platón lo deja muy claro en su escrito. Piensa que esto es una simple traducción —señaló el texto de *Timeo y Critias*—, pero en su texto actual, en griego, Platón usa el término «Protu» lo que significa una ubicación muy

cercana, incluso que puede verse a simple vista. —Inspiró unos segundos—. La distancia máxima a la que ve el ojo humano, aproximadamente, es de cinco kilómetros, siempre que las condiciones meteorológicas sean muy favorables. Así que —señaló el mapa donde aparecía la Atlántida—, según el escrito real de Platón, que no olvides que se basa en el de Solón, que a su vez contrastó esta información con los sacerdotes sabios de Egipto a través de pergaminos, el continente de la Atlántida estaba como máximo a cinco kilómetros de distancia de la península ibérica. Lo que significa —dijo marcando la península en el mapa con el dedo— que se encontraba muy cerca de Andalucía y Portugal y, además, también muy cerca de la costa de Marruecos. Seguramente se tratase de una colonia, dada su ubicación estratégica para la entrada en toda la península ibérica. De ahí los símbolos de los círculos concéntricos. —Lucía iba a preguntar algo, pero Gael la interrumpió de nuevo—. Además, otra cosa muy importante, cuando fuiste a la cueva de Laja Alta te relaté que se veían diferentes tipos de barcos, hasta siete, algunos a vela, lo que implicaba necesariamente la existencia un puerto marítimo muy importante...

—Sí, las pinturas que datan como mínimo de hace 6 200 años —recordó ella.

—Sí. Si lo recuerdas, también te expliqué que aparecen guerreros con cuernos. ¿A qué te suena esto?

Ella lo miró sorprendida.

—No lo sé.

—¿Cuál era el animal de culto en la Atlántida? —Lucía volvió a negar—. Según Platón, los atlantes ofrecían sacrificios de animales a Poseidón, concretamente, el animal sagrado era el toro. Ese era el animal que representaba a la ciudad. —Abrió la carpeta y le mostró las fotografías que habían tomado de la cueva de Laja Alta—. Mira los guerreros. —Señaló la pintura—. Se los llama guerreros-toro. Normalmente, en las pinturas podemos ver a los guerreros con los escudos y sus cascos con cuernos, pero en este caso no es lo que vemos. En estas pinturas son los mismos guerreros los que tienen los cuernos en la cabeza, como si fuese parte de su cuerpo, lo cual revela su procedencia, con lo que se identificaban ellos. El culto al toro, a ese animal sagrado de Poseidón y, por tanto, de su ciudad, la Atlántida. —

Luego hizo un gesto gracioso con su rostro—. Incluso hay mujeres —dijo señalando a los guerreros que lucían pechos.

—Ya veo, muy ilustrativo —bromeó ella. Se quedó observando las imágenes—. Guerreras-toro —susurró.

—Orgullosos de su procedencia —aclaró.

Lucía apretó los labios y lo miró fascinada.

—Entonces, ¿no es la Atlántida? ¿Es Tartessos?

Gael se acomodó en el asiento reclinando su espalda.

—Por Platón y por todas las evidencias que encontramos en diferentes escritos...

—¿Los autores que me comentaste el otro día? —preguntó señalando la carpeta.

Gael le sonrió.

—¿Así que escuchabas, después de todo? —bromeó mientras abría la carpeta.

—Claro que escuchaba —pronunció molesta—. Siempre lo hago.

Gael rio mientras pasaba documentos.

—Homero, siglo viii antes de Cristo —comentó mostrándole el documento en el que había una parte subrayada con un rotulador fluorescente—. Homero era poeta, no historiador. Te leo una parte del capítulo cuarenta y cuatro de la *Odisea*, y recuerda que solo es un poema. —Tomó aire—: «Se me parte el corazón a causa del prudente y desgraciado Odiseo, que, mucho tiempo ha, padece penas lejos de los suyos, en una isla azotada por las olas, en el centro del mar; isla poblada de árboles, en la cual tiene su mansión una diosa, la hija del terrible Atlante —en ese momento Lucía se arrojó sobre él para observar el documento—, de aquel que conoce todas las profundidades del ponto y sostiene las grandes columnas que separan la Tierra y el cielo. La hija de este dios retiene al infortunado y afligido Odiseo, no cejando en su propósito de embelesarlo con tiernas y seductoras palabras para que olvide a Ítaca; mas Odiseo, que está deseoso de ver el humo de su país natal, ya de morir siente anhelos». —Gael la miró de reojo—. Siglo viii antes de Cristo —le recordó—. Habla de la hija o descendiente de ese dios y, ante todo, la llama la hija del terrible Atlante.

Lucía tragó saliva.

—Nunca le había dado importancia.

—No le das tanta importancia hasta que eres consciente de que este mismo poeta, Homero, nombra en su capítulo doscientos treinta lo siguiente: «Mudóse después la voluntad de los dioses, quienes, maquinando males, han hecho de Odiseo el más ignorado de todos los hombres; que yo no me afligiera de tal suerte si acabara la vida entre sus compañeros en el país de Troya o en brazos de sus amigos luego que terminó la guerra, pues entonces todos los aqueos le habrían erigido un túmulo y hubiese dejado a su hijo una gloria inmensa». —La miró directamente—. Homero ya nombró a Troya, lo cual era mitología hasta que los arqueólogos la encontraron. Pero sigo —dijo pasando el documento y asiendo el siguiente con su mano—, capítulo doscientos cuarenta y tres de la misma obra, de la *Odisea*: «Hay en el mar una isla lejana, Ogigia, donde mora la hija de atlante, la dolosa Calipso, de lindas trenzas, la terrible diosa...».

—Según la mitología griega —intervino Lucía—, Calipso era la hija del titán Atlas.

—Atlas es un dios marino, prácticamente como Poseidón, y que sostenía el mundo en su espalda. Además... —comentó con una sonrisa—, la palabra *ogigia* significa «primigenios», es la raíz.

—Vale, según la mitología griega los dioses tuvieron descendientes, pero... es mitología —comentó con la respiración acelerada.

Gael alzó su mano.

—Me preguntabas por otros autores —explicó—. Heródoto, año 485 antes de Cristo. —Cogió el documento y se lo mostró—. Capítulo doscientos tres: «Pero todo el mar que los griegos navegan y el que está fuera de las columnas de Hércules, denominado mar de Atlantis, y el mar rojo, es todo uno mismo». El mar de Atlantis —remarcó esas palabras y se quedó unos segundos en silencio—. A lo que iba —dijo con un tono más gracioso—, como te explicaba, según Platón la Atlántida surgió en el 9500 antes de Cristo y desapareció, según las investigaciones, en el 1550 antes de Cristo, ubicada en medio del océano Atlántico. —Volvió a señalar el mapa que aún se encontraba en la bandeja de ella—. Ahora bien, mira lo que dice Estrabón, nacido en el año 64 antes de Cristo: «Los tartesos son los más cultos de los íberos, tienen escritura y escritos históricos en prosa y verso y leyes que

según se dice datan de seis mil años antes». —Soltó el documento sobre la bandeja—. El pueblo atlante era un pueblo guerrero que conquistó buena parte del mundo, por lo tanto, como era normal y lógico, tenía muchas colonias. Lo más normal es pensar que Tartessos no se tratase más que de una ciudad colonia. Aunque algo muy interesante es que, según algunos historiadores, Tartessos fue fundada sobre el 1500 antes de Cristo y Estrabón ya explica que sus leyes datan de 6 000 años antes. ¿De dónde venían esas leyes? —Señaló en el mapa la Atlántida—. Es más, si en el año 1550 antes de Cristo fue cuando se hundió la Atlántida, ¿de verdad si hubiese habido supervivientes se hubiesen instalado en la costa? ¿No crees que tendrían miedo de otra catástrofe natural?

—Supongo...

—Lo más lógico es que Tartessos fuese una expansión del continente de la Atlántida y que ya estuviese allí cuando ocurrió el cataclismo.

Lucía se quedó pensativa, analizando todo lo que Gael le explicaba.

—¿Esto lo sabe Cristina? —Gael negó rotundamente—. Entonces... ¿Cristina piensa que lo que hay debajo de Doñana es Tartessos?

—Supongo.

Volvió a quedarse pensativa.

—Vale, me... me parece bien —titubeó intentando centrarse—, pero tú me dijiste que mi abuelo se oponía a realizar la excavación en Doñana, que por eso mismo ocultaba toda la información, porque según la mitología sus ciudadanos tenían un arma muy potente y, como castigo por querer conquistar todo el mundo, Poseidón, su dios, los hundió. ¿Qué sentido tiene oponerse a una excavación en Doñana si la Atlántida no está ahí? Si esa presunta arma... —entrecomilló con los dedos—, estará justamente en medio del océano Atlántico.

—Ammm..., no precisamente —comentó guardando la documentación—. El arma no llegó a la Atlántida. —Lucía enarcó una ceja y lo miró divertida—. ¿Por qué pones esa cara?

—Parece un cuento...

Gael suspiró.

—El arma se quedó en Doñana, en Tartessos —explicó obviando el último comentario de ella—, con Gadiro.

—¿Con quién?

—Gadiro, un descendiente de Poseidón, además de un alto militar de la Atlántida —Lucía suspiró como si aquello ya no le importase tanto—, encargado de dirigir el innumerable ejército atlante con el que se expandían por el mundo y, como responsable del ejército, era el que portaba dicha arma.

—Ya, con la que atemorizaban a todos los pueblos del mundo —exageró ella.

—En el momento en que la Atlántida se hundió, Gadiro esperaba en Tartessos el barco para que lo llevase hasta su isla, portando dicha arma. Él sobrevivió.

—Ya... —enarcó una ceja—, ¿y cómo llegas a esa conclusión?

—¿Te suena el nombre de Gades? —Ella modificó su mirada—. Creo que sí —apuntó—. Gadiro —pronunció Gael con cierta solemnidad—, el rey atlante que dio origen al nombre de Gades según fuentes romanas, o Gadeira como lo llamaban los griegos en tiempos de Solón, los árabes lo llamaban Qadish y los castellanos lo llamamos Cádiz. Gadiro, el atlante, el descendiente de Poseidón que portaba el arma, fue quién fundó la ciudad de Cádiz. —Lucía lo miró no muy convencida, pero al menos no hizo ninguna gracia más—. Esta cultura, la tartésica, se expandió. ¿Conoces la Cueva Chiquita? —Ella negó—. Se encuentra en Cáceres. Sus pinturas rupestres se encontraron hace poco más de cien años, en 1916. Ahí existen unas que llaman en especial la atención. —Buscó de nuevo en la carpeta y extrajo una fotografía donde había reseguído una silueta y podía intuirse un hombre sujetando un bastón en un lado y en otro lado un instrumento que no conocía. Al lado de este había unas letras que no acababa de reconocer—. Estas letras. —Las señaló—. Se trata de una lengua muy similar a las semíticas, como por ejemplo las lenguas protocananeo, fenicio, eblaíta, acadio, asirio... Son afroasiáticas, es decir, la madre de prácticamente todas las lenguas. De hecho, Platón, una vez más, en los capítulos ciento trece y ciento catorce expone justamente el nombre de Gadeira como un ejemplo de nombre indígena y es en estas lenguas donde se encuentran con la raíz «GDR», que justamente es el nombre traducido al griego como Gadeiro. Además, los fenicios escribían en las monedas de Cádiz «GDR». Pues bien —dijo señalando el hombre al que había reseguído con una silueta—, aquí tienes a Gadiro tal y como

muestran las letras al lado del dibujo. Dime, ¿qué porta?

—¿Un bastón?

—Lucía, es una espada, es más estrecho por la punta... —dijo divertido—. Recuerda que eran grandes guerreros. —Ella chasqueó la lengua—. Y aquí, en la otra mano, tienes el arma.

Ella elevó lentamente la mirada hacia él, con condescendencia.

—Me parece más un cuerno o una trompeta.

—Los cuernos los llevaría en la cabeza y una trompeta estaría dibujada cerca de la boca.

Ella suspiró y se apoyó contra el respaldo.

—Reconozco que tiene sentido, que todo encaja, pero si realmente lo que dices es cierto... implicaría que los dioses existían... —luego elevó los brazos hacia el cielo—, incluso que podría haber descendientes de ellos. —Negó con la cabeza—. Esa parte no acaba de convencerme... —reconoció.

—De acuerdo, mira esto —comentó extrayendo otra fotografía de la carpeta.

—Pero ¿cuántas llevas? —preguntó asombrada.

—Bastantes. —Colocó la fotografía en la bandeja de ella—. Mira —insistió.

Lucía observó el mural que aparecía en la fotografía y se quedó de piedra. Allí estaba, creada por pequeñas piedrecitas formando un mosaico en colores negro, blanco, rojo y verde.

—La menorá de tres patitas —susurró ella consternada. En un acto reflejo se llevó la mano al teléfono y buscó en el álbum de fotos—. Ayer fui a la Cueva del Toril. Era uno de los puntos que marcaba mi abuelo en esa agenda que te he comentado —dijo mientras pasaba las fotografías hasta encontrar una donde se apreciase bien el grabado sobre la roca. Al no recibir respuesta elevó su mirada. Gael volvía a observarla con aquel enfado creciente.

—¿Ayer fuiste a...? —comenzó a reñirla.

—Bah, ¿qué más da? —le interrumpió excitada—. Tú me lo estás explicando todo, así que ya no importa. —Zanjó la conversación—. Mira —dijo mostrándole la fotografía.

Gael resopló y se acercó levemente a la pantalla del móvil para

observarla.

—Ya la había visto. Fui un par de veces con tu abuelo —explicó.

Lucía rechinó de dientes mientras sujetaba el móvil con fuerza en su mano. Ya sabía que su abuelo tenía una gran confianza con él, pero no hacía falta que se lo estuviese recordando cada dos por tres.

—Es una menorá —indicó ella— con un tridente —señaló.

Gael le sonrió.

—Es la ciudad de la Atlántida destruida —dijo señalando la parte que formaba los brazos del candelabro, lo que sería la mitad de los círculos concéntricos. Luego bajó su mano hacia el tridente— por Poseidón. Es la representación más gráfica de la destrucción de la Atlántida. Además, mira lo que hay a cada lado —señaló los dibujos más pequeños que se representaban a lado y lado del dibujo central.

—¿Es una espina de pescado?

En ese momento Gael subió sus dos cejas hacia arriba.

—¿Y por qué iba a ser una espina de pescado?

—Por el mar, por Poseidón... en el mar hay peces.

—¡Es el árbol de la vida! —dijo subiendo un poco el tono. Luego suspiró e intentó relajarse. Cuando Lucía decía aquellas cosas no sabía si reír o llorar. Luego señaló el otro lado—. ¿Y aquí?

—Mi trompeta... —bromeó de nuevo.

—El arma —sentenció él.

—Vale, de acuerdo, el arma —comentó colocando las manos delante de él, como si se protegiese de un ataque—. Pero es el mismo símbolo judío que la menorá.

—Exacto. Lo que implicaría que los judíos también pueden ser descendientes de la civilización atlante, igual que los tartesios. Piensa que son símbolos de una cultura antigua que por alguna determinada razón los representan. No están escogidos porque sí, se remontan a miles de años.

Lucía se quedó observándolo. Gael hablaba en serio, sin querer hacer broma sobre el tema. ¿De verdad creía todo aquello que contaba?

—Una historia muy bonita —bromeó ella.

—Yo no la encuentro bonita en absoluto —matizó él—. Es una historia que habla sobre la destrucción de una civilización, se perdieron miles de

vidas —Lucía suspiró—, y puede interferir en la vida que hoy conocemos, y no precisamente para bien. Es peligroso.

Ella ladeó su cabeza a un lado.

—¿De verdad te crees todo esto?

—Tu abuelo también lo creía —insistió.

Ella volvió a suspirar y se cruzó de brazos. Desvió la mirada por la ventana y observó las nubes que quedaban ya bajas.

Negó con su cabeza sin saber cómo reaccionar.

—No sé, Gael... —comentó perdida—, todo de cuanto me hablas es de un tiempo anterior al que conocemos. Son presunciones.

—Tú misma estás viendo las pruebas —comentó con calma. Ella tragó saliva ante la atenta mirada de él—. No son simples coincidencias. Hay escritos...

—También la Biblia es un texto sagrado escrito y sin embargo data la caída de Adán sobre el año 4000 antes de Cristo, por lo que el ser humano como lo conocemos hoy surgió poco antes. La historia dice que la agricultura y la ganadería surgieron en Mesopotamia sobre el año 6000 o 5000 antes de Cristo, la cuna de la civilización que conocemos, lo que somos... Sin embargo, hay pinturas que datan de hace más de 22 000 años, donde se ve a personas cultivando, con caballos de tiro... —Miró hacia delante—, pinturas que datan del año 6200 antes de Cristo con representaciones de barcos a vela, escritos de eruditos, de los sabios de Grecia, hablando de una civilización marítima muy importante y avanzada en nuestra zona que surgió hace unos 9 500 años y... lo único que pienso es que esto no tiene fin. Es infinito. Puede que sí existiera la Atlántida, que... que sea cierto. Es verdad que existen pruebas científicas que lo avalan, o al menos que constatan una gran civilización marítima, ya sea la Atlántida o no, pero, si esa civilización se destruyó, si desapareció fuese por la causa que fuese, ¿qué te priva de pensar que antes de esa civilización no hubiese otra? ¿Que esa también fuese destruida y que no quedase nada de ella? —Lo miró con determinación—. Por Dios... —dijo más desesperada—, el género homo, es decir, los humanos modernos, se estima que tiene una antigüedad de dos millones y medio de años, y... —dijo echando los brazos hacia él—, y luego un grupo de arqueólogos encuentran objetos artificiales como yunques, martillos de

piedra, cuchillos y cantos para afilar en Kenia, en el yacimientos Lomekwi, que data de tres millones trescientos mil años, es decir, 800 000 años antes de lo que se creía que era el inicio de todos nosotros. —Inspiró aire—. ¿Quieres saber lo que pienso al respecto?

—Me encantaría —pronunció rápidamente Gael.

—Que no somos nadie. Que no somos ni una milésima de segundo en la vida de este planeta. De hecho —continuó otra vez con el ritmo más acelerado—, ¿no fue en 2004 cuando, mediante un meteorito que encontraron en el Sáhara, descubrieron que el sistema solar podría llegar a tener dos millones de años más de antigüedad de lo que se creía?

—Sí.

—Lo único que sé con claridad es que cuanto más sé más cuenta me doy de que no sé nada —acabó diciendo—. Así que, ¿que hubo una civilización anterior a lo que los libros de historia nos dicen? Por supuesto, hay evidencias muy claras. ¿Que el hombre no surgió como dice el Antiguo Testamento sobre el año 5000 o 4000 antes de Cristo? Por supuesto que no..., pero si encontraron un trabajo odontológico que se remonta a 14 000 años de antigüedad, donde le perforaron un diente. Eso implica que ya operaban, y más aún, que tenían objetos para hacerlo con la precisión suficiente como para perforar de forma perfecta el diente de un hombre joven —continuó más desesperada—. Se encontró una pulsera de 70 000 años de antigüedad en una cueva de Siberia, de color verde... —Volvió a extender los brazos hacia él—. Está claro que hubo algo. Ahora bien, de lo que estoy totalmente segura es de que estos no fueron los descendientes de los dioses, que los dioses no poblaron el planeta, que Poseidón no fue quien hundió la Atlántida o como prefieras llamar a esa civilización del océano Atlántico y, sobre todo, que no existió ningún arma con la que intentaron esclavizar el mundo, por favor..., ni que tuviesen una metralleta o una bazuca —ironizó.

Gael chasqueó la lengua ante su último comentario.

—Lo cierto es que dicen que ese regalo que se les entregó consistía en dos cristales de cuarzo que, cuando los unías, adquirirías un gran poder.

—Ahhh..., maravilloso —exageró la palabra—, como mucho, si así fuese, provocarían un incendio si los ponían frente al sol.

Gael cerró los ojos y se apoyó contra el respaldo.

—Mujer de poca fe —susurró—. ¿Has leído el libro de Abraham? —preguntó sin abrir los ojos. Lucía lo miró de reojo mientras ordenaba los documentos de su bandeja y negó. Al no recibir respuesta, Gael continuó hablando—: El libro sigue, mayoritariamente, la narración bíblica, pero agrega información importante en cuanto a la vida. —Gael abrió un solo ojo y la miró—. Este libro procede de papiros egipcios y se tradujo en 1835. En el libro cuarto versículo uno dice: «Y descendieron en el principio, y ellos, esto es, los Dioses, organizaron y formaron los cielos y la Tierra». —Abrió los dos ojos y la miró directamente—. Igual que la Biblia, una copia muy bonita. Habla de «dioses» en plural. Realmente, la palabra hebrea que se usa para designarlos es *elohim*. ¿Lo habías escuchado?

—Sí.

—Pues en hebrero es una palabra plural y se traduce como «jueces», «gobernantes» o «dioses». Sin embargo, en el Antiguo Testamento no se traduce como un plural, sino para expresar superioridad en vez de número, pero la verdadera traducción es «dioses». La traducción que se aporta en el Antiguo Testamento es errónea. Pregúntate por qué la iglesia decidió que en la Biblia utilicen mal la traducción de la palabra *elohim*. Si fuese un único Dios sería *eloah*. —Luego le sonrió de forma sarcástica—. ¿No les funcionaba bien el traductor de Google? —ironizó, a lo que Lucía suspiró mientras se apoyaba también de forma correcta en el asiento—. Además, explica que lo que hizo *Elohim* es ordenar el cielo y la Tierra, por tanto, ya habla de una existencia preterrenal, de vida incluso antes de la creación de la Tierra.

—Pero ¿de qué estás hablando? —preguntó asombrada.

—Fíjate en lo que dice el Génesis en su primer libro versículos veintiséis y veintisiete: «Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme nuestra semejanza, y tenga dominio sobre los peces del mar, y sobre las aves». Bla, bla... ¿«Hagamos»? ¿«Conforme a nuestra semejanza»? —preguntó con una sonrisa—. ¿Con quién hablaba? ¿Hablaban solo? ¿Por qué dice «hagamos»? —sonrió directamente.

Ella apretó los labios.

—Son traducciones...

—¿Quieres hablar de traducciones? —preguntó de nuevo con un tono de

voz irónico—. La primera Biblia es hebrea. No es la original, pero sí la más antigua y próxima a la original. —La señaló con la mano—. Está escrita toda en hebreo, excepto unos pequeños fragmentos en arameo. En el período intertestamentario...

—¿Qué? —lo interrumpió.

—Son los trescientos años que discurren entre el Antiguo Testamento y el Nuevo Testamento. En aquella época —continuó—, hubo una dominación por parte de los griegos sobre el pueblo hebreo, no solo físicamente, sino también culturalmente. En ese período de tiempo es cuando la Biblia se traduce al griego. —Se encogió de hombros—. Es lo que conocemos como la Septuaginta. Tardaron como un siglo y medio en traducirla y otros dos siglos más para ser reconocida oficialmente. —Se apoyó de nuevo contra el respaldo y cerró los ojos, aun así, siguió hablando—. Las primeras traducciones del Nuevo Testamento son en griego, en arameo, que es una derivación del hebreo y en latín. Y después de esto comenzaron los problemas... —Ella mantenía la mirada en él—. En el año 325 después de Cristo se organiza por parte del emperador Constantino el concilio de Nicea. Y lo que hacen directamente es depurar... —en ese momento sonrió divertido—, la Biblia —acabó la frase—. Eligen lo que es canónico y lo que no, y así surge la primera compilación completa. —Colocó los brazos por detrás de su cabeza como si se pusiese cómodo ante la mirada asombrada de ella—. Durante los primeros siglos la Biblia se usa en latín, aun cuando la gente no lo entendía, por lo tanto, pasó a ser posesión exclusiva de los que dominaban ese idioma. —Se encogió de hombros—. Imagínate el poder que daba saber leer la palabra de Dios. —Inspiró como si comenzase a relajarse—. Gutemberg es quien la populariza en latín. Lutero la tradujo posteriormente al alemán y, a partir de ahí, hay traducciones masivas, por ejemplo, la nuestra al español de Casiodoro de Reina y revisada por Valera y que es la más conocida en el mundo. También la tradujeron por aquel entonces al inglés con la versión del rey Jacobo o rey Santiago. —Gael abrió los ojos y la miró—. Lo malo es que en ese concilio de Nicea hubo dos bandos: el de Arrio y el de Atanasio. El problema radicaba básicamente sobre lo que ellos llamaban la trinidad, así que al no ponerse de acuerdo hubo una ruptura. El bando de Arrio creó la Iglesia ortodoxa griega que aún perdura en algunos países

orientales y el otro bando formó lo que conocemos como la Iglesia católica romana. Adivina quién ganó para hacerse con el poder —bromeó—. Esa fue la primera aparición importante del cristianismo.

—No lo sabía... —susurró.

Gael volvió a cerrar los ojos.

—Posteriormente, hubo otros concilios que se concentraron en la canonización de las escrituras y en elegir qué libros iban a ser autorizados como canon, es decir, la regla a seguir. Lo que desecharon son los llamados libros apócrifos. Ahora dime... —dijo sin abrir los ojos, como quien hace una pregunta sin importancia—. ¿Por qué se le da más importancia a la Biblia que a la *Odisea* o que a la *Ilíada*? Al fin y al cabo, esos libros, al menos, no han pasado por el expolio y la censura de diferentes opiniones o creencias o por lo que simplemente una sola persona decidiera qué era o no lo más apropiado.

—Ammm...

Gael continuó sin esperar a recibir una respuesta.

—El Evangelio como tal, los verdaderos escritos, no duraron más que un siglo. Luego, ese libro al que llaman sagrado fue vetado al público, incluso retirado. En los sucesivos concilios, como el del siglo IV y el del siglo VII, apartaron escritos que a ellos no les interesaban, y para la Edad Media ya habían conseguido un libro lo suficientemente importante como para justificar la guerra de las Cruzadas y que, obviamente, no tenía prácticamente nada del original. La supresión de los textos originales estaba no solo en las traducciones que hacían, sino en el veto al que habían sometido a muchos de aquellos Evangelios: el libro de Tobías, el de Judith, el libro de Ester, el libro de Baruc, el libro I y II de los Macabeos, entre otros, fueron apartados de la corriente de la Iglesia católica porque, sinceramente, no eran afines a sus intereses. —Abrió los ojos y la miró con una sonrisa.

Lucía permanecía con la mandíbula desencajada.

—¿Cómo sabes todo eso? ¡Eres informático!

—Tu abuelo y... me gusta aprender. —Se encogió de hombros—. Lo de que me tomen el pelo no me va. —Lucía apretó la mandíbula—. Y, si no te importa, estoy bastante cansado, me gustaría dormir un poco.

—Espera —pronunció con premura—, uno de los libros que has

mencionado... —pronunció sin recordar el nombre— está basado en unos textos egipcios.

—El de Abraham —murmuró.

Lucía observó cómo la respiración de Gael era más lenta. ¿Se estaba durmiendo? ¿Sería capaz?

Lo golpeó en el hombro para llamar su atención.

—¡No te duermas! —exclamó. Necesitaba saber.

—Ehhh —se quejó Gael abriendo a medias los ojos.

—¿El libro de Abraham tiene que ver con los jeroglíficos que mi abuelo tenía fotografiados? ¿Con el *Libro de los muertos* que me comentó Ahmed?

—No lo sé —respondió de nuevo en un susurro—. Ya te lo dije, no sé egipcio. —Y luego hizo unos ruiditos con la boca mientras se removía en el asiento buscando una postura cómoda.

—Y... —enarcó una ceja—, ¿sabes algo sobre el *Libro de los muertos*?

—Puede.

—¿El qué? —preguntó rápidamente.

—Este viaje es para que hables con Ahmed, ¿no? Para que pueda explicártelo...

—Ya, pero tú...

—Vamos a escucharlo y... —dijo girándose hacia el pasillo, dándole un poco la espalda—, si veo que hay que corregirle en algo ya lo haré.

—¿Qué? —preguntó mosqueada.

## 17

Ver a Gael dormir durante las casi cuatro horas que había durado su vuelo le producía envidia. No entendía cómo podía estar tan tranquilo tras todos los hechos que le había relatado. Ella, al contrario, tenía la adrenalina por las nubes y el hecho de que él estuviese dormido, de no poder preguntarle nada, la irritaba todavía más.

Había puesto su brazo junto al suyo y se había movido intentando despertarlo, pero lo único que hacía era ronronear y cambiar de posición. Al final se había dado por vencida y había pasado las horas mirando por la ventana, pensando en todo lo que le había explicado.

Cuando el avión tocó tierra Gael despertó por fin. Lo primero que había hecho era girarse hacia Lucía y mirarla. Lucía había enarcado una ceja hacia él.

—Menuda siesta te has pegado, ¿eh, campeón? —pronunció mosqueada.

Gael se sentó correctamente y miró a su amigo, el cual lo observaba sonriente.

Se pasó la mano por los ojos y se los frotó.

—Lo necesitaba —explicó mientras el avión recorría la pista de aterrizaje en dirección al hangar—. Llevo un par de días sin apenas dormir. —Luego giró su cabeza hacia ella con una sonrisa irónica—. Hace dos noches una chica me llamó a las dos de la madrugada pidiéndome que...

—¿Y eso te quita el sueño? —bromeó captando su indirecta.

Gael la miró fijamente.

—... la rescatara —acabó la frase mientras ella alzaba las dos cejas—. Me desveló —admitió—. Luego ya no pude dormir más. No soy de sueño fácil.

Aquello la hizo sentir un poco mal.

—Lo siento —susurró esta vez más afligida.

Gael sonrió e iba a responder cuando anunciaron que ya podían quitarse los cinturones. Un segundo después todos los pasajeros estaban en pie sacando las maletas de mano de la parte superior. Gael hizo lo correspondiente y le entregó el bolso y la maleta a Lucía, luego se cargó su

mochila a la espalda.

Hermi ya avanzaba hacia delante cuando Lucía y Gael se situaron en el pasillo y caminaron tras él.

El aeropuerto estaba a rebosar.

—¿Viene alguien a recogernos? —preguntó Gael a Lucía, que arrastraba su pequeña maleta de ruedas.

—No. Tengo que enviar un *email* a Ahmed cuando llegue al hotel. — Luego echó su vista atrás, pues Hermi caminaba justo por detrás de ellos observándolo todo, como si fuese la primera vez que visitaba aquella zona—. ¿Es la primera vez que vienes?

Hermi la miró y sonrió.

—No, he venido muchas veces, pero me encanta —contestó con voz risueña.

Lucía correspondió a su sonrisa tras aquel comentario. De la última vez que había estado en Egipto hacía casi diez años. Le hacía ilusión volver, aunque la embargase un sentimiento de nostalgia. Era la primera vez que hacía un viaje en el que su abuelo no estuviese involucrado.

—¿A vosotros os viene alguien a buscar?

—¿A nosotros? —preguntó Gael.

—¿No me dijiste que Hermi tiene amigos aquí? —preguntó enarcando una ceja.

—Están trabajando —contestó con una sonrisa.

Ella se detuvo y enarcó una ceja.

—¿Por qué me engañas? —preguntó haciendo que ambos frenasen.

—¿Engañarte?

—No soy tonta —dijo cruzando los brazos—. Sé que él no tiene amigos aquí.

Gael miró a Hermi contrariado.

—Claro que tiene amigos aquí —contestó serio.

Lucía miró enarcando una ceja hacia Hermi.

—Sí, sí que tengo —contestó como si no comprendiese la afirmación de Lucía.

Aquella respuesta la dejó descolocada. Desde un principio había intuido que Hermi se había apuntado para vigilarla también y creyó que el hecho de

que tuviese amigos aquí era una mera excusa. Reaccionó rápido y resopló.

—Bueno, al menos te encargaste del hotel, ¿verdad?

—Sí —respondió de mala gana—. Ya te dije que lo haría. También he cambiado algo de dinero. ¿Dónde se cogen los taxis? —preguntó mirando de un lado a otro.

—Hay que salir del aeropuerto —respondió Lucía con sorna—. Yo tengo que cambiar.

—Ya cambiarás en un banco, te saldrá más a cuenta que aquí —pronunció al avanzar de nuevo.

Pese a ser más de las seis y media de la tarde el sol lucía con fuerza y el calor era asfixiante. No en vano estaban a más de treinta y cinco grados centígrados.

Fueron hasta la cola para esperar que les asignasen un taxi y allí Lucía se quitó la rebeca con la que se había protegido del aire acondicionado del avión.

—¿Qué hotel has cogido? —preguntó Lucía.

Gael colocó su mochila por delante y extrajo unos documentos.

—Cairo Marriott Hotel Omar Khayyam Casino.

Ella lo miró sorprendida.

—¿No había uno con el nombre más largo? —bromeó, lo que hizo que Gael sonriese.

—Te gustará —pronunció mientras ponía la mochila a su espalda y sujetaba de nuevo su maleta—. Está a una media hora de aquí en taxi y a media hora andando del Museo Egipcio de El Cairo.

Aquel dato la sorprendió. Gael había buscado un sitio donde alojarse que estuviese cerca del museo, pues sabía que había quedado con Ahmed.

—Vaya, te has tomado muchas molestias.

—Ya te dije que del hotel me encargaba yo —comentó como si nada.

Ella asintió y esperaron en silencio los tres observando a todos turistas que hacían cola tras ellos. La afluencia de taxis era constante, así que no tardaron más de cinco minutos en que les asignasen uno.

Tras colocar las maletas en el maletero tomaron rumbo al hotel. Gael se sentó delante junto al taxista y Lucía tras él, al lado de Hermi.

El taxi se internó en las bulliciosas calles de El Cairo sin control alguno,

acelerando el corazón de Lucía repetidas veces ante un adelantamiento peligroso o un frenazo ante las personas que cruzaban esperando a que los vehículos frenasen amablemente.

Se sujetó con fuerza al agarramanos por encima de su cabeza mientras se asomaba entre los dos asientos delanteros para observar. Aquello la ponía de los nervios. Las otras veces que había ido era más pequeña y no tenía aquel recuerdo.

—Entretenido, ¿eh? —bromeó Hermi con una sonrisa a su lado.

Ella le devolvió un gesto, no muy segura, justo cuando los tres se echaron hacia delante ante un brusco frenazo del taxista. Gael se giró hacia ella con una sonrisa tirante, dejando patente que no estaba conforme con la conducción de aquel taxista, aunque no dijo nada al respecto.

Los tres miraron sorprendidos al taxista cuando este bajó la ventanilla, sacó la cabeza y un brazo y comenzó a gritarle a un grupo de peatones que cruzaba tan tranquilo la calle.

Las miradas entre los tres se sucedieron. Lo extraño era que no hubiese más accidentes, pues conducir en aquella ciudad era una verdadera temeridad.

Lucía se apoyó contra el respaldo y suspiró con fuerza. Pese a que era una ciudad que amaba y de la cual guardaba un grato recuerdo debía admitir que no era una de las ciudades más bonitas que había visitado, sino todo lo contrario. Sus edificios a medio construir, la suciedad y la nube de contaminación que había sobre el taxi hacían que fuese una ciudad oscura. Sin duda el verdadero encanto de aquella ciudad era su historia.

El taxi avanzaba despacio, esquivando autobuses, camiones y otros vehículos. El taxista tenía un pulso envidiable y un gran dominio del vehículo, pues ella, en ningún momento, se hubiese atrevido a meter el coche por los sitios por donde él avanzaba con mucha calma.

La carretera del Puente del Seis de Octubre estaba mucho más despejada y por ella se avanzaba con más celeridad. Aquella zona ya no era tan caótica como la que acababan de dejar atrás.

Se quedó observando el Nilo.

Había restaurantes a ambos lados del río, con terrazas desde donde uno disfrutaba de unas maravillosas vistas mientras se tomaba algo.

Se quedó pasmada cuando el taxista tomó el desvío y se adentraron en

un camino de tierra, rumbo hacia los hoteles que se encontraban en una pequeña isla situada en medio del Nilo. No sería capaz, ¿verdad? ¿Gael había reservado en uno de aquellos hoteles?

Miró directamente hacia Hermi, que observaba por su ventana con calma y luego echó la vista al frente. Sí, ante ellos había un gran camino de tierra y, al final, podía intuirse que comenzaban las instalaciones del hotel con pistas de tenis a ambos lados.

Quizá debería haberle dicho que escogiese algo más económico.

Estiró su cinturón para acercarse al asiento delantero justo cuando vio aparecer el nombre del hotel que Gael le había mencionado. De acuerdo, ya no había dudas al respecto.

—¿Por qué has cogido un hotel aquí? —preguntó molesta.

Gael se giró sorprendido por su tono de voz.

—¿No te gusta?

—Es un hotel de cinco estrellas. Yo me conformo con que esté limpio.

Gael se encogió de hombros como si no le importase su opinión.

—Estaremos mejor aquí... y está cerca del museo —recordó.

—Seguro que hay hoteles más cerca —comentó mientras el taxi accedía a una pequeña plaza justo frente a un enorme portal.

El lugar era majestuoso. La fuente, en aquel momento encendida, tenía las figuras de cuatro leones sobre una base de donde brotaba el agua. Alrededor todo eran jardines con el césped bien cuidado, numerosas flores, algún árbol y setos recortados con forma de champiñón.

El taxi se detuvo frente a la puerta principal, donde un enorme porche presidía la entrada a aquel suntuoso hotel.

Ante el porche, decorado con columnas y grabados en el tejado anaranjado, había decenas de mesas con sus sombrillas y gente disfrutando de la tarde antes de ir a cenar.

El complejo tenía una forma circular, en el mismo ángulo que la fuente que presidía el centro y, desde allí, podía apreciar que todas las habitaciones tenían un balcón con una pequeña mesa y un par de sillas.

Aquel lugar iba a ser impresionante, pero estaba segura de que iba a vaciar su cartera. Si al menos hubiese tenido la decencia de decirle que tenía ese tipo de gustos...

Salieron los tres del taxi, Gael pagó el viaje y se dirigieron al interior del hotel.

Se accedía a la entrada principal caminando bajo un camino techado y franqueado por estatuas de leones y macetas. El anaranjado de las paredes contrastaba con la blancura del suelo de mármol blanco, reluciente y que reflejaba lo que había por encima de él.

Lucía miró a ambos lados en cuanto entraron. Si pensaba que la parte que precedía a la puerta principal era puro lujo lo que había en su interior lo encontró ostentoso.

—Madre mía —susurró impresionada, deteniéndose en la entrada.

Gael se detuvo unos metros por delante y la apremió para que se dirigiesen al mostrador.

—Vamos —comentó mientras se apoyaba contra el mármol de la repisa. Hermi iba a su lado sin inmutarse, como si ya hubiese estado allí con anterioridad o supiese en qué hotel pasarían sus tres días en Egipto.

Lucía depositó la maleta a su lado y colocó el bolso sobre el mostrador.

—Y... —preguntó aún impresionada—, ¿cuántas habitaciones has cogido?

Gael la escudriñó como si no comprendiese la pregunta.

—Tres —respondió sin comprender.

—Ah —contestó pasmada.

Aquella expresión hizo gracia a Gael que se apoyó en el mostrador con una sonrisa divertida mientras los tres administrativos entregaban las llaves a los viajeros.

—Disfruta del viaje —dijo con una sonrisa.

Ella miró al hombre que se dirigía en su dirección para atenderlos.

—Te recuerdo que no es un viaje de ocio, es de investigación.

Gael enarcó una ceja.

—¿Y vas a investigar los tres días?

Ella resopló.

—A eso he venido. Si no estabas dispuesto, haberte quedado en Cádiz —pronunció tirante.

Aquella respuesta le hizo entornar los ojos y observarla fijamente, con una mirada que dejaba entrever a las claras su desacuerdo con ella.

El propósito de él para viajar a El Cairo distaba mucho del de ella, aunque si algo tenía claro Lucía es que no perdería el tiempo. Había llegado hasta allí con una misión y pensaba sacarle todo el jugo posible a su estancia en la ciudad.

Una vez le hubo entregado las llaves y después de que los botones subiesen las maletas a sus respectivas habitaciones, pudo confinarse en la tranquilidad y soledad que solo aquella habitación podía proporcionarle. Lo necesitaba después del largo viaje.

La habitación era enorme. El suelo estaba enmoquetado en color azul claro. La cama, inmensa, estaba situada en el centro de la habitación. Frente a esta había un largo mueble con cajones y sobre este una pantalla plana de treinta y dos pulgadas. Las paredes, de un color crema, hacían que las cortinas azul marino que precedían al balcón destacasen aún más.

—Vaya —susurró impresionada mientras avanzaba. Los botones habían dejado las maletas en un lateral de la habitación, junto a un sofá tapizado en el mismo color que las cortinas. Caminó hasta la ventana y quedó impresionada con el paisaje. Abrió la puerta y salió al balcón, en el que había dos sillas de madera al lado de una mesa redonda.

Se apoyó contra la barandilla observando el impresionante paisaje. El hotel estaba situado en pleno centro de la ciudad de El Cairo. Desde allí podía observar los altos edificios situados a orillas del río Nilo. Era realmente espectacular.

Se quedó unos minutos maravillándose con aquel paisaje hasta que el calor comenzó a agobiarla y decidió entrar y disfrutar del aire acondicionado.

Fue hasta la maleta y decidió darse una ducha y cambiarse de ropa. Luego podría descansar un poco.

Dicho y hecho, se relajó durante más de media hora bajo el agua templada y se vistió con ropas anchas para estar cómoda.

Desde luego, Gael tenía buen gusto para los hoteles.

Encendió el ordenador y se conectó a la red wifi del hotel. Sonrió cuando vio que Ahmed había respondido a su *email*.

Buenos días, Lucía:

Espero que el viaje haya ido bien. Tengo un hueco libre el miércoles a las cuatro de la tarde. Podemos quedar en el mismo museo o dime en qué hotel estás alojada y pasarán a buscarte.

Me alegro de que te hayas decidido a venir.  
Un abrazo,  
Ahmed.

—Perfecto —susurró Lucía.

Era martes, así que al día siguiente por la tarde quedaría con él y podría hacerle todas las preguntas que quisiese. Aquello la puso de buen humor, sabía que Ahmed podría resolver todas las preguntas que le formulara respecto a la investigación de su abuelo.

Miró su reloj de muñeca, marcaba las siete y treinta y cinco de la tarde. Respondió al correo electrónico diciendo que acudiría ella misma al museo, dado que estaba hospedada cerca y apagó el ordenador. No quería ocasionar problemas.

Guardó el ordenador en el maletín e iba a tumbarse en la cama cuando llamaron a la puerta.

La observó unos segundos, suspiró y fue hacia ella.

—¿Sí? —preguntó.

—Soy Gael —respondió al otro lado.

Lucía chasqueó la lengua y abrió. Gael también se había duchado y vestido con ropa informal. Llevaba unos pantalones color crema y una camisa de manga corta de color blanco.

Ambos se miraron de los pies a la cabeza. Con aquellas ropas claras destacaba más aún el color bronceado de su piel. Tragó saliva y dio un paso atrás cuando Gael se apoyó contra el marco de la puerta cruzándose de brazos.

—Bonita habitación —sonrió.

Ella miró hacia atrás, observándola, y asintió.

—¿No es igual que la tuya?

Gael señaló la puerta que tenía enfrente, medio abierta.

—Sí, es igual, aunque tus vistas son mejores. —Ella sonrió y colocó una mano en la cintura sin saber qué decir—. ¿Qué vas a hacer?

Se encogió de hombros.

—Iba a descansar un poco.

Gael enarcó una ceja y rio.

—¿Descansar? —preguntó asombrado—. Te creía una mujer con más

energía. —Lucía resopló ante aquel comentario—. Voy a dar una vuelta, ¿quieres acompañarme?

Se quedó pensativa unos segundos. Había pensado en dormir una hora y luego ir a buscar un sitio para cenar. Aunque Gael y Hermi la hubiesen acompañado no tenía por qué estar con ellos durante todo el rato, pero lo cierto es que quizá aquella fuese una buena excusa para intentar sonsacarle más información a Gael.

«No te engañes a ti misma», se dijo mientras lo observaba pensativa. Gael esperaba una respuesta. «Te apetece pasar rato con él y... no solo por la información», pensó.

Aquel pensamiento la desquició en cierto modo, pero ¿acaso no era cierto?

—Está bien —dijo al final—. Había pensado ir al bazar —propuso ella. Gael se puso firme.

—¿Al bazar? Pilla un poco lejos andando —comentó.

Lucía fue hasta su bolso, lo abrió y se aseguró de llevar la documentación y el monedero para cambiar divisas.

—En taxi es un cuarto de hora —propuso con una sonrisa mientras cogía el bolso.

Gael se apartó de la puerta para que ella saliese. Lucía cerró y miró a la habitación de enfrente.

—Esa es la tuya, ¿verdad? —preguntó señalándola.

Gael metió la mano en su bolsillo asegurándose de que llevaba la tarjeta para abrir la puerta y, solo entonces, cerró también la puerta de su habitación.

—Sí.

—¿Y Hermi? —preguntó guardando la tarjeta en el bolso.

—Hermi se aloja en la segunda planta.

—Ah, y... —se dirigieron al ascensor—, ¿viene con nosotros?

Gael pulsó el botón para que el ascensor abriese las puertas.

—No, ha quedado con un amigo —contestó con una sonrisa.

—Ahhh.

¿Iban a ir los dos solos? Bueno, mejor así, pensó mientras se subía al ascensor y Gael la seguía.

## 18

El bazar más antiguo de la ciudad, Jan el-Jalili, se remontaba al año 1382 con la construcción del gran caravasar a manos del emir Dyaharks el-Jalili. En aquel lugar de pequeñas callejuelas casi al nivel de un laberinto se podía comprar casi de todo: lámparas, cerámica, suvenires y comida. En pleno centro, se encontraban los prostíbulos donde los hombres adinerados acudían a hacer realidad sus fantasías.

El lugar era digno de ser visitado. Recordaba que, en su primer viaje a aquella ciudad con su abuelo, habían hecho una rápida escapada al bazar y Laureano le había comprado unos cuantos dátiles y un pequeño busto de Tutankamón.

No pudo evitar sonreír cuando vio aquella escultura entre todas las demás. El olor que se respiraba en aquella zona le encantaba, las especias se mezclaban con lo dulce, y le hacía ser consciente del lugar donde se encontraba.

Se acercó a uno de los puestos y observó los dátiles. Señaló al vendedor y cogió una bolsa para ponerse unos cuantos. Había cambiado bastante dinero en el hotel, así que se daría más de un capricho en aquel viaje.

Gael se situó a su lado.

—¿Vas a comprar dátiles? —preguntó.

Ella asintió.

—¿Te gustan? —Gael puso cara de desagrado—. No sabes lo que te pierdes.

El hombre le entregó una bolsa transparente con unos cuantos dátiles y ella le entregó un billete. Cogió uno y lo llevó a su boca mientras seguía caminando. Tuvo que apartarse varias veces y se separó levemente de Gael, pues las calles estaban abarrotadas, aunque él volvió a su lado enseguida.

—Mañana he quedado con Ahmed en el museo —comentó cuando se colocó a su lado.

Aquello captó su atención.

—¿A qué hora?

—A las cuatro. Supongo que estarás interesado en venir... —comentó

ella con ironía—, por si tienes que corregir algo al director del museo. — Recordó las palabras de él en el avión.

Aquello despertó una sonrisa tirante en el rostro de Gael, que colocó las manos a su espalda mientras caminaba esquivando a las personas que venían en su dirección.

—¿Y qué vas a hacer con las explicaciones que te dé?

Ella lo miró de reojo mientras se llevaba otro dátil a la boca.

—He estado pensando —comentó ignorando su última pregunta—. Por lo que dices, mi abuelo estaba en contra de que se hiciese una excavación porque, según tú, hay un arma escondida bajo Doñana. —Gael asintió—. Sin embargo, tú me dijiste que mi abuelo te ayudaba... —Se detuvo y lo miró fijamente—. ¿Trabajas para alguna organización de medioambiente? ¿Para una ONG por el patrimonio?

Gael chasqueó la lengua y resopló.

—Era una forma de hablar.

Ella lo miró enarcando una ceja.

—Un informático que sabe demasiadas cosas...

—Un informático al que le gustan estos temas —dijo con una sonrisa—. Cada uno tiene sus aficiones. —Y continuó caminando.

—Ya —comentó ella dando unos pasos rápidos—. ¿Y Hermi?

Él la miró de reojo mientras se detenía ante una tiendecita donde vendían gafas de sol.

—¿Qué pasa con Hermi? —preguntó cogiendo un par y mirándolas, sin prestarle atención.

—¿Él también es informático?

—No —comentó sonriente—, él es arqueólogo. —Se puso unas gafas y miró de un lado a otro, aunque no pareció conforme, se las quitó y se probó otras. Se giró hacia ella con una sonrisa—. ¿Qué tal? —Señaló las gafas que tenía puestas.

—Bien —respondió sin más—. ¿Hace mucho tiempo que sois amigos?

—Bastante. —Se las quitó y se las entregó al vendedor junto a unos billetes. El vendedor se las entregó metidas en una bolsa, pero él las sacó enseguida y se las puso mientras caminaban de nuevo entre los puestos de venta. Se señaló las gafas—. Las he olvidado en casa con las prisas. —Ella lo

miró enarcando una ceja—. A Hermi lo conozco desde hace mucho tiempo, como te decía.

—¿Es italiano?

Gael se detuvo y la miró con sorna.

—¿Le notas acento italiano? —preguntó con gracia. Lucía negó. Gael suspiró y siguió caminando—. Lo conocí cuando llegué a España, en uno de mis primeros trabajos. Fue uno de mis primeros amigos.

—Ah —comentó. Siguió caminando a su lado mirándolo de reojo—. ¿Y tienes a alguien más ahí? ¿Familia tal vez?

Gael le sonrió de forma divertida.

—¿Quieres que nos conozcamos más, Lucía? —preguntó con cierta voz melosa, lo que hizo que ella lo escudriñase con la mirada y resoplase.

—Era por dar conversación... —comentó agobiada mientras se avanzaba unos pasos a él.

Gael rio y se puso de nuevo a su lado.

—No, no tengo a nadie más ahí —contestó a su pregunta—. Por eso Hermi es tan importante para mí. Es... mi familia en España. —Luego chasqueó la lengua—. Tu abuelo también lo era —pronunció apretando los labios.

En ese momento lo miró con ternura, aquella frase le había llegado a lo más hondo de su corazón. Pudo notar claramente cómo Gael sentía un gran aprecio por su abuelo.

Ella le sonrió y siguió avanzando.

—¿Y tu familia vive en Italia? —preguntó esta vez con voz más animada.

Él asintió.

—Sí, en Roma. Mi madre es artista...

—¿Canta? —preguntó sorprendida.

—Pinta —la rectificó él—. Cuadros al óleo.

—¿Y expone?

—Sí, dirige una galería de arte en Roma —contestó gracioso—. Y de vez en cuando vende alguno de sus cuadros.

Aquel comentario le hizo gracia.

—¿Tu padre también es artista?

En ese momento Gael borró la sonrisa de su rostro. Lucía supo que algo no iba bien.

—No lo conozco.

—Ammm... Vaya, lo... lo siento.

Él se encogió de hombros.

—El muy cabrón... —pronunció mosqueado. De nuevo volvía a notarse de forma excesiva su acento italiano—. Dejó a mi madre antes de que yo naciese...

—Vaya...

Él la miró con una ceja enarcada.

—Mi madre me sacó adelante ella sola.

—¿Y tienes hermanos?

—No, solo yo. —Y en ese momento amplió su sonrisa de nuevo—. Y ya tuvo bastante mi madre. Según ella era un trasto. —Le hizo un gesto gracioso—. Un *ragazzo cattivo*.

Aquel comentario hizo que ella riese.

—¿Qué significa?

—Un niño travieso —apuntó—. Era muy aventurero..., de ahí mi pasión por la mitología y la historia oculta.

Ella asintió.

—Bueno, yo era más o menos igual. Mi abuelo me llevaba de viaje a muchos sitios buscando tesoros perdidos. Él hizo que mi pasión por la cultura clásica surgiese —dijo mientras se detenía ante otro puesto y observaba unas pulseras.

Gael se colocó a su espalda. Lucía era realmente preciosa. Cuando Laureano le hablaba de ella ni siquiera lo había pensado, jamás había tenido la intención de conocerla o de imaginar cómo era, pero desde la primera vez que la había visto aparecer en la excavación esa chica había llamado su atención: sus enormes ojos color miel, su cabello castaño largo, aquella sonrisa de infarto...

Lucía se giró y lo encontró a su espalda, a pocos centímetros de ella. Sus miradas se encontraron, Gael la observaba de forma un tanto peculiar, con cierta admiración. Apartó la mirada de inmediato de él e intentó centrarse en los puestecitos de venta mientras se pasaba la mano por la nuca, notando

palpitaciones en el pecho. Se le ocurrió comentarle una confesión de la infancia.

—¿Sabes? De pequeña, Indiana Jones era mi héroe... —comentó divertida intentando calmarse.

Gael le sonrió y se encogió de hombros.

—Sigue siendo el mío, a mi edad... De hecho, quería ser como él cuando era pequeño —apuntó con una sonrisa.

Lucía suspiró y miró de un lado a otro.

—¿Tienes sed? Hay cerca un sitio que está bastante bien...

—El Fishawi Café —corroboró él—. Lo conozco. —Dio un paso hacia delante colocándose frente a ella. Desde luego, Lucía acertaba proponiéndole ir a tomar algo, necesitaba refrescarse—. ¿Vamos? —propuso directamente.

El Fishawi Café era uno de los bares más emblemáticos de El Cairo donde se podía degustar desde uno de sus típicos té y hasta fumar en pipa. En un espacio rodeado de espejos, el bar siempre estaba lleno fuese la hora que fuese. Localizado en pleno centro del bazar era un lugar por donde residentes de la ciudad y turistas pasaban a tomar una bebida y a realizar una pausa en sus compras.

El camarero depositó una taza tapada sobre la mesa y una cerveza.

El *kerfa* era una de las bebidas típicas de la tierra egipcia, una infusión de canela molida a la que se le añadía un poco de leche. Lucía quitó la tapa y removió con la cucharita.

Gael se había pedido una cerveza bien fresca. El bar estaba lleno, pero, por suerte, habían encontrado una mesa y dos taburetes libres.

—¿Vas a tomarte la cerveza sin comer nada? —preguntó Lucía mientras soplaba la infusión.

Gael se encogió de hombros y dio un buen sorbo.

—Podemos pedir algo de comer, si quieres. —Miró el botellín—. Desde luego, es la mejor cerveza del mundo, digan lo que digan. —Sonrió a Lucía—. La cerveza la inventaron aquí, en Egipto. Es la bebida típica de estas tierras.

—Sí, ya lo sé —pronunció ella con una sonrisa mientras seguía soplando el té—. Pero nunca me ha gustado la cerveza.

Él enarcó la ceja.

—¿No te gusta? Te pierdes una de las maravillas de este mundo — bromeó dando otro sorbo.

Finalmente, Lucía llevó la taza hasta sus labios. El sabor de la canela le encantaba.

Depositó la taza con cuidado sobre la mesa y se apoyó contra la mesa. Se quedaron observando unos segundos hasta que ella ladeó su cabeza.

—Antes, en el avión, me has dejado con unas cuantas dudas... Pareces saber mucho sobre Egipto.

—Ya te lo he dicho: de pequeño quería ser Indiana Jones —bromeó.

—Me comentaste que, según Platón, la Atlántida surgió unos 9 500 años antes de Cristo y que se destruyó sobre el 1550 antes de Cristo...

—Sí, según Platón.

—¿No es muy cercana esa fecha?

Él la miró sin comprender.

—¿Cercana? Estamos hablando de una civilización que desapareció hace más de 3 500 años, ¿te parece poco?

A ella la dejó confundida aquella pregunta.

—Pues un poco, sí.

—Ves demasiado la televisión.

—¿Qué significa eso? —preguntó mosqueada.

—Estamos hablando simplemente de la existencia de la humanidad. ¿Hace 3 500 no existíamos? No estoy diciendo que tuviesen aviones, simplemente que el mundo no era como lo conocemos ahora. —Se apoyó sobre la mesa y le sonrió levemente—. Existen dataciones por carbono que confirman que el colapso de la Atlántida fue sobre el 1550 antes de Cristo.

—¿Dataciones de carbono? —preguntó intrigada—. ¿Y sobre qué se hacen? Es una ciudad que desapareció...

—La fecha no es exacta, más bien estaríamos hablando, por esos estudios, de un período de tiempo comprendido entre el 2500 y el 1500 antes de Cristo. Platón —continuó— explica la evolución de la Atlántida desde sus orígenes al principio del período Mesolítico hasta la Edad del Bronce, y sitúa el período final de ese imperio cuando gobernaba Kekrops, Erechtheos y Erychthonios, es decir, Platón enmarca la Atlántida en un período de tiempo

que va desde el 1600 al 1300 antes de Cristo.

—Ya, pero... ¿la datación de carbono? —preguntó de nuevo.

—Se estima que cada 1 500 o 2 000 años hay un gran tsunami en la zona, eso basándonos en las fuentes escritas conocidas, y, además, esto ha sido contrastado con registros de sedimentos, los depósitos de turbiditas.

—Espera... —dijo frenándolo—. ¿Turbiditas?

—Un gran terremoto deja signos en la Tierra. Una avalancha submarina distribuye grandes cantidades de sedimentos provenientes de las profundidades del océano. De hecho, el último evento catastrófico que ocurrió en la zona es conocido como el terremoto de Lisboa de 1755 después de Cristo y no solo lo saben por estos depósitos, sino porque está documentado en registros. Pero estas turbiditas van formando capas que permiten reconstruir lo que ocurrió en el pasado. Hace poco, en 2011, un grupo de científicos españoles determinó hasta la existencia de cinco grandes tsunamis antes del de Lisboa, de una intensidad superior a este, y dictaminaron que ocurren cada 1 500 o 2 000 años. —Se encogió de hombros—. No es una suposición, es un hecho, una realidad.

—Ya, pero ¿por qué justamente en el 1550 antes de Cristo? ¿Por qué no pudo ser uno de antes? Tú mismo me estás diciendo que, según la ciencia, se ha acreditado que cada 1 500 o 2 000 años acontece un gran tsunami.

Él le sonrió y dio un sorbo a su cerveza.

—Por la situación cronológica que da Platón y otros autores como Plutarco, Marcelo... y muchos más. Además, recuerda que esta historia provenía de la que los sacerdotes egipcios les habían narrado. Coincide con la descripción que hace Platón en *Timeo* y *Critias*. Este, habla de un *seismôn exaisiôn*, que se traduce como «de seísmos excesivos», es decir, «de gran intensidad». Estos seísmos de gran intensidad, que fueron varios según Platón, terminaron originando un cataclismo, lo que llama como *kataklüsmôn genomenôn*. Los antiguos griegos usaban la palabra *kataklüsmos* para denominar cualquier tipo de inundación de grandes magnitudes; el término hace referencia fundamentalmente a inundaciones producidas o bien por lluvias constantes y copiosas o por las aguas de los ríos y mares. La catástrofe de la Atlántida fue la consecuencia de unos terremotos primero y un cataclismo o inundación después, lo que se corresponde con la descripción de

un típico proceso de tsunami. —Y cuando acabó se encogió de hombros como si nada. Ella lo miraba con los ojos muy abiertos, impresionada por la cantidad de datos que manejaba—. Es más —continuó al ver que ella no decía nada—, existen diversos estudios que comienzan con el período del Holoceno, hace unos 11 000 años, y estos estudios revelan un repentino incremento del nivel del mar de hasta diez metros, que coincide con los eventos sísmico-tsunámicos que han determinado los científicos españoles —dijo depositando la cerveza sobre la mesa—. ¿Has oído hablar de José Manuel Gutiérrez-Mas, de la Universidad de Cádiz? —Ella negó totalmente pasmada—. Este científico ha determinado que el mayor pico de elevación repentina del nivel del mar se alcanzó justo en la misma época en la que se fechó el tsunami de la Edad del Bronce, es decir, entre el 1900 y el 1500 antes de Cristo. Y... estos tsunamis coinciden con la ubicación en los mapas que sitúan a la Atlántida cerca de la costa de Doñana, Portugal y Marruecos.

Ella se quedó unos segundos en silencio, absorta ante todo lo que le explicaba.

—Menudo repaso —susurró más para sí misma que para él. Pestañeó varias veces y dio otro sorbo a su té analizando todo lo que él había explicado.

Se sorprendía al ver que Gael no se andaba solo con suposiciones, usaba datos reales, demostrados y, ante todo, científicos, que corroboraban todo lo que explicaba.

—De acuerdo, pero... —dijo intentando ordenar las ideas—, por lo que me explicas, los atlantes, si es que existieron... —apuntó rápidamente—, coincidieron con otras culturas como los tartesios, ¿no? Por esa regla de tres, también coincidirían con la egipcia. ¿Por eso en el templo de Cancho Roano existen símbolos egipcios? ¿Por eso mi abuelo poseía una fotografía del zodiaco de Dendera? —Se quedó en silencio—. ¿Se relacionaron estas dos civilizaciones?

Gael sonrió sorprendido por aquellas preguntas y volvió a dar otro sorbo a su cerveza.

—No lo sé, realmente... —dijo directamente—, pero... —dijo acercándose más a la mesa, como si quisiese contarle una confidencia. Aquella la intrigó y se acercó con ansias de conocimiento, mirándolo

fijamente y esperando una respuesta— si te tomas una cerveza conmigo quizá te cuente algo más —bromeó.

Lucía resopló y se echó de nuevo hacia atrás.

—No me gusta la cerveza, ya te lo he dicho.

—Ah —dijo alzando sus manos con una sonrisa divertida, la cogió y dio otro sorbo.

—Vamos... —suplicó—. Ni siquiera he terminado mi té. —Gael negó como si no aceptase aquella excusa—. ¿De verdad vas a hacerme tomar una cerveza? —Gael chasqueó la lengua—. Quizá tú deberías dejar de tomar la tuya —bromeó ella—, creo que se te está subiendo a la cabeza.

—Que va, no me sube —dijo mostrando el botellín—, pero no me gusta beber solo.

—Pues no bebas —comentó con los dientes apretados. Ambos se miraron de nuevo, parecía que a Gael le divertía la situación, aunque lo cierto es que se mantenía callado, sin decir ni explicar nada más. Lucía suspiró y se giró elevando una mano—. Por favor, una cerveza —comentó en inglés. Se giró de nuevo hacia él—. ¿Contento?

Gael volvió a apoyarse contra la mesa.

—¿Qué sabes sobre Egipto? —preguntó él directamente.

Ella se encogió de hombros.

—Es una civilización que se desarrolló durante más de 3 000 años, aflorando alrededor del 3150 antes de Cristo y dándose por terminada en el año 31 antes de Cristo, cuando el Imperio romano la conquistó. Fue una civilización bastante avanzada que...

—Te equivocas un poco... —comentó sonriente.

Ella enarcó una ceja.

—¿En qué? —preguntó cruzándose de brazos.

—¿Sabes de qué año data la Esfinge de Guiza?

Ella negó.

—Sé que su construcción fue bastante antes... —En ese momento, Gael, que daba un sorbo a su cerveza se medio atragantó.

—¿Bastante antes? —ironizó.

—Sí, antes que las pirámides. La construyeron antes —confirmó.

El camarero llegó con la cerveza que habían pedido y Gael se la dio

directamente a ella.

—Toma, bebe.

—Oh, venga..., vamos —se quejó arrastrando las palabras.

—Los últimos estudios revelan que la Esfinge tiene una antigüedad de más de 4 600 años. Eso, según los estudios oficiales que todos conocemos, claro. —Y se encogió de hombros.

—Sorpréndeme —lo animó ella, aunque la enigmática sonrisa que dibujó en su rostro hizo que comenzase a notar un tic en el ojo. Siempre que le sonreía de aquella forma acababa diciendo algo que desmontaba todo lo que había aprendido en sus años de estudio.

Lucía dio un sorbo a la cerveza ante la mirada sorprendida de él.

Gael se apoyó de nuevo sobre la mesa.

—Los antiguos registros egipcios llamaban a la Gran Esfinge de Guiza *Abu el-Hol*, es decir, el guardián o vigilante de los cielos. También la llamaron *Sheps-anj*, que significa imagen viviente o estatua viviente, y progresivamente derivó a *Sefanjes*, es decir, la Esfinge. —La señaló—. Como bien dices, la esfinge es... un poco más antigua que las pirámides —bromeó—. Existe una estela descubierta junto a la pirámide. La llaman la estela del inventario. Esta estela fue descubierta por Auguste Maritte en la excavación que se llevó a cabo entre septiembre de 1853 y 1858 después de Cristo, concretamente en el templo de Isis, que está al este de la Gran Pirámide.

—Sí, ya sé dónde está —pronunció acelerada.

—Según esta estela, Jufu, conocido como Keops, hizo construir su pirámide junto a la esfinge en honor a su madre Isis, madre divina.

—¿Isis?

—Es la diosa de los cielos. Esta diosa es considerada como la reina de los dioses, la gran diosa madre. Su morada está en los cielos y, concretamente, en la estrella Sotis, que hoy conocemos como Sirio, situada en la constelación de Orión. Pues... —continuó— los geólogos afirman que la meseta de Guiza donde se encuentra la esfinge estuvo sumergida bajo el agua mucho después de su construcción. Al final de la época del Pleistoceno, es decir, hubo sucesivas y repetidas inundaciones que cubrieron hasta ciento ochenta metros por encima del nivel del actual mar Mediterráneo.

—Espera, el Pleistoceno abarca una antigüedad de, como mínimo, diez

mil años —le cortó.

—¿Te suena Hesiodo? —preguntó Gael.

—Ammm... no.

—Vivió en la época de Homero, siglo VIII antes de Cristo, fue uno de los primeros en hablar de la Esfinge y escribió una genealogía de las dinastías conocidas como «genealogías celestes», que reinaron sobre la Tierra junto a los sumos sacerdotes.

Lucía resopló.

—Ya empezamos —susurró fastidiada.

—El sumo sacerdote Manetón de Sebennytos, conocido como el maestro de los secretos y que tenía acceso a la biblioteca de Alejandría, escribió la historia de Egipto en treinta volúmenes, conocida como la *Aegiptiaca*, donde citó también estas predinastías de origen divino o celestial, es decir, que llegaban desde los cielos.

—¿Otra vez con la descendencia de los dioses? —preguntó en un susurró, incrédula por cómo había desviado el tema.

—Según estos registros, se encontró que lo que ellos llamaban dioses celestiales reinaron antes del 3400 antes de Cristo, es decir, antes de la primera dinastía conocida en los libros de historia. Estas dinastías las dividió en varias secciones, pero hablaba de los dioses Horus, Anubis, Thoth, Ptah, Osiris y Ra, además de los héroes.

—¿Héroes?

—Los héroes eran personas terrenales con poderes sobrenaturales. También se les conocía como *Anu*, los descendientes de los dioses del cielo.

Ella se pasó la mano por la frente y suspiró.

—Ya, bueno, pues las fechas no concuerdan... —comentó ella—, según los egipcios esos dioses reinaron antes del 3400 antes de Cristo y según la mitología griega y lo que dice Platón la Atlántida se originó en el 9000 antes de Cristo. —Él sonrió de una forma enigmática, dejándola desconcertada—. Ammm... vale, ya veo por dónde vas —señaló de forma graciosa, con una sonrisa pícaro—. ¿Puede ser que la dinastía de esos dioses egipcios también se iniciase en el 9000 antes de Cristo?

Gael volvió a dar un sorbo.

—Voy a explicarte una cosa que te va a encantar —comentó con una

gran sonrisa—. Albert Slosman murió en 1981 después de Cristo. Fue un reputado profesor de matemáticas y experto en análisis informático, además participó en programas tan importantes de la NASA como el lanzamiento de los Pioneer sobre Júpiter y Saturno. —Cogió la cerveza, le dio un sorbo y la dejó vacía sobre la mesa—. Albert hizo una investigación exhaustiva del zodiaco de Dendera y del templo de Abydos.

—Eh, eh... —dijo colocando una mano ante él—, ¿del zodiaco de Dendera?

—Sí.

—¿De las inscripciones egipcias que tenía mi abuelo fotografiadas?

—Las mismas.

—¿Las mismas que tú me dijiste que no sabías qué significaban?

Gael la miró fijamente.

—Te dije que no sabía leer jeroglíficos... recuérdalo.

Ella lo miró indignada.

—¿Por qué me ocultas información?

—Te la estoy dando, ¿no? —preguntó fastidiado. Miró hacia el camarero y le señaló el botellín de cerveza vacía.

—Toma, puedes beberte la mía —le ofreció ella.

—No, esa es para ti, la necesitarás —comentó centrando su atención de nuevo sobre ella—. Bien, ¿sigo? —Ella asintió débilmente—. Está bien, pues..., vuelvo a repetirte, no sé egipcio, ni siquiera me he molestado en estudiar el zodiaco de Dendera, conozco pocos jeroglíficos, pero lo que me explicó tu abuelo es que, según Albert Slosman, dicho zodiaco señala la fecha en que tuvo lugar un gran cataclismo, hace unos 12 000 años. Se relata el impacto de un gran meteorito y que esto fue la causa de que la Tierra cambiase su eje. No hubo muchos supervivientes en este período, pero los que sobrevivieron se dispersaron por todo el mundo, puesto que el eje de la Tierra había cambiado y, por lo tanto, la climatología también. La humanidad se dispersó más por el mundo. Dicho zodiaco habla de un cataclismo ocurrido hace 12 000 años, lo que coincide con el primer período de la Atlántida, según Platón.

—Espera, espera... —le cortó—, ¿la Atlántida ya se había originado cuando ocurrió ese cataclismo?

—Estamos hablando de la humanidad, no de una civilización o la denominación de un territorio. Escúchame —instó—. Según la cronología y lo que se relata, el más allá de los egipcios es un país que fue sumergido por la cólera de Dios, al que ellos llamaban *Ahâ-Men-Ptah*, *Amenta* en griego, es decir, su traducción es «el primer corazón o el corazón primogénito de Ptah». De hecho, «faraón» proviene de la palabra *prer aon*, que significa «primogénito». A Osiris le llamaban el primogénito de Aha-men-ptah, es decir, el primogénito del más allá, que, a la vez, fue sumergido por la cólera de Dios. Y, según el zodiaco, los supervivientes de este cataclismo se ubicaron en *Ath-ka-ptah*, que significa «el segundo corazón de Ptah».

—Me he perdido —comentó Lucía.

—¿No te das cuenta? Todo coincide, la mitología griega, el zodiaco de Dendera, las estelas egipcias. No sabemos ni siquiera el origen de la humanidad, cuándo se creó, cuándo surgió, pero se nos habla en todas las culturas de unos dioses que dejaron un legado increíble y que tuvieron descendencia. Tras esto, hubo un cataclismo que destruyó parte de la Tierra y los supervivientes se dispersaron por el mundo, se crearon ciudades como Egipto, como la Atlántida... Diferentes culturas, diferentes lugares del mundo, pero las fechas concuerdan en cada una de ellas.

—No, no..., espera... Según la mitología Poseidón creó la Atlántida.

—No, te vuelves a equivocar, ¿dónde dice eso? —preguntó sorprendido—. Lo que dice la mitología es que los dioses se dividieron el mundo y Poseidón fue quien se encargó de la Atlántida, no que fuese él quien la crease. Era el dios que se encargaba de esa parte del mundo, de su descendencia, igual que en Egipto veneraban a Isis, la diosa madre. De hecho, Isis es el nombre en griego, aquí en Egipto la conocen como la diosa Ast y la representan como un trono o una mujer con un trono en la cabeza. Te confundes, lo que dice la mitología es que Poseidón fue quien la destruyó. —Y acabó con una sonrisa—. Qué majo Poseidón, ¿eh? —bromeó.

Lucía dio un sorbo a la botella de cerveza.

—Hay algo que no tiene sentido. Me estás hablando de un cataclismo ocurrido hace 12 000 años, que coincide con el surgimiento de la Atlántida y de otras culturas como la egipcia, pero no es el mismo cataclismo que destruyó la Atlántida, ¿verdad?

—Exacto. Ha habido diversos cataclismos naturales a lo largo de la historia, de mayor y menor intensidad. Realmente se conoce muy poco de la historia de la Tierra. —Gael la miró fijamente y esperó a que el camarero depositase un nuevo botellín de cerveza. Lo cogió y se acercó a ella mirándola fijamente—. ¿Desde cuándo estamos aquí, Lucía? ¿Cuál es nuestro verdadero origen? —Ladeó su cabeza y sonrió—. ¿De verdad crees que somos producto de la evolución de las especies como explica Darwin? ¿Que Dios creó al hombre del barro y a la mujer de una costilla de Adán? La historia antigua revela otras cosas, y no me refiero a la historia que te explican en el colegio... —le guiñó el ojo—, me refiero a la historia que han dejado por escrito personas que existieron hace milenios.

—Ya, pero es que lo que tú me estás diciendo —ironizó— es que los dioses vivieron en este mundo y procrearon con la humanidad.

—Los escritos narran que Osiris, un dios, nos enseñó las artes de la agricultura y estableció el estado de derecho.

—Ya, claro... —dijo cogiendo su cerveza—, y ¿dónde representa que están esos dioses ahora? ¿Se fueron? Quiero decir, antes vivían entre nosotros, se divertían, tenían descendencia y ahora... ¿ya no están? ¿O siguen viniendo para salir de fiesta y echar una cana al aire de vez en cuando? —Sonrió ella—. No tiene sentido.

—Lo que no tiene sentido, Lucía, es pensar que lo sabemos todo —comentó—, cuando ni siquiera sabemos cómo surgió el hombre.

—Pzzz..., fantasías. —Cogió esta vez el té y dio un sorbo—. No te niego que la humanidad sea mucho más antigua de lo que dicen los libros de historia, incluso que haya civilizaciones tan antiguas que no sepamos de su existencia, pero... la parte en que los dioses se mezclaron con la humanidad, se repartieron el mundo y encima entregaron un arma...

—Un regalo que ellos no supieron usar —recordó con paciencia.

—No, lo siento, pero no.

Gael suspiró y se apoyó contra el respaldo.

—Tu abuelo tenía la mente más abierta que tú —dijo con una sonrisa algo triste.

Ella suspiró.

—Ahora entiendo por qué os llevabais tan bien. Erais tal para cual —

apuntó con una sonrisa triste. Sonrió y la melancolía se apoderó de su mirada —. No te voy a negar que sea una historia bonita... De verdad que es preciosa. Fantasear con que los dioses egipcios o griegos existen y que vivieron con la humanidad, que nos protegían e incluso se relacionaban con nosotros... —Suspiró—. Es bonito, de verdad que sí, pero realmente no existen pruebas de ello. ¿Unas novelas escritas hace siglos por filósofos griegos? ¿Una pintura egipcia que detalla un cataclismo? ¿Una estela que habla sobre la dinastía de los dioses que vinieron del cielo? —Sonrió—. Son historias sin fundamento.

Gael se quedó observándola mientras hacía rodar su cerveza de una mano otra.

—¿Sabes que fue Napoleón quien con su campaña por Egipto dio a conocer esta cultura por Europa? —Ella asintió—. Hubo muchos estudios sobre el zodiaco de Dendera. Uno de esos estudios, el del clan Cuvier y Monge, afirmaba que dichos relieves y pinturas eran en realidad de templos griegos, no egipcios, y por tanto dataron dicho zodiaco con una antigüedad de dos siglos antes de Cristo. Otro equipo —matizó—, el de Jean-François Champollion, dijo que las constelaciones que aparecían en esos grabados no eran sino Sirio, en la constelación de Orión, y que hacían referencia a las estaciones egipcias, no a las griegas. Posteriormente, astrónomos como Charles Dupuis, entre otros, dijo que todo lo anteriormente explicado sobre el zodiaco era erróneo porque todas las constelaciones están conducidas por la de Leo, que está sobre una barca. En esa época el Sol estaba en la constelación de Leo, por lo tanto, lo que vemos en el zodiaco de Dendera es el cielo de hace 12 000 años, no 2 000 ni 200 años. Recuerda, ¿qué forma tiene la esfinge?

—De león —susurró ella. Luego lo escudriñó con la mirada al darse cuenta—. Ya, como la constelación de Leo a la que está dirigida, ¿no?

Él la señaló asintiendo.

—Y aquí viene cuando se complica todo, cuando aparece en escena el arzobispo de París y amenaza con la excomuniación a todo aquel que mantuviese dicha tesis. No hay que olvidar que Charles Dupuis afirmó esto en 1779 después de Cristo y, según la Iglesia, el mundo había tenido lugar 4 000 o 5 000 años antes de Cristo: Adán, el primer hombre, apareció según la

Biblia en esa época. Esos estudios entraban en conflicto con el dogma y la tradición establecida y nadie... nadie... —enfaticó— debía atreverse a cuestionarla. —Suspiró y se apoyó contra el respaldo con la mirada fija en ella—. No fue hasta 1956 cuando la Comisión Bíblica solicitó un restablecimiento de la verdadera cronología de esta parte del Antiguo Testamento. Aunque incluso en 1995 aún se seguían datando monumentos egipcios en función de la decisión del arzobispo de París, monseñor Denis Auguste Affre. Ahora bien, al lado de donde se encontraba el zodiaco de Dendera hay otra estela en la que se narra que, bajo la esfinge, existe una cámara secreta con documentación muy importante. Dicen que podría superar a la biblioteca de Alejandría y que en ella se relata toda nuestra historia. —Se acercó de nuevo a la mesa—. Hace unos años, un equipo japonés descubrió mediante un experimento con ondas que, a unos treinta metros bajo la esfinge, existe un espacio vacío, tal y como se especifica en la estela... Dime, ¿se equivocaban ahí también?

—¿Cómo sabes eso? —preguntó sorprendida.

—Puedes buscar en internet —la animó—. Además, tu abuelo habló con ese grupo de científicos.

Aquel dato la dejó congelada.

—Ah, ¿sí?

Gael asintió.

—Tenía buenos contactos —sonrió él.

Lucía asintió y se llevó la mano al colgante que su abuelo le había comprado de pequeña en Israel, la menorá. Las palabras de su abuelo volvieron a su mente.

«Este es el tesoro más importante que tendrás nunca. Algún día lo descubrirás».

Lo cogió entre sus dedos y lo observó.

Aquellos datos entraban en conflicto con todo lo que había creído hasta ahora. Si bien era cierto que era una historia descabellada, también era verdad que todo aquello, por lo que veía, estaba realmente narrado. No era invención o fantasía de Gael, toda aquella historia estaba escrita, podías leerla en la actualidad, pero... era una parte de la historia que no se estudiaba, algo que, como había dicho Gael, se mantenía oculto a la vista de todos. Escritos

griegos, templos egipcios, pinturas rupestres... Eras libre de creerlo o no, pero lo cierto es que ahí estaban, escritos y conservándose a través del tiempo.

En ese momento cayó en la cuenta: Israel, Malta, Egipto, Andalucía... Todos sus viajes tenían una conexión, igual que la había tenido la documentación que había guardado en secreto. Él solo buscaba una cosa, lo había hecho durante toda la vida. Todas sus investigaciones habían tenido como fin intentar decretar el inicio de la humanidad, saber quiénes éramos y de dónde veníamos. Sin quererlo, veía una conexión entre todas las investigaciones a las que había acompañado a su abuelo.

—¿Estás bien? —preguntó Gael al verla pensativa. Ella jugó entre sus dedos con el colgante y asintió—. ¿Qué es eso? —preguntó.

—Es... un colgante que me regaló mi abuelo, en Israel. —Se lo descolgó y se lo mostró—. Es la menorá con el tridente, o la menorá de tres patitas, como la llamaba yo cuando era pequeña.

Aquel comentario le hizo gracia. Gael la cogió y la observó.

—¿Se te ha caído? —preguntó al ver una línea que atravesaba el tridente.

Ella negó.

—No, es así. Es una réplica de la menorá encontrada en Israel. —Gael la examinó unos segundos, pensativo, y se la volvió a entregar—. Mi abuelo me dijo que esto era el mayor tesoro que descubriría nunca y que algún día lo comprendería.

Él sonrió.

—Puede que haya llegado ese día. —Lucía rio y volvió a ponerse el colgante mientras se apoyaba contra la silla—. Sabes que hay algo de cierto en todo esto, y que tu abuelo era una persona muy inteligente.

Ella asintió, aunque luego enarcó una ceja hacia él en plan bromista.

—¿Descendientes de los dioses? —Cogió la cerveza y le guiñó el ojo—. Claro, claro...

Gael suspiró y acabó sonriendo a Lucía.

—Eres una mujer dura de pelar.

Ella se encogió de hombros mientras daba un sorbo a la cerveza, aunque luego puso cara de disgusto al dejarla en la mesa.

—Odio este sabor —susurró, luego centró su atención en Gael—, y creo que me está subiendo un poco, ¿se puede comer algo aquí?

—Pediremos algo para cenar —comentó.

## 19

Gael cerró la puerta del taxi y caminó junto a ella por el espacioso porche del hotel. Tras las explicaciones, habían cenado y había sido una velada agradable, incluso divertida.

Ella le había explicado sus aventuras tanto en el internado como en sus viajes con su abuelo. Él se había limitado a escucharla. Era muy expresiva y sonreía sin parar, algo que le parecía realmente encantador.

Subieron en el ascensor y se dirigieron a sus habitaciones caminando por el pasillo con calma.

—Se la escondí —rio ella mientras se detenía frente a la puerta de su habitación.

Gael la miró asombrado.

—¿De verdad hiciste eso?

—El ayudante de mi abuelo era un mandón. Yo simplemente quería excavar con él, ayudar...

—Tú lo que querías era encontrar el tesoro —bromeó.

—Sí —reaccionó ella—, por eso mismo le escondí la rasqueta, la escobilla y el recogedor. Ese hombre me echaba de las excavaciones a gritos y...

—Y tomaste cartas en el asunto.

—Exacto. —Le dio la razón—. Menos mal que tú me comprendes —pronunció alegremente—. Si no lo hacía yo, nadie lo haría. —Acabó la frase mientras sacaba la tarjeta electrónica de la habitación de su bolso y se encogía de hombros hacia él—. Aunque quedó claro que mi habitación no era el lugar más adecuado para esconder los objetos. A mi abuelo no le sentó muy bien —acabó riendo.

Gael rio por la situación.

—Menudo trasto estabas hecho.

—Una *ragazza cattiva* —pronunció Lucía con tono italiano.

Él ladeó su cabeza con una sonrisa.

—*Piccolo cattiva* —apuntó él.

—Sí, sí... —dijo ella dándole la razón.

Se giró hacia la puerta y luego le sonrió. No sabía bien cómo despedirse de él. En un principio había detestado hacer aquel viaje en su compañía, pero ahora se daba cuenta de que era un excelente compañero de viaje, no solo por todos los datos que podía aportarle, sino porque era un chico alegre y divertido, más de lo que había imaginado.

Apretó los labios y suspiró.

—Bueno, será mejor que me vaya a descansar...

—Sí, tengo que recuperar las horas de sueño aún —comentó Gael, aunque no se alejó de ella—. ¿Podré dormir esta noche del tirón? ¿O te meterás en algún lío? —bromeó.

Ella hizo un gesto como si no estuviese muy segura.

—No me tientes... —lo señaló con el dedo con una sonrisa.

Ambos se quedaron mirando unos segundos hasta que fueron conscientes de ello.

—Si quieres...

—Podemos quedar... —interrumpió él.

Ambos se quedaron callados.

—Dime... —dijo ella rápidamente.

Él sonrió y miró hacia su habitación con los labios apretados. Se volvió hacia ella mirándola directamente a los ojos. Que le matasen ahora mismo si no comenzaba a sentir algo serio por aquella mujer.

—El desayuno lo sirven desde las siete de la mañana hasta las once, ¿te parece bien que bajemos juntos?

Ella asintió de inmediato.

—Claro, aunque preferiría que no fuese a las siete. ¿A las diez?

—Sí, estupendo. ¿A qué hora hay que ir al museo?

—A las cuatro.

Él asintió y le sonrió de forma tierna, aunque Lucía pudo detectar cómo se encontraba indeciso entre dar un paso hacia delante, acercándose a ella, o retroceder hacia su habitación. Aquel titubeo se confirmó cuando sus ojos azules miraron durante una fracción de segundo sus labios.

Apartó la mirada de él y se giró hacia la puerta, pues notaba cómo sus mejillas se enrojecían por momentos.

—Te llamo a la puerta sobre las diez, ¿de acuerdo? —dijo ofreciéndole

su perfil.

Aquella pregunta hizo que Gael se distanciase un paso. Lucía parecía intimidada por su proximidad y él, si no se alejaba de inmediato, corría el riesgo de acabar besándola.

—Claro, estaré preparado —retrocedió un poco más y abrió la puerta de su habitación. Ella hizo lo mismo—. Buenas noches, Lucía.

—Buenas noches —susurró ella encendiendo la luz—. Lo he pasado muy bien.

—Yo también —reconoció él.

Ella asintió con una sonrisa y entró en la habitación.

—Hasta mañana —pronunció antes de cerrar la puerta.

Solo cuando Lucía cerró él también lo hizo. Encendió la luz tras insertar la tarjeta y suspiró sin girarse. Maldita fuese, aquella mujer era extraordinaria. De ideas férreas y con marcado carácter, ya se lo había demostrado más de una vez, pero tenía un lado tierno que no había descubierto hasta ese momento. Aquella última mirada que le había lanzado expresaba también lo que él mismo comenzaba a sentir. Comenzaba a encariñarse demasiado con ella.

Emitió otro suspiro y se giró, aunque dio un brinco hacia atrás estrellándose contra la puerta.

—¿Pequeña traviesa? —bromeó Hermi de brazos cruzados—. ¿Así es como ligáis los jóvenes de hoy en día?

Gael resopló y avanzó en su dirección mientras dejaba su cartera sobre la cama y se quitaba los zapatos.

—¿Qué haces tú aquí?

—Llevo un rato esperándote —se quejó.

Gael apartó los zapatos a una esquina y comenzó a desabrocharse la camisa.

—Al menos, la próxima vez enciende la luz para que sepa que hay alguien —le recriminó—. Un día de estos saldrás escaldado, y no lo haré queriendo.

—Pzzz —respondió Hermi mientras se acercaba—. Escucha, ya he hablado con Neil.

Gael lo miró un segundo mientras se iba desabrochando los botones de

la camisa.

—¿Y?

—He estado toda la tarde con él. Dice que nos ayudará.

—Bien —comentó arrojando la camisa sobre la silla—, ¿va a venir?

Hermi fue hacia la cartera de él, la cogió y la colocó en el otro lado de la cama mientras se sentaba.

—Oh, qué cómodas y blanditas son estas camas... —comentó feliz—. Me encanta este hotel. —Aquella respuesta se llevó una ceja enarcada por parte de Gael, que fue hacia el armario y miró la ropa que había guardado aquella tarde—. Neil dice que cuando lo necesitemos vendrá. —Hermi se estiró sobre la cama apoyándose sobre un brazo—. Por cierto..., creo que... que quizá, si la cosa va a más, deberíamos contactar con Karan.

Gael cogió una camiseta de tirante ancho y se giró hacia él con un gesto interrogativo.

—¿Karan?

Hermi se incorporó sobre la cama.

—Sí, él... él es más...

—Cállate —protestó de mal humor mientras se ponía la camiseta.

—Vamos, sabes que él puede...

—No, ni hablar... —entornó los ojos y miró en su dirección—, no lo habrás avisado, ¿verdad?

—No, no... ¿Estás loco? —preguntó poniendo su espalda totalmente recta—. No estoy tan chiflado como para ir a hablar a solas con él.

—Mejor, porque no lo aguanto. Es un prepotente.

Hermi chasqueó la lengua.

—Sí, ya... —pronunció arrastrando las palabras—, pero tiene más fuerza que nosotros.

—No —sentenció.

—Vamos... —comentó poniéndose en pie—, es tu primo.

—Me da igual que sea mi primo, es un egocéntrico. —Se puso del todo la camiseta y se acercó señalándole—. No vas a decirle nada. Esto es problema mío.

—Ya, pero Neil sí que lo sabe y está dispuesto a ayudar si...

—Neil es un buen tío.

—Neil está un poco majareta.

Gael ladeó su cabeza hacia un lado.

—¿Por? ¿Qué estaba haciendo?

—Ahora está en Irlanda, pero la semana pasada dice que estuvo en Groenlandia.

Aquella información le extrañó.

—¿En Groenlandia? ¿Y qué hacía allí?

—Y yo que sé...

—Pues deberías saberlo, te dedicas a eso, ¿no?

Se puso en pie finalmente.

—Ahora estoy totalmente volcado contigo.

Aquella respuesta se mereció otro soplido por parte de Gael. Se quitó los pantalones, los arrojó sobre la silla y volvió hacia el armario para sacar unos de tela fina.

—Me halagas.

—Bastante tengo ya con lo tuyo —susurró Hermi.

—Te he escuchado —comentó Gael de espaldas a él.

—Ya, bueno... —reaccionó con tono jovial—, ¿y qué vas a hacer con la pequeña traviesa?

Gael se puso los pantalones, cerró el armario y colocó sus manos en la cintura adoptando una postura desenfadada.

—Le he explicado más o menos lo que sucede...

—¿Que has hecho qué? —preguntó asombrado.

—Con su abuelo funcionó y se puso de nuestro lado —le recordó—. Ella es su nieta. —Señaló en dirección a la puerta—. Y además conoce a Cristina y... maneja información que su abuelo mantenía oculta. Estaba investigándolo todo, así que... mejor estar cerca. Es traviesa de verdad.

—Ya... —respondió pensativo—, ¿y cómo de cerca quieres estar? —preguntó provocativo, lo que hizo que Gael lo mirase con sorna—, porque has estado cenando con ella y ahora os reáis mucho mientras os despedíais.

—¿Ahora eres un fisgón?

Hermi extendió los brazos hacia él.

—No hablabais en susurros precisamente, ¿eh? Y yo no estoy sordo. —Dio un paso hacia él y colocó las manos hacia delante—. Si a mí me parece

muy bien, ¿eh? Es una chica lista y guapa. —Gael suspiró y negó como si no diese crédito a lo que su amigo insinuaba—. El problema es, ¿vas a explicarle toda la verdad?

Gael tragó saliva.

—No —dijo directamente—. No es muy receptiva —dijo con desgana.

—Casi nadie lo es —le recordó. Miró su reloj de muñeca y abrió los ojos como platos—. Son casi las doce. —Sonrió a su amigo—. ¿Qué planes hay para mañana?

—Vamos a desayunar a las diez —dijo mientras rodeaba la cama—. Y a las cuatro tenemos cita en el museo con Ahmed.

—¿Por lo del *Libro de los muertos*?

—Me temo que sí —dijo quitando la colcha, puesto que, aunque estaba el aire acondicionado encendido, seguía haciendo calor.

—Esto va a ser divertido —dijo con una sonrisa dirigiéndose hacia la puerta, aunque se detuvo antes de abrir y lo miró como si una duda lo asaltase—. Por cierto, ¿le has preguntado ya por el mapa?

—No —respondió sentándose—. Creo que no sabe ni de su existencia.

—¿Laureano no se lo comentó?

—Laureano cumplió su palabra. Jamás explicó esto a nadie. Ni siquiera a mí.

Aquellas palabras hicieron que Hermi suspirase.

—Una pena, era un buen hombre.

—Sí —reconoció Gael.

Luego una mirada pillá apareció en los ojos de Hermi.

—Aunque creo que disfrutas más de la compañía de Lucía y que...

—Largo —comentó tumbándose en la cama.

—Venga, Gael..., si la chica es muy...

—Adiós.

—¿No vas a decirme si...?

—Una palabra más y dejaré de ser amable... y sabes que eso no te conviene.

—Vale, adiós, adiós —dijo rápidamente—. Mañana nos vemos para desayunar —sonrió mientras salía—. Que descanses —dijo cerrando la puerta tras de sí.

Gael se quedó con los ojos abiertos.

No era lo más apropiado, sabía que, por su condición, aquello era una locura, pero no podía evitarlo. Hermi tenía razón, se estaba enamorando de ella perdidamente, pero aún había demasiadas cosas que explicar, cosas que era mejor ocultar y que no debían salir a la luz hasta que fuese el momento, si es que este llegaba.

Lucía era una mujer muy fuerte, pero no la consideraba preparada para afrontar la verdad aún, algo que ya había hecho anteriormente su abuelo y que él sí había aceptado.

Resopló y se incorporó en la cama. Estaba claro que le iba a costar pegar ojo aquella noche, aunque la última conversación con su amigo le había hecho ser consciente de los muchos sentimientos que había intentado refrenar.

Se levantó y caminó hacia la ventana apartando la cortina. El paisaje lo relajó, la luz de la luna se reflejaba en el río Nilo.

Se giró lentamente y observó la puerta de su habitación. Si Lucía supiese la realidad de todo, la verdad que había estado oculta durante tantos siglos, seguramente enloquecería.

Suspiró y volvió de nuevo la vista al frente, hacia la ventana, intentando hallar la calma suficiente para quedarse dormido y aprovechar las horas de sueño.

## 20

### WASHINGTON D. C., EE. UU.

Los médicos lo empujaron fuera de la habitación.

—Por favor —sollozó Robert mientras su hijo lo abrazaba.

Llevaba un par de horas en el hospital hablando con su mujer y su hijo. Ella parecía estar bien, muy débil, pero se mantenía consciente. De repente, todo había cambiado. El monitor de constantes vitales al que estaba conectada su esposa Regina había dejado de emitir un pitido intermitente y, en su lugar, ahora era un pitido constante que penetraba en sus oídos, atormentándolo.

Los médicos habían entrado en la habitación rápidamente y comenzado sin demora una reanimación cardiopulmonar. No habían podido ver más, pues uno de los médicos había cerrado la puerta.

Su hijo, Larry, se abrazó a él con fuerza mientras sollozaba.

—Papá —sollozó mientras colocaba su frente en su hombro.

Robert abrazó con fuerza a su hijo, con la mirada fija en aquella puerta cerrada. Su amor, la persona que más quería en el mundo, su esposa, se iba. Una sensación de impotencia se apoderó de él mientras mantenía a su hijo entre sus brazos.

—No puede irse, aún no —escuchó que decía su hijo contra él, destrozado por el dolor.

Robert no pudo decir nada, simplemente mantuvo a su hijo aferrado a él, sin poder pronunciar palabra alguna.

Aquellos últimos meses habían sido de locos, pero esto solo era culpa de una persona: aquella mujer a la que había confiado su misión más preciada. Había pagado todo el dinero necesario para impulsar aquella investigación, había sobornado a decenas de administrativos de la Junta de Andalucía para que se adelantase la excavación..., pero nada, todo aquello no serviría de nada si Regina se iba. De nada habrían servido todas las noches sin dormir, la gran cantidad de patrimonio invertido en aquel proyecto si no lo lograba a tiempo.

Su hijo se soltó de él en cuanto escucharon cómo la puerta se abría. Ambos se quedaron mirando al doctor unos segundos, conteniendo la respiración, esperando aquellas fatídicas palabras.

—La hemos logrado estabilizar —comentó, aunque ninguna sonrisa apareció en su rostro.

Robert tragó saliva.

—Está... ella está...

—Tiene el pulso muy débil. —Suspiró y miró hacia atrás mientras cerraba la puerta para que los médicos que aún permanecían en el interior de la habitación trabajasen con calma—. Señor Morris, no sabemos cuánto más aguantará...

—Debe aguantar —interrumpió Robert con fuerza. Apretó los labios y miró al doctor con firmeza—. Necesito... necesito que aguante un poco más, que la mantenga con vida al menos una semana más.

El doctor suspiró.

—Hacemos todo lo posible, pero me temo que el tratamiento no funciona, señor Morris —comentó con delicadeza—. Siento decirlo, pero lo único que podemos hacer es intentar que ella sufra lo menos posible, ofrecerle pautas de confort.

Larry se distanció un poco de ellos, pues aquellas palabras lo estaban desquiciando. Robert pudo ver cómo su hijo se alejaba rompiendo a llorar. No podía permitirlo, debía hacer todo lo que estuviese en sus manos.

—Una semana, doctor.

—Pero... —respondió sin comprender— no puedo asegurarle que...

—¿Puedo verla? —preguntó directamente, cortando al doctor.

Apretó los labios y se giró levemente.

—Cuando esté del todo estable y salgan los médicos podrán entrar de nuevo. En este momento está inconsciente...

—¿Recuperará la consciencia?

El doctor asintió.

—Si la logran estabilizar es posible que sí.

Robert no dijo nada más y dirigió su mirada hacia su hijo, el cual se había apoyado contra la pared sin poder contener las lágrimas.

—Gracias —comentó sin apartar los ojos de Larry.

Ni siquiera se giró para observar cómo el doctor se alejaba. A sus veintiocho años, Larry ya era todo un hombre, pero en aquellos momentos le pareció una de las personas más vulnerables que jamás había conocido.

Él sabía cómo curarla, cómo ahorrarse aquella pérdida y cómo librar a su hijo y a él mismo de dicho sufrimiento, de un mundo sin Regina.

Cogió el teléfono de su bolsillo y se giró apartándose de la puerta. No podía perder más tiempo, este se le agotaba.

Marcó el número de teléfono y colocó el móvil en su oído. Notaba todo su cuerpo temblar. Fue girándose levemente para observar la puerta cerrada y a su hijo en *shock*, contra la pared.

No esperó a que respondiesen al otro lado de la línea y formuló la pregunta en cuanto escuchó cómo descolgaban.

—¿Algo nuevo?

La voz tardó un poco en llegar al otro lado del teléfono.

—¿Señor Morris? —preguntó al otro lado de la línea Cristina, que no salía de su asombro. Solo había hablado una vez con él, tras la muerte de Laureano. Sabía quién era, el inversor principal de aquella investigación, pero no solo eso, sino la causa principal por la que estaban llevando a cabo todo aquello con tanta urgencia. Las condiciones para ser la directora de la investigación y de la excavación habían sido muy claras.

—La excavación —insistió con más fuerza, sin poder disimular los nervios.

—Comenzaremos... comenzaremos mañana sin falta —tartamudeó—. Hoy mismo me ha llegado la aprobación. Mañana a las ocho de la mañana llegarán las excavadoras y comenzaremos...

—El mapa —rugió Robert sin querer aparentar serenidad—. ¿Lo tenéis? Ella tragó saliva.

—Sus dos hombres han ido a casa de Laureano, pero no lo encuentran. Han registrado todo, pero... —Se calló cuando escuchó el grito de furia al otro lado de la línea.

—¡No tengo tiempo que perder! ¿Lo entiende? —preguntó apretando los dientes—. Haga lo tenga que hacer, no me importa, pero consiga ese mapa y consígame lo que prometió o dese por muerta.

—Señor, yo... Estamos haciendo todo lo que podemos, pero...

—Tiene unos días para conseguirlo. Si no...

—¿Papá? —preguntó Larry a su espalda.

En ese momento Robert se puso firme y aguantó la respiración. Se quedó mirando hacia delante, sin girarse.

—Hágalo —susurró hacia el teléfono. Colgó y se giró hacia su hijo, que lo observaba totalmente inerte, con asombro en la mirada. Se removió inquieto, estaba claro que había escuchado gran parte de la reducida conversación que había mantenido con la directora de la investigación.

—¿Con quién hablabas? —preguntó con la mirada fija en él.

—Son... son negocios, hijo.

—¿Y a los que negocian contigo los amenazas de muerte? —preguntó extremadamente dolido.

—Hijo, yo... no quería que... —dio un paso hacia delante intentando coger el brazo de Larry, pero este lo esquivó.

—¿No querías qué? —preguntó colérico—. ¿Que te escuchase?

—Larry... —susurró finalmente cogiendo su mano, pero su hijo se deshizo de él de inmediato, como si su contacto le quemase.

—No me toques, papá.

—Esto... esto lo hago por tu madre —sollozó.

—¿Por mamá? —Casi escupió—. ¿Amenazas de muerte por ella?

—Tú no lo comprendes... No sabes lo que...

—No me importa —le cortó dando un paso hacia él—. Mamá sentiría vergüenza de escucharte.

Fue entonces cuando la puerta de la habitación se abrió y un par de médicos salieron. Larry no prestó más atención a su padre y fue directo a la habitación, dejándolo solo en el pasillo.

Notó cómo los latidos de su corazón aumentaban y la respiración se le entrecortaba mientras veía entrar a su hijo.

Él no debería haber escuchado aquella conversación. Aquello era cosa suya.

Cuando había conocido a aquel extraño hombre en la puerta del hospital, hacía varios meses, no lo había creído. Hablaba de cosas que ni siquiera comprendía. ¿Tesoros ocultos? ¿Ciudades perdidas? ¿Regalos de los dioses que podían devolver la vida?

Tal era su desesperación que había aceptado, sin saber realmente si aquello era real o no, pero, al menos, se dibujaba una pequeña esperanza. Todo había cambiado cuando había sido consciente de la existencia de esta, de que no le estaban engañando, de que todo era cierto.

No se sentía tranquilo con el acuerdo al que había llegado con aquel hombre, pero en esos momentos hubiese hecho lo que fuese necesario para retener a su mujer con él.

Le ayudaría a conseguir el regalo de los dioses y, a cambio, Robert debía ayudarle a encontrar el objeto y hacerlo volver.

—¿A volver? —Había preguntado sin comprender.

—Mi padre... —contestó el hombre— está muy lejos, pero... tú puedes ayudarme a hacerlo volver.

Robert dio unos pasos hacia atrás.

—¿Ese regalo de los dioses salvará la vida de mi esposa?

—Así es —contestó con voz grave—. Él la salvará.

Aquello era lo que necesitaba oír.

—¿Qué debo hacer?

Había seguido todas las órdenes de Bronte, movido por la promesa que le había hecho. Su mujer sanaría, no importaba el precio que tuviese que pagar. Lo haría. Al final, cuando Regina volviese a caminar y a sonreír, su hijo se lo agradecería, lo comprendería todo y los reproches quedarían en el olvido.

Inspiró intentando convencerse de ello. Ya estaba cerca, muy cerca de lograrlo. Volvió a marcar el número de teléfono y esta vez un hombre respondió.

—Dime —respondió la voz de Bronte.

Notó cómo su mano comenzaba a temblar al escuchar la grave voz. Sin duda, él asustaba más que su compañero Arges. Realmente los temía, pero mientras los tuviese de su lado sabía que la esperanza existía.

—Debéis encontrarlo ya.

—Quizá si nos dejases actuar a nosotros... —protestó—. Mi señor está impaciente contigo —corroboró la voz.

Robert aguantó la respiración unos segundos.

—Cristina me ha confirmado que no está en la casa de Laureano.

—Así es.

—Pero ella debe saberlo...

Hubo un silencio bastante tenso.

—¿Cuáles son las órdenes? —preguntó al final.

—Haced lo que tengáis que hacer, pero enconradlo. Tenéis vía libre para actuar.

Dicho esto, colgó el teléfono. No sintió arrepentimiento. Sabía de lo que eran capaces aquellas personas, que lo único que había hecho durante estos últimos meses era contenerlos, intentando que la menor cantidad posible de gente saliese perjudicada, pero su tiempo se acababa. Debía lograrlo ya o perdería a su mujer para siempre. Ya no le importaba cuántas personas cayesen mientras él lograra su objetivo, y lo haría.

Se colocó la gorra correctamente y caminó junto a Gael y Hermi. El sol era muy intenso a esa hora. Por suerte, era solo media hora a pie y seguramente irían más rápido caminando que en taxi.

Un suspiro salió de lo más profundo de su ser cuando el enorme edificio de color rosa con el portal blanco apareció ante ellos, al otro lado de la carretera.

Incrementó el paso junto a sus dos compañeros hasta que pudieron cobijarse del radiante sol bajo el porche.

Hermi llevaba un sombrero de paja con el que taparse, pero Gael iba sin nada.

—Se te va a derretir la cabeza.

Él se giró y le sonrió, haciendo que el corazón de Lucía se disparase de nuevo. ¿Por qué tenía una sonrisa tan tierna?

—Tengo la cabeza muy dura, no te preocupes —bromeó.

Lucía asintió mientras avanzaban al interior. Gael se colocó a su lado.

—¿Has quedado en algún sitio con él?

—Sí, junto a la cola para comprar las entradas a las cuatro de la tarde.

Gael miró su reloj de muñeca.

—Quedan diez minutos —sentenció.

Hermi se colocó a su lado mientras observaba todo a su alrededor. El lugar era imponente. Las paredes de color crema daban un tono de elegancia

a la estancia.

Lucía se apoyó contra la pared observando a su alrededor. Gael permanecía a su lado con las manos en los bolsillos y Hermi miraba de un lado a otro con interés.

—Ey, Hermi —dijo Lucía con un tono amigable—. Me alegro de que nos acompañes, ayer por la noche te echamos de menos.

Hermi miró a Gael de reajo y luego sonrió a Lucía.

—¿Seguro? —preguntó con un tono picajoso.

Gael lanzó una mirada fija a Hermi. Si no hubiese estado ella delante le hubiese dado una colleja. Maldito fuese, desde luego la discreción no era lo suyo.

—Sí, claro —continuó Lucía sin darle importancia a su última pregunta—. Gael me estuvo explicando muchas cosas interesantes. —Se cruzó de brazos ante la mirada interrogativa de los dos.

—¿Como qué? —preguntó Hermi.

Ella se encogió de hombros.

—La antigüedad de la humanidad, los orígenes... —Hermi miraba de reajo a Gael y este permanecía con la mirada clavada en ella, sin saber adónde quería llegar—, los dioses... —rio—, ¿qué opinas al respecto? Sé lo que piensa Gael, pero ¿y tú?

Hermi chasqueó la lengua y buscó nervioso con la mirada deseando que Ahmed apareciese por allí.

—Opino que desconocemos mucho de todo eso.

—Ajá —reaccionó sin saber cómo encajar aquella respuesta—. ¿Pero tú también crees que los dioses se mezclaron con la humanidad? ¿Que tras un cataclismo esta se dispersó por el mundo? Incluida la descendencia de esos dioses —dijo rápidamente.

Hermi tragó saliva y sonrió apretando los dientes.

—Soy un hombre de mente abierta —contestó.

—¿Así que estás de acuerdo con Gael? —preguntó sorprendida, aunque se notaba que estaba bromeando con él.

Hermi se giró hacia Gael, que permanecía en silencio.

—Te explayaste a base de bien, ¿eh? —susurró como si le echase bronca.

Gael se encogió de hombros.

—La chica quiere saber.

Hermi resopló ante su respuesta.

—Así que tú también dominas bastante del tema... —dijo Lucía con una mirada intrigada dirigida hacia Hermi—. Esta noche podríamos ir a cenar los tres y... —Hermi comenzó a negar—. ¿No? —preguntó. Gael suspiró y miró hacia los lados—. ¿Por qué?

—He quedado —respondió.

—¿Otra vez?

—¿Con quién? —preguntó Gael acercándose—. ¿No habías quedado ayer con Neil?

—¿Neil? —preguntó ella intrigada—. ¿Quién es Neil?

—Hoy quedaré otra vez con él —contestó Hermi a Gael—. No me apetece ir de aguantavelas —susurró hacia su amigo.

Los tres volvieron su rostro al frente cuando escucharon una voz cargada de alegría.

—¡Lucía! —dijo en tono afable un hombre vestido todo de blanco, con los brazos extendidos en su dirección.

Lucía sonrió y se dirigió de inmediato hacia él fundiéndose en un gran abrazo.

—Ahmed —contestó ella estrechándose contra él.

El hombre la cogió por los brazos distanciándola lo justo para observarla.

—¿De verdad eres tú? —preguntó sorprendido.

—Hacía años que no nos veíamos —contestó con una sonrisa.

—Sí, demasiados —continuó con nostalgia. Luego tragó saliva y emitió una sonrisa triste hacia ella—. Siento mucho lo de tu abuelo, sabes que lo apreciaba muchísimo.

Ella cogió su mano y asintió.

—Lo sé. Él también te apreciaba mucho —respondió con una tenue sonrisa. En ese momento se dio cuenta de que Gael y Hermi esperaban a su espalda—. He venido con dos amigos —dijo echándose a un lado y señalándolos—. Él es Gael.

Gael se acercó y estrechó su mano.

—Encantado de conocerlo —dijo Gael con una amplia sonrisa.

—Y él es Hermi —continuó ella.

Hermi realizó el mismo gesto que Gael.

—Vaya —dijo Ahmed—. No sabía que tenías pareja...

—No, no... —lo interrumpió Lucía abochornada—. Son dos amigos, trabajaban con mi abuelo.

Hermi le había dado un codazo en el costado a Gael al escuchar aquello, lo que había hecho que Gael colocase la mano en el hombro de Hermi y lo empujase hacia atrás, molesto por la reacción divertida de este, aunque aquello pasó desapercibido tanto para Lucía como para Ahmed.

Ahmed sonrió hacia los dos y asintió.

—Bien, pues..., si me acompañáis, creo que tenemos mucho de qué hablar —comentó colocando un brazo sobre los hombros de Lucía de forma cariñosa, indicándoles el camino a seguir.

## 21

Ahmed colocó las fotografías que Lucía le había enviado por *email* sobre la mesa.

Lucía se había sentado junto a Gael, Hermi permanecía en el vértice de la mesa y Ahmed al otro lado, de pie, apoyado sobre esta.

El despacho era lujoso. Pintado de igual color que el resto del museo, de un color crema, hacía resaltar los muebles de madera oscura barnizada. La moqueta, de un color verde, daba calidez al despacho.

—Estas fotografías pertenecen a papiros que tienen más de 4 000 años de antigüedad. Actualmente se conservan sobre unos doscientos que tratan sobre el mismo tema...

—Me dijiste que pertenecía al *Libro de los muertos* —comentó Lucía, atenta a la explicación que Ahmed daba—. Por lo que tengo entendido el *Libro de los muertos* habla de brujería y cosas por el estilo —bromeó.

Aquello hizo que Ahmed sonriese.

—¿Sabes lo que es el *Libro de los muertos*? —Ella negó—. A partir de la doceava dinastía de Egipto, los sacerdotes pintaron en el interior de los sarcófagos unos mapas, concretamente en siete de ellos. Estos mapas, sus copias, son los que integran el *libro de los muertos*, de ahí su nombre. Son los... —dijo señalando las fotografías—, los jeroglíficos que se podían encontrar en algunos de los sarcófagos. —Ella asintió—. Uno de los más antiguos, como he dicho, pertenece al interior de uno de los sarcófagos de la dinastía doce. De esta dinastía podemos encontrar siete sarcófagos que relatan lo mismo. Pero sí, es cierto, nosotros lo conocemos como el *Libro de los muertos*, aunque anteriormente se integraban en los textos sagrados de los sacerdotes egipcios y ellos lo llamaban el libro de conjuros o las voces para salir a la luz.

—¿Y qué tiene que ver eso con la investigación de mi abuelo? —preguntó confusa—. Estas fotografías estaban en una de las carpetas. Justo la de su última investigación en Doñana.

Gael miró de reojo a Lucía y luego fijó su mirada en Ahmed, el cual se sentó lentamente sobre la silla como si dispusiese de todo el tiempo del

mundo.

—¿Sabes lo que estaba buscando tu abuelo?

Ella suspiró y miró a Gael unos segundos.

—Creo que lo sé. Todo... —pronunció volviendo su atención hacia Ahmed— está relacionado con la búsqueda de la Atlántida.

Ahmed sonrió y juntó sus manos.

—Tu abuelo se había pasado la mayor parte de su vida investigando y buscando la civilización perdida de la Atlántida —confirmó. Se echó hacia delante apoyándose sobre la mesa—. En uno de los más antiguos sarcófagos de la dinastía doce —dijo señalando la fotografía— aparecen estos mapas. ¿Sabes lo que explica Platón sobre la Atlántida? —Ella asintió rápidamente—. La historia que nos relatan estos jeroglíficos nos habla de la guerra de Atlantis...

—¿Una guerra? ¿Contra quién?

—Eso no es lo importante... —remarcó elevando la mano para que guardase silencio—, lo importante es la fecha. Según los papiros, esta fecha coincide con lo que Platón nos relata en su libro *Timeo y Critias*. Dicha guerra aconteció sobre el 1550 antes de Cristo.

—Poco antes de su desaparición, ¿no? —preguntó entusiasmada.

Ahmed asintió con una sonrisa enigmática.

—Los atlantes tenían fama de ser uno de los pueblos más belicosos que han existido.

Aquellas palabras hicieron que mirase a Gael, pensativa. Aquello era lo mismo que él le había relatado. Los atlantes habían intentado conquistar el mundo mediante guerras, perpetrando la aniquilación de pueblos para imponerse, y lo habían hecho con la ayuda de un arma que los dioses les habían entregado. La utilización de esa arma en las numerosas guerras, según lo que relataba la mitología griega y lo que Gael le había explicado, era la causa de que los mismos dioses la hubiesen hecho desaparecer junto con la Atlántida.

—Platón basó sus escritos en Solón, ¿no? —preguntó inquieta.

—Así es. Solón se basó en estos pergaminos y en las explicaciones de los sacerdotes egipcios para escribir sobre la Atlántida, pero dejó el proyecto incompleto. Murió dos años después de iniciarlo. Más tarde, Platón se basó

en estas fuentes para escribir *Timeo* y *Critias*. Mira —dijo señalando la fotografía—. Esta estela pertenece al sarcófago de tiempos en que gobernaba el faraón del linaje de Sostrias. Seguramente Sesostis I y II. —Colocó su dedo en un punto de la fotografía—. Fíjate bien, en este mapa puede verse una isla en medio de un océano de aguas frías, tal y como describe Platón.

—¿Una isla?

Ahmed alzó su mano para que guardase silencio y señaló otra fotografía.

—Esta fotografía pertenece a otro sarcófago, concretamente al del jefe de los médicos Gua. —Señaló en la parte baja del dibujo—. Ocho figuras sentadas con los brazos en alto soportando el cielo. ¿A qué dios te recuerda?

Lucía se reclinó para observar. El jeroglífico consistía en ocho personas reclinadas, con las rodillas apoyadas en el suelo y los brazos en alto, soportando sobre su espalda el cielo.

—Me recuerda a la mitología griega —susurró—. Al dios Atlas. Tiene la misma posición, solo que en vez de soportar el cielo sobre sus espaldas este aguanta la bola del mundo.

Ahmed asintió e iba a hablar cuando Gael se acercó a la mesa, reclinándose, con la mirada fija en Ahmed.

—Si tuviese una rama de olivo representaría la eternidad, pero en este caso representa al dios Shu. —Miró a Lucía—. Es el equivalente a Atlas en la mitología griega.

Ahmed lo miró sorprendido.

—¿Eres egipólogo?

Gael negó y se apoyó contra el respaldo con una gran sonrisa.

—No, soy informático —Ahmed lo miró asombrado—, pero me gusta la historia egipcia.

Lucía lo miró con una sonrisa tirante.

—Es su afición, aunque pensaba que no sabía leer jeroglíficos —continuó con los dientes apretados hacia él. Colocó la mano sobre el mapa—. De acuerdo, existe una indudable conexión entre la mitología griega y la egipcia, pero eso no es nada nuevo...

—Espera, espera... —comentó Ahmed—. ¿Sabes por qué los egipcios dibujaban estos mapas en los sarcófagos? —Ella negó—. Para indicar a los muertos el camino que debían seguir en el otro mundo. Estos mapas

indicaban dónde estaba su paraíso, el camino para llegar hasta él. —Volvió a señalar el mapa—. Fíjate —señaló un pequeño cuadrado azul, que se podía interpretar que era el mar—. En la parte baja hay un estrecho por donde entra el agua azul cristalina del mar y este estrecho conduce a una barca que contiene el trono de agua. Esto es llamado la isla del trono de agua o del trono acuático. —Señaló unos símbolos que había al lado—. ¿Sabes leer los jeroglíficos?

—No.

Miró a Gael.

—Poco —dijo encogiéndose de hombros sonriendo a Lucía, como si se excusase, lo que hizo que ella resoplara.

—Este primer jeroglífico significa «isla». Este de aquí significa «alimentos deliciosos», o lo que llamaríamos los «alimentos de los dioses» y este —señaló al otro lado de la barca— significa «agua».

—Vaaaleee... —pronunció lentamente—. Indicaban a sus muertos el camino que debían seguir para ir a aquel lugar donde se comía tan bien.

—Su paraíso. El paraíso de la vida eterna tras la muerte —remarcó, luego la miró con una mirada enigmática—. ¿Sabes cómo se pronuncian? —Ella negó—. *Iu spa nia*. —Lucía se quedó mirándolo fijamente—. Su paraíso, el paraíso al que ellos llamaban trono del agua, el lugar de donde nacían todos sus alimentos, aquella isla habitada por dioses recibía el nombre de *Iu spa nia*. —Señaló un dibujo que representaba una media luna bajo el trono color azul, del mismo color que el mar—. La isla del trono acuático.

Ella negó con su rostro.

—Espera, espera... ¿*Iu spa nia*?

—Muy parecido a España, ¿verdad? El nombre de tu país no proviene de los romanos como dicen, ya está escrito en el *Libro de los muertos* y... —señaló el recorrido por el mar hasta llegar a ese trono de agua, a esa isla bautizada como la isla de los dioses— ellos lo tenían como su paraíso.

—Pero... —comentó bastante perdida— según la historia, los muertos eran lanzados al Nilo para llegar a su paraíso que, según ellos, estaba en Buto.

—Sí, claro... —ironizó Ahmed—, tenían su propio paraíso al occidente de su país, en el patio de su casa —bromeó. Señaló de nuevo los mapas—.

Esta es la verdad, Lucía. Mira —volvió a señalar un conjunto de jeroglíficos que se encontraban fuera del mar y los siguió con el dedo mientras explicaba su significado—: «Este es el mar de los dioses, cuya longitud y anchura no ha sido dicha a Osiris». —Miró a Lucía con intensidad—. No se trata del Nilo. Ellos conocían a la perfección la longitud, anchura y profundidad de su río. Ni siquiera hablamos del mar Mediterráneo, ni del mar Rojo... De todos conocían las medidas con exactitud. Hablamos de un océano, el océano que rodea la Tierra y al que ellos tenían acceso. El océano Atlántico. Nunca te fíes de lo que has estudiado, de lo que explican las enciclopedias... Sabes lo que quieren que sepas.

Ella negó ante la mirada interrogativa de Gael.

—Esto no... no es posible...

—Presta atención —remarcó Ahmed señalando el mapa de nuevo—. Mira esta parte, donde el mar entra y hay dos islas. —Señaló primero una forma de tierra triangular sobre el mar azul—. Los egipcios la llamaban «trinacria», por su forma de triángulo. Significa «las tres puntas». Nosotros la conocemos como Sicilia. —Lucía tragó saliva al ver lo bien situada que estaba en el mapa—. Y aquí... esta isla redondeada que está al lado debe ser Córcega o Cerdeña. —Señaló la parte baja del mapa—. Pero si hasta salen las islas Canarias —exclamó. Luego señaló otros jeroglíficos que se encontraban frente a lo que suponía que debía ser Marruecos, al lado de Gibraltar, e hizo la traducción de lo que significaban—. Esta es la cuna del dios del cielo. —Señaló la representación de los ochos hombrecitos arrodillados—. El dios Atlas para los griegos, Shu para nosotros.

—No, no puede... no puede ser cierto.... —susurró pasmada con lo que le explicaba.

Ahmed cogió otra de las fotografías que había imprimido.

—Este sarcófago pertenece al general Sepi, el jefe de los soldados, de la misma época que el anterior. —Señaló el mar azul, la isla representada por un trono y una barca con forma de luna, así como los mismos textos que el anterior, aunque señaló uno en concreto que no había visto hasta ese momento—. Recuerda que estamos hablando del año 1550 antes de Cristo, aproximadamente. —Ella asintió—. En esta estela hay un nuevo símbolo, aparte de todo lo anterior sobre los alimentos, sobre el lugar a donde deben ir

los muertos llamado *Iu spa nia*, la isla de los dioses, aquí vemos un nuevo símbolo que se pronuncia «yefa».

—¿Qué significa?

—Hundida —respondió Gael llevándose la mirada sorprendida de ambos.

—Exacto. Muy bien dicho, chico —dijo sonriente, como si le agradase que supiese sobre el tema—. Y fíjate, Lucía —llamó su atención—, aquí pone lo mismo: «Este es el mar de la isla de los dioses cuya longitud y anchura no fue dicha a Osiris». —Ahmed colocó más fotografías del *Libro de los muertos* sobre la mesa—. Esta historia la podemos encontrar en decenas de estelas de sarcófagos. —Señaló otro—. Este pertenece al escriba del rey, se llamaba Yejuti Jotep. —Alzó su mano para enfatizar.

—Espera —lo interrumpió Lucía al ver que pasaba a otras fotografías—. Aquí dice más cosas... —Señaló otros jeroglíficos.

—Ah, bueno... —dijo sin darle importancia—. En los textos que rodean los mapas hablan de que Shu es incluso más importante que Ra, al menos en estos textos. También habla de la sangre de Shu... —Señaló un jeroglífico, aunque sin darle mucha importancia—. Este se lee como «yegua».

—¿Y qué significa?

—Habla de la descendencia de Shu o... Atlas si prefieres llamarlo en griego —comentó sin mirarla, buscando otras fotografías, pues no parecía estar interesado en ese tema.

Lucía giró lentamente su cabeza hacia Gael, que la observaba también con una extraña sonrisa en su rostro.

Maldito fuese, aquello la estaba descolocando más de lo que esperaba. Por nada del mundo hubiese pensado que Ahmed fuese a explicarle algo así y que coincidiese en tantas cosas con Gael, pero... lo mejor de todo es que ella misma podía ver aquellos dibujos, podía ver que era cierto.

Tragó saliva sin apartar la mirada de Gael, hasta que este le guiñó un ojo con complicidad haciendo que despertase de sus pensamientos.

—Aquí está —comentó Ahmed haciendo que ella se girase para prestarle atención—. Estos mapas pertenecen a la dinastía dieciocho. Aquí la cosa ya cambia. —Señaló el mapa—. A diferencia de la dinastía doce, la isla no se encuentra dentro del estrecho de Gibraltar, sino que hay un largo canal

que conecta la barca en forma de luna con el trono acuático. Siempre con los jeroglíficos *Iu Spa Nia*.

Lucía miró de reojo a Gael, que se acercaba a la mesa para mirar bastante interesado; por el contrario, Hermi estaba mirando el móvil, como si no le diese importancia a todo lo que explicaba Ahmed.

—Todo cambia a partir de la dinastía diecinueve. —Y plantó otra fotografía ante ella—. El faraón Nekao se alía con los fenicios para que hagan una expedición rodeando África, lo que ellos conocían antes como Libia.

—¿Con los fenicios? —preguntó sorprendida.

—Sí, claro —respondió Ahmed como si ese dato fuese conocido—. De hecho, ya se menciona en el *Critias* de Platón, en el apartado 113 b. Habla del atlante Gadeiro que Gadeira era la colonia más importante de los fenicios. Ya sabes, Gadeiro, el rey del golfo de Cádiz, el que fundó esa cultura.

Ella asintió y miró impresionada hacia Gael.

—Joder —susurró, a lo que Gael chasqueó la lengua al escuchar aquella palabra, como si no le gustase.

Se acercó a ella para susurrar mientras Ahmed seguía buscando más fotografías.

—¿Creías que te mentía? —preguntó en tono provocativo.

Ella suspiró, pues esperaba que Ahmed fuese a decirle otra cosa, así que se alejó con cara de fastidio.

—Pues, como te decía, en la dinastía diecinueve y comandados por el faraón Nekao se envió una expedición junto a los fenicios para rodear África, entrando por las columnas de Hércules. A partir de ese momento existe un brusco cambio en los mapas. De hecho, comienzan a parecerse más a los actuales, pero... —dijo señalando de nuevo los jeroglíficos— bajo la barca del trono de agua sigue apareciendo *Iu Spa Nia*. De hecho, fíjate —dijo mostrándole más mapas—. En uno de estos viajes de Nekao especifica, concretamente en la zona donde se encuentra Huelva y Cádiz —señaló los jeroglíficos que había en esa zona—, lo siguiente: «El dios que habita en la ciudad es Orus Ra», y añade: «Una ciudad amurallada con metal». Los árabes o cartagineses se refieren a al-Ándalus y en numerosos escritos antiguos de estos se relata como la ciudad cubierta de reflejos dorados amurallada. — Parecía que a Ahmed le habían dado cuerda, pues cogió otra fotografía y la

señaló—. Además, en este mapa de esta misma dinastía, especifica que, en la isla del trono de Dios, ahora, quien vive es Osiris. Uno de los títulos de Osiris es que es descendiente de Shu.

—Necesito aclararme... —Se apoyó contra la mesa y señaló las fotografías—. Según los egipcios, Andalucía, ¿era su paraíso? ¿Era la Atlántida?

—No. —Aquello hizo que Lucía parpadease varias veces.

—¿Estoy entendiendo mal entonces?

—Según todo esto, los fenicios son descendientes de los atlantes, de los supervivientes de esa ciudad. Los fenicios fundaron a través de uno de sus supervivientes, Gadeiro, la ciudad que hoy es Cádiz.

—Vale, hasta ahí sí.

—Por lo tanto, Andalucía no puede ser la Atlántida puesto que estamos hablando de que, según estos escritos, fue fundada por los supervivientes, pero, además, ya en las estelas del *Libro de los muertos* pertenecientes a la dinastía diecinueve se nos dice que esa isla que se encontraba en un mar de gran envergadura y que recibía el nombre de *Iu Spa Nia* estaba hundida. Mira, fíjate bien en los dibujos... La isla a la que ellos llaman «trono de los dioses» está antes que Gibraltar, antes de los pilares de Hércules. —Luego le sonrió—. Según la cronología que podemos extraer tanto de Platón como de los escritos de Solón y el *Libro de los muertos*, los fenicios rodearon junto a los egipcios Libya, lo que ahora conocemos como el continente de África, bajo las órdenes del faraón Kenao para buscar justamente esta isla de los dioses unos quinientos años después de que la misma se hundiese. De ahí que se hable de la descendencia. El tiempo va pasando; se nos explica en todas estas estelas y en antiguos escritos que dicho trono, que la isla de los dioses se hundió sobre el año 1550 antes de Cristo. Esta expedición, egipcios y fenicios juntos, es decir..., los descendientes de aquella isla de los dioses a la que llamaban Atlántida, viajó junta para encontrar sobre el año 1000 antes de Cristo el lugar al que habían llegado sus antepasados —enfaticó—, siguiendo específicamente la ruta que indicaban estos mapas, pero... no pudieron encontrarla. La isla de los dioses estaba hundida y lo que encontraron más cerca fue la actual España. De ahí que fenicios y egipcios bautizaran a tu país con el nombre de *Iu Spa Nia*. —Se encogió de hombros—. Es lo que

encontraron más cerca del lugar al que hacían referencia las estelas de los sacerdotes egipcios.

—Esto... esto es... impresionante.

—Lo sé —comentó Ahmed con una sonrisa—. Lo puedes encontrar en el capítulo 110 del *Libro de los muertos*. No me lo invento. Esto son hechos, es la realidad. La historia real de cómo surgió un mito. —Se levantó y fue hacia una de las estanterías—. Esto te interesará. Las pirámides están orientadas hacia la constelación de Leo, lo que implica que podrían estar construidas desde el año 10500 antes de Cristo, dado que era el cielo que había en ese momento, pero... —Fue hacia la mesa con una carpeta, la abrió y colocó una fotografía ante Lucía.

Se quedó observando mientras Gael también se acercaba para mirar. Pudo apreciar, de reojo, una sonrisa en su rostro. Se giro hacia él con suspicacia. En ese momento pudo ver cómo Hermi, el cual se mantenía callado en todo momento, miraba la fotografía, suspiraba y volvía a apoyarse contra el respaldo de su silla. ¿A qué venía esa actitud por parte de esos dos?

—¿Por qué sonríes? —preguntó mosqueada.

Gael no borró la sonrisa de su rostro, sino que miró directamente al profesor, ignorando su pregunta.

—Eh —le llamó la atención mientras Ahmed seguía buscando en la carpeta para colocar más fotografías ante ella—. ¿Que por qué sonríes? —preguntó en un tono más tajante, bastante molesta.

—Escúchalo —susurró Gael—. Esto es interesante.

Ella resopló.

—Pero a ver... —protestó indignada—, ¿tú sabes sobre esto? —Le mostró la fotografía.

Él se encogió de hombros y volvió a apoyarse contra el respaldo.

—Un poco.

—¿Por qué?

Gael borró la sonrisa de su rostro.

—Porque soy muy listo —comentó, aunque había cierto tono de broma en su voz.

Ella resopló.

—¿Qué ves ahí? —preguntó Ahmed mientras ordenaba los documentos.

Ella se fijó en la fotografía.

—Hay cuatro símbolos. —Luego lo miró extrañada—. ¿Dónde están?

—En la pirámide de Keops.

Lucía dejó la fotografía sobre la mesa.

—Esa pirámide no tiene inscripciones.

—Sí que tiene —contestó sorprendido y señaló la fotografía que le había entregado—. Antes, la pirámide estaba recubierta de piedra caliza que reflejaba los rayos del sol, como si se tratase de un espejo. De hecho, en el año 820 después de Cristo, Al-Ma'mun, el famoso califa persa, gran científico y primer hombre que entró en la pirámide, la describió de esa forma. Este califa había escuchado que en el interior de las grandes estructuras se albergaba la fuente del conocimiento de la Tierra y el cielo, un conocimiento de valor incalculable procedente de una civilización perdida. — Y señaló los mapas del *Libro de los muertos*, hacia aquella isla llamada de los dioses—. Así que, ni corto ni perezoso, el gran califa Al-Ma'mun excavó un túnel en la pirámide, puesto que no había ninguna entrada. —Luego sonrió—. Llámalo coincidencia, pero este califa excavó en un lugar muy concreto de la cara norte de la pirámide que lo llevó directamente a la gran galería del interior.

—Está claro que tenía información privilegiada —interrumpió Lucía.

—Seguramente mapas del interior, dado que el túnel no se bifurca ni hace zigzag, va de forma precisa e incluso hace un giro a la izquierda para dar con el pasillo y sortear los sellos de granito. Pero... aquello no le sirvió, pues según lo que recoge la historia no encontró nada. Según él, estaba todo vacío, sin siquiera una tumba, no había absolutamente nada. Sin tesoros, sin inscripciones..., nada, lo cual demuestra que no estamos ante un monumento fúnebre como se quiere hacer creer. Sin embargo, la fachada, aquella piedra caliza que reflejaba la luz del sol y que hacía brillar la estructura sí tenía inscripciones.

—Ah, ¿sí? —preguntó sorprendida.

Ahmed sonrió e iba a seguir, pero Gael lo interrumpió.

—De hecho, así permaneció hasta el siglo XIII. —Lucía se giró hacia él sobresaltada por su interrupción—. En esa fecha los egipcios comenzaron a usar la pirámide como cantera y cogieron justamente esa piedra caliza para

construir, en el año 1356 después de Cristo, lo que hoy conocemos como la mezquita Madrasa del Sultán Hassan.

—¿Hicieron eso? —preguntó asustada.

Gael asintió.

—En el siglo XIX —continuó Ahmed—, el coronel inglés Richard William Howard-Vyse hizo un descubrimiento de un jeroglífico al cual se le atribuye la construcción de esta pirámide: Keops.

Gael se acercó a ella.

—¿Recuerdas la estela de Isis? ¿La diosa madre? —susurró hacia ella.

—Calla —dijo nerviosa.

—Ese jeroglífico no se sabe si es real o no, pero... sí es cierto que existe una inscripción que es real y nos dice que su constructor es Keops. —Señaló la fotografía que le había entregado—. Al remover una parte de la fachada exterior quedó al descubierto una puerta.

—¿Una puerta? —Miró intrigada de Ahmed a Gael.

—Normalmente —intervino Gael—, los visitantes entran a la pirámide por el pasillo que abrió el califa árabe hace más de mil años, pero lo cierto es que existe una puerta, la principal, diez bloques por encima de la entrada por la que acceden los turistas.

—De hecho, este acceso estuvo oculto por la piedra caliza hasta el año 1356 después de Cristo —informó Ahmed—. Esa puerta está sellada con un bloque de granito que la hace impenetrable, pero pueden apreciarse al lado de la puerta triangular dos tronos, uno a cada lado. Y, en el centro, sobre la puerta, hay una inscripción... Esa.

Lucía observó con atención la fotografía. Se veían cuatro símbolos tallados en la piedra. El primero parecía una «V» mayúscula, el segundo era un círculo con una línea horizontal que lo cortaba por la mitad, el tercero eran tres líneas horizontales, una debajo de otra y, el cuarto, otro círculo, esta vez atravesado por dos líneas verticales.

—¿Son jeroglíficos? —preguntó sorprendida.

—No tienen ninguna relación con la escritura egipcia de las dinastías conocidas —remarcó Gael—, de hecho, se cree que proceden de otra cultura, ¿verdad, señor Ahmed?

Ahmed miró sorprendido al chico y asintió.

—Te veo muy ilustrado en el tema.

Gael sonrió.

—Tuve un buen profesor —indicó—. Trabajé bastante tiempo con su abuelo, Laureano Molina.

Ahmed sonrió.

—Ahora lo entiendo todo —rió. Miró a Lucía y volvió a asentir—. Es cierto, este tipo de escritura no tiene nada que ver con la escritura egipcia que conocemos.

—¿Qué significa? —preguntó.

Ahmed se encogió de hombros.

—Ni siquiera nosotros lo comprendemos.

—Pero... —contraatacó Lucía— esta inscripción dices que estaba bajo la caliza, oculta.

—Así es.

—Por lo que tuvo que hacerse antes de que la cubriesen.

Gael volvió a intervenir.

—Tal y como ha dicho —señaló a Ahmed—, se cree que la pirámide fue construida cerca del año 10500 antes de Cristo. ¿Te suena algún dato? —Ella lo miró sin comprender—. Según Platón, la Atlántida se formó cerca del 9500 antes de Cristo. Es un jeroglífico que más o menos data de la misma época.

—¿Y sabes qué significa? —preguntó ansiosa.

Aquello hizo que Gael sonriese, aunque miró de reojo al director del museo y negó.

—No, no lo sé, pero... existen interpretaciones. —Señaló las tres rayas horizontales.

Ahmed lo miró enarcando una ceja.

—No es seguro que signifique eso —comentó como si supiese a lo que se refería.

—Es el mismo símbolo que aparece en los pergaminos del *Libro de los muertos*. —Miró a Lucía—. Es el símbolo del agua. —Ella miró impresionada la inscripción. Gael señaló la V—. Dicen que esto significa el ángulo de rotación la Tierra que, como sabes, oscila entre 22,1 y 24,5 grados. Actualmente es de 23,25. Esta V recrea a la perfección los ángulos de

rotación de la Tierra.

—Eso son conjeturas... —comentó Ahmed—. Realmente esa tesis no la avala ningún experto.

Lucía no se volvió hacia el director, sino que siguió prestando atención a Gael.

—El segundo símbolo —indicó el círculo con la línea horizontal que lo dividía— indica el ecuador de la Tierra, con su inclinación variable, el tercero, como he dicho, significa agua. Muchos historiadores...

—Algunos —sonrió Ahmed como si corrigiese a un niño.

—Dicen que hace referencia a mucha agua, incluso a un diluvio o un tsunami...

Ella tragó saliva y asintió.

—Y el cuarto símbolo, el círculo atravesado por dos líneas verticales, marca el lugar exacto donde ocurrió dicho cataclismo. De hecho, si superpones un mapamundi a pequeña escala sobre el símbolo marca la zona donde los antiguos mapas indican que se encontraba la Atlántida. En el océano, cerca de los pilares de Hércules.

—Pero... eso no se corresponde con las fechas. Si la pirámide data de una fecha aproximada al 10500 antes de Cristo y según Platón y el *Libro de los muertos* la isla de los dioses se destruyó sobre el 1550 antes de Cristo, dicha inscripción coincidiría más con los albores de la Atlántida, que no con su caída.

—No sabemos la fecha en la que se hizo dicha inscripción. Solo que, obviamente, fue realizada antes de que se cubriese con la piedra caliza, pero ni siquiera sabemos cuándo se cubrió. Si hace cinco mil años, seis mil... siete mil. En el siglo XIX después de Cristo fue cuando quitaron la cobertura, pero no sabemos en qué época se puso. Además, no olvides que estamos hablando de civilizaciones muy adelantadas y que, según muchos antiguos escritos, dentro de estas grandes construcciones existe un gran número de documentación sobre nuestro origen, sobre la Tierra e incluso el universo.

Ella se quedó pensativa. Aquello era realmente extraordinario.

—Bueno, esas conclusiones solo las sostienen unos pocos —volvió a puntualizar Ahmed.

Lucía se quedó observando a Gael. Sus ojos azules se habían llegado a

oscurecer. Gael le aguantaba la mirada como si intentase de aquella forma convencerlo.

—Tiene lógica —comentó Lucía volviéndose hacia Ahmed.

—Bueno, muchos historiadores consagrados dirían que no —comentó divertido mientras tomaba asiento.

—El templo de Saqqara —insistió Gael, luego miró con seriedad a Lucía—. Es un templo que data del año 3050 antes de Cristo, aproximadamente. ¿A quién veneraban los atlantes según Platón?

—A Poseidón —respondió directamente Lucía.

—No me refiero a eso —continuó Gael, con toda su atención enfocada a ella—. Tú te refieres a la repartición que se hicieron los dioses del mundo tras una de las catástrofes naturales y que, según la mitología griega, Poseidón era el encargado de la Atlántida. Yo me refiero al animal al que veneraban.

—Ah, sí, el toro —dijo como si fuese una respuesta obvia.

—El templo de Saqqara, que data más o menos de la misma fecha en la que se destruyó, según Platón y el *Libro de los muertos*, la Atlántida, está consagrado al toro. Es donde, específicamente por las estelas que encontramos, se hacían sacrificios de toros sagrados, exactamente lo mismo que Platón describe.

—¿Los atlantes supervivientes vinieron aquí?

—Los atlantes eran una civilización antigua y, como tal, ya tenían relación con ellos. De hecho, los egipcios los envidiaban —dijo señalando las fotografías del *Libro de los muertos*—. La tierra que ellos tenían, aquel lugar donde convivían con los dioses, tal y como expresan los jeroglíficos, para los egipcios era su paraíso. Tras su destrucción, los pocos que sobrevivieron se distribuyeron por todo el mundo. Esas —dijo señalando la inscripción de la pirámide de Keops— u otras como las del templo de Saqqara, o el de Cancho Roano, o las pinturas rupestres... son las huellas que dejó esa civilización. Una civilización con un origen divino y que incluso culturas tan importantes como la egipcia envidiaban.

Lucía lo miraba sin pestañear, totalmente absorta con sus palabras. Gael hacía exactamente lo mismo, ignorando ambos en aquel momento al director del museo.

—Bueno, bueno... —interrumpió Ahmed—. Me encantas, chico. Qué

pasión —comentó divertido. Aquellas palabras hicieron que los dos mirasen hacia el director obligándose a reaccionar—. Pocas veces encuentras a personas que sepan tanto sobre estos temas... ¿y dices que eres informático? —Gael asintió. Iba a continuar hablando cuando miró el reloj de su muñeca—. Mecachis —susurró—. Las cinco y cuarto —reaccionó con fastidio—. Siento tener que dejaros, pero tengo una reunión con el ministro de Cultura para...

—Claro, claro... —comentó Lucía levantándose de inmediato.

—Me encantaría seguir hablando con vosotros. —Miró a Lucía con una sonrisa y luego a Gael—. ¿Qué os parece si os venís a cenar una de estas noches a casa? —Miró de reojo a Hermi, que aún estaba sentado en la silla sin prestar atención, atento a su móvil—. ¿Cuándo os marcháis?

—Pasado mañana por la tarde.

—Pues hecho, quedamos mañana para cenar en mi casa. Así podemos hablar un poco más. Es una gozada dar con una pareja tan interesada en...

—No, no... —interrumpió Lucía ante la mirada divertida de Gael—, no somos...

—Estos temas. Hacía tiempo que no...

—No somos... pareja —acabó susurrando Lucía dándose por vencida, pues Ahmed no le prestaba atención.

—... disfrutaba tanto. Venid a cenar a mi casa y así podremos mantener otra conversación, ¿de acuerdo? —Ambos asintieron. Ahmed volvió a mirar en dirección a Hermi—. Que se venga también vuestro amigo. —Solo entonces Hermi reaccionó levantando la cabeza sin saber bien qué ocurría.

—¿Qué? —preguntó.

Los tres lo ignoraron y estrecharon sus manos a modo de despedida.

—¿Tenéis vehículo? —preguntó Ahmed mientras se dirigía hacia la puerta.

—No, pero cogeremos un taxi...

—Tonterías —dijo abriendo la puerta. Habló con una mujer que esperaba detrás y se giró hacia ellos—. Se llama Kesi —presentó a la joven—. Es mi secretaria particular. Os entregará un vehículo para que podáis disfrutar estos días.

—No tienes por qué hacer eso... —reaccionó Lucía rápidamente.

—Vamos, vamos... Aprovechad para visitar las afueras del país, id a visitar templos, oasis. —Se giró hacia Kesi—. Que lleve un GPS donde esté la dirección de mi casa.

Kesi asintió.

—Bueno, muchas gracias.

—Tenéis carné de conducir, ¿no? —Y miró a Gael.

—Claro —asintió con una sonrisa.

—Pues nos vemos mañana para cenar. Os estaré esperando sobre las ocho de la tarde.

—De acuerdo, muchas gracias —respondieron los dos con una gran sonrisa.

Se dirigieron por el largo pasillo hasta la entrada del museo. Era todo un detalle que Ahmed les prestase un coche y los invitase a cenar, aunque la última afirmación por parte de él sobre que eran pareja los dejó un poco cohibidos.

Se detuvieron ante la entrada, aún refugiándose del sol.

Gael permanecía a su lado con las manos en los bolsillos.

—¿Qué te apetece...?

—Yo me voy —dijo Hermi adelantándose, dejando desconcertados a los dos.

—Espera, espera... —interrumpió Gael ante su partida—. ¿Adónde vas?

Hermi se giró y se encogió de hombros.

—Ya te lo he dicho antes. He quedado con Neil.

Gael suspiró mientras Lucía se situaba a su lado y colocaba la mano sobre sus ojos, pues el sol la cegaba.

—Ey, ¿por qué no le dices que se venga a cenar esta noche?

Gael miró de reojo durante unos segundos a Lucía y luego escudriñó a Hermi.

—Mejor que no —comentó Hermi—. No le gusta salir a cenar por ahí.

—Pero tendréis que cenar, ¿no? —insistió Lucía.

—Ammm... —la mirada de Hermi se encontró con la de Gael—, seguramente cenaremos en su casa. Nos vemos mañana —respondió directamente. Se giró sin esperar respuesta por parte de ambos y se internó

entre la gente.

Gael resopló y se quedó observando la espalda de Hermi alejarse, en ese momento fue consciente de que Lucía lo miraba fijamente.

—¿Qué le pasa a tu amigo? —preguntó cruzándose de brazos.

Gael chasqueó la lengua y le dedicó una sonrisa tímida, luego negó sin saber qué decir.

Ambos se quedaron mirando hasta que ella ladeó su cabeza.

—Oye, sabes mucho sobre todo esto. —Se acercó colocándose justo frente a él, obligando a Gael a bajar un poco su mirada—. Quiero saber más —comentó emocionada.

—¿Más?

—Sí, es... es cierto que todo me parece un poco absurdo, pero a la vez es realmente interesante. Hay datos que desconocía, que la mayoría de la gente no sabe, pero tú sí.

—Tampoco sé tanto.

—Ese regalo de los dioses —comentó rápidamente—. El que los atlantes usaron como arma...

Gael arqueó una ceja.

—¿Ahora crees que es cierto?

—No sé si es cierto o no, realmente me parece descabellado, pero me gustaría saber de qué se trata. ¿Sabes qué era? ¿Cuál era su poder?

Gael colocó sus brazos en la cintura, en forma de jarra.

—Un regalo que hizo Poseidón a sus protegidos.

—Y descendencia... —apuntó rápidamente.

Aquellas palabras hicieron que él riese.

—Vaya, vaya, así que si te lo explico yo no me crees, pero si lo hace el director de un museo sí...

—Oh, venga, va... Te estoy concediendo el beneficio de la duda —bromeó ella—. ¿Sabes de qué se trataba? ¿Lo explica en algún sitio?

Gael se quedó observándola. Lucía tenía una mirada cargada de entusiasmo.

—No lo explica en ningún sitio.

Ella resopló.

—Porras —comentó mientras miraba decepcionada la calle.

Gael sonrió.

—Pero dicen que podía generar vida.

Ella parpadeó varias veces y lo miró intrigada.

—¿Generaba vida? —Aquello la desconcertó—. Pero según la mitología la usaron como arma. ¿Cómo podrían usar un arma que creaba vida para destruir y masacrar a los pueblos?

Ambos se quedaron mirando durante unos segundos hasta que Gael se encogió de hombros.

—Oh..., venga... —protestó ella—. Estoy segura de que sabes algo.

—No, que va —comentó.

—¿En serio? No te creo.

Gael se giró entonces hacia delante justo cuando Kesi detenía un vehículo ante ellos.

—Creo que ese es nuestro coche —comentó él señalando.

El vehículo era mejor de lo que habían imaginado: un Renault Logan color blanco de cinco plazas y tres puertas. Debía de tener unos cuantos años, pues la chapa estaba abollada en un lateral, aunque era mucho más de lo que podían pedir.

Kesi se acercó a ellos con las llaves en la mano y se las entregó a Lucía.

—En la guantera hay un GPS, si buscan por «casa» les indicará cómo llegar mañana a la cena en casa del director.

—Gracias —dijeron los dos.

Kesi se dirigió hacia el museo mientras ambos miraban el coche. La mirada de Lucía voló directamente hacia la bulliciosa calle de El Cairo, donde la conducción era extrema y peligrosa.

—¿Sabes si hay parquin en el hotel? —preguntó ella haciendo rodar las llaves en su dedo.

—Sí, sí que hay. —Luego enarcó una ceja en su dirección—. ¿Vas a conducir tú?

Ella tragó saliva y miró la calle de nuevo. Decenas de coches se adelantaban unos a otros, camiones y autobuses que se detenían en la calzada haciendo que los adelantamientos fuesen difíciles, peatones que cruzaban por donde querían sin avisar previamente, haciendo que la circulación se detuviese y creando grandes retenciones.

—Todo tuyo. —Le ofreció las llaves.

Gael se las cogió de la mano y le indicó con un movimiento de cabeza que se dirigiese hacia el coche.

—¿Querías un viaje plagado de aventuras? —preguntó abriendo la puerta y sentándose en el asiento del conductor—. Ahora lo vas a tener.

—No, no quería un viaje plagado de aventuras —protestó ella cerrando la puerta y poniéndose el cinturón de inmediato, antes incluso de que Gael hubiese arrancado—. Quiero un viaje en el que aprenda muchas cosas y pueda llegar viva a casa. —Abrió la guantera y cogió el GPS mientras Gael colocaba el asiento a una distancia acorde a los pedales y se ponía en cinturón—. ¿Sabes llegar hasta el hotel?

—No —respondió arrancando el vehículo.

Lucía puso el nombre y colocó el GPS en el salpicadero con una ventosa. Marcaba veinte minutos para llegar.

Gael puso primera muy sonriente y comenzó a avanzar.

—Vamos allá, a la aventura —dijo risueño, como si la situación le divirtiese.

Ella miró a ambos lados.

—A mí no me hace gracia —protestó nerviosa al ver el embudo formado por todos los vehículos y camiones que circulaban a aquellas horas del día.

## 22

—Pues me gustaría ir —apuntó Lucía mientras dejaba su refresco sobre la mesa.

Tras dejar el vehículo en el parquin privado del hotel habían decidido cenar en el mismo hotel, en el bufé libre. Después habían salido a tomar algo a la terraza y disfrutar de una temperatura más fresca, pues eran cerca de las once de la noche. Él había pedido una cerveza y ella un refresco de cola. El lugar estaba iluminado con luz tenue, lo que permitía ver una gran cantidad de estrellas en el cielo.

—¿Para qué? —preguntó Gael.

—Pues para verlo. Me interesa.

Gael resopló mientras se apoyaba contra el respaldo y estiraba las piernas.

—¿No has tenido bastante con la hora que nos hemos tirado en la carretera? —bromeó. Chasqueó la lengua mientras miraba a Lucía fijamente—. No quiero coger más el coche.

—Podemos ir en transporte público.

—No sé si hay transporte público hasta Saqqara.

—Pues, ¿en taxi?

Gael suspiró.

—Pero ¿para qué?

—Me interesa verlo —repitió.

Gael cogió su cerveza de nuevo.

—Está a una hora en coche de aquí, sin contar con el tráfico.

—Tenemos todo el día... —se quejó ella—. Si nos levantamos pronto podemos...

—Ah, ah, ni hablar —la cortó.

—¿Cómo que ni hablar?

—Mañana es mi día de dormir. —Y luego sonrió.

Ella resopló y se dio por vencida.

—De acuerdo, pues duerme. Ya iré yo —arrastró las palabras.

Gael estuvo a punto de poner los ojos en blanco.

—No vas a encontrar nada extraño en el templo de Saqqara...

—Pero es donde hacían los sacrificios de los toros sagrados, igual que los atlantes.

—Pero no vas a ver uno. Como mucho encontrarás una placa que lo explique... y ni eso.

—Pero perteneció a la primera dinastía —intentó con una voz más divertida—. La que hubo después de tus dinastías celestiales. —Acabó sonriente, enseñándole mucho los dientes.

Él enarcó una ceja.

—Vuelvo a repetírtelo: no están ahí ahora. Además, no quiero coger más de la cuenta el coche, ya has visto el lío que se monta y mañana ya tengo que conducir hasta Ain Sokhna para cenar... y te recuerdo que está a casi una hora y media de aquí.

—Qué exagerado, ponía una hora y quince minutos, y a esa hora no habrá tanto tráfico para llegar. —Ambos se quedaron mirando mutuamente, retándose—. Está bien, ¿y a la pirámide? Está a media hora en coche y ahí sí podemos coger un autobús.

—¿De verdad que no prefieres descansar? —preguntó sorprendido.

—Estoy de vacaciones.

—Pues por eso mismo —enfaticó extendiendo los brazos hacia los lados—. Tenemos piscina.

—No me he traído el bañador. —Zanjó el tema.

—Pues cómprate uno.

Ella se cruzó de brazos.

—¿De verdad? ¿Vienes a Egipto y no quieres ir a ver las pirámides?

Gael dio otro sorbo.

—¿Las has visto?

Ella asintió.

—De pequeña.

—Pues no han cambiado nada, en serio —ironizó.

Ella resopló.

—Bueno, pues... ya... ya iré yo. Era por si querías acompañarme. —Se encogió de hombros, aunque con cierta pena. Se apoyó contra el respaldo y bebió su refresco.

Gael se quedó observándola unos segundos mientras acababa su botellín.

—Está bien —acabó diciendo con una leve sonrisa—, pero las pirámides están muy masificadas. Deberíamos ir a primera hora para estar más tranquilos y conseguir entradas. Es posible que estén agotadas.

Ella le sonrió.

—Claro, iremos en autobús, así no tienes que coger el coche.

Él rio divertido.

—También puedes conducir tú.

—No, ni hablar, no pienso meterme por estas calles de locos conduciendo. —Se acabó el refresco y se incorporó en la silla—. ¿Nos levantamos a las siete?

—Abren a las ocho, así que si cogemos un taxi a las siete y media llegaremos bien.

Gael se levantó.

—Ohhh —bromeó ella mientras se ponía en pie—. ¿No iremos en coche? Con lo que me apetecía otra maravillosa aventura...

—Menos bromas o mañana vas a conducir tú para ir a la cena —bromeó mientras rodeaba la mesa.

Llegó hasta ella y caminaron bajo el porche en dirección al vestíbulo del hotel donde se encontraban los ascensores. En ese momento algo captó la atención de Gael. Giró su cabeza sin dejar de caminar a su lado y su mirada coincidió durante unos segundos con dos hombres que permanecían sentados en una de las mesas.

Uno de ellos lo miraba fijamente, aunque apartó su atención de él y continuó charlando tranquilamente con su acompañante cuando percibió que lo miraban.

Notó cómo sus músculos entraban en tensión. No era tonto, sabía lo que ocurría.

Decidió echar la vista al frente mientras seguía caminando junto a Lucía, aunque un sexto sentido le dijo que, de nuevo, aquel hombre miraba en su dirección.

Bronte se reclinó sobre la mesa, mirando con atención en dirección a Gael y Lucía.

—¿Qué ocurre? —preguntó Arges.

—Van hacia el ascensor. —Se reclinó de nuevo sobre la silla y fijó la mirada en su hermano—. El mapa no está en casa de su abuelo ni en la habitación del hotel. Quizá va siendo hora de que entremos en acción, ¿no?

Arges se giró justo para observar cómo los dos entraban al ascensor.

—Sí, ya hemos esperado suficiente. Haremos las cosas a nuestro modo —sentenció mirando con dureza a su hermano.

Gael pulsó la planta donde estaban las dos habitaciones y ascendieron. Lucía lo miró, permanecía pensativo.

—¿Hermi sigue con su amigo?

Se giró hacia ella y se encogió de hombros.

—Supongo —contestó un poco tenso, aunque se percató de que ella lo miraba de una forma confundida por su reacción, y la obsequió con una sonrisa que hizo que su corazón palpitase más fuerte.

A Lucía le costó reaccionar un poco. Tragó saliva y le obsequió con su perfil, mirando hacia la puerta, esperando con cierta ansiedad que se abriese. Aquellos dos últimos días en Egipto Gael había sido encantador y no podía obviar las anteriores semanas.

—Supongo... —¿En ese ascensor comenzaba a faltar el aire?—. Supongo que no se vendrá mañana a las pirámides.

Gael observó su perfil. Había sido consciente de su reacción cuando le había sonreído de aquella forma. Debía reconocer que Lucía despertaba sus instintos más protectores y tiernos. Una chica joven, con ansias de saber, divertida, con carácter... y en peligro de muerte si no iba con cuidado.

—No lo creo —comentó dando un paso hacia ella—. Aunque sí vendrá a cenar con nosotros.

Ella asintió sin siquiera mirarlo, aunque Gael pudo detectar que al acercarse un paso Lucía había tragado saliva.

Lucía notó cómo su pulso se aceleraba. En aquel momento, el silencio entre ellos les hacía ser más conscientes de sus sentimientos, de lo que ninguno pretendía demostrar ante el otro.

Gael elevó un poco el brazo para coger su mano, consciente de que ella lo miraba de reojo justo cuando la puerta se abrió.

El nerviosismo de ella se hizo patente cuando un largo suspiro salió de

su garganta, aunque este era más bien causado por los nervios y por el hecho de no poder salir corriendo de aquel ascensor.

Aquel gesto lo desconcertó. Avanzó un paso por detrás de ella por el pasillo.

Ella sabía que Gael sentía algo, ¿por qué si no aquella actitud temerosa cuando se habían quedado a solas?

Rebuscó rápidamente en su bolso la tarjeta electrónica que le permitía abrir la puerta de su habitación y cuando la sostuvo entre sus dedos temblorosos se giró hacia él.

Gael se encontraba muy próximo, observándola con una ceja enarcada, dando por sentado que se había dado cuenta de su reacción.

Por Dios, aquel hombre comenzaba a volverla loca.

Jugueteó con la tarjeta entre sus dedos.

—Bueno, pues... nos vemos mañana.

—¿Ocurre algo? —preguntó acercándose más.

Ella apretó los labios y negó con su cabeza.

—No, ¿qué va a ocurrir?

Gael la observó directamente a los ojos, estudiándola, como si así pudiese leerle el pensamiento. Solo había dos opciones: o aceptaba lo que ella le respondía y se iba a dormir a su habitación o se lanzaba y la besaba allí mismo.

Todo le hacía pensar que la segunda opción era la que también ella esperaba, aunque por sus reacciones pareciese justo lo contrario.

—Pareces nerviosa... —pronunció como si nada.

Ella lo miró como si se tratase de un loco.

—¿Nerviosa? No... no... Bueno, sí, un poco —intentó ordenar sus ideas. Aquella respuesta puso en guardia a Gael—. Con todo lo que ha explicado el director del museo, y tú... —lo señaló—, son muchos datos.

—Ya —respondió sin apartar la mirada. Luego miró hacia su habitación. La noche anterior Hermi lo había esperado dentro. Se volvió hacia ella y ladeó su cabeza mientras daba un paso más, acercándose—. Lo he pasado muy bien.

Ella tardó un poco en responder.

—Sí —asintió—, yo también.

Ambos se miraron fijamente. Gael descendió sus ojos hasta sus labios carnosos. Total, ¿qué podía ser lo peor que ocurriese? ¿Que lo rechazase y tuviese que ir a su habitación solo?

Lucía permanecía clavada en su sitio, con el mismo gesto, como si esperase una reacción por parte de él.

Sabía que no debía hacerlo, que no debía enamorarse de ella, que aquello la pondría aún más en peligro, pero, ciertamente, estar alejado de ella era lo que la haría estar en una situación de más riesgo. Sabía que aquello sería su mayor error, pero...

Gael resopló.

—Ya todo da igual —susurró mientras la rodeaba con un brazo acercándola a él, descendiendo sus labios hasta los suyos atrapándolos.

Aunque, en cierto modo, ella ya lo esperaba, no supo cómo reaccionar al principio. No se apartó, pero tampoco lo rodeó con sus brazos.

Gael posó sus labios suavemente sobre los suyos, sin presionar demasiado, y se separó levemente para observarla.

Solo necesitaba una palabra, un gesto por su parte y aquella noche no acabaría ahí.

Lucía abrió los ojos lentamente, asombrada por la suavidad, pero, sobre todo, porque él se hubiese separado y la observase. Su mirada era realmente tierna. No pudo menos que sonreírle con cariño y, aquel gesto fue la señal que Gael esperaba.

Se acercó de nuevo a ella mientras le retiraba la tarjeta de su mano y la pasaba por el pomo de la puerta para que se abriese. En ese momento, Lucía sí rodeó su cuello con sus brazos. La primera vez la había pillado desprevenida, sin saber cómo actuar, pero ahora no iba a desaprovechar la ocasión. Gael le gustaba mucho, de hecho, desde la primera vez que lo había visto había captado su atención.

Gael la empujó a la habitación de ella y cerró la puerta tras de sí. Mejor en la habitación de Lucía, donde sabía que Hermi no lo estaría esperando, pues corría el riesgo de que, cuando entrase abrazado y besándose con ella, a su amigo le diese un infarto.

Sabía que no era correcto, que no debería hacer aquello, pero era lo que sentía y lo que necesitaba en aquel momento. Jamás una mujer le había

atraído tanto como ella. Su espíritu aventurero, sus ganas de investigar... Aquello no hacía más que realzar la belleza de aquella joven.

La aprisionó contra la pared mientras llevaba sus manos hasta su cadera, acariciándola, sin dejar de besarla. Lucía paseaba sus manos por su cuello, notando su cabello sedoso entre sus dedos.

Gael ascendió su mano hasta las mejillas de ella, sujetándola, e incrementó la pasión del beso, haciéndolo más posesivo. Si hasta ese momento todo había sido delicadeza y ternura ahora sus movimientos iban cobrando más brusquedad.

Lucía se apretó más contra él mientras notaba cómo Gael volvía a descender su mano directa a su pecho. No iba a andarse con rodeos, deseaba a esa mujer desde hacía días y estaba dispuesto a no perder ni un segundo más.

Abandonó sus labios y comenzó a descender por su cuello, arrastrando la lengua sobre su piel.

Lucía gimió ante aquel contacto notando que la piel se le erizaba. Dejó de rodear con sus manos el cuello de Gael y descendió sus palmas sobre su pecho, sobre la camisa blanca, notando las palpitations de su corazón igual de aceleradas que las suyas.

Él era realmente impresionante... y pensar que Gael pudiese sentir lo mismo por ella le entrecortaba la respiración.

Gael acarició su brazo mientras besaba su cuello y descendió más su mano hacia la cintura de ella, paseando sus dedos sobre su piel desnuda, cerca del ombligo.

Finalmente, pasó las manos bajo su camiseta acariciando con libertad su piel. Gael tenía las manos más calientes que su propio cuerpo, además de suaves.

Lucía llevó sus manos hasta la camisa de él y comenzó a desabrochar su primer botón, aunque, en ese momento, con los nervios, notaba que le temblaban un poco los dedos y no era tan rápida como deseaba.

El deseo los estaba invadiendo de tal manera que eran incapaces de poner freno a sus impulsos.

Bastó que desabrochase tres botones de su camisa para que él se distanciase un poco, cogiese su camisa por los extremos y la abriese haciendo

que los botones saltasen. Luego la arrojó al suelo y fue directo a por la camiseta de ella.

Vale, Gael estaba más ansioso que ella.

En cuanto sus cuerpos se abrazaron y su piel entró en contacto supieron que no había marcha atrás. Aquella noche iba a ser larga.

La rodeó con los dos brazos mientras la besaba, haciéndola girar en dirección a la cama, pero se detuvo mientras comenzaba a desabrocharle el pantalón. Lucía no se resistía, al contrario, el deseo también la había invadido y le era imposible refrenarse y permanecer quieta. Hacía mucho tiempo que no estaba con un hombre, ni siquiera recordaba cuánto. Durante una facción de segundo recordó a su novio de la facultad, aquel chico con el que había mantenido una relación durante dos años de carrera. No le había costado superar la ruptura, al contrario, había sido una liberación, pues la relación no funcionaba desde hacía meses.

Ahora se daba cuenta de la diferencia existente entre ambos casos. Gael no solo era mucho más encantador y atractivo que aquel chico, sino que la forma en que la tocaba y acariciaba era totalmente diferente.

Gael dejó caer sus pantalones al suelo y comenzó a desabrocharle los suyos, deshaciéndose de ellos.

Aquello iba demasiado rápido para su gusto, siempre le había gustado tomárselo con calma, recrearse en el momento, pero la necesidad que los embargaba a los dos no les dejaba contenerse.

Cuando la poca ropa que llevaba Lucía tocó el suelo Gael la cogió por las piernas aupándola, permitiendo que ella rodease su cintura con sus piernas, se dirigió a la cama y se sentó con ella encima.

Apartó su cabello castaño de su rostro buscando sus labios, acariciando su rostro mientras con el otro brazo rodeaba su cintura.

Ella permanecía sentada a horcajadas sobre él, sujeta a sus hombros y paseando sus manos con delicadeza por su espalda, notando sus músculos contraerse ante su contacto, ante cualquier leve caricia.

Gael comenzó a descender hacia su pecho y se reclinó hacia delante, sujetándola a ella por la espalda y paseando su lengua por sus pechos.

En ese momento los dedos de Lucía se enredaron en su cabello y tiró de él. Aquella sensación, lejos de disuadirlo, lo excitó más. Ella era exquisita y

se estaba entregando en cuerpo y alma a él.

Lucía tuvo que contener varios gemidos mientras se sujetaba con fuerza a su espalda. Desde luego, Gael era un hombre experimentado porque sabía justamente dónde, cómo y cuándo acariciarla para hacerle contener la respiración. Aquellas sensaciones la estaban desquiciando hasta tal punto que se abrazó con fuerza a él y elevó levemente las caderas.

Gael captó la indirecta de inmediato. La sujetó más fuerte con un brazo por la cintura, ayudándola a elevarse y entró en su interior poco a poco. Aunque se detuvo de inmediato y se apartó un poco para mirarla a los ojos.

—Debería coger un...

—Tomo pastillas y —susurró ella— no tengo ninguna enfermedad.

Acto seguido, Gael se llevó un beso por parte de ella.

—Yo tampoco —dijo contra sus labios mientras colocaba las manos en las caderas de ella para ayudarla a marcar el ritmo.

Comenzó a moverse sobre él, colocando los brazos en sus hombros para ayudarse, mientras Gael buscaba de forma incansable sus labios y marcaba el ritmo.

La rodeó totalmente con los brazos y volvió a internarse en su cuello mientras acariciaba su espalda. Su piel era la más suave que jamás había tocado.

Lucía comenzó a gemir y apoyó la frente en la cabeza de él, ambos acompasando sus respiraciones. Pasó una mano por su mejilla notando cómo la barba de pocos días rascaba la palma de su mano y él alzó su mirada hacia ella.

Gael tenía los ojos de un color azul brillante, incluso con la poca luz que había en ese momento en la habitación.

Poco a poco sus movimientos se incrementaron no solo en velocidad, sino en fuerza. Las manos de Gael se sujetaron más fuerte en las caderas de ella para aumentar su presión, haciendo que los gemidos de ella comenzasen a ser uniformes.

Jamás había tenido una vivencia como aquella donde experimentase tanto placer con solo un roce o una caricia.

Tuvo que apoyarse sobre él cuando el placer fue tan intenso que amenazaba con desmoronarla.

Gael la sujetó con un brazo, se giró hacia un lado, la tumbó sobre la cama y se colocó sobre ella internándose de nuevo. Si hacía unos días, cuando había ido a sacarla del cuartelillo de Doñana, hubiese pensado que pocos días después iba a acabar haciendo el amor con ella en un lujoso hotel de Egipto, no hubiese dado crédito.

Se sujetó con los brazos y comenzó a mecerse sobre Lucía con intensidad, descendiendo para besar sus labios mientras ella lo rodeaba con sus brazos.

No pudo remediarlo y un suave grito inundó la habitación a la vez que él aumentaba sus embestidas. Se incorporó de inmediato, mirándola fijamente.

—¿Estás bien?

Ella recuperó el aliento, tragó saliva y asintió.

—Sí. Muy bien —susurró con una leve sonrisa.

Gael bajó directamente para besarla con una sonrisa en sus labios, notando las palmas de las manos de ella en su espalda.

Sin duda, todo iba a cambiar a partir de ese momento.

## 23

Abrió los ojos percatándose de que la luz de un nuevo amanecer entraba por la ventana. Iba a girarse cuando notó el peso de Lucía sobre su pecho. Le costó un poco ubicarse, pero entonces lo recordó. Había pasado la noche con ella y había sido, sin duda, la mejor noche de su vida.

Se movió muy lento hasta que logró estirar su brazo derecho hacia la mesita de noche donde tenía el móvil. Lo cogió y miró la hora. A duras penas quedaban unos minutos para las siete. Buscó la opción de alarma y la anuló. Depositó el móvil de nuevo en la mesita y, esta vez, sí llevó su mano hasta el cabello castaño de ella, acariciándolo. Varios mechones caían sobre su rostro. Así dormida parecía un ángel. Sin duda, ella se había convertido en una parte esencial de su vida, en alguien muy importante.

Acarició el brazo que reposaba sobre su pecho y agachó un poco la cabeza para besar su cabello.

Se movió lentamente dejándola reposada sobre el colchón y se levantó intentando hacer el menor ruido posible. Tanto la ropa de ella como la suya se encontraba desperdigada por toda la habitación.

Se vistió todo lo rápido que pudo, se abrochó únicamente los botones que le quedaban de la camisa y se puso los pantalones. Cogió el móvil y lo metió en su bolsillo, asegurándose de que en el otro llevaba la tarjeta para acceder a su habitación.

Se quedó contemplándola. Su respiración era muy tranquila, sus rasgos estaban totalmente relajados. Eran tan hermosa...

Sintió deseos de volver a la cama, pero lo primero de todo era buscar a Hermi y comentarle lo que había percibido la noche anterior y, lo segundo, que él le pusiese al corriente de todo lo que había hablado con Neil.

Se obligó a salir por la puerta y cerró con cuidado. Al final del pasillo una mujer de la limpieza comenzaba su turno y entraba en las habitaciones que ya estaban vacías.

Abrió rápidamente la puerta de su habitación y entró.

Cuando cerró la puerta y se giró Hermi se encontraba sentado sobre el escritorio, de brazos cruzados y mirándolo seriamente.

Gael chasqueó la lengua. Ya suponía que podía estar en su habitación, por eso mismo la noche anterior había entrado a la de ella.

Hermi se bajó del escritorio y ladeó su cabeza.

—¿Has pasado buena noche? —preguntó en tono socarrón.

Gael fue hacia el escritorio para dejar el móvil.

—Sí, muy buena —contestó de forma inocente, sin darle mayor importancia.

Hermi suspiró mientras veía a su amigo dirigirse al aseo y decidió ir tras él.

—¿Dónde has estado? Llevo toda la noche esperándote.

Gael fue hacia el grifo del aseo y lo abrió, aunque miró sorprendido a su amigo a través del reflejo del espejo.

—¿De verdad me preguntas eso, Hermi? —ironizó.

Hermi resopló mientras se apoyaba en el marco de la puerta y Gael formaba un cuenco con sus manos para lavarse la cara.

—¡Madre mía! —respondió con los ojos muy abiertos—. ¿Has pasado la noche con ella?

—No, Hermi, no. Nada de eso... —Elevó de nuevo su mirada y sonrió—. He estado toda la noche buscándote por la ciudad, me tenías preocupado.

—Déjate de tonterías —le recriminó, a la vez que Gael cogía la toalla y la pasaba por su rostro—. Tú y... ¿Lucía?

Dejó la toalla sobre el mármol.

—¿Algún problema? —preguntó esta vez con un tono de voz más enérgico—. Que yo sepa no tengo que pedirte permiso ni tengo por qué rendir cuentas ante ti. Más bien al contrario. —Acabó sonriendo de forma tirante, lo que hizo que Hermi pusiese su espalda firme.

—No, no, ningún problema. Es solo que... que me sorprende.

—Pues no sé por qué. Ella es una mujer, yo soy un hombre... —canturreó en tono divertido.

—Ya, bueno... ammm.... Sabes que eso no es así...

Gael suspiró y, durante unos segundos, cerró los ojos cargándose de paciencia. Se cruzó de brazos, se apoyó contra el mármol y lo miró fijamente.

—¿Por qué has estado esperándome toda la noche en la habitación?

—Pues porque quería hablar contigo.

Gael enarcó una ceja.

—Supongo que no será muy importante —dijo pasando a su lado, dirigiéndose a la habitación de nuevo—. No me creo que no supieses que estaba en la habitación de enfrente.

—Ya, pero es que prefiero no interrumpir... —acabó reconociendo, lo que hizo que Gael se girase hacia él elevando sus dos cejas.

—¿Algo nuevo?

Hermi suspiró y se centró en lo que tenía que explicarle.

—Sí —dijo acercándose—. Esta mañana han comenzado la excavación...

—¿En Doñana? —preguntó alarmado. Su amigo asintió, lo que hizo que él apretase su mandíbula y sus músculos entrasen en tensión—. *Cacchio su tutto* —protestó en su idioma materno—. ¿Ya han conseguido la aprobación de la Junta de Andalucía?

—Eso parece. Se están dando mucha prisa.

—¿Por qué? —preguntó enervado.

—No tengo ni idea —respondió de forma inmediata.

—Pues deberías, es tu trabajo.

—No he tenido mucho tiempo —le recriminó—. Me acabo de enterar ahora, cuando llevaban las excavadoras al terreno —protestó.

Gael suspiró intentando calmarse. Aquello iba de mal en peor. Estaba claro que algo debía haber ocurrido para que adelantasen la excavación, alguien tenía prisa por acceder al recinto subterráneo.

—¿A qué hora sale el vuelo mañana? —preguntó Gael.

—A las doce del mediodía. Por la tarde estaremos allí.

—*Merda* —dijo esta vez en un tono más elevado—. Si comienzan la excavación hoy y apuntalan todo correctamente mañana por la tarde pueden llegar a los trece metros sin problemas.

Hermi asintió preocupado.

—Lo sé. —Gael tragó saliva, nervioso, y caminó con ansiedad por la habitación mientras se pasaba la mano por el cabello, removiéndolo—. Si quieres puedo llevarte a...

—No —respondió directamente. Luego miró a su amigo fijamente—. Tenemos otro problema. —Dio unos pasos hacia él—. Nos han seguido.

Él abrió los ojos al máximo.

—No puede ser...

—Y tanto que puede ser —continuó con los dientes apretados—. Ayer los vi.

—¿Están vigilándola? —preguntó sorprendido.

—Y asegurándose de que yo estoy aquí —protestó. Resopló y se quedó mirando hacia la puerta de entrada. No podía dejar a Lucía sola, aunque aquellas personas no se habían acercado sabía que no podía fiarse. Por otro lado, tampoco podía permitir que la excavación se llevase a cabo o corría el riesgo de que diesen con el arma. Se giró hacia él, decidido—. Necesito que me hagas un favor. Yo tengo que quedarme aquí con Lucía, cuanto más lejos esté de todo, mejor. Explícale la situación a Neil, id a Doñana e intentad retrasar la excavación hasta que yo llegue. De todas formas, no tienen el mapa.

—Deberíamos avisar a Karan.

—Ya te he dicho que no —rugió.

—Pero él podría...

—Que no —sentenció de nuevo. Permaneció unos segundos en silencio—. Haz lo que te pido —ordenó.

—De acuerdo.

—Y a las siete te quiero aquí para cenar y me informas de todo. Recuerda que hemos quedado con...

Ambos se giraron hacia la puerta cuando escucharon que llamaban.

Hermi dio unos pasos atrás asustado, pero Gael miró con cierta furia en aquella dirección.

—¿Sí? —preguntó, aunque luego se giró hacia su amigo, el cual rodeaba la cama asustado. El hecho de saber que estaban siendo vigilados los ponía en alerta.

—Soy yo.

Ambos reconocieron la voz de Lucía y suspiraron, tranquilizándose, aunque de nuevo entró en tensión cuando miró a Hermi.

—Vete —ordenó de nuevo—. Y recuerda..., a las siete aquí. —Fue a la puerta y abrió con una ancha sonrisa—. Hola, Lucía. Buenos días —contestó en tono cariñoso.

Lucía llevaba un vestido color azul claro y lo miraba confundida.

—Ammm... —respondió pensativa—. Te... te has ido de la habitación sin avisar... —susurró dolida.

Aquello lo puso en alerta. En ningún momento había pensado en la reacción de ella al despertar.

—Perdona —se disculpó de inmediato—. Estabas dormida y no he querido despertarte.

Ella asintió, aun así, continuaba con una mirada triste. Cuando se había despertado y no lo había encontrado a su lado se había sentido defraudada, pues cuando se había quedado dormida pensaba que, a la mañana siguiente, al despertarse, él estaría allí. El hecho de que no estuviese en la habitación la había cogido por sorpresa. Ayer había sido tan cariñoso, tan atento, tan pasional y... de repente desaparecía de la habitación sin avisar, sin mediar palabra.

Aquella mirada conmovió a Gael que, acto seguido, se acercó y la besó. Por nada del mundo quería que pensase que él solo quería aprovecharse de ella.

Se distanció y le sonrió con ternura.

—Te iba a ir a despertar ahora... —comentó con una sonrisa.

Aunque no acabó de relajarse, aquel beso y su reacción hicieron que Lucía se calmase un poco. Luego miró hacia dentro de la habitación.

—¿Estás con alguien? Me ha parecido escuchar que hablabas.

Gael miró atrás y abrió la puerta de par en par.

—No. He puesto un momento la televisión, supongo que ha sido eso. —Ella asintió y esta vez le ofreció una sonrisa que lo desarmó por completo. Ahora lo tenía más claro que nunca, estaba enamorado de ella. Gael cogió su mano con delicadeza.

—Entonces... —comentó ella mientras notaba cómo el pulgar de Gael acariciaba la palma de su mano—, nos arreglamos, desayunamos y vamos a ver las pirámides, ¿no?

Gael la miró fijamente y chasqueó la lengua. Volvió a mirar su habitación vacía y tiró de ella hacia el interior.

—Sí, pero primero... —dejó la frase sin acabar mientras tiraba de ella al interior, cerraba la puerta con un portazo y la acogía entre sus brazos,

besándola con ansiedad—. Primero, hay otras cosas más importantes.

Había llegado poco antes de las ocho a casa de Ahmed para cenar.

La casa era espectacular: una enorme mansión de color blanco en medio del desierto. Se trataba de una urbanización. Todas las casas tenían una gran parcela a su alrededor. Las vistas eran hermosas desde la terraza donde cenaban, pues se encontraba en primera línea de playa frente al mar Rojo.

—Es suave —pronunció mientras depositaba la copa de vino tinto sobre la mesa.

Ahmed asintió.

—Es uno de mis favoritos. —Miró a Gael con una sonrisa y a Hermi que, aunque no conversaba tanto, de vez en cuando intervenía—. En 2014 encontraron en un ánfora de la tumba de Tutankamón restos de vino tino.

Lucía lo miró sorprendida.

—¿Bebían vino?

—Parece que a Tutankamón le gustaba —rio.

—Pensaba que lo habían inventado en la antigua Grecia.

Ahmed negó.

—Seguramente lo exportaban. Tutankamón reinó solo nueve años, hasta el año 1327 antes de Cristo, fecha en que murió. La primera civilización del mundo griego, por lo que yo sé, ya que no soy especialista en ello, floreció en la isla de Creta sobre el 6000 antes de Cristo, y creo que alcanzó su máximo esplendor del año 2000 al 1600 antes de Cristo.

—Cierto —concretó ella con una sonrisa, elevando su copa de vino, aunque cuando giró su cabeza Gael negó sutilmente.

Aquello hizo que Lucía emitiese un suspiro. Estaba convencida de que Gael podría facilitarle nuevos datos que desvirtuarían todo lo que había estudiado durante la carrera. Prefirió no decir nada al respecto. Estaba siendo una velada preciosa.

—Más o menos coincidió con Tutankamón, así que supongo que al jovenzuelo le gustaría un buen vino tinto —acabó bromeando Ahmed.

—¿No murió a los dieciocho años? —preguntó ella confundida.

Esta vez Gael sí intervino.

—Ni que la edad fuese un problema para beberse una tinaja de vino...

—ironizó Gael—. Cosas peores se ven en esta época.

—Exacto —le dio la razón Ahmed.

En ese momento unos sirvientes dejaron un par de bandejas sobre las mesas, repletas de fantásticos dulces típicos de la zona de Egipto.

Lucía se llevó las manos a la barriga.

—Ufff... No sé si voy a poder. Hacía tiempo que no cenaba tanto y tan bien.

Ahmed agradeció su cumplido.

—No puedes irte sin probarlos —la animó—. Sobre todo, el *baklava* —aclaró, cogiendo uno de los pequeños pasteles—. Me pasaría comiendo este dulce toda mi vida.

El postre por excelencia no solo en Egipto, sino en todo el pueblo árabe. Con una pasta elaborada a base de frutos secos rodeada por un hojaldre dulce bañado en miel era una de las delicias de aquella zona.

Cogieron uno cada uno y lo degustaron.

Ahmed miró a Gael, parecía que le había caído bien.

—Me dijiste que trabajabas con Laureano.

Gael asintió mientras tragaba aquella delicia.

—Estuve en una excavación en Roma con él y después me contrató para ir a Doñana.

Ahmed le sonrió.

—Era un hombre extraordinario. —Miró a Lucía y le sonrió de forma triste—. Lamento no haber podido ir al entierro, pero... —insistió, parecía que aquello le había afectado.

—Fue de improviso. Nadie lo esperaba —aclaró Lucía—. No te preocupes. Estoy segura de que él sabe que lo sientes mucho.

Ahmed sonrió de forma amarga y luego suspiró.

—Uno de los mejores historiadores que he conocido. Y buena persona. —Rio mientras los recuerdos pasaban por su mente—. ¿Te explicó tu abuelo que en una de sus escapadas acabamos bañándonos en el mar Rojo sin ropa? —Y señaló hacia las oscuras aguas.

Aquel dato hizo que Lucía riese.

—No, no sabía nada de eso.

—Oh, tu abuelo era una persona muy divertida.

—Yo no conocí esa faceta de él. Sí su faceta divertida... —aclaró—, pero creo que no tanto como tú.

Cogió la copa de vino y dio un sorbo.

—Fue justamente después de bebernos una botella de vino. Veníamos de la excavación de El Matareya.

—Sí, la recuerdo —reaccionó rápidamente.

—Creo que tú dormías en una de las plantas de arriba. —Señaló hacia la ventana de la planta superior.

—Fue en 1993—explicó Lucía a Gael—. En uno de los viajes a los que me llevó. —Suspiró con añoranza—. Le echo de menos... —susurró haciendo que Gael la mirase afligido.

—Él estaba muy orgulloso de ti.

Ella apretó los labios al notar sus ojos humedecerse, intentando controlarse. Aunque le gustaba hablar de él, aún le era muy difícil. Su fallecimiento era muy reciente todavía.

Gael tragó saliva al ver cómo a Lucía se le ponían los ojos rasos y miró a Ahmed.

—Por cierto —intentó cambiar de tema para hacérselo más llevadero a ella—, mañana debemos coger el vuelo a las doce del mediodía. ¿Qué hacemos con el coche? ¿Lo dejamos en el hotel?

—Oh —reaccionó Ahmed agradecido, pues también era consciente del estado en que se había quedado Lucía y lo sentía profundamente—, no hace falta. Podéis dejarlo en el mismo aeropuerto, en el parquin. No hay problema.

—Gracias.

—¿Ha ido bien?

Gael sonrió y miró a Lucía, que aún se mantenía callada, luchando contra sus emociones.

—Sí, aunque debo reconocer que circular por estas calles es un verdadero caos.

Ahmed rio.

—Bienvenido a El Cairo, muchacho.

—Hemos ido a visitar las pirámides esta mañana —continuó Gael—. Pero hemos cogido un taxi.

Aquello interesó a Ahmed y miró directamente a Lucía.

—¿Has podido ver la puerta de la que te hablé en la pirámide de Keops?  
Aquella pregunta hizo que ella reaccionase, como si hasta entonces se hubiese mantenido sumida en sus propios recuerdos.

—No —reconoció al final prestándoles ya toda su atención—. Hay mucha seguridad.

—Lo ha intentado... —bromeó Gael haciendo que ella riese—, pero no se lo han permitido.

—Una lástima, si me hubieseis dicho ayer que hoy ibais a visitar las pirámides os hubiera acompañado. Os lo podría haber mostrado yo mismo.

Gael se encogió de hombros.

—La próxima vez será.

—Espero que pronto —contestó.

Gael miró su reloj de muñeca y comenzó a ponerse en pie.

—Agradezco mucho la cena, pero son casi las doce de la noche y tenemos más de una hora de carretera. —Miró a Lucía—. Deberíamos irnos.

Ella asintió mientras se levantaba.

—Es una pena que hayáis venido tan pocos días —se quejó Ahmed levantándose de la silla. Caminó hasta Lucía y, sin previo aviso, la estrechó entre sus brazos—. Sabes que tienes tu casa aquí para lo que necesites.

Ella se sujetó con fuerza a él durante unos segundos.

—Lo sé. Tú también tienes tu casa en Cádiz para lo que necesites, Ahmed.

—No lo digas dos veces que te tomo la palabra —bromeó acercándose a Gael. Gael extendió su mano para estrechársela, pero Ahmed se fundió en un abrazo con él también, dejándolo desconcertado—. Encantado de haberte conocido. —Luego se acercó a su oído—. Cuídala, muchacho.

Gael lo cogió por los hombros y asintió con una sonrisa mientras Hermi se acercaba también para despedirse del director del museo.

Aunque ya se había mentalizado, volver a aquella casa donde había pasado tantas noches de su infancia le había devuelto gratos recuerdos a su mente y le hizo ser consciente de la gran pérdida que había sufrido.

Aun así, se obligó a sonreír cuando se subió en el coche y Gael arrancó.

Ahmed se acercó a la ventanilla.

—Id con cuidado. Lucía, avísame cuando llegues a España.

—Así lo haré —dijo mientras le cogía la mano de forma cariñosa—. Nos vemos pronto, Ahmed.

—Por supuesto —respondió mientras la soltaba y se distanciaba—. En septiembre estaré allí.

Cuando se alejaron lo suficiente de la urbanización tuvo que controlar el llanto. Se quedó maravillada observando el cielo plagado de estrellas. La carretera que conducía hasta El Cairo era prácticamente recta, nada transitada por la noche y, en sus ciento treinta kilómetros, no había una sola farola.

La luna y las estrellas eran las únicas que iluminaban aquel hermoso y árido paisaje. Rodeadas de desierto de piedra, al final podían intuirse las altas dunas de arena. Por más que los minutos pasasen internándose en el desierto rumbo a El Cairo el paisaje era exactamente el mismo.

Gael puso la radio, pero en aquella zona no había mucha cobertura y la señal llegaba entrecortada. Fue mirando de vez en cuando a Lucía, que se mantenía callada observando el estrellado cielo. Miró por el retrovisor a Hermi, que estaba ensimismado mirando por la ventana y, lentamente, llevó su mano hasta la de ella, depositada sobre sus piernas.

—¿Estás bien? —preguntó con suavidad.

Ella se giró para observarlo en aquella oscuridad y apretó su mano.

—Sí, estoy bien.

Se quedó observándolo unos segundos con ternura. Ahmed había dado en el clavo desde un principio dando por sentado que eran pareja porque... eran justamente eso, ¿no? Al menos la forma en que Gael la miraba así se lo daba a entender.

—¡Cuidado! —gritó Hermi desde el asiento de atrás, acercándose.

Gael echó la vista al frente y frenó derrapando en la calzada, sujetándose con las dos manos al volante, aunque en cuanto pudo colocó una mano delante del pecho de Lucía para retenerla.

Cuando el vehículo se detuvo los tres miraron al frente.

—¿Qué ocurre? —preguntó Lucía asustada. Tragó saliva cuando observó una extraña silueta iluminada por los faros del coche. Se quedó totalmente sin habla.

Aquel hombre vestía todo de negro con una capucha que cubría su cabeza.

—Joder —susurró Gael al coincidir la mirada con la silueta. Se giró unos segundos hacia Hermi—. ¡Están aquí!

Lucía golpeó el brazo de Gael.

—¿Que están aquí? ¿Quién está aquí? —gritó asustada mientras aquella silueta elevaba su brazo hacia ellos.

Pudo apreciar cómo cerraba su puño antes de que el coche se calase y los faros dejaran de iluminar, quedándose totalmente a oscuras.

## 24

Lucía sentía su corazón palpar con fuerza en el pecho. Miró a Gael atemorizada.

—¿Qué ocurre? —gritó asustada—. ¡Arranca! —Volvió la mirada hacia aquel hombre que daba pasos en dirección al vehículo.

Gael se giró hacia ella y negó resignado.

—No va a arrancar.

—¿Cómo que no va a arrancar? —gritó desesperada, observando la silueta cada vez más cercana a ellos—. ¿Qué está ocurriendo?

Gael resopló y miró de reojo a Hermi, el cual también miraba asustado hacia aquel hombre.

Hermi puso la mano en el hombro de Gael.

—Iré a avisar a Neil.

—¡No! —le cortó—. No hay tiempo. Llévatela —dijo acelerado mientras le quitaba el cinturón a Lucía.

—¡Sabes que no puedo! —gritó Hermi de los nervios.

—Con que la alejes bastará —rugió mientras abría la puerta del coche—. ¡Va! ¡Va! ¡Va! —gritó desesperado.

Lucía miraba de un lado a otro, desesperada, sin comprender nada de lo que ocurría. Gritó de nuevo cuando Hermi abrió la puerta y la cogió del brazo.

—¿Qué haces? —dijo ella angustiada mientras Hermi tiraba para sacarla.

—Vamos —imploró él.

Ella intentó soltarse de su mano mientras Hermi la arrastraba, alejándola del vehículo.

—No, espera... —se quejó mirando hacia atrás, hacia Gael.

Gael había rodeado el coche y se encontraba a pocos metros de la figura, aun así, aunque había oscuridad pudo apreciar cómo se giraba hacia ella asegurándose de que se alejaba.

—Ya me parecía raro que no apareciéis —comentó volviéndose hacia la figura oscura—. ¿Dónde está Arges? —preguntó mirando hacia los lados

—. ¿Te han enviado a ti de avanzadilla? —se burló.

Bronte sonrió con malicia y clavó su mirada en dirección a Hermi y Lucía, que corrían alejándose. En ese momento escuchó los gritos de ellos dos. Se giró de inmediato comprobando que la otra figura, Arges, aparecía ante Hermi y una Lucía que gritó asustada.

—Vamos —comentó Gael con los dientes apretados girándose hacia Bronte—. Sabes que no te conviene enfadarme.

Bronte dio unos pasos en su dirección.

—Solo queremos hablar con ella.

Lucía giró sobre sí misma al lado de Hermi, que aún la mantenía sujeta. A pocos metros, ante ellos, se intuía una figura siniestra vestida de igual forma que el primero y que caminaba en su dirección haciéndolos retroceder. Varios metros por detrás se encontraba Gael hablando con el primero.

—Ella no sabe nada —comentó Gael mientras convertía sus dos manos en puños.

—Ya. —Miró hacia su hermano Arges—. Prefiero preguntárselo yo mismo. —Dio un paso hacia delante, pero Gael se interpuso en su camino.

—No vas a acercarte a ella —amenazó.

Bronte ladeó su rostro con una leve sonrisa.

—¿De verdad? ¿Amenazas a la familia?

—Tú nunca has sido mi familia —comentó Gael.

En ese momento se dio cuenta de que Arges había hecho retroceder a Hermi y a Lucía, que se encontraban ya a pocos metros del vehículo.

—Vaya, vaya... —comentó Arges desde atrás, lo que hizo que Gael lo mirase. Luego caminó hacia Bronte, pues ya había conducido a los dos hasta donde quería—. Al ser de nuestra familia íbamos a ser más delicados —ironizó.

Gael dio unos pasos hacia atrás colocándose a Hermi y a Lucía a la espalda, protegiéndolos.

—¿Qué... qué está ocurriendo? —balbuceó ella tras él.

Aquella pregunta hizo que aquellos misteriosos hombres la mirasen fijamente y luego enarcasen una ceja hacia él.

—¿No lo sabe?

En ese momento la respiración de Gael se hizo más profunda. Se giró

hacia los dos.

—¿Saber qué? —preguntaba desconcertada.

Se quedó observándola unos segundos. Sabía que Hermi podía huir de allí sin problemas, pero no podía llevarse a Lucía con él, ella era humana y no lo soportaría. Pero él, aunque no se movía a la velocidad de Hermi, podría alejarla de allí si conseguía despistarlos. Solo necesitaba cogerla por la cintura y huir poniendo kilómetros de distancia entre ellos y aquellos dos hombres que no dudarían en acabar con su vida.

Pudo apreciar el rostro blanquecino de ella, aterrorizada totalmente.

Hizo un movimiento excesivamente rápido hacia ella para rodearla por la cintura, algo que dejó desconcertada a Lucía, pues había llegado hasta ella en una fracción de segundo, pero, acto seguido, salió despedido hacia un lado rodando sobre el asfalto.

Dio unos pasos hacia atrás, asustada. Si hasta ese momento había sentido pánico, ahora sentía terror. Jamás había tenido una sensación de miedo y vulnerabilidad tan grande.

—¡Gael! —gritó hacia él sin atreverse a dar un paso, viendo cómo rodaba sobre el suelo asfaltado.

Bronte dio un paso hacia delante.

—Eres un cobarde —murmuró hacia él—. Tu padre no se sentiría muy orgulloso de ti.

Gael se colocó de rodillas y miró a Hermi y a Lucía. No tenía otra opción más que aquella. Si quería ponerla a salvo debía luchar. Sabía que acabarían con la vida de Lucía sin ningún problema ni remordimiento y no estaba dispuesto a ello.

Colocó la mano sobre la piedra del desierto y miró a Hermi con determinación.

—¡Sácala de aquí! ¡Ya!

Bronte y Arges fueron conscientes de lo que él iba a hacer y centraron toda su atención en Gael, mientras Hermi comenzaba a tirar del brazo de ella de nuevo.

—No, ¡espera! —gritó Lucía intentando soltarse, con la mirada fija en Gael—. Suéltame —intentó deshacerse de su mano mientras mantenía la mirada fija en él—. Suéltame, Hermi —ordenó.

—Por la cuenta que te trae, mejor que no —protestó él mientras sentía los golpes de la muchacha en su brazo.

Gael miró fijamente a los dos y bajó su cabeza hacia el suelo, cerrando los ojos. En ese momento comenzó a hacer presión con su puño sobre la roca.

—¡Corre! —gritó Hermi sin soltar su mano, consciente de lo que ocurriría en los siguientes segundos.

El efecto no se hizo esperar. Todo comenzó con un ligero temblor de tierra que hizo que ella se detuviese y mirase la arena vibrar.

—Eh, ¡venga! —gritó Hermi tirando de ella—. Hay que alejarse de aquí. Pero ella se resistía y luchaba contra él para mirar en dirección a Gael.

—¿Qué está pasando?

Gael alzó su mirada hacia Bronte y Arges, que comenzaron a sonreír.

—¿Crees que vas a poder hacer algo contra nosotros dos?

Gael ladeó su rostro mientras se ponía en pie y el temblor de tierra aumentaba, con la mirada fija en ellos.

Lucía perdió el equilibrio y cayó al suelo.

—¿Es un terremoto? ¿Aquí? —preguntó asustada mientras Hermi la ayudaba a ponerse en pie.

Gael miró de reojo hacia ellos dos, ya estaban bastante alejados, pero sabía que Arges y Bronte no cejarían en su empeño.

—Ve a por ella —le susurró Bronte a su hermano.

En ese momento, Gael extendió los brazos y el temblor de la tierra se hizo más fuerte haciendo que todos cayesen al suelo.

Lucía se giró hacia él, de rodillas, y se quedó totalmente consternada. Gael se mantenía en pie con los brazos extendidos hacia los lados y parecía que de su cuerpo emanaba mucho viento, alejando a aquellos dos hombres que pretendían atacarlos.

Hermi la cogió del brazo para levantarla.

—Vamos, vamos...

—No, ¡espera! —gritó ella sin querer apartarse de allí, observando. No podía dar crédito a lo que veían sus ojos. Realmente no podía ser posible, pero ¿Gael estaba generando ese temblor? Aunque se negase a aceptarlo eso era lo que veía.

Aquellos dos hombres luchaban contra el terremoto y la corriente de aire

que elevaba la arena del desierto colocando los brazos por delante de sus cabezas para protegerse, reclinándose hacia delante y haciendo fuerza con sus piernas.

El temblor cesó mientras ella se ponía en pie, asustada, sujeta a Hermi.

—¿Eso es todo lo que puedes hacer? —le preguntó Bronte en un tono provocador. Se giró hacia Arges para señalar a Lucía y a Hermi, indicándole que fuese a buscarlos.

Aquel pequeño despiste hizo que Gael los cogiese con la guardia baja.

Fue hasta ellos en una fracción de segundo e intentó golpear a Bronte, pero este lo esquivó echándose a un lado.

Lucía se quedó impresionada al ver aquello.

—Por Dios —susurró. Se giró hacia Hermi, que la mantenía sujeta por el brazo—. ¿Quiénes sois? —gritó aterrada.

Gael aprovechó que se encontraba entre ellos dos para propinar una patada a Arges y lanzar otro puñetazo a Bronte, pero este lo detuvo sin problemas interponiendo su brazo. Igualmente notó la brisa de Arges al levantarse a gran velocidad y lo detuvo con el otro brazo, frenándolo. Colocó la mano en su nuca, bajó la cabeza de este y la golpeó con la rodilla, luego lo empujó alejándolo así de él.

No lograría dejarlo inconsciente, pero al menos sí permitiría que Hermi pudiese alejar a Lucía de allí.

Su mayor problema es que no estaba en su ambiente, por Dios, ¡estaba en un desierto!

Cuando Arges cayó sobre la arena dando vueltas Gael notó cómo golpeaban su mejilla, derribándolo. Bronte incrustó su puño con fuerza alejándolo de él.

—Maldito seas... —susurró con la vista clavada en Gael.

Dio unos pasos hacia él mientras Gael se levantaba y se pasaba la mano por la mejilla, notando el sabor metálico de la sangre en su boca.

—Mierda, mierda... —susurró Hermi sin saber hacia dónde dirigirse—. Necesita ayuda...

Lucía lo miró sin comprender.

—¿Qué?

—Corre hacia el interior. —Señaló hacia la oscuridad del desierto.

—¿Qué dices? —volvió a gritar.

—Enseguida vuelvo.

De repente, Hermi desapareció de delante de ella. Lucía gritó mientras notaba cómo todo su cuerpo temblaba y se arrastraba por el suelo. ¿Qué estaba pasando allí? ¿Quién era Hermi? ¿Quién era Gael? Volvió su mirada al frente observando cómo Gael elevaba el brazo en dirección a uno de aquellos hombres y este se desplazaba hacia atrás por las sacudidas de la tierra.

Intentó ponerse en pie, pero apenas podía, las piernas le temblaban demasiado.

Bronte volvió a frenar con las piernas la embestida de Gael y se lanzó hacia él a toda velocidad. Lucía ni siquiera fue consciente de cómo llegó hasta él, solo supo que, en una fracción de segundo, aquel hombre mantenía sujeto a Gael por el cuello y lo elevaba como si se tratase de una muñeca de trapo.

—¡Nooooooo!

Gael se sujetó a su brazo con fuerza justo cuando escuchó el grito asustado de Lucía. Debía detenerlos o llegarían hasta ella.

Elevó sus brazos hacia arriba y arremetió con fuerza contra el brazo que lo sujetaba, cayendo al suelo ante el grito de sorpresa y dolor de Bronte. Sin rodeos, Gael lo golpeó en el estómago y este salió disparado hacia atrás, aunque se agachó e intentó frenarse colocando la mano en la tierra mientras derrapaba hacia atrás, acabando justo al lado de su hermano. Arges, que aún se mantenía sobre el suelo, consiguió reaccionar en ese momento y se colocó de rodillas llevándose la mano a la frente, intentando situarse. Aquel primer golpe lo había dejado aturdido.

—¡Ponte en pie y ve a por...! —gritó Bronte, aunque no pudo acabar la frase.

Ante la sorprendida mirada de Lucía, Gael se movió hasta ellos a una velocidad que era incapaz de apreciar y golpeó de nuevo a Bronte, alejándolo.

Bronte, sin duda, era mucho más fuerte que su hermano Arges.

Dio varias vueltas sobre la tierra por el impacto que había recibido y se incorporó de nuevo de rodillas. Miró con furia a Gael, salió despedido hacia él y elevó su brazo para golpearlo, pero Gael lo esquivó sin problemas.

Aquellos movimientos no eran humanos.

Lucía se quedó en estado de *shock* observando la pelea. Gael y aquellos dos hombres luchaban de una forma que distaba mucho de ser normal.

Intentó ponerse en pie, pero las piernas le flaqueaban. Cuando lo logró tuvo que dar varios pasos a los lados para mantenerse firme. Además, estaba sola. Hermi había desaparecido de allí como por arte de magia. Aquello no podía ser real, el vino que le había puesto Ahmed en la cena debía tener más graduación de la que pensaba.

Elevó la mirada hacia Gael y Bronte, los cuales luchaban de una forma encarnizada, incluso parecía que Gael, con algunos movimientos de sus manos, moviese la tierra haciendo que su oponente perdiese el equilibrio.

Unos ojos brillantes llamaron su atención. Se fijó en el segundo hombre que se ponía en pie, mirándola fijamente, y dio unos pasos atrás.

—No, no, no... —susurró mientras se daba media vuelta y comenzaba a correr todo lo que le permitían sus piernas.

Arges observó a Lucía alejarse de allí. Giró su cabeza hacia atrás y vio que a varios metros de él Gael y Bronte luchaban de forma implacable.

Fijó de nuevo la mirada en su objetivo. Aquel había sido su plan desde un principio. Sabía que Bronte tenía mucha más fuerza que él, por eso él mismo se encargaría de la humana. Le absorbería el alma si era necesario.

Se desplazó hasta ella en una fracción de segundo y se colocó justo delante.

—Ahhh —gritó Lucía deteniéndose de inmediato, mientras notaba cómo su corazón palpitaba descontrolado.

Asustada, dio unos pasos hacia atrás y se giró levemente para mirar a Gael.

Iba a gritar en su dirección cuando notó cómo algo golpeaba su pecho haciéndola volar por los cielos para luego caer sobre la dura roca del desierto.

Se quedó unos segundos sin respiración, sollozando. El golpe había sido muy intenso, demasiado para ella.

Intentó incorporarse cuando aquel hombre se colocó a su lado. Lucía tragó saliva y elevó su mirada.

—¿Dónde está? —rugió Arges. Ella tragó saliva e intentó alejarse de él arrastrándose sobre la arena—. ¡Dime dónde está! —ordenó.

—No, no sé... —gimió.

Arges se inclinó y la cogió por el cuello, elevándola. Lucía gritó un segundo, pero no pudo más: aquella mano se aferraba a su cuello y la dejaba sin respiración. Pudo escuchar cómo a pocos metros de ella todavía seguía la lucha encarnizada entre Gael y Bronte.

En ese momento notó una sensación distinta a todo lo que había sentido anteriormente. Un pitido agudo comenzó a instalarse en su cabeza mientras notaba un frío que brotaba de su pecho e iba recorriendo todo su cuerpo.

—Dime dónde está el mapa y vivirás —rugió Arges mientras la elevaba más aún.

Sus latidos comenzaron a enlentecerse, como si algo la estuviese paralizando.

—No... no sé... —sollozó con las pocas fuerzas que le quedaban, aunque algo llamó su atención mientras su vista se nublaba. Aquel hombre que la mantenía sujeta por el cuello mantenía la boca abierta hacia ella y una extraña luz anaranjada parecía brotar de su interior, como si saliese de su garganta.

Gael golpeó con la palma de la mano en el pecho de Bronte alejándolo de él, pero este arremetió de nuevo con todas sus fuerzas, aunque Gael se protegió con los brazos y empujó hacia delante. En ese momento provocó otro seísmo en el suelo haciendo que Bronte saliese despedido hacia atrás.

Aquello le dio el suficiente espacio como para girar su cabeza y controlar la situación, aunque se quedó paralizado durante un segundo.

Arges mantenía sujeta a Lucía por el cuello. Su cuerpo permanecía inerte. Conocía el poder de ellos, le robarían la vida, el alma... y la perdería para siempre. Detectó que una luz anaranjada brotaba de la boca de Arges.

Se apartó de la trayectoria de Bronte justo cuando este llegaba hasta él y, aunque Bronte derrapó y elevó su pierna para golpearlo, Gael se agachó lo justo para esquivarla. Se apoyó en el suelo y golpeó su pierna con fuerza, derribándolo.

Se giró de nuevo hacia Lucía y extendió los brazos hacia allí. Una onda sísmica recorrió el suelo del desierto hasta llegar a ellos.

Arges intentó mantenerse firme, pero cayó soltando a Lucía, que quedó tumbada sobre la arena del desierto sin moverse lo más mínimo.

Aquello provocó tal ataque de furia a Gael que, cuando Bronte llegó

hasta él, esquivó su primer puñetazo, se agachó y extendió los dos brazos hacia su estómago.

Hizo acopio de toda la fuerza que tenía e hizo que las piedras y la arena saliesen despedidas hacia atrás junto a Bronte, que acabó sobrevolando las pequeñas dunas del desierto.

No esperó para salir corriendo hacia Lucía.

Arges miró hacia delante. La joven permanecía tumbada sobre la arena, con los ojos cerrados y, aunque se mantenía inconsciente, su pecho aún se movía. Seguía viva. Se arrastró hasta ella para colocar la mano en su pecho y acabar el trabajo cuando algo llamó su atención.

De su cuello pendía un colgante y, aunque había oscuridad, pudo apreciar la forma de este. El símbolo invertido de la menorá, semejante a un tridente, pero había algo que lo diferenciaba del resto de menorás que había visto. Una línea lo atravesaba indicando un punto.

Iba a coger el colgante cuando salió despedido sobrevolando el cuerpo de Lucía y cayó varios metros alejado de ella, rodando sobre la arena.

Gael se agachó a su lado y la cogió de inmediato entre sus brazos.

—Lucía —susurró viendo su rostro blanquecino y notando su piel totalmente helada.

Debía alejarse de allí, pero sabía que con el coche no lograría esquivarlos. Si algo caracterizaba a Bronte y a Arges era la velocidad, que superaba incluso a la suya.

Se giró para controlar a Bronte, que se encontraba bastante alejado, aunque pudo apreciar que se levantaba y enfocaba la mirada directa hacia ellos.

Se puso en pie con ella en brazos, notando su peso muerto, justo cuando Arges, que se encontraba más cerca que Bronte, también se levantó.

No iba a dejar que acabasen con ella o que se la llevasen. Lucharía hasta el final si fuese necesario con tal de ponerla a salvo.

Comenzó a provocar otro temblor, haciendo que la arena del desierto se elevase hacia el cielo, que las piedras se suspendiesen en el aire y evitando que ellos pudiesen mantenerse en pie. Si no había otra opción provocaría brechas en la corteza terrestre para que no se acercasen a ella, pero sabía que aquello no serviría de nada. Tal era la velocidad que ellos alcanzaban que

podrían saltarlas sin problemas.

Incrementó más su potencial sísmico al ver que Arges se colocaba en posición defensiva dispuesto a volver al ataque, mientras mantenía a Lucía entre sus brazos justo cuando una columna de fuego se formó tras la figura de Arges. Un estallido de luz inesperado hizo que todos cerrasen los ojos unos segundos y aquella explosión provocó que tanto Arges como Bronte saliesen levemente disparados.

Arges se giró sorprendido. Un hombre permanecía de cuclillas en el suelo. Sin duda, Hermi lo había traído hasta allí. Un poco más atrás reconoció la figura de Hermi arrastrándose por la arena, alejándose de aquel hombre al que había portado hasta allí con celeridad y temor, pues sabía de lo que era capaz.

Acto seguido, Arges tragó saliva y dio unos pasos hacia atrás, visiblemente asustado al reconocerlo.

Gael disminuyó la intensidad del terremoto enfocando su mirada en aquel hombre que comenzaba a levantarse poco a poco frente a Arges.

Hermi había sido inteligente, había ido en busca de uno de sus mayores aliados: Neil.

Aunque había oscuridad, la luz de la luna y de las estrellas se reflejó en sus cabellos rubio oscuro. Sus ojos grises como la ceniza resplandecieron y parecieron encenderse cuando se puso finalmente en pie y adelantó la mano hacia Arges, que permanecía totalmente petrificado.

Sin duda Arges sabía de quién se trataba.

—No —sollozó Arges dando pasos hacia atrás, aterrorizado.

—Nadie se mete con mis amigos —comentó Neil enfurecido.

Una columna de arena se elevó ante la mano de Neil, mientras Arges lo miraba aterrorizado dando pasos hacia atrás.

La columna de arena lo atravesó, pero este aire portaba algo más.

Arges gritó cuando su cuerpo se incendió y comenzó a desmoronarse en cenizas.

—¡Nooooo! —escuchó el grito de Bronte muy por detrás de Gael.

Se quedó observando. Su hermano parecía que tuviese una hoguera en su interior: su cuerpo desprendía luz, incendiándose desde el interior hasta que un color rojo brillante, parecido al de la lava, se instaló en todo su

cuerpo.

De repente, Arges desapareció y sus cenizas fueron arrastradas por el desierto.

Gael detuvo del todo el temblor y suspiró hacia su amigo. Luego se giró hacia atrás, observando que Bronte se había quedado petrificado ante aquel inesperado suceso.

—Esto no acaba aquí —murmuró con ira hacia Gael.

Eran veloces, eso estaba claro. Vio cómo una estela aparecía en el desierto, cómo la arena se elevaba ante el movimiento acelerado de las piernas de Bronte al huir corriendo del lugar.

Neil y Hermi corrieron hasta Gael.

—¿Estás bien? —preguntó Neil.

—Sí, gracias —contestó sujetando a Lucía, aún en sus brazos. Miró a Hermi bastante enfurecido—. ¿Cómo se te ocurre dejarla sola?

Hermi titubeó un poco.

—Tenía... tenía que ir a buscar ayuda —balbuceó.

Gael resopló y volvió su atención hacia ella. Lucía permanecía inconsciente. Se puso de rodillas sobre la arena y buscó su pulso en su cuello.

—¿Está bien? —preguntó Neil arrodillándose frente a ellos.

Gael tragó saliva y asintió.

—Tiene el pulso estable, pero se ha llevado unos cuantos golpes —explicó. Miró a Hermi—. Ella no soportaría el viaje contigo, ¿verdad?

Él negó.

—Una humana no —respondió con fastidio.

Gael miró directamente el vehículo. Aún debía quedar más de media hora para llegar a El Cairo, pero, al menos, ante la retirada de Bronte el vehículo volvía a funcionar y los focos delanteros se habían encendido proporcionando algo más de luz.

—Neil, vendrás conmigo —pronunció Gael mientras volvía a ponerse en pie. Neil asintió—. Necesito llevarla al hotel.

—¿Podría avisar ya a Karan? —preguntó Hermi con timidez.

Gael resopló mientras iba al coche.

—Te he dicho que no.

—Con él no tendríamos estos problemas —se quejó Hermi.

Neil abrió la puerta del conductor.

—Ya conduzco yo —dijo señalando a Gael para que se sentase en el asiento trasero junto a ella. Luego miró a Hermi—. ¿Karan? ¿El destructor? —preguntó divertido. Luego miró a Gael enarcando una ceja—. ¿Problemas familiares? —ironizó.

Gael rugió.

—No lo aguanto.

Neil se sentó y arrancó el motor.

—No eres el único.

Gael se sentó en la parte trasera con ella en brazos.

—Hermi —dijo mientras este cerraba la puerta—, ve al hotel y vigila la zona.

Hermi asintió antes de desaparecer. Justo entonces, Neil arrancó el vehículo pisando al máximo el acelerador. Puede que incluso llegasen antes de media hora.

Gael hizo coincidir la mirada con la de Neil a través del retrovisor.

—Supongo que ella es Lucía, ¿cierto? —preguntó.

Gael asintió mientras apartaba un mechón de cabello de su rostro.

—Sí.

—Hermi me ha explicado. ¿Estás con una humana? —preguntó sorprendido.

Gael arqueó una ceja.

—Ni que fuese el único... —resopló.

—Ya —le dio la razón Neil, que iba mirando de la carretera al retrovisor—. ¿Y ella sabe quién eres?

Aquella pregunta hizo que Gael suspirase.

—Hasta ahora no lo sabía.

—Ammm...

—Pero después de lo que ha visto... —Y chasqueó la lengua.

Aquella frase hizo que Neil sonriese, se giró y le hizo un gesto gracioso.

—Pues menos mal que no te ha visto en el mar. —Le guiñó un ojo antes de volver su atención al frente.

Gael tragó saliva y miró fijamente a Lucía. Sabía que se pondría bien, que seguramente en pocos minutos recuperaría el conocimiento. ¿Qué iba a

decirle? Sabía que lo había visto todo o casi todo, así que no podía ocultárselo más. Además, la noche anterior se había acostado con ella. Tenía sentimientos muy fuertes hacia esa mujer, pero todo aquello se podía ir al traste cuando ella recuperase la consciencia y le pidiese explicaciones.

Aquel pensamiento le hizo resoplar. Lucía le importaba mucho y, si quería seguir a su lado, debía contarle toda la verdad.

—Gracias por venir en nuestra ayuda —susurró Gael con la mirada clavada en Lucía.

—No hay de qué. ¿Recupera el sentido? —preguntó Neil.

—No —respondió directamente.

—Siempre podemos avisar a Elin. —Y se encogió de hombros.

—Sí, supongo que sí.

## 25

Por suerte, a la hora que era no había gente en el vestíbulo del hotel. Solo un recepcionista que permanecía atento a la pantalla del ordenador. Entraron con sigilo y fueron hacia el ascensor.

Neil era una temeridad conduciendo, pero había logrado que llegasen en poco más de veinte minutos al hotel.

Lucía seguía sin recuperar el conocimiento, lo que empezaba a preocuparles demasiado.

Cuando las puertas del ascensor se abrieron corrieron hasta la habitación.

Como si supiese que llegaban, Hermi les abrió la puerta desde el interior de la habitación de Gael, pero se interpuso en el camino con gesto arrepentido. Gael lo miró con una ceja enarcada al no permitirle el acceso.

—Déjame entrar —susurró amenazante con Lucía en brazos.

—Vale, pero... no te enfades, ¿eh? —suplicó Hermi.

Aquello hizo que tanto Neil como Gael lo mirasen sin comprender, aunque al momento supieron a qué se refería, en cuanto entraron en la habitación.

Lo reconocieron al momento. Hacía años que no lo veían.

Karan permanecía apoyado contra el escritorio, de brazos cruzados y mirando con gesto enfadado hacia Gael y Neil. Su cabello negro hacía que sus ojos color miel destacasen.

Sus miradas se encontraron durante unos segundos. Lo cierto es que aquel hombre imponía bastante, y no por su altura y corpulencia, que era similar a la de ellos, sino por aquella mirada destructiva que tenía.

Gael resopló y fue directo hacia la cama para dejar a Lucía con cuidado.

—¿Qué está haciendo él aquí? —rugió hacia Hermi.

Hermi dio un paso atrás.

—Me has prometido que no te enfadarías.

—Yo no te he prometido tal cosa —pronunció con la mandíbula apretada.

Hermi sonrió tirante ante la atenta mirada de los tres hombres.

—Vamos, Gael... —comentó con tono conciliador—. Nos irá bien tenerlo aquí. —Dio otro paso hacia atrás cuando Gael volvió a rugir—. Puede ayudarnos —aceleró sus palabras—. Te han atacado y han comenzado la excavación. Nos irá bien su ayuda.

Gael miró de reojo a Karan. Hacía varios años que no lo veía. Nunca lo había soportado. Cierto era que su poder superaba con creces el de Neil o el suyo propio, el de cualquiera de ellos, pero aquel punto a su favor iba acompañado de un carácter soberbio y engreído. Su carácter prepotente había hecho que se apartase del resto.

Lo miró con cara de fastidio.

—Puedes irte —comentó volviendo su atención hacia Lucía, reclinándose sobre ella para apartar un mechón de cabello.

Karan se puso firme y dio un paso hacia delante.

—Ya se lo he dicho, pero tu amiguito no quiere llevarme de vuelta, Gael —comentó Karan cruzándose de brazos.

Gael miró a Hermi.

—Llévatelo —ordenó.

—Pero, pero... —balbuceó Hermi.

—¡Ni peros ni nada! —rugió Gael—. No nos hace falta.

Karan miró a su alrededor y suspiró.

—Esto no es asunto mío. Así que, Hermi, tengo otras cosas que hacer —comentó con tono paciente.

—Si descubren el arma... —dijo Hermi asustado.

Karan alzó los brazos hacia él.

—No es asunto mío, cada uno se preocupa de lo suyo. El regalo que su padre le dio a los atlantes... —pronunció señalando a Gael— es cosa suya, no mía. Cada uno tiene sus problemas.

—¡Pero puede destruir el mundo! —gritó Hermi de los nervios—. ¡Que yo sepa tú también vives en el planeta Tierra! —explotó al final. Era difícil que Hermi perdiese la compostura, si bien su paciencia también tenía un límite—. Tú —señaló a Karan— vas a ayudarnos a detenerlos. Tú —dijo esta vez mirando a Gael, que enarcó una ceja hacia él— vas a dejar de lado tu honor y vas a confiar en él y... tú —dijo mirando a Neil— ¿por qué sonríes?

Neil permanecía un poco distanciado, apoyado contra la pared

observándolo todo con una sonrisa, como si la situación le divirtiese. Se encogió de hombros y dio un paso hacia Gael.

—Me hace gracia ver estos problemas familiares —ironizó.

—¡A mí no me hace ninguna gracia! —gritó Hermi perdiendo el control, haciendo que todos lo mirasen asombrados—. ¡No estoy aquí para soportar vuestras tonterías!

—Eh, eh, Hermes —lo cortó Karan—, tranquilito o vas a explotar, te veo desde aquí la vena de la sien.

—¡Callaos! ¡Todos! —gritó extendiendo los brazos—. ¡Vais a hacer lo que yo os diga!

Karan lo miró con sorna.

—Vaya con tu primo. Y yo que pensaba que era todo diversión —ironizó Karan.

—Es tu hermanastro —le recordó Gael de malas formas—. Y qué diferentes sois... —resopló tras aquellas palabras.

Neil se acercó con una extraña sonrisa.

—Me alegro de no pertenecer a vuestra familia, de verdad... —bromeó llevándose la mirada iracunda de todos los presentes.

Gael lo ignoró y miró de nuevo a Lucía. Cogió su mano notando que estaba totalmente helada.

—Hermes, ve a buscar a Elin, la necesitamos.

Karan lo miró sin saber a quién se refería.

—¿Quién es Elin? —preguntó arrugando la nariz.

Hermi desapareció al momento y Gael se sentó al lado de Lucía. Neil se puso a su lado.

—¿Tiene pulso?

Gael lo miró preocupado y asintió.

—Sí, pero debe tener una conmoción cerebral. Se ha golpeado con fuerza en la cabeza —explicó.

Karan se acercó unos pasos, observando.

—Será mejor que la pongas de lado —propuso. Neil y Gael lo miraron confundidos, no por el hecho de que les indicase qué debían hacer, sino porque miraba a la muchacha con preocupación—. Si vomita se puede ahogar.

Gael suspiró y la colocó de lado con cuidado. El hecho de que Hermi hubiese ido a buscar a Elin le calmaba, sabía que ella la sanaría en un instante. Fue hacia los pies de ella y comenzó a quitarle los zapatos ante la mirada atenta de los dos.

Karan se acercó más para observar a la joven con curiosidad y luego miró a Gael con gesto intrigado.

—Es humana —pronunció.

—Ya sé que es humana —indicó soltando los zapatos de ella sobre la moqueta de la habitación.

—¿Es tu novia? ¿Tu esposa? —preguntó con curiosidad.

—¿Y qué más te da? —preguntó a la defensiva mientras volvía hacia ella y se reclinaba sobre su rostro excesivamente pálido.

Karan miró divertido a Gael.

—Por saber. —Luego señaló a la muchacha—. No lleva anillo de casada así que entiendo que no es tu esposa, pero tal y como la miras... me da la sensación de que estás enamorado de ella —bromeó al final—. Dime, ¿sabe quién eres?

Gael resopló y abrió un botón de la camisa de ella para extraer con cuidado el medallón que llevaba al cuello. Se había dado cuenta de que Arges, antes de que Neil lo hiciese desaparecer, lo había observado con atención, como si hubiese captado su interés.

—No, no lo sabe.

Karan comenzó a reír.

—Vaya, vaya... ¿Y cuándo le vas a decir que eres un semidiós? —Acabó con una sonrisa, provocando la mirada enfurecida de Gael y divertida por parte de Neil—. Te lo digo porque yo esperaría a que se le pasase la conmoción —pronunció con tono chulesco.

—Gracias por tus consejos, Karan, siempre son muy útiles. —Lo ignoró y se giró hacia Neil—. Antes de que acabases con Arges estuvo mirando el colgante...

Neil se acercó para observarlo.

—¿Es la menorá? —preguntó sorprendido.

—Espera, espera... —interrumpió Karan—. ¿Os ha atacado Arges? —Esta vez sí parecía sorprendido. Luego miró con atención a Neil—. ¿Y te lo

has cargado?

—Últimamente estaba muy revolucionado —explicó Neil sin apartar la mirada del colgante—. Los atacó en medio del desierto, junto a su hermano Bronte, pero este logró huir.

Karan resopló a la vez que mantenía los ojos muy abiertos.

—¿No te lo ha explicado Hermi? —preguntó Gael extrañado.

—Mira que el colega no deja de hablar —dijo Karan—, pero no, lo único que me ha dicho es no sé qué del problema con el regalo que Poseidón dio a los atlantes y que teníais problemas.

Gael se cruzó de brazos sin apartar la mirada de Lucía.

—Si solo fuesen unos problemas... —Chasqueó la lengua y miró de reojo a Karan—. Han comenzado una excavación en Doñana —acabó explicando en un tono más conciliador—. Planean sacar el arma de allí y algo me dice que no son los humanos los que la quieren. —Esta vez lo miró fijamente—. Arges y Bronte nos han estado siguiendo. Ya lo hicieron con el abuelo de ella —señaló a Lucía—. Están interesados en un mapa que les conducirá por el interior de la excavación. Lo están buscando con demasiada insistencia.

—¿Crees que están detrás de esto?

Esta vez fue Neil quien miró asombrado a Karan e intervino en la conversación.

—Hombre, ¿tú qué crees? —Señaló a Lucía inconsciente.

—¿Los hijos de Hades? —volvió a preguntar Karan sorprendido—. ¿No son nuestros primos?

Neil miró divertido a los dos.

—Desde luego, menuda familia...

—Pues eso parece —comentó Gael.

—Nunca me han caído bien... —recordó Karan.

—¿Y hay alguien que te caiga bien? —se mofó Gael mirándolo con firmeza.

Justo entonces Hermi apareció en medio de la habitación junto a Elin, aunque no parecía muy de acuerdo con que la llevase hasta allí. Vestía una bata blanca de doctora y ropa verde de quirófano debajo de la bata. Llevaba su cabello largo y rubio recogido en una cola alta y sus ojos azules

destacaban en contraste con su piel blanquecina.

—Tengo una operación —se quejó a Hermi—. ¡Al final me van a despedir por tu culpa!

—Es urgente —comentó Hermi arrepentido mientras soltaba su mano y señalaba hacia Lucía.

Gael, Neil y Karan la miraron sorprendidos, la muchacha estaba visiblemente enfadada y no pretendía disimularlo lo más mínimo. Karan se quedó observándola, era una chica preciosa. Una sonrisa maliciosa apareció en su rostro y dio un paso hacia ella.

—Hola, soy Karan —dijo extendiendo la mano en su dirección para estrechársela.

Elin resopló y lo apartó sin miramientos, empujándolo hacia un lado y dejando desconcertados a todos los allí presentes.

—Quita de en medio —se quejó con la mirada fija en Lucía.

Suspiró y fue directa hacia allí, dejando a Karan por detrás, entornando los ojos hacia la espalda de aquella joven.

—¿Qué le ocurre? —preguntó colocándose al lado de ella.

—Nos han atacado —explicó Gael—. Los hijos de Hades —aclaró—. Es posible que hayan intentado extraerle el alma.

—Y tiene un buen golpe en la cabeza —confirmó Elin.

Karan se acercó por detrás, colocándose a la espalda de ella.

—Les he comentado que la pusiesen de lado. Puede tener una conmoción cerebral y... —comenzó a explicar cruzándose de brazos.

Elin se giró y lo miró de la cabeza a los pies, luego volvió su atención hacia Hermi.

—¿Y este quién es? —preguntó molesta por la interrupción de aquel joven.

Karan pestañeó sorprendido, varias veces. ¿Que quién era? Enarcó una ceja hacia la joven.

—Es Karan, hijo de Zeus —explicó Hermi.

Esta vez fue Elin la que miró a Karan enarcando una ceja.

—¿El destructor? —ironizó. Hermi asintió, así que volvió su mirada hacia Karan—. Pues no es para tanto...

—Mejor no me hagas enfadar —comentó Karan.

—Perdona —interrumpió Gael atrayendo la atención de Elin—. ¿Puedes curarla ya?

Elin dio la espalda a Karan y centró toda su atención en la muchacha.

—Claro, es fácil. Los humanos son muy fáciles de curar... Otra cosa bien distinta sois vosotros —comentó molesta.

Colocó una mano en la cabeza de Lucía y cerró los ojos. Una tenue luz dorada brotó de su mano durante unos segundos y luego la apartó, sonriendo.

—Ya está, en unos minutos despertará. —Luego se acercó a Gael con una tierna sonrisa—. No te preocupes, está bien.

Gael le devolvió la sonrisa, más tranquilo.

—Te lo agradezco mucho. No imaginas cuánto.

Ella se puso firme y dio una palmada como si se sintiese satisfecha del trabajo realizado.

—A mandar —bromeó. Luego miró a Hermi—. ¿Me puedes llevar de nuevo al hospital? Tenía una operación a punto de empezar —se quejó.

Hermi asintió.

—Claro, claro...

—Disculpa —comentó Karan acercándose a Hermi—, si no te importa, yo también debería volver al trabajo, tengo una junta de accionistas a primera hora de la mañana.

Hermi miró a Gael, el cual asintió.

—¿Nos vas a ayudar? —preguntó Hermi.

Karan se cruzó de brazos con actitud seria.

—Está bien —pronunció molesto—, pero llévame a casa. Aquí no hay nada que hacer ahora mismo.

Hermi puso una mano en el hombro de cada uno.

—A mí primero —dijo Elin—. Tengo una operación.

—Claro —contestó Karan—. Las damas primero —respondió con cortesía.

Y los tres desaparecieron sin dejar rastro.

Gael se quedó observando a Lucía, era increíble cómo recuperaba el color su rostro tras la intervención de Elin. Ahora venía la parte difícil. ¿Qué iba a explicarle cuando despertase?

Resopló y se giró hacia Neil, que se había distanciado un poco de ellos.

—¿Has estado en la excavación?

Neil despertó de un sueño y asintió.

—Sí, he quemado el motor de unas cuantas excavadoras para retrasarlo todo, pero han pedido otras nuevas. Las han traído enseguida, han seguido excavando y he vuelto a quemarlas... He tenido que salir corriendo de allí porque creo que me habían pillado.

—¿Que te han pillado? —preguntó absorto—. ¿Y quién de los que hay ahí va a creer que los fundes tú?

Neil se encogió de hombros.

—Cuando vuelva Hermi le diré que me lleve de nuevo. A estas horas solo deben estar los guardias de seguridad.

Gael asintió y suspiró.

—Te lo agradezco, de verdad.

—Nada, para eso están los amigos, ¿no? —Y le guiñó un ojo con complicidad.

Luego ambos volvieron su rostro hacia Lucía, que ronroneaba como si se despertase de un largo sueño.

—Creo que... creo que esperaré fuera de la habitación —comentó Neil.

Gael lo siguió con la mirada hasta que cerró la puerta tras de sí. Cuando volvió a girarse Lucía abría los ojos lentamente, como si la luz le molestase.

—Eh. —Se reclinó sobre ella—. ¿Estás bien? ¿Lucía?

Lucía paseó la mirada por el techo y luego acabó en los ojos de Gael, muy próximos a ella. Tenía los ojos más azules y hermosos que jamás había visto. Todos los recuerdos de las últimas horas volvieron a su mente.

—Ahhh —gritó mientras se incorporaba acelerada sobre la cama. Gael tuvo que incorporarse para no golpear su frente contra la de Lucía—. Tú —lo amenazó ella—. No... no te acerques a mí.

Gael ladeó su cabeza y luego chasqueó la lengua. Extendió un brazo en su dirección.

—Tranquila —intentó infundirle algo de calma.

Lucía se bajó de la cama con movimientos nerviosos. El poder de Elin había hecho su efecto y se movía como si no hubiese recibido golpe alguno.

—¿Tranquila? —gritó hacia él—. Tú... tú... —Lo señaló.

—Puedo explicártelo —comentó rodeando la cama para acercarse con

sutileza para no asustarla.

—¿Explicármelo? —gritó mientras su pecho subía y bajaba una y otra vez fruto de una respiración agitada—. No, no... No quiero saberlo. ¡Aléjate!

Gael resopló. ¿Quién le había dicho que aquello sería fácil? Ya había imaginado que estaría aterrada, pero en ningún momento se le pasó por la cabeza que fuese a huir de él.

—Vamos, tranquila —dijo mientras daba unos pasos más.

—¡Que no te acerques! —gritó a pleno pulmón provocando que Gael se quedase quieto y pusiese la espalda totalmente erguida.

—Menudos pulmones tienes, chica —ironizó.

—Y no he hecho más que comenzar.

—Que grites no te va a servir de nada.

—Ah, ¿no? —preguntó iracunda.

—No —sentenció él. Inspiró intentando calmarse y darle a su voz un tono relajado—. Te lo explicaré todo. —Luego señaló a su cabeza—. ¿Te duele?

Ella se removió inquieta, intentando calmarse y poner sus pensamientos en orden. Aquella noche había sido de locos. Se quedó contemplando a Gael. Lo había visto hacer cosas increíbles, cosas que un ser humano no podía hacer. Se llevó la mano a la cabeza como si analizase la situación.

—No. Estoy bien —respondió tajante.

Él asintió.

—De acuerdo —dijo dando otro paso hacia ella.

—Ah, no, no..., quieto —le señaló para que no se moviese—. No vuelvas a dar un paso más hacia mí o gritaré. Y gritaré tan fuerte que se enterará todo el hotel.

Gael puso sus dos brazos hacia delante.

—De acuerdo. —Inspiró dándole unos segundos para que recuperase algo de calma. Miró de reojo hacia la puerta por donde Neil había salido hacía escasos minutos. Conociéndolo, seguro que se estaba tronchando de la risa por los gritos de ella. Volvió su mirada hacia Lucía, que esperaba expectante. —¿Recuerdas lo que ha ocurrido en...?

—Todo —le cortó—. Recuerdo que tú hacías cosas... cosas raras —comentó con voz más trémula.

Gael apretó los labios y la miró sorprendido.

—No son cosas raras. —Ella hizo un gesto de confusión con su rostro—. Ya te dije que los dioses habían tenido descendencia —acabó diciendo como si aquello lo aclarase todo.

Lucía pestañeó varias veces, totalmente quieta, como si se hubiese convertido en una estalagmita.

—No puedes estar hablando en serio... —susurró.

Gael extendió los brazos hacia ella con una sonrisa tímida.

—Hablo muy en serio. —Suspiró y dejó los brazos caer—. Los que nos atacaron son hijos de Hades.

—¿De Hades? ¿El dios del inframundo?

—Sí, ese. —Luego sonrió con los dientes apretados—. Es verdad..., que eres licenciada en Cultura Clásica —recordó pensativo.

—¿Pero tú te oyes hablar? —le gritó.

—¿Es que no has visto lo que hacían? —igualó su tono de voz—. Tenían fuerza sobrehumana, se movían extremadamente rápido y estuvieron a punto de acabar contigo. —Prefirió obviar el tema de que lo que habían intentado con ella era quitarle el alma.

—La verdad —comentó con los músculos en tensión—, me llamó más la atención lo que hacías tú.

—Ya, je, je... —comentó tímido—. Hades es mi tío.

Ella volvió a quedarse estupefacta. Lo observó de los pies a la cabeza.

—¿Tu tío?

—Sí.

Gael dio unos pasos hacia delante mientras ella recordaba.

—Hades tenía cinco hermanos más. Los de primera generación: Hestia, Hera y Zeus. Y los de segunda generación: Poseidón y Deméter.

—Así es... —confirmó él.

Ella tragó saliva sin poder dar crédito a lo que decía Gael, aunque intentando comprenderlo.

—Si Hades es tu tío.... —dejó la frase sin acabar.

—Poseidón es mi padre —acabó él.

Ella tragó saliva y se quedó mirándolo fijamente.

Notó cómo la respiración comenzaba a faltarle, pero tal era su estado de

nervios que comenzó a reír histérica.

—No, qué va... —comentó como si fuese una broma.

—Hablo en serio.

—No, no —seguía riendo.

—Tú misma lo has visto.

Aquello le recordó lo que había vivido. Gael podía generar terremotos a voluntad. Por sus estudios sabía que Poseidón era el dios del mar y de los terremotos. Aquello le hizo mirarlo con los ojos muy abiertos, como si en aquel momento todo cobrase sentido.

—Eres... eres.... —tartamudeó.

—Un semidiós —canturreó divertido Gael con los brazos extendidos hacia ella.

Lucía asintió.

Gael estaba preparado para cualquier cosa: gritos de miedo, que intentase huir de él, que volviese a reír como una histérica..., pero no para lo que ocurrió.

Estaba mirando fijamente a Lucía, de pie, frente a la cama y, de repente, estaba tirada en el suelo sin sentido.

—*Merda!* —susurró en su idioma natal acercándose a ella a toda prisa.

Las voces le llegaron de fondo, a lo lejos.

—Creo que ya recupera el sentido —comentó una voz que no reconocía.

Lucía comenzó a abrir los ojos poco a poco.

—¿No la había curado Elin? —volvió a preguntar aquella voz.

Las imágenes ante ella, borrosas, comenzaron a cobrar nitidez.

—Quizá Karan tenía razón y tenía que haber esperado un poco para decírselo. —Esta vez sí reconoció la voz de Gael.

Finalmente logró enfocar la vista. Tres personas la miraban desde arriba.

El primero al que reconoció fue a Hermi, con su mirada preocupada. A su lado había un chico rubio al que no conocía de nada y, por último, estaba Gael, que se aproximó un poco más.

—¿Voy a buscar a Elin otra vez? —preguntó Hermi.

—Elin se va a enfadar... —pronunció el chico rubio.

Lucía tragó saliva intentando ubicarse. Su mirada coincidió con los ojos

azules de Gael, que se acercaba a ella, reclinándose.

—¿Estás bien?

—¡Ahhh! —gritó, aunque más leve que las últimas veces. Puso una mano en su pecho y lo empujó para alejarlo.

Gael miró a sus amigos divertido.

—Creo que sí que está bien.

Lucía se incorporó y se arrastró por el suelo ante la mirada asombrada de los tres.

—No hagas eso, por favor —comentó Gael desquiciado al ver que ella intentaba huir.

Neil miró divertido a Gael.

—Creo que ha entendido lo de que eres un semidiós. —Y volvió la mirada hacia Lucía, que en ese momento llegaba hasta la pared y se apoyaba contra ella hecha un ovillo.

Gael suspiró y se acercó a ella, arrodillado. Lucía se acercó más a la pared, como si quisiese fundirse con ella. Aquella actitud lo trastornó en cierta manera, pero comprendía que ella se pudiese sentir confusa y asustada.

Señaló a Neil.

—Él se llama Neil, es un buen amigo.

Neil, que se mantenía también agachado, extendió su mano hacia ella como si fuese a estrechársela, pero ella se apartó de inmediato.

—Uy, vale —dijo rápidamente mirando de reojo a Gael.

Lucía los miraba a los tres.

—Él... —señaló Lucía a Neil—, él es...

Neil fue quien respondió, adelantándose a Gael.

—Soy Neil Brennan. Hijo de Belenus.

Ella miró asustada a Gael y a Hermi.

—¿Belenus? ¿Ese no es... no es...? —balbuceó.

—El dios celta del fuego.

Ella tragó saliva.

—¿Hefesto?

Gael comenzó a reír mientras Neil ponía cara de fastidio.

—No —respondió con paciencia—. Así es como lo conocen en Grecia. En Roma es Vulcano... —se burló—, pero mi madre es irlandesa y mi padre

también. Ellos se copiaron —acusó a Gael.

—¿Que nos copiamos? —preguntó Gael ofendido.

—Sí, vosotros los romanos y los griegos os adjudicasteis a mi padre sin...

—Oh, ¡cállate ya! —lo reprendió Gael con un movimiento de mano.

Lucía miraba a los tres sin comprender muy bien la situación. Detuvo su mirada en Hermi.

—¿Y tú? —preguntó hacia él.

—Soy Hermes. —Se encogió de hombros como si nada y le brindó una sonrisa.

—¿El mensajero de los dioses?

Hermes asintió rápidamente emocionado porque lo hubiese reconocido.

—El mismo.

Miró de un lado a otro nerviosa.

—Creo que me voy a desmayar otra vez —susurró más para ella que para el resto, pero ya los puso en sobre aviso.

—No, no lo hagas. No hay motivo —reaccionó rápidamente Gael.

Ella lo miró molesta.

—¿No? ¿De verdad crees que no hay motivo, Gael? —ironizó.

—Ammm... —Los tres se miraron de reojo—. Vamos —dijo poniéndose de pie—, levántate con cuidado. —Le ofreció la mano.

Ella la rechazó. Se levantó cautelosa y se sentó directamente sobre la cama, pues aún le temblaban las piernas.

Se quedó pensativa. Si todo aquello era cierto, y en parte así lo creía, pues había visto que Gael poseía unas habilidades extraordinarias, aquello la llevaba a preguntarse ciertas cosas. Los miró a los tres, uno a uno, todos la observaban expectantes, esperando una reacción por parte de ella.

—¿Mi abuelo lo sabía?

Gael se acercó a ella, colocándose enfrente.

—Sí —respondió con suavidad—. Me ayudó a intentar parar la excavación. Por cierto —se giró hacia Neil—, creo que tendrías que ir ya. —Neil asintió—. Hermi, llévalo a la excavación.

Hermi se colocó al lado de Neil.

—Hasta otra, Lucía —comentó Neil con una sonrisa—. Un placer

conocerle.

A Lucía ni siquiera le dio tiempo a despedirse. Hermi y Neil desaparecieron dejándola boquiabierta.

Cuando volvió su mirada hacia Gael él la estudiaba, analizando su comportamiento. Suspiró y se sentó al lado de ella, en la cama, aunque Lucía se distanció un poco ante la atenta mirada de él.

—No voy a hacerte daño —susurró.

Ella apretó los labios y asintió.

—Ya lo sé.

Gael se pasó la mano por el cabello agobiado con la situación. No había podido prepararse bien todo lo que quería decirle. Se giró hacia ella, Lucía lo observaba intrigada. Al menos, ahora no gritaba ni huía. Ya era un paso.

—¿Alguna pregunta?

Ella elevó las dos cejas.

—¿De verdad me estás preguntando eso? —se mofó.

—Ya —dijo volviendo su vista al frente.

Lucía inspiró intentando ordenar sus ideas. Claro que tenía preguntas, muchas, pero ni siquiera sabía por dónde empezar.

—¡Por dios! —acabó gritando—. Eres un semidiós —dijo señalándolo, como si al final fuese consciente de todo.

Gael la miró sorprendida por su reacción.

—Sí...

—Me has dicho que eres hijo de Poseidón... —comentó rápidamente. Las ansias de saber la poseyeron.

—Ajá.

—¿Y tu madre? —preguntó rápidamente.

Él se encogió de hombros.

—Mi madre es una humana normal y corriente —explicó—. De ahí que sea un semidiós. —Luego le sonrió abiertamente—. ¿Cómo lo dijiste aquella vez? Ah, sí —fingió como si lo recordase de repente—: Los dioses bajan a la Tierra de vez en cuando a echar alguna cana al aire. —Se encogió de hombros—. Eso es lo que pasa realmente.

Lucía iba a levantarse, pero en ese momento notó que sus piernas temblaban, así que se quedó sentada.

—Así que es cierto... Todo es cierto.

—Sí.

—¿Lo conoces?

Él la interrogó con la mirada.

—¿A Poseidón? —preguntó. Ella asintió—. No. Realmente ninguno de nosotros lo conocemos. Bueno, Hermi sí. Él es hijo de...

—Hijo de Zeus y de la ninfa Maya —comentó ella alucinando.

—Él se encarga de traernos recados.

—¿Recados?

—De nuestros padres —aclaró—. Verás, los dioses solo disfrutan, están en su mansión...

—El Olimpo.

—Al menos los de mi familia —comentó con fastidio—. Así que cuando surgen problemas nos encargan a nosotros resolverlos. Ellos nos dieron la vida, nos pusieron en la Tierra y, a cambio, nosotros nos encargamos de mantenerla a salvo.

Ella lo miraba fijamente, sin dar crédito a lo que escuchaba.

—¿Sois como... como guardianes?

—Pzzzz —se quejó Gael—. Yo no lo llamaría guardianes. Más bien somos los comodines de ellos.

—Pero has dicho que Neil es hijo de Belenus. Tú me estás hablando de la mitología griega o romana, él me hablaba de la celta.

Gael sonrió.

—Bueno, realmente son lo mismo. La humanidad se ha encargado de crear su propia mitología, a su antojo. —Luego la miró con una sonrisa—. También ha estado aquí Elin, es una semidiosa nórdica, concretamente hija de Eira, la diosa de la sanación. Ella te ha curado. Te diste un buen golpe, ¿sabes?

—Ah, ¿sí? Pues no la recuerdo.

—Estabas inconsciente. También ha estado Karan...

—¿Karan? —preguntó—. Me suena ese nombre. ¿No dijo ayer Hermi que debíais avisarlo?

—Es el semidiós más poderoso de todos. Lo llaman el destructor. Es hijo de Zeus.

—¿El destructor? —preguntó—. ¿Por qué?

—Imagina. No tiene muy buen carácter...

—Eso recuerdo que lo dijiste.

—Así que cuando se enfada es mejor no tenerlo cerca.

Ella asintió pensativa de nuevo. Aquello era una locura. De repente, todo el mundo que conocía desaparecía y se abría paso ante ella un mundo totalmente diferente.

—¿Por qué me atacaron? —preguntó esta vez con voz trémula—. Uno de ellos...

—Arges —la informó.

—Me preguntó por un mapa.

Gael asintió. Al menos, ahora, ella ya hablaba más tranquila, era como si hubiese comprendido que no iba a sufrir ningún daño.

—La excavación de Doñana —le recordó—. Tal y como te comenté, a unos trece metros bajo tierra hay una cueva. Ahí se encuentra la ciudad de Tartessos y es donde se ubica el regalo que mi padre entregó a los atlantes. El mapa sirve para llevarlos hasta él a través de las grutas y de la ciudad enterrada.

—¿Y por qué piensan que lo tengo yo? —preguntó alarmada.

Gael la miró fijamente y tragó saliva. Luego llevó su mano hasta el cuello de ella, lentamente. Aunque Lucía se apartó un poco finalmente se estuvo quieta.

Gael sujetó entre sus manos el colgante.

—Porque así es.

Ella lo miró sin comprender.

—¿Cómo? —preguntó cogiendo entre sus dedos el colgante, observándolo.

—Tu abuelo sabía lo que significaba. Si te fijas está marcado. Los judíos tallaron un mapa exacto de la ciudad y tu abuelo señaló la ubicación en él.

Ella observó con atención.

—¿La menorá de tres patitas? —preguntó sorprendida.

Aquello le hizo sonreír con ternura.

—Solo esta menorá, entre todas las que existen en el mundo, indica dónde está el tesoro, el regalo de Poseidón —afirmó.

—Pero... esta línea que lo atraviesa e indica un punto la talló mi abuelo. ¿Cómo puede saberlo él?

—Tu abuelo llevaba toda su vida investigando, descifrando códigos, moviéndose en este ambiente. —Inspiró con fuerza—. Cuando vemos que una persona sabe más de lo que debe saber o se aproxima demasiado entramos en acción.

—¿Cómo? —medio gritó.

—Para protegerla —se escudó rápidamente—, para protegerla —repitió acelerado—. Tu abuelo lo descubrió. Él sabía que todo esto era cierto. Por eso me mandaron a mí, para estar cerca de él y velar por su seguridad.

—Pero... —pronunció con voz trémula—, me... me dijiste que eras su amigo.

—Y lo era —susurró con ternura—. Él se comprometió a guardar el secreto e intentar parar la excavación, sabiendo como sabía lo que aquello podía implicar para el mundo si llegaba a ver la luz. Me ayudó mucho, muchísimo. Nos infiltró tanto a Hermi como a mí en la excavación.

Ella apretó los labios y notó cómo sus ojos se empañaban.

—Él sabía quién eras, ¿cierto?

—Sí. —Gael llevó su mano hasta la de Lucía y se la acarició—. Creo que Hades es quién está detrás de todo. Sus hijos fueron quienes nos atacaron. —Inspiró y miró con cariño a Lucía—. Tu abuelo se negó a darles esa información y...

Ella abrió los ojos al máximo.

—¿Qué quieres decir?

—Lucía, te dije que te apartases de todo esto, ¿recuerdas?

Notó finalmente cómo los ojos se le empañaban del todo.

—Ellos... ¿acabaron con...?

Gael negó lentamente.

—No, tu abuelo murió por causas naturales —reaccionó rápidamente—, pero ellos sabían que él era conocedor de la localización, del punto exacto donde se halla el arma de Poseidón, y que lo había dejado indicado en un sitio. —Inspiró y se puso en pie caminando hacia la ventana—. Pero parece que el tiempo se les agota y aún no sé por qué.

—¿El tiempo se les agota?

—Cada vez están más desesperados por conseguirla —acabó girándose hacia ella—. Y no podemos permitirlo, Lucía.

Ella lo miró fijamente y sintió que debía hacerlo. Su abuelo había luchado por protegerlos a todos y le había pasado el testamento a ella entregándole aquel colgante.

Lo observó de nuevo sujetándolo entre sus dedos.

«Este es el tesoro más importante que tendrás nunca. Algún día lo comprenderás», repitió en su mente.

Se puso en pie, pero notó cómo la cabeza se le iba un poco y le costaba mantener el equilibrio. Gael la sujetó del brazo.

—De acuerdo, lo haré. Te ayudaré a pararlos —pronunció con solemnidad.

La fuerza con la que pronunció aquello hizo que Gael la observase con un gesto gracioso.

—Ya, vale, de acueeeerdo..., pero ¿qué tal si te sientas? Aún te caerás y te abrirás la cabeza y no creo que a Elin le haga mucha gracia que Hermi vuelva a buscarla.

—Ya, Hermi —dijo sentándose—. ¿Cuál es su misión realmente?

—Aparte de mantenernos informados de todo, cosa que a veces no hace muy bien —dijo cruzándose de brazos y mirando al cielo, como si le estuviese echando bronca—, él es quien nos lleva de un lado a otro.

—¿De un lado a otro? —preguntó asombrada.

—Neil está en Doñana intentando evitar la excavación.

Ella volvió a levantarse con ansiedad, haciendo que Gael la escudriñase con la mirada.

—Pues que nos lleve allí. Hablaré con Cristina.

Aquello le hizo reír.

—Verás, es que no creo que soportases el viaje. Tú... eres...

Aquello la desinfló un poco.

—Ya, humana —dijo pensativa—. ¿Es solo un taxi para semidioses?

—Ja —bromeó Gael—. Se lo diré cuando lo vea, seguro que le hace gracia...

—No, no —reaccionó asustada.

—Es broma —comentó para que se relajase al ver que se ponía de los

nervios tras decir que se lo comentaría a Hermi—. Lo único que podemos hacer es esperar a mañana para coger el avión. Hermi y Neil están intentando retrasarlo, al menos, hasta que yo llegue. Mientras, hasta que podamos coger el avión, yo me quedaré contigo.

Ella se quedó pensativa.

—¿Cómo que hasta que tú llegues?

En ese momento le sonrió de forma enigmática.

—Recuerda quién es mi padre. —Se acercó más mirándola fijamente a los ojos—. Aquí estamos en el desierto, lo cual limita mis posibilidades, pero, en Doñana, hay mar.

—¿Y qué significa eso? —preguntó alarmada.

—Que allí mando yo.

## 26

El inframundo era un lugar oscuro, tenebroso. Nunca le había gustado ir.

El bosque que precedía a los barrotes de oro que sellaban aquel lugar estaba muerto. No había una sola hoja verde en aquellos árboles mustios, convertidos casi en ceniza y a punto de desmoronarse. La niebla inundaba toda la zona, no había ni rastro del sol y estaba totalmente nublado, por lo que el ambiente era grisáceo. Aquello era siempre igual, ni un atisbo de luz en aquel lugar, solo una niebla perpetua que no permitía ver por dónde pisabas, espesa sobre la tierra, pero que se difuminaba en el aire permitiendo ver varios metros por delante. Aunque aquel era su segundo hogar, la casa de su padre, jamás le había llamado la atención.

A medida que se acercaba a aquellos barrotes de oro los lamentos de las personas que moraban en el interior de aquella parcela se hacían más patentes.

Las puertas de barrotes crujieron ante él y se abrieron sin necesidad de que las empujase. Entró mirando de un lado a otro. El interior de aquel vasto terreno infinito flanqueado por altos muros y al que solo se podía acceder a través de aquella puerta era igual de tenebroso que el exterior.

Aquel lugar siempre le había recordado a un cementerio. Había pequeñas casas de piedra gris aquí y allá, todas de igual construcción, totalmente simétricas. Entre las casas, los altos árboles se elevaban hacia las nubes que cubrían el cielo con sus largas ramas.

Se detuvo y miró al frente cuando escuchó unos pasos en la lejanía. La niebla se abrió paso y se difuminó para mostrar una silueta que caminaba lentamente hacia allí, aunque resopló cuando escuchó los ladridos de un perro.

—Lo que me faltaba —susurró antes de ver cómo un chihuahua de color negro y pecho marrón oscuro llegaba hasta él y comenzaba a morderle los zapatos.

Movió el pie hacia un lado, aunque el animal no dejaba de atacarlo.

—¿Puedes decirle a tu estúpido perro que pare de morder mis zapatos?  
—preguntó hacia la persona que se ponía frente a él, moviendo la pierna de

un lado a otro.

Estéropes miró al animal con gesto serio, aunque luego sonrió a su hermano.

—Cerbero, ¡quieto! —rugió. El chihuahua se giró hacia él enseñando los dientes, disconforme con la orden—. ¡Largo! —ordenó de nuevo.

Ladró varias veces más y se separó de ellos.

—Sigue teniendo la misma mala leche de siempre —pronunció Bronte.

—Ya sabes que es mejor no enfadarlo. Hoy está de buen humor —sonrió a su hermano—. Se alegra de verte, solo te ha mordido un zapato.

Bronte arqueó una ceja y suspiró. Se cruzó de brazos y miró unos metros por detrás de su hermano.

—¿Dónde está padre?

—Está ocupado —respondió rápidamente—. Ya sabes lo entretenido que es dirigir el inframundo.

Se quedó observándolo hasta que este agachó la cabeza y chasqueó la lengua con fastidio.

—Pues no traigo buenas noticias.

—Lo sé —respondió Estéropes colocándose a su lado. Pasó un brazo sobre sus hombros y comenzó a caminar junto a él—. Arges está aquí.

Aquello lo sorprendió y lo miró fijamente, deteniendo su paso.

—¿Tan pronto ha llegado?

—Padre fue a buscarlo en persona.

Bronte se removió inquieto.

—¿Puedo verlo?

—Sabes que no, Bronte.

Bronte tragó saliva y asintió. Sabía cuáles eran las normas de aquel lugar y, por mucho que fuese hijo de Hades, debía acatarlas. Aquel lugar era para las almas de los muertos... no para los vivos. Ni siquiera a él se le permitía entrar varios metros al interior del inframundo y la única razón por la que a su hermano Estéropes y a él se les otorgaba aquel privilegio era por el hecho de ser hijos directos del dios Hades.

—Nos sorprendió el hijo de Vulcano —reconoció.

—Dudo que le guste que le llamen así.

—Belenus, Hefesto... ¿qué más da? El hecho es que está ayudando al

hijo de Poseidón.

Estéropes se quedó en silencio.

—Agua y fuego unidos —bromeó—. Extraña combinación.

El sarcasmo que demostró su hermano enfureció a Bronte, que lo cogió del cuello y lo estampó contra un árbol marchito.

—No estoy para bromas, hermano. Arges ha muerto.

Estéropes puso la mano en el pecho de Bronte y lo empujó de malas formas.

—Ya lo sé. ¿Te crees que a mí me hace gracia? —Bronte se removió.

—Quiero venganza —rugió—. Gael... Neil... no van a salirse con la suya.

Se acercó a él.

—¿Tienes el mapa?

Bronte negó, pero luego miró con fiereza a su hermano.

—No, pero creo saber dónde está. —Se puso firme—. Lucía, la nieta del arqueólogo... —Estéropes asintió para darle a entender que sabía a quién se refería—. Lleva un colgante al cuello. Arges se quedó observándolo antes de que Neil apareciese ante él y lo convirtiese en cenizas. Necesito que le preguntes si...

—Sabes que no puedo.

—¡Pues díselo a padre! —gritó—. ¡Él nos encomendó esta misión! ¡Él fue quien nos hizo contactar con ese estúpido estadounidense, el señor Morris, para conseguir la financiación de la excavación! Y, ahora... Arges está muerto —acabó apretando los dientes.

Estéropes escuchó sin alterarse.

—Sabes que solo Hades puede hablar con él.

—¡Pues que él se lo pregunte! —gritó desesperado—. ¿O es que solo sabe dar órdenes? ¡Han matado a un hijo suyo! ¿No va a tomar cartas en el asunto?

Estéropes inspiró mientras observaba a su hermano totalmente enfurecido. Comprendía su dolor, él mismo se había asombrado cuando las puertas del inframundo se habían abierto para recibir a su hermano, Arges. No había podido intercambiar más que unas pocas palabras con él antes de que Hades lo llevase a su templo.

Bronte se quedó observándolo.

—¿Vendrás conmigo a luchar? Tenemos que vengar su muerte.

—Ya me gustaría, pero no puedo —comentó Estéropes.

Hubo un silencio durante unos segundos.

—Aunque no dejaré que vayas solo. Si el regalo de Poseidón está en Doñana podrá conducirnos hasta lo que buscamos —susurró—. Necesitamos estar preparados.

—Pero con ese objeto solo no basta. Abrir las puertas del Tártaro implica...

—Lo sé, pero paso a paso —comentó Estéropes—. Todo llegará —dijo convencido—. Primero necesitamos el regalo de Poseidón y después conseguir el objeto sagrado o todo esto será en vano..., incluida la muerte de nuestro hermano. —Se acercó un poco más—. Hades me ha dicho que Tritón está de nuestra parte, entre otros.

Bronte lo miró confundido.

—¿Entre otros?

—Ares y Artemisa también lo están.

—¿Lo saben?

Una enigmática sonrisa brotó de los labios de Estéropes.

—¿Crees acaso que nos arriesgaríamos a hacer algo así? ¿A enfrentarnos al gran Zeus?

Aquella era la primera noticia que tenía, aunque no le sorprendía. La mayor parte del tiempo, a diferencia de su hermano Estéropes, Bronte se encontraba en la Tierra mientras Estéropes se encontraba en el inframundo, como enlace entre ellos y Hades.

Aquella información le produjo satisfacción y regocijo. Una nueva era estaba a punto de comenzar y nadie, ni siquiera el gran Poseidón, Hefesto o Zeus podría detenerlos.

Dio un paso atrás y asintió convencido.

—Avisa a Tritón, lo necesitaré. Una guerra se avecina.

La última noche no había podido conciliar el sueño, de hecho, se quedaba embobada mirando a Gael, alucinada aún por lo que había descubierto sobre él. Claro estaba que apartaba la vista cada vez que él se

daba cuenta de que lo observaba.

Al principio no había sabido cómo reaccionar. ¿Debía darle un trato preferencial? ¿Un trato de cortesía?

Aquellas ideas habían desaparecido de su mente en cuanto lo había escuchado protestar en el aeropuerto de El Cairo, ahora, solo se sentía intimidada.

—Joder, me cago en... —Apretó los labios—. Una hora de retraso —se quejó señalando la pantalla—. ¡Como si no tuviese cosas importantes que hacer! —gritó cruzándose de brazos, con un tono de voz bastante alto que alertó a todos los viajeros que lo rodeaban, haciendo que Lucía se apartase un poco de él por vergüenza.

Finalmente, solo se había retrasado una hora y quince minutos, y ahora, después de cuatro largas horas de vuelo, llegaban al aeropuerto de Madrid.

Gael se mantenía alerta en todo momento. Ahora se disponían a coger el vuelo con destino a Sevilla.

Lo cierto era que, una vez tomada consciencia de quién era Gael, se sentía bastante intimidada. Se había mantenido callada durante todo el vuelo hasta Madrid, haciendo que Gael la mirase extrañado; si bien creía entender la razón, aquello lo estaba desquiciando.

—¿Ocurre algo? —preguntó mientras se ajustaba el cinturón. Ella lo miró de reojo y negó—. Ya... —chasqueó la lengua—, no me como a nadie, ¿sabes?

—No sé yo... —susurró mirando por la ventana.

Gael la miró ceñudo.

—¿Qué más da? No tiene importancia —comentó como si nada.

Ella abrió los ojos al máximo, pues comprendía a qué se refería.

—¿Que qué más da? ¿Que no tiene importancia? —Se movió nerviosa, gesticulando en exceso—. ¿Te estás escuchando hablar? Puede que para ti no tenga importancia, pero para el resto de los mortales sí. Por dios eres... eres... —Gael suspiró.

—Soy tan mortal como tú —susurró.

—Apuesto a que no. Apuesto a que no eres tan fácil de matar, los humanos normales seguro que somos más blanditos. —Tras ese comentario una sonrisa inundó el rostro de Gael. Negó divertido y se apoyó contra el

respaldo del asiento mientras el avión tomaba velocidad por la pista de Madrid con rumbo a Sevilla.

—Lo único que nos diferencia es que..., bueno... —dijo girándose hacia ella—, tengo cierto dominio sobre el agua.

Ella enarcó la ceja.

—Que te vi en el desierto —comentó lentamente.

—Ah, sí, es verdad —comentó risueño—. Bueno, también tengo dominio sobre la tierra...

—Y te mueves más rápido.

Él se encogió de hombros y pasó su mano lentamente sobre la suya mientras una sonrisa perversa inundaba sus labios.

—¿Y eso te gusta?

Ella lo escudriñó con la mirada. ¿Estaba bromeando con ella? ¿Y qué era aquel tono tan meloso de su última frase?

Se soltó de su mano.

—Que no estoy para bromas —protestó ella.

Gael suspiró y volvió a coger su mano, aunque esta vez la sujetó entre las dos suyas para que no se le escapase.

—Si lo recuerdas, ya te lo había dicho, y tú no me creías... —resopló—, mujer de poca fe.

—Sí, claro... La descendencia de los dioses —susurró ella—, ¿y quién en su sano juicio se va a creer eso? —contraatacó—. A mí porque ya no me queda otra...

Aquello volvió a hacer reír a Gael.

—Bueno, sea como sea ahora ya lo sabes...

Lucía suspiró intentando relajarse. Sí, ahora lo sabía todo, sabía que Gael era descendiente directo de los dioses y lo único que se le pasaba por la cabeza era... que se había acostado con él. Resopló con fuerza. ¿Cómo en aquel momento podían venirle esos pensamientos a la cabeza?

—No resoples... que no es para tanto —insistió él restándole importancia, luego se encogió de hombros—. Por cierto, cuando esto se solucione... —ella lo miró intrigada—, me gustaría invitarte a una cena formal, si te parece bien.

—¿Dónde? ¿En el Olimpo? —bromeó ella rápidamente.

—No, nunca he ido —dijo con una sonrisa—. Pero aquí en España hacen una tortilla de patatas que ni los dioses la superarían. —Ella lo miró sorprendida—. ¿Qué pasa? Me encanta la tortilla de patatas —dijo acariciando su mano.

—¿No coméis ambrosía? —Hizo referencia a la comida de los dioses. Gael negó con rotundidad.

—No. Tortilla de patatas —confirmó.

Finalmente, Lucía sonrió.

—De acuerdo —aceptó ella, lo que hizo que Gael se acercase, rodease sus hombros con su brazo, la atrajese hacia él y la besase en la mejilla con cariño.

Tras su llegada a Sevilla Gael había cogido las maletas a toda prisa y se habían dirigido al parquin privado donde había aparcado el vehículo aquellos días.

Arrancó aun sin que ella se hubiese puesto el cinturón.

—Te dejo en tu piso y me voy —pronunció acelerado.

Ella lo miró enfurecida.

—¿Cómo que me dejas en mi piso y te vas? —Gael la miró de reojo—. ¿Vas a ir a la excavación?

—¿Tú qué crees? —preguntó de los nervios.

—Voy contigo.

—No —respondió directamente.

Tomo la curva y salió del aeropuerto.

—¿Cómo que no? ¡Puedo hablar con Cristina! —gritó poniéndose el cinturón. Se giró hacia él haciendo aspavientos—. ¿No habíamos quedado en eso? Puedo ayudar... Si le explicó a Cristina lo que ocurre...

—¿Que vas a hacer qué? —preguntó asombrado.

—Bueno, pues no... No se lo diré —reaccionó rápidamente—. Pero puedo ayudar... Puedo distraer a los trabajadores —Gael resopló—. Eh, ¡que puedo montar un caos en cualquier momento!

Gael dirigió el vehículo hasta el arcén cerca de unos árboles y se quitó el cinturón.

—¿Qué haces? —preguntó ella nerviosa.

—No tengo tiempo —dijo acercándose a ella. Colocó una mano en su

nuca y la atrajo hacia él para besarla. Lucía se dejó hacer, aunque cuando se separó de él lo miró confundida, sobre todo cuando notó que él le quitaba el colgante del cuello—. Esto no te va a gustar... —susurró él.

—¿El qué? —preguntó sin comprender—. ¡Devuélvemelo! —gritó intentando arrebatarse el colgante de su abuelo de su mano.

—¡Hermi! —gritó Gael.

Lucía abrió los ojos como platos y empujó a Gael hacia atrás, enfadada.

—No serás capaz, ¿verdad? —preguntó mirándolo fijamente.

—¡Hermi! —volvió a gritar Gael.

Una corriente de aire en el interior del vehículo hizo que sus cabellos se moviesen hacia atrás.

—Ah, ya habéis llegado —respondió Hermi con felicidad desde el asiento trasero.

—No, ni se te ocurra —amenazó Lucía a Gael con el dedo.

Gael no la miró, sino que prestó toda su atención a Hermi.

—Llévame a la excavación y luego ven aquí y acércala a su piso.

—¡No! ¡No! ¡No! —gritó Lucía intentando cogerle del brazo, aunque Gael la esquivaba—. ¡No te vas a ir sin mí!

Hermi estaba acercando su mano hacia el hombro de Gael para posarla sobre él y transportarlo, pero Lucía golpeó la mano de Hermi.

—Ayyy —se quejó él rozándose la mano.

Lucía se encaró a Gael.

—¡Te he dicho que no y es que no!

Gael la observó fijamente sin pestañear y se acercó a ella intentando intimidarla.

—No te interesa contradecir a un semidiós y menos... golpear a Hermi. ¿Te recuerdo que es un dios?

Lucía tragó saliva un segundo, aunque luego lo escudriñó con la mirada y miró enfurecida a Hermi.

—Y yo soy una mujer, ¿y qué? —preguntó socarrona.

—Vale, de acuerdo —dijo Gael rápidamente y tendió la mano hacia Hermi—. Nos vamos.

Hermi se la cogió de inmediato.

—¡Noooo! —gritó Lucía antes de que desapareciesen. Luego le siguió

un rugido—. ¡Maldito seas! —¡La habían dejado totalmente sola!—. Capullo... —susurró mientras dejaba el bolso en el asiento—. ¡Tú y todos los dichosos dioses me tenéis hasta la coronilla! —gritó.

Resopló e iba a pasarse al asiento del conductor cuando Hermi apareció en él, obstaculizándola.

—Ah, no, no... Conduzco yo —pronunció empujándola al asiento del copiloto de nuevo.

Ella se cruzó de brazos.

—Hermi, llévame a la excavación —ordenó.

Él chasqueó la lengua mientras se ponía el cinturón.

—No puedo llevarte, no soportarías el viaje conmigo.

—¡En coche! —gritó ella.

Hermi se quedó mirándola mientras quitaba el freno de mano.

—Me parece que no, no te voy a llevar —contestó mientras ponía el intermitente para acceder a la carretera de nuevo.

—¿Acaso Gael es tu jefe? —preguntó nerviosa—. Que yo sepa él es un semidiós y tú un dios, ¿acaso no tienes tú más poder que él?

—Ah, ya..., je, je. Bueno, aquí la jerarquía no vale de mucho —comentó mientras aceleraba—. Ellos tienen más poder físico que yo.

Ella se cruzó de brazos.

—Bueno, pues da igual, llévame a la excavación ahora mismo o te las verás conmigo.

La miró con sorna.

—Me da más miedo Gael —comentó con los dientes apretados, aunque tenía un ligero toque burlón, como si le hiciese gracia aquel genio que se gastaba Lucía.

Ella resopló.

—Pues no debería... No me conoces enfadada. Las mujeres españolas tenemos mucho genio.

Él rio.

—¿Sí? ¿Si te enfadas puedes crear un maremoto que acabe con toda la vida sobre la faz de la Tierra?

Lucía pestañeó varias veces sorprendida con la pregunta.

—¿Qué?

La miró con una sonrisa picajosa.

—Es mejor que lo obedezca a él, créeme. —Y se encogió de hombros.

Ella volvió a resoplar y se cruzó de brazos mientras Hermi conducía atento a la carretera. Por mucho que discutiese con él no iba a salirse con la suya. Sabía que Hermes era un dios, hijo de Zeus y de la pléyade Maya. Su poder, por lo que había visto, era la velocidad. Su papel era el de mensajero, era el dios de las fronteras, de los comerciantes e incluso de los mentirosos y los ladrones. Se quedó observándolo. Le parecía mentira que realmente fuese un dios, pues no tenía nada que ver con Gael o Neil. Hermes era más bien delgado y un poco más alto que ella.

Lucía lo miró directamente, haciendo que él se diese cuenta, pues la miró de reojo.

—A ver... —dijo señalándolo con la mano—, que yo sepa tú eres el dios de las fronteras, de los comerciantes, de los ladrones... —Hermes suspiró— y de los mentirosos... —Hermes la escudriñó con la mirada, pues parecía que aquel último comentario no le había hecho mucha gracia—. No debería resultarte difícil inventarte una excusa ante Gael para llevarme a la excavación.

Él la miró sorprendido.

—Pero es que no quiero llevarte a la excavación —respondió molesto.

Ella resopló más fuerte aún y se quedó mirando fijamente a la carretera. No, definitivamente no iba a llevarla. Hermes se tomaba muy en serio las órdenes de Gael.

—¿Conoces a Zeus? —preguntó sin rodeos.

Hermi apretó los labios.

—Es mi padre, sí.

—¿Es majete? —preguntó con curiosidad.

Aquella pregunta le sorprendió.

—¿Majete? —rio por la pregunta de ella—. Si le caes bien, sí.

—¿Y a Poseidón? —preguntó esta vez más intrigada.

—Sí, él... tiene bastante mala leche, pero bueno, si lo pillas de buenas...

—Es... es el padre de Gael, ¿verdad? —preguntó con cierto temor.

Hermi sonrió abiertamente.

—Sí, es su padre y también es mi tío, así que no los cabrees y obedece.

Si Gael dice que a casa... a casa. Recuerda, nunca te enfrentes a un dios..., aunque te hayas acostado con él —acabó canturreando.

—Ammm... —balbuceó ella asombrada por la respuesta de Hermes—. Yo... ammm...

Hermes la miró divertido, pues Lucía parecía querer articular alguna palabra, pero no sabía qué contestar a aquello.

—Eh, que no pasa nada..., prima —bromeó él.

Lucía miró al frente y tragó saliva. Vale, era mejor mantenerse callada, Hermes también sabía contrarrestar sus ataques.

No habían tardado más de media hora en llegar. Hermes había detenido el vehículo ante el piso de ella en Sanlúcar de Barrameda.

—Vamos, baja —pronunció. Ella suspiró, se quitó el cinturón de seguridad y bajó del coche—. Dejaré el coche aquí, si no te importa —dijo mientras él también se quitaba el cinturón de seguridad. Ella arqueó una ceja—. Pero me llevo las llaves.

—Tengo mi propio coche, Hermi —protestó.

Hermes se apeó del vehículo mientras ella se dirigía al maletero para coger la maleta.

—Ya —contestó colocándose a su lado—. Y, si no te importa, estaría más tranquilo si me entregases las llaves.

Lucía se quedó a cuadros, mirándolo fijamente mientras sujetaba su maleta sin llegar a ponerla en el suelo.

—Estás de broma, ¿verdad? —preguntó sorprendida.

—No, no lo estoy. No me fio un pelo de ti —dijo extrayendo las maletas tanto de Gael como la suya propia—. Y voy a dejar las maletas dentro de tu piso, por si acaso.

—¿Por si acaso qué? —contraatacó ella—. ¿No eras el dios de los ladrones?

Él la miró divertido.

—Sí. Lo soy, pero últimamente me he vuelto más educado... —Tendió la mano hacia ella—. Las llaves de tu coche, por favor.

—No voy a irme —se quejó ella.

—Las llaves —repitió con paciencia acercando más su mano.

Ella resopló, dejó su maleta en el suelo y abrió su bolso rebuscando en él.

—No me parece justo... —Él se encogió de hombros como si le diese igual—. Ahora que lo pienso, no tengo por qué obedecerte... —Él ladeó su cuello.

Hermi cerró el puño de su mano delante de ella y luego lo abrió mostrándole las llaves de su coche, dejando a Lucía con la mandíbula

desencajada.

—He intentado ser educado —comentó con arrepentimiento.

—Madre mía..., eres mejor que David Copperfield —susurró con los ojos muy abiertos.

—Venga, te ayudo con las maletas y me voy —sentenció dirigiéndose hacia su piso cargado con ellas.

Ella lo siguió mientras arrastraba su maleta con ruedas.

—¿Y te vas a llevar las llaves de mi coche? —preguntó incrédula.

—Sí —dijo mientras empujaba la puerta del portal y se dirigía al ascensor. Lucía volvió a quedarse parada. ¿No necesitaba llaves para abrir la puerta? Tragó saliva y lo siguió.

—Desde luego, no me extraña que seas el dios de los ladrones —comentó colocándose ante las puertas del ascensor.

Cuando se abrieron subieron en él y ella apretó el botón a la segunda planta. Hermes parecía feliz con aquel último comentario, que se tomó como si fuese un piropo.

—Bueno, y... ¿cuándo me las vas a devolver? —preguntó más seria.

Él se encogió de hombros mientras abría la puerta del ascensor y se dirigían al piso de ella.

—Cuando Gael me lo diga.

Lucía se colocó a su lado y lo miró mosqueada.

—¿Gael te ha dicho que me quites las llaves del coche?

Hermes chasqueó la lengua y colocó una mano en la puerta del piso de ella, empujó y se abrió, aunque aquel gesto ya no pilló por sorpresa a Lucía.

—Concretamente me ha dicho: «Asegúrate de que no pueda venir hasta aquí». Parece que tampoco se fía mucho de ti —acabó divertido, aunque borró la sonrisa de sus labios cuando vio que ella lo miraba con cierta hostilidad.

Soltó la maleta en el suelo y cerró la puerta con un golpe del pie, se cruzó de brazos y lo miró fijamente.

—Eso no tiene gracia. Además, si quisiese, hay más medios para llegar hasta Doñana: está el autobús, el taxi... Mi vecino tiene coche... Es una medida absurda.

Él se encogió de hombros.

—Pues te encerraré en esta casa —comentó con una sonrisa—. No me gustaría tener que hacerlo porque... bueno... mmm...

—No serás capaz —gritó desesperada.

—Me caes bien y estás liada con mi primo, así que...

Aquello desesperó a Lucía, que se apartó de él con un movimiento de mano, como espantando a una mosca y se dirigió al comedor. Encendió la luz y se quedó totalmente estática. Tragó saliva y dio un paso hacia atrás, asustada.

—No me gustaría que entre nosotros hubiese una mala relación... —comentó Hermes algo tímido—. Siempre me he llevado muy bien con Gael y si él quiere estar contigo supongo que...

—Hermi —le cortó ella con la mirada clavada al final del comedor.

—... que pasará bastante tiempo contigo. Me gustaría poder quedar con vosotros, ir al cine los tres...

—¡Hermi! —gritó ella elevando más la mirada.

Hermes se detuvo al ver la expresión asustada de ella, soltó las maletas y se colocó a su lado. Tuvo que elevar también la mirada.

—Oh, oh —susurró cogiendo a Lucía por el brazo y colocándola a su espalda. Sonrió nervioso hacia el hombre que había ante él—. Ey, Tritón..., ¿qué pasa colega? —preguntó nervioso.

Aquel hombre tenía el pelo muy largo, le llegaba por debajo de los hombros, ondulado y de un color castaño claro. Sus ojos, al igual que los de Gael, eran de un color azul marino.

—¿Tritón? —preguntó ella a su espalda, mientras Hermi iba haciendo que retrocediese.

—Cállate —susurró hacia ella. Miró de nuevo a Tritón. Era igual de alto que Gael, aunque tenía un aura mucho más agresiva. Se movió hacia el lado tapando a Lucía cuando Tritón la miró—. ¿A qué se debe esta visita?

Tritón la miró directamente a ella. Era una muchacha joven, ya se lo habían comentado Bronte y Estéropes, pero por lo que le parecía no llevaba ningún colgante al cuello tal y como le habían dicho.

—¿Dónde está? —preguntó dando unos pasos hacia ellos.

Hermi tiró de ella hacia el otro lado de la mesa intentando mantener la distancia con él.

—¿Dónde está el qué? Es solo una amiga —rio nervioso.

Tritón ladeó su cuello y señaló a la muchacha.

—Lucía. —Se dirigió a ella, lo que hizo que ella brincase—. ¿Y tu colgante?

Ella tragó saliva mientras Hermes se giraba con cierto temor. Ella apretó los labios mirando fijamente a Hermi.

—Para ser el dios de los mentirosos no mientes muy bien —susurró Lucía.

Él resopló ante aquel comentario.

—¿A qué te refieres? —preguntó volcando toda su atención en Tritón—. Ella nunca ha tenido ningún colgante... —En ese momento Hermes salió despedido hacia el otro lado del comedor ante el grito de ella. Pero aquello no era lo que más llamó su atención, sino que Hermes estaba totalmente empapado en agua, como si una ola lo hubiese arrastrado hacia aquel lugar. De hecho, se llevó la mano al pecho y comenzó a expulsar agua por la boca. Se puso de rodillas y comenzó a vomitar.

—¡Hermi! —gritó ella al ver que se ahogaba, pero Hermes la detuvo con la mano para que no se acercase.

Lucía dio unos pasos hacia atrás mirando a Hermes, que aún luchaba por respirar, y a Tritón, que mantenía la mano extendida hacia él, haciendo que Hermes se ahogase, como si hubiese creado agua invisible en el interior de su cuerpo que obstruyese sus vías respiratorias.

Se quedó totalmente estática, temblando.

Solo cuando Tritón bajó su mano Hermes elevó su cabeza y pudo respirar una bocanada de aire. Miró con furia a Tritón.

—Esto no le va a hacer ninguna gracia a Poseidón —arremetió contra él y, solo entonces, Lucía fue consciente de que estaba tratando con dioses. La forma en la que le había hablado, la clara amenaza que había en sus palabras, la ira y la violencia en su tono de voz lo dejaban claro.

—El colgante —insistió de nuevo mientras elevaba la mano hacia él, amenazando con ahogarle de nuevo.

Hermes miró a Lucía, a pocos metros de él. Sabía lo que Tritón haría de nuevo si se lo proponía y era conocedor de que podía acabar tanto con su vida como con la de ella. Miró a Lucía con fiereza. No supo por qué, pero

comprendió lo que Hermes quería decirle con aquella mirada.

—No —sollozó ella—. No me dejes a...

De repente desapareció. Tritón rugió, pero estaba claro que contaba con ello. Sabía cuál era el poder de Hermes. Se giró lentamente hacia Lucía y fue hacia ella. Aunque Lucía intentó correr en menos de un segundo Tritón la había atrapado.

—¿Dónde está? —gritó él.

Ella intentó zafarse de sus brazos, pero no lo consiguió.

—¡No lo sé! —gritó hacia él—. Y aunque lo supiese no te lo diría —rugió.

Tritón la miró fijamente y, entonces, una enigmática sonrisa se esbozó en sus labios.

—De todas formas, no creo que nos haga falta. —Ella lo miró sin comprender—. Tú sabes lo que había en aquel colgante...

—No pienso decírtelo —gritó.

—Eso ya lo veremos —comentó mientras apretaba más fuerte su brazo, llevándola hacia la puerta. Ella trató de oponer resistencia.

—¿Adónde vamos? —gritó mientras Tritón abría la puerta del piso.

—A buscar el regalo de Poseidón.

—¡Pero no sé dónde está!

—Sí, claro que lo sabes —gritó él bajándola por las escaleras rápidamente. Se detuvo y la atrajo hacia él—. Más te vale saberlo —la amenazó.

Desde luego, aquel dios era totalmente diferente a Hermes. Hermes, pese a ser el dios mensajero, de los ladrones, de los mentirosos... era mucho más sociable e incluso destilaba más ternura e inocencia que él.

Ella intentó soltarse.

—¿Crees que Gael va a permitirlo?

Aquello hizo que Tritón sonriese.

—Estoy deseando encontrármelo —sonrió con ironía—. Que venga.

Al momento volvió a arrastrarla escaleras abajo.

Había sido un viaje largo, demasiado para el débil cuerpo de Regina. Observó por la ventana del helicóptero de la empresa Horizont Corp. cómo

atterrizaba cerca de aquella laguna y cogió la mano de su esposa.

—Ya queda poco —susurró.

El viaje desde América hasta el aeropuerto de Málaga lo habían hecho en un *jet* privado, todo acondicionado para asistir a su esposa. De Málaga a la zona de Doñana se habían trasladado en helicóptero.

Pese a que hacía más de media hora que era noche cerrada, enormes focos alumbraban la zona donde acababan de posarse.

Nada más abrir la puerta del helicóptero se quedó en *shock* unos segundos. ¿Era posible? ¿Lo habían logrado?

Bajó del helicóptero mirando de un lado a otro, caminando sobre el barro mientras los asistentes que lo acompañaban preparaban a su esposa.

Lo que se suponía que debía ser la marisma de Hinojos, un lugar hermoso y tranquilo, en ese momento estaba totalmente excavado. A un lado había dos palas excavadoras con las que habían apartado toda la tierra, una retroexcavadora con la que habían realizado una pequeña rampa para acceder al enorme agujero que habían hecho en la tierra, y tras esa excavación, que debía tener unos cinco metros de profundidad, gracias a la dragalina, habían extraído grandes cantidades de tierra húmeda. Por último, con una tuneladora habían excavado un túnel en horizontal con un ángulo que descendía hacia el interior de la Tierra, hasta unos doce metros de profundidad.

Se quedó observando aquel túnel que se hundía en la tierra. Quizá, al fin y al cabo, todo aquello hubiese valido la pena.

Inspiró mientras observaba a los obreros seguir trabajando y se giró hacia su esposa, a la cual sentaban en una silla de ruedas.

Regina había superado el viaje, que ya era mucho teniendo en cuenta las condiciones en las que se encontraba. Fue hasta ella y besó su frente.

—Te vas a curar —susurró sin apartar los labios de su frente. Regina, por su parte, casi no podía elevar su mirada ni pronunciar palabra. Estaba totalmente agotada.

Acarició su mejilla justo cuando unos pasos y una voz conocida le hicieron girarse.

—Señor Morris, me alegro de que haya llegado —pronunció.

Robert se giró para observar al hombre que le hablaba. Vestía de manera informal, con unos tejanos y una camisa de algodón blanca. «Peligroso» era

un adjetivo bastante acertado para el caso.

Ya había hablado otras veces con él y sabía de quién se trataba.

—Bronte —pronunció extendiendo su brazo hacia él para estrechar su mano. La soltó y miró alrededor, maravillado con toda la obra que se había realizado en aquel lugar—. ¿Lo habéis logrado?

Bronte sonrió de forma maliciosa y asintió.

—Sí. —Miró a Regina unos segundos y luego volvió su atención hacia él—. Solo nos queda un pequeño detalle, pero está en camino.

—¿Un detalle? —preguntó confundido.

Bronte se acercó más a él.

—El mapa.

Robert tragó saliva.

—Lo... ¿Lo tenéis?

Bronte dio un paso atrás y ladeó su cabeza hacia él.

—Más o menos. —Se quedó observando hacia el enorme túnel que habían conseguido excavar hasta los doce metros de profundidad requeridos—. Está de camino.

—¿Qué significa eso? —preguntó molestó—. Ya debería estar todo listo. —Miró de reojo a su mujer y dio un paso hacia Bronte.

—Es un pequeño contratiempo, no influye en nada.

—He invertido casi toda mi fortuna en esto. No quiero contratiempos de ningún tipo —pronunció enfurecido.

Bronte se puso erguido y dio unos pasos en su dirección, estaba claro que aquellas palabras no le habían sentado nada bien.

Se colocó frente a él con actitud intimidante.

—¿He dicho acaso que vaya a influirle en algo? —Robert dio un paso atrás—. Recuerde con quién está hablando. —Aquello hizo que bajase la cabeza. No debía olvidar con quién trataba, a quién tenía delante—. El acuerdo se llevará a cabo tal y como dijimos. Usted —dijo casi escupiendo las palabras— tendrá derecho a cogerlo primero, pero, luego, es nuestro.

—Solo me interesa una vez —confirmó él—. Necesito la vida que otorga —acabó suplicando.

Bronte miró de reojo a la mujer unos segundos, no creía que pudiese aguantar más de veinticuatro horas. Observó de nuevo a Robert, él había sido

el enlace necesario para llevar a cabo aquella excavación. Necesitaban los recursos económicos y la influencia suficiente como para conseguir llevarla a cabo, un multimillonario con recursos casi ilimitados con el que poder costearlo todo. La desesperación que lo invadía al ver que perdía a su esposa y la esperanza de una sanación milagrosa mediante ese regalo de los dioses habían sido la excusa perfecta para lograr que se vinculase al proyecto y poder aprovecharse así de sus influencias y su patrimonio.

Ahora, a pocos minutos de conseguir el regalo de los dioses que lo conduciría hasta su destino, no sentía remordimiento alguno, incluso sabiendo que aquello acabaría con la vida de muchos. Llevaban milenios esperando aquel momento y, al fin, había llegado.

—Que así sea —pronunció Bronte con frialdad—, pero recuerda, jamás deberás explicar esto. —Se acercó de nuevo de forma amenazante—. O no solo se le arrebatará la nueva vida que se le va a dar a tu mujer, sino que tú también sufrirás las consecuencias... y te aseguro que no saldrías bien parado.

Robert tragó saliva y asintió de inmediato.

Todos se giraron cuando un todoterreno derrapó cerca de ellos. Los gritos de una mujer inundaron toda la zona llamando la atención de todos los allí presentes.

—¡Cállate! —la amenazó Tritón mientras tiraba de Lucía hacia ellos.

Lucía no dejaba de resistirse. No pudo evitar mirar de un lado a otro, impresionada. Lo habían hecho. Sus cabellos volaron hacia atrás mientras observaba petrificada el profundo túnel que habían cavado en la tierra. Aquello no podía estar sucediendo de verdad, finalmente se saldrían con la suya.

Miró todo cuanto la rodeaba, sabía que Hermi había llevado a Gael junto a Neil a la excavación y estaba segura de que la estaban observando. Por otro lado, Hermi había desaparecido de su piso, así que lo más seguro es que se encontrase allí, junto a ellos, aunque todavía no hubiesen hecho acto de presencia.

Tritón la empujó hacia delante colocándola frente a Bronte. Hasta ese momento no se había dado cuenta, pero lo reconoció de inmediato. Aquel era el mismo semidiós que los había atacado en El Cairo. Centró de inmediato la

mirada en él.

—Tú —dijo con asco. Luego miró a su lado, donde un hombre trajeado esperaba junto a una mujer en silla de ruedas.

—¿Quién es ella? —preguntó Robert observándola.

Bronte sonrió hacia él.

—Nuestro mapa... —pronunció con una sonrisa perversa— y nuestro comodín para salir con vida de aquí.

Lucía se removió nerviosa, pero Tritón la cogió del brazo. Observó al hombre con atención. Él no tenía pinta de semidiós, de hecho, la mujer que lo acompañaba parecía francamente enferma.

—¿Sabe lo que está haciendo? —gritó Lucía hacia él, lo que sorprendió a todos—. Es el hijo de Hades, quieren conseguir un arma con la que podrán acabar con el... —Tritón la golpeó en el costado arrojándola al suelo. Aquellas palabras ni siquiera inmutaron al hombre, lo que le dio a entender que estaba enterado de todo—. Usted... —comentó arrodillándose sobre el barro—, condenará a todo el mundo.

Bronte reía de brazos cruzados, aunque en ese momento pudo detectar cómo la mujer elevaba la mirada hacia Robert sin comprender lo que ocurría.

—¿Ella nos llevará hasta el regalo de los dioses? —preguntó Robert.

—Así es —respondió Bronte.

Tritón se acercó a ella y la cogió del brazo para levantarla, aunque Lucía volvió a protestar intentando deshacerse de su mano. En ese momento Bronte miró su cuello.

—No tiene el colgante. —Miró a Tritón de forma amenazante—. ¿Dónde está el mapa?

Tritón lo escudriñó con la mirada y luego se señaló la cabeza.

—Lo tiene todo en su mente.

Ella lo miró sin comprender.

—¿Qué? Yo no sé nada de nada... —gritó ella.

Bronte estudió a la muchacha y luego miró hacia el túnel que se hundía en las profundidades. Dio un paso hacia él.

—Con eso me basta —contestó—. Vamos —ordenó mientras decenas de personas se colocaban a su lado vigilando.

Tritón comenzó a tirar de ella mientras un pasillo se abría entre todas

aquellas personas. ¿De dónde habían salido? ¿Eran trabajadores? No conocía a ninguno de ellos, aunque en ese momento su mirada coincidió con la de una persona situada a la entrada del túnel. Se mantenía totalmente firme, sin pestañear.

—¡Maldita seas! —gritó Lucía hacia Cristina, la cual no respondió cuando pasó a su lado, simplemente la acompañó con la mirada mientras comenzaban a internarse en la oscuridad, alejándose de los focos que iluminaban la zona de entrada—. ¡Pagarás por esto! —siguió gritando mientras la oscuridad se hacía más patente.

Unos pocos metros por delante habían instalado pequeños focos que iluminaban a duras penas el túnel.

No era muy grande, como mucho cabían cuatro personas una al lado de otra, pero sí era bastante alto, debía medir poco más de tres metros de altura.

Lucía iba prácticamente en cabeza, sujeta por Tritón, y por delante, presidiendo la comitiva, Bronte. Se giró para observar que cada vez se alejaban más de la entrada y el suelo se convertía en barro.

La seguían varias de esas personas y muy por detrás pudo comprobar que aquel hombre con traje había cogido en brazos a la mujer, siguiéndolos, internándose en aquella oscuridad.

—Esto no es bueno..., no es nada bueno —sollozó Hermi entre Gael y Neil.

La respiración de Gael se aceleró al ver cómo empujaban a Lucía al interior de aquella cueva. Se llevó la mano al bolsillo y extrajo el colgante que le había quitado unas horas antes.

Pensaba que de aquella forma la protegería, mas aquello no había servido de nada.

Las palabras de Bronte se repitieron en su mente.

«—¿Quién es ella?

—Nuestro mapa... y nuestro comodín para salir con vida de aquí».

Por un lado, ellos sabían que iría a por ella, igual que sabían que jamás haría nada que la pusiera en peligro. A aquella profundidad provocar un terremoto sería catastrófico, por no hablar de una inundación. Neil, pese a que tenía el poder del fuego, tampoco podía hacer nada y Hermi no podía sacarla de allí sin provocarle la muerte en el intento.

Por otro lado, se iban a hacer con el arma de su padre y eso no podía permitirlo. Tras escuchar la conversación entre Robert y Bronte comprendían lo que ocurría. Los hijos de Hades habían usado la financiación de aquel hombre, su patrimonio, para conseguir dar luz verde a la excavación y, a cambio, le prometían salvar la vida de su mujer enferma con el poder de aquel objeto. Un objeto que daba vida según todas las fuentes.

Aquello no era cierto, no al menos de aquella forma, y lo peor de todo es que Bronte y todos los allí presentes lo sabían, sabían que esa vida que daba no era justamente la que aquel hombre buscaba para su esposa enferma. Lo habían engañado, aunque, finalmente, conseguirían su propósito, y el regalo que su padre había dado a los atlantes sería para los hijos de Hades, pero ¿por qué? ¿Qué sentido tenía que los hijos de Hades o el propio Hades quisiesen hacerse con el arma?

Se quedó mirando al resto de personas que fingían trabajar en la excavación. Los había reconocido a casi todos.

Se había sorprendido al ver a Tritón allí, colaborando con Bronte y, por

lo tanto, con Hades. También había identificado a hijos de Deméter, la diosa de la agricultura; descendientes de Éride, la diosa de la discordia, lo cual tampoco le sorprendía tanto; de Sileno, el dios de las fuentes y de los manantiales, e incluso descendientes directos de Ares, dios de la guerra.

¿Qué estaban haciendo todos ellos allí? ¿Acaso estaban preparando una guerra?

Tras la aparición de Hermes en la excavación y que este les explicase lo ocurrido, Gael había estado a punto de pedir a Hermes que lo llevase para enfrentarse a Tritón, pero sabía que ellos, los partidarios de Hades, irían a la excavación y, además, no podía dejar que consiguiesen el arma.

Se había planteado enviar a Hermes a hablar con Poseidón, pero sabía que su padre no se andaba con chiquitas: ya había hundido la Atlántida una vez y no dudaría en inundar la zona una vez más con todos allí, incluida Lucía. Además, aquello era asunto suyo, era para lo que estaba destinado.

—¿Qué hacemos? ¿Algún plan? —preguntó Neil a su lado, observando cómo aquella expedición se perdía en la oscuridad.

Gael se quedó pensativo y miró directamente a Hermes. Quizá aquella era la única solución, era arriesgada, pero era lo único que podían hacer.

—¿Puedes llevarme con ellos?

Hermes lo miró asustado.

—¿Con... con...?

—Sí, con ellos —enfaticó—. Tienen a Lucía y si no los detenemos cogerán el arma. —Luego apretó los labios—. Déjame en la cola de la expedición.

—¿Qué quieres que haga? —preguntó Neil directamente.

Gael miró a su alrededor, comprobando la cantidad de maquinaria que había en la zona.

—Provoca el caos aquí fuera. Distráelos. Aunque son dioses menores, algunos de ellos tienen mucho poder. —Neil asintió. Luego miró a Hermes—. Vamos.

Gael iba a poner la mano en el hombro de Hermes, pero Neil lo detuvo y lo miró con fuerza.

—Suerte.

Gael desapareció junto a Hermes al instante. Neil miró hacia los lados y

luego se frotó las manos. Las colocó ante él y una llama brotó de sus dedos.

—Preparaos para una buena fiesta, hoy estoy que ardo —susurró mientras se ponía en pie, dispuesto a montar el caos allí fuera para que la presencia de Gael en el interior pasase más desapercibida.

Gael apareció justo detrás del hombre que llevaba en brazos a su mujer. Ni siquiera Robert era consciente de que lo único que hacían era utilizarlo para conseguir sus fines. Bronte era muy listo, sabía que él jamás pondría en peligro a mortales como ellos.

Pasó por su lado con la vista clavada en la espalda de muchos de aquellos semidioses que se habían apuntado a aquella expedición. Al menos, había bastante oscuridad y aquello haría que pasase más desapercibido y que no pudiesen reconocerlo al momento.

Cuando pasó al lado de Robert no pudo evitar fijarse en el rostro pálido de la mujer y tragó saliva. Sintió pena por aquel hombre, pese a actuar con egoísmo, sabiendo que expondría a la humanidad a un peligro aún mayor, este se movía por amor.

No es que lo justificase, pero, en parte, lo comprendía.

Se adelantó un poco situándose a la espalda de dos semidioses que caminaban sumidos en sus propios pensamientos y miró hacia delante.

Tenía a unos veinte más por delante antes de llegar hasta Tritón y Lucía y, por delante de estos, Bronte dirigía a todos por aquel camino que, en esa zona concreta, se internaba cada vez más en la tierra haciendo bajada. Podría fácilmente contra todos ellos, el verdadero problema era Tritón. Hermes era el emisario entre los cielos y la Tierra y Tritón era el emisario de las profundidades marinas, lo que le concedía una velocidad inigualable, superior a la que él tenía. Sin embargo, Gael poseía un mayor dominio de las aguas.

Se detuvo cuando uno de ellos resbaló por delante, a punto de caer. Se quedó quieto intentando pasar desapercibido mientras el túnel iba descendiendo más aún hacia las profundidades.

Una cosa llamó su atención. Barro. Había grandes charcos de barro con mucha agua que hacían que el paso tuviese que ser más lento.

Miró hacia detrás, ya casi ni veía la entrada del túnel.

En ese momento el camino se truncaba, debían encontrarse ya a bastante profundidad, a unos nueve metros.

El sonido de unas poleas le hizo mirar hacia delante. Habían llegado al final de aquel profundo túnel, pues unos metros por delante podía ver la pared amarronada, de arcilla húmeda.

Desde luego, Robert Morris no se había andado con tonterías. Era muy rudimentario, pero habían instalado un ascensor similar al de las minas, para unas cuatro o cinco personas, dependiendo del tamaño, que descendía por un agujero en la tierra con las medidas justas para dejar pasar aquella caja de metal.

—¡Robert! —escuchó que gritaba Bronte en su dirección.

Robert pasó al lado de Gael con su mujer en brazos, directo al ascensor.

—Mierda —susurró Gael removiéndose, observando cómo Tritón abría la puerta del ascensor formada por barrotes de hierro e introducía a Lucía con un empujón.

Tragó saliva y se movió hacia el otro lado para observar con disimulo. Aquello iba de mal en peor.

Bronte dejó pasar a Robert con su mujer en brazos y se unió a Lucía y a Tritón en el interior.

—Que nadie pase de aquí —ordenó a uno de los semidioses que iban en primera fila. Gael lo reconoció de inmediato. Garrick, uno de los descendientes de Ares, dios de la guerra.

Tragó saliva y miró hacia atrás. Aquello se estaba complicando más de la cuenta. ¿El resto no iba a bajar? ¿Se quedaban allí para vigilar?

Miró fijamente el ascensor descender y observó con detenimiento el rostro de Lucía. Estaba realmente asustada y miraba de un lado a otro como si lo buscara. Tuvo que contenerse para no echarse sobre el ascensor y sacarla de allí, pero no podía exponerse contra aquel ejército que había montado Bronte.

Se quedó observando hasta que perdió el ascensor de vista. Aquello era horrible. Necesitaba seguirlos como fuese.

Hundió el pie en el barro, notando la humedad de este, e incluso cuando lo removió apareció agua encharcada. No podía olvidar que se encontraba en una marisma, bajo ella, y que, por tanto, la tierra estaría saturada de agua. Aquello jugaba a su favor. Realmente, sin Tritón ni Bronte allí aquellos semidioses no tendrían nada que hacer frente a él. Quizá, el único que

podiese incordiarlo un poco fuese Garrick, el descendiente de Ares, pero en aquel clima, con aquella humedad y la cantidad de agua que había, dudaba incluso de que pudiese ser un digno rival.

Todos comenzaron a moverse nerviosos por la cueva hablando entre ellos.

Gael agachó su cabeza intentando pasar desapercibido, sabía que cualquiera de ellos podría reconocerlo.

Les dio la espalda y se quedó en aquella posición mientras escuchaba los chirridos de las poleas, consciente de que el ascensor seguía bajando con Lucía en su interior.

Hundió más el pie comprobando el agua que había. Sí, habría suficiente.

Justo cuando escuchó que las poleas se detenían se giró hacia atrás levemente, mirando fijamente a Garrick. Debía llegar a aquel túnel como fuese.

Apretó los puños justo cuando notó que una mano se posaba en su hombro. Se giró para observar.

—¿Gael? —preguntó una chica mirándolo fijamente.

Él la miró de reojo hasta que ladeó su cabeza hacia ella y sonrió de una forma tirante.

—Hola, Helen —pronunció con fastidio.

Helen dio unos pasos atrás, alterada.

—Mierda, mierda —gritó llamando la atención de todos los allí presentes, que se volvieron hacia ella de inmediato. Helen señaló hacia él—. ¡Gael! ¡Es Gael! —gritó.

Estaba claro que sabían quién era y lo consideraban su enemigo.

Garrick dio unos pasos al frente.

—¡Detenedlo! —gritó—. ¡Que no pase de aquí!

Gael no se hizo esperar.

No tuvo más que mover su mano hacia delante haciendo que se formase un montículo de barro acuoso que avanzaba hacia ellos a gran velocidad. No es que fuese muy alto, a duras penas superaba los tobillos de todos, pero lanzado con la suficiente fuerza hizo que todos perdiesen el equilibrio y cayeran al suelo mientras él corría tras el barro abriéndose paso.

Garrick se movió hacia el agujero mientras todos los que había por

delante iban cayendo.

—No vas a pasar... —gruñó hacia él mientras se ponía en posición defensiva.

Era bueno, en el arte de la lucha era uno de los mejores semidioses, pero ahora estaba en su terreno y aquello jugaba a favor de Gael.

No le contestó. Simplemente, mientras corría hacia él, hizo que el barro cogiese más velocidad. Como había intuido, Garrick era bueno en la batalla. Tomó impulso y saltó sobre el barro sin resbalar, aunque lo que no esperaba era que Gael, justo antes de llegar, proyectase de nuevo un buen montón de barro hacia sus ojos.

—Ahhh —gritó cerrándolos y llevándose la mano hacia ellos para limpiarse—. Serás idiota —se quejó.

Gael llegó hasta él y saltó hacia la cuerda sujetándose con las dos manos. Se impulsó hacia Garrick y lo empujó por la espalda haciendo que cayese hacia delante.

—No te quejes tanto, primo —se burló Gael mientras comenzaba a descender por la cuerda—. Me estáis comenzando a tocar demasiado los cojones. —Enrolló la pierna en ella y se dejó caer sin esperar a que Garrick se levantase.

Bajó rápidamente por la cuerda, atravesando el agujero de varios metros y, de repente, se encontró en una enorme cámara. Sin duda, aquella era la cueva que habían descubierto bajo Doñana, a unos doce metros de profundidad. Pese a la oscuridad intuía que aquella enorme gruta podía abarcar casi la mitad del parque nacional de Doñana. No había casi claridad, más que la de los pocos focos que habían instalado en el suelo, pero desde aquella altura, a medida que descendía a la máxima velocidad posible, pudo intuir cómo sobre el barro que cubría el suelo se elevaban algunas estructuras, otras permanecían casi destruidas.

—Tartessos —susurró maravillado.

Elevó la mirada cuando reconoció el rostro de Garrick asomándose por el túnel.

—¡Ehhh! ¡Gael está aquí! —gritó.

—Maldito sea —susurró mientras aceleraba la bajada, observando que a pocos metros por debajo de él estaba el ascensor vacío.

—¡Va hacia vosotros!

Se soltó de la cuerda, cayó sobre el ascensor de rodillas y de un salto descendió aterrizando sobre el barro. Allí, el agua era todavía más abundante. De hecho, notó cómo varias gotas caían sobre él, seguramente filtradas desde el techo, donde se formaban multitud de estalactitas.

Se puso en pie para correr hacia delante justo cuando tras una pequeña construcción apareció Tritón. Se quedó totalmente quieto en cuanto observó que llevaba a Lucía cogida del brazo. Al principio ella protestó ante los malos modales de Tritón, pero una vez que su mirada coincidió con la silueta de Gael se quedó quieta.

Sin duda ya habían descendido con anterioridad por la tarde, puesto que había grandes linternas y lámparas camping gas más o menos cada cinco metros iluminándolo todo.

Gael avanzó hasta colocarse cerca de la luz.

Lucía lo miraba aterrada e intentó soltarse del brazo de su captor, pero este la colocó por delante de él, como si la usase de escudo, y luego colocó una mano en su pecho.

—Eh, eh —gritó Gael dando unos pasos hacia delante, señalándolo de forma amenazante, pues sabía lo que haría—. Suéltala, ella no tiene nada que ver en todo esto.

—No me obligues a hacerle daño —amenazó Tritón.

Gael se detuvo de inmediato mientras observaba a Lucía a los ojos. Desde aquella distancia podía apreciar cómo temblaba.

Inspiró hondo intentando calmarse.

—¿Por qué haces esto? —preguntó a Tritón—. Eres mi hermano.

—Medio hermano —lo corrigió rápidamente.

—¡Tenemos el mismo padre! —recordó de forma acusadora, aunque aquello no pareció influir en Tritón, sino que extendió la mano sobre el pecho de Lucía y esta comenzó a toser, comenzando a ahogarse—. No, no, no... ¡Basta! —gritó Gael desesperado.

Al menos, aquella vez Tritón obedeció y permitió que ella recobrase la respiración.

—No te metas en nuestros asuntos —lo amenazó Tritón—. O le haré respirar el mar.

Lucía gimió intentando soltarse de él.

—¿Qué asuntos? —preguntó Gael acercándose unos pasos—. ¿Vas a entregar el arma de nuestro padre a Hades? ¿Para qué la quiere?

En ese momento, otra silueta apareció tras él caminando con calma. Bronte se situó al lado de Tritón y Lucía y ladeó su cabeza hacia Gael, escudriñándolo.

—Veo que has podido deshacerte de todos ellos —comentó señalando hacia arriba.

—Igual que me deshice de ti la última vez y de tu hermano, ¿recuerdas? —le espetó.

Bronte miró a Lucía y dio un paso más hacia Gael.

—No te conviene provocarme, niño —lo amenazó mientras señalaba con un movimiento de cabeza hacia ella.

Gael tragó saliva y la contempló unos segundos. Apretó los labios y dio otro paso hacia delante.

—No puedo permitir que os hagáis con el arma —sentenció. Al principio hubo silencio, aunque luego la risa de Bronte lo despistó. ¿Ahora se reía?—. Estás más loco de lo que pensaba.

Bronte dio unos pasos hacia delante.

—Qué inocente eres, Gael, ¿de verdad crees que lo que me importa es el regalo de los dioses? —se burló. Aquello desconcertó totalmente a Gael, que miró a un sonriente Tritón—. No, eso no es lo que me importa. Lo que me interesa es el tridente de Poseidón.

—¿El tridente? —preguntó esta vez más preocupado.

—El tridente con el que hundió la Atlántida. Y la única forma de encontrarlo es con el regalo que les dio. Esos cristales me indicarán justo el lugar en el que permanece y Tritón podrá ir a buscarlo sin más. —Luego sonrió de forma maliciosa—. El océano es demasiado extenso y profundo como para escudriñar cada metro, pero, de esta forma, sabré el lugar exacto donde encontrarlo.

Gael se removió incómodo, totalmente desconcertado.

—¿Para qué lo quieres? —gritó.

—¿De verdad que no lo sabes? Piensa, Gael, piensa —le instó.

Gael inspiró con fuerza y tragó saliva. Su mirada voló directamente

hacia Lucía, la cual se mantenía sujeta por Tritón con la mano posada sobre su pecho amenazando con ahogarla.

El tridente de su padre. Aquello era mucho peor de lo que esperaba. Aquel tridente había sido forjado por los cíclopes durante la batalla de la Titanomaquia, la guerra de los titanes en la que se enfrentaron a los dioses. Su principal misión era derrotar al titán Crono. ¿La razón? Todos los hijos que había tenido el titán Crono con Rea habían sido devorados por el padre, pues, según una profecía, uno de sus hijos sería el dios que lo derrotaría. Aquella había sido la medida que había usado; de aquella forma, con cada nuevo nacimiento el titán iba devorando a los dioses nada más nacer: Hades, Poseidón, Hera... Todos fueron devorados hasta que Rea engañó a Crono pudiendo salvar a su último hijo, Zeus. Este fue ocultado hasta que finalmente logró rescatar a sus hermanos de las entrañas de su padre. Fue entonces cuando los dioses se aliaron para derrotar a su padre, el titán Crono. Ayudados por las criaturas del Tártaro, los cíclopes les entregaron tres armas con las que vencer a Crono y entregó el tridente a Poseidón, el casco de la invisibilidad a Hades y el rayo a Zeus. De esta forma, derrotaron a Crono encerrándolo en el Tártaro para siempre. Posteriormente, los tres hermanos se habían repartido el universo: Zeus el dios de los cielos, Poseidón el dios de los mares y Hades el dios del inframundo. Sin lugar a duda, este último era el más perjudicado.

Miró con contundencia a Bronte, intentando comprender lo que ocurría.

—¿Queréis liberar a Crono? —preguntó absorto—. ¿Para eso lo necesitáis?

Bronte sonrió.

—Veo que eres más listo de lo que esperaba.

Gael apretó la mandíbula.

—Sabes lo que ocurrirá si Crono es liberado, ¿verdad?

—Por supuesto que lo sé —bromeó Bronte con tono divertido.

Gael lo fusiló con la mirada.

—De ti aún me lo esperaba, eres hijo del dios del inframundo, pero tú... —señaló a Tritón—, tú eres hijo de Poseidón igual que yo. Nuestros padres lucharon para liberarnos a todos.

—¿Liberarnos? —ironizó Tritón—. Sí, por supuesto, nos dieron la

libertad... —continuó con un tono de voz cargado de sarcasmo—. Por eso estás tú aquí y él sigue en su trono esperando que nosotros, sus hijos, libremos las batallas por ellos. Yo no me considero libre —rugió—. Solo nos usan para sus propósitos.

—Para ayudar a la humanidad —le recordó—. Esa es nuestra razón de existir.

—Por Dios, Gael..., te tiene absorbido el cerebro. Es una pena —continuó Tritón.

—¿Una pena? —arremetió—. ¿Y eso me lo dices tú? ¿El que se alía con el dios del inframundo para liberar a un ser tal maligno que tuvieron que encerrarlo en el Tártaro? Una pena dices... —ironizó—. Mucho más triste es lo que haces traicionando a tu padre y a toda la humanidad.

—¡Cállate! —gritó Tritón apretando el pecho de Lucía, amenazándola de esta forma—. No pienso ser el siervo de nadie más, ¡de nadie! —gritó.

—No, créeme que no lo serás. Si liberáis a Crono seguramente en poco menos de un minuto no existiremos —acabó dándole un tono cómico.

—¡Basta! —gritó Bronte—. No estamos aquí para escuchar sermoncitos —rugió—. Vamos a conseguir el regalo de Poseidón y a localizar el tridente tanto si te gusta como si no, y más vale que colabores porque si no... —señaló a Lucía— acabaremos con ella.

Gael miró a Lucía con firmeza. De todas formas, por lo que explicaban, solo querían el regalo de su padre para localizar el tridente, algo que él sabía a ciencia cierta que no se encontraba allí. El tridente descansaba en el fondo del mar, clavado en la Atlántida a cientos de metros de la superficie.

Aquello le daba cierta ventaja. Ahora, su prioridad era sacar a Lucía de allí sana y salva e intentar que no consiguiesen el arma. A las malas, lo del tridente podría solucionarlo más adelante.

Tragó saliva y asintió.

—De acuerdo —acabó diciendo.

Bronte dio un paso hacia él con pose amenazadora.

—Haz un movimiento en falso y Tritón acabará con la vida de Lucía —lo amenazó.

—¿Cómo piensas llegar hasta el regalo de los dioses? —preguntó Gael.

—Ella tiene el medallón en su mente, sabrá indicarnos —explicó

Bronte.

Gael negó directamente.

—Te equivocas, ella ni siquiera sabe que eso es un mapa —remarcó. Se llevó la mano al bolsillo y extrajo el medallón—. Pero yo lo tengo. —Bronte hizo ademán de cogerlo, pero Gael retrocedió de inmediato—. Ni hablar —gritó hacia él—. Iré con vosotros.

—¿Tú? —gritó Tritón.

—¿Acaso tienes miedo? —lo amenazó Gael.

—No —interrumpió Bronte mirando a Tritón—. Gael no se arriesgará a provocar un terremoto o una inundación con ella aquí.

En ese momento, desvió la mirada hacia Lucía. Por Dios, era la mujer que más quería en el mundo y que estuviese implicada en aquella situación lo desquiciaba.

—Está bien —concluyó Bronte—. Acompáñanos. Tú guías —le indicó con la mano para que pasase delante de él—, pero recuerda...

—Sí, ya lo sé —dijo pasando al lado de Tritón, que en ese momento sujetó con más fuerza a Lucía. Se detuvo ante él mirándolo fijamente—. Ahora ten tú esto presente... —dijo mirando a Bronte de reojo, aunque volvió la mirada hacia Tritón para dirigirle las siguientes palabras—, después de todo lo que estás haciendo —y durante unos segundos miró a Lucía—, no habrá profundidad suficiente en el océano que pueda esconderte de mí —sentenció.

## 29

Gael iba en primer lugar. La zona estaba realmente oscura. Al inicio habían puesto unas cuantas linternas y farolillos que iluminaban la zona donde se cogía el ascensor, pero más allá de esa zona todo era oscuridad.

Cada uno se había hecho con una de esas linternas. Gael conducía la expedición, por detrás, Bronte iluminaba por la derecha y Tritón por la izquierda, mientras mantenía con la otra mano retenida a Lucía.

Tras ellos, Robert llevaba a su mujer en brazos y le intentaba infundir calma con sus palabras.

—Te pondrás bien, cariño —susurró a Regina, la cual a duras penas podía mantener los ojos abiertos—. Todo saldrá bien —sollozó.

Aquellas palabras hicieron que Lucía se girase hacia atrás para observar. En cierto modo sentía lastima por él. Cuando se giró su mirada coincidió con la de Gael unos segundos antes de que él se volviese hacia delante.

El hecho de que estuviese allí junto a ella la calmaba. Pese a estar flanqueada por Bronte y Tritón, le reconfortaba el hecho de tener a Gael cerca.

Gael se detuvo. Bronte fue hasta su lado observando cómo el camino se bifurcaba en tres partes.

—¿Y ahora qué? —preguntó Bronte a su lado.

Gael lo miró de reojo y abrió la palma de la mano donde llevaba el medallón de Laureano.

—Se bifurca en tres caminos —susurró mientras observaba el medallón—. Igual que el tridente tallado.

Bronte se acercó para observar, pero Gael colocó una mano en su hombro y lo alejó.

—No te acerques —lo amenazó—. O te juro que lo hago añicos.

Lucía aguantó la respiración. Había conocido al Gael amistoso, divertido... Ahora era todo lo contrario, si no lo conociese le daría miedo.

Miró a Lucía unos segundos, desde luego, no tenía cara de buenos amigos.

Giró sobre sí mismo unos segundos. Laureano había sido muy listo,

realmente había sabido indicar dónde se encontraba el arma o, al menos, el camino que debía recorrerse hasta llegar al lugar donde pensaba que podría estar el regalo de los dioses.

Miró el colgante. En la parte alta se encontraban la mitad de los círculos que representaban la Atlántida, hacia abajo un pasillo y, después, se bifurcaba en tres simulando un tridente, las tres patitas.

Si la parte alta representaba la Atlántida destruida, esta debía estar en el mar.

Intentó orientarse hacia donde se encontraba el mar y puso el colgante en aquella dirección.

De los tres caminos que se bifurcaban en el colgante, el de la derecha estaba marcado. Si la orientación era la correcta debían tomar ese camino. Aquella cueva y la ciudad que albergaba en su interior era enorme; si, además, se añadía la oscuridad sin las indicaciones pertinentes sería muy difícil encontrar el camino correcto.

Miró a Lucía. Sabía que Tritón no dudaría en hacerle daño y aquello era lo único que lo mantenía alerta. Por mucho que pudiese luchar con él, en aquel momento la seguridad de Lucía le importaba más, incluso la de aquel hombre americano que llevaba a su mujer en brazos.

Necesitaba sacarla de allí y ponerla a salvo, pero no podía dejar a Bronte y a Tritón allí para que se apoderasen del arma.

Miró su reloj de muñeca. Marcaba casi las doce de la noche.

—Hay que tomar el camino de la derecha —indicó. Luego fue hacia Lucía, la cual se mantuvo en silencio.

—Eh —se quejó Tritón cuando se acercó. Fue a ponerle una mano en el pecho para evitar que se acercase a ella, pero Gael la cogió y se la retorció levemente.

—No me tientes —dijo entre dientes—, los dos somos hijos de Poseidón, pero recuerda que yo soy más joven. —Desvió la mirada hacia Lucía—. ¿Cómo estás?

Ella tragó saliva mirando de reojo a Tritón y luego asintió hacia Gael.

—Bien —susurró.

—Esto acabará pronto —prometió intentando calmarla.

Bronte dio unos pasos hacia él.

—Esto acabará cuando encuentre lo que estamos buscando —gritó—. Así que vamos o te juro que ella no saldrá de aquí con vida —amenazó.

Gael apretó los labios y se giró hacia Bronte. De todas formas, ya sabía lo que necesitaba. Gracias al mapa conocía la ubicación del arma y, por lo que parecía, no debía estar muy lejos. Ahora, lo que más le importaba era sacar a Lucía de allí, sabía lo que esa arma podía desencadenar, aunque aquello ahora era irrelevante.

—Ese camino a la derecha, ve tú mismo —indicó—. Ella y yo nos quedamos aquí.

Bronte ladeó su cabeza hacia un lado.

—¿De verdad crees que voy a dejar que se marche? Ella es la única opción que tengo de encontrarlo realmente, de que no te vuelvas loco y lo inundes todo.

Gael miró de reojo a Lucía.

—¿Sabes? —bromeó Gael—. Creo que no entiendes la situación. Tritón y yo podemos respirar bajo el agua. Yo puedo darle oxígeno a ella sin problema, pero ¿tú? —preguntó dando un paso hacia delante—. ¿Quién te va a dar oxígeno a ti? ¿Tritón? —ironizó—. La verdad es que puede ser muy divertido.

—Si haces algo que no debes Tritón la ahogará.

—Y yo te ahogaré a ti, ¿entiendes? —amenazó dando un paso al frente—. Así que vamos a dejar las cosas claras. Tanto tú como yo sabemos de lo que es capaz el regalo de mi padre, así que, si quieres que te acompañe, que te indique dónde está, ella se quedará aquí.

—¿Y arriesgarme a...?

Se quedó en silencio cuando la tierra comenzó a temblar. Miró a Gael con gesto enfadado. Él le sostenía la mirada.

—Detén el terremoto —ordenó Bronte. Luego miró a Tritón—. ¡Hazlo!

Tritón llevó la mano hasta el pecho de Lucía.

—¡Atrévete! —rugió Gael.

Gael inspiró intentando relajarse mientras Tritón lo observaba. Bronte disuadió a Tritón con un movimiento de mano.

—Esto funciona así. Iremos hasta el arma. La cogeremos y entonces, solo entonces, podrás llevártela.

Todos se giraron cuando vieron que Robert avanzaba en la oscuridad. Había cogido una linterna y la sujetaba con la mano del brazo con que mantenía recostada a Regina.

Ninguno de ellos había sido consciente de la presencia de Robert, pues se había mantenido en silencio todo el rato.

—Se te va a adelantar —comentó Gael hacia él.

Bronte resopló e indicó a Tritón que avanzase con Lucía. Aunque Tritón tiró de ella del brazo, Gael caminó a su lado. Lucía giró su rostro hacia él. Gael tenía una mirada decidida.

Lucía notó cómo la mano de Gael acariciaba la suya intentando tranquilizarla. Aquel contacto la calmó.

Avanzaron por aquella antigua calle con muros bajos a los lados de casas destruidas.

Aquello era una verdadera locura. Se encontraba allí, en Tartessos, en una de las primeras civilizaciones ibéricas, y no podía disfrutar nada de aquel descubrimiento arqueológico sin igual.

No había un solo edificio en pie, solo ruinas de lo que había sido una de las mayores civilizaciones de todos los tiempos. En otro momento, aquello había sido la cuna de la civilización de la península ibérica.

Tragó saliva y miró a Gael, a su lado.

—Tranquila —susurró mientras miraba a Tritón, que no quitaba ojo de la espalda de Bronte, varios metros por delante de ellos. Volvió la mirada hacia ella—. Pero prepárate.

Aquello la puso en alerta y tragó saliva.

—¿Para qué?

—Si usan el regalo de mi padre se...

Gael guardó silencio cuando Bronte exclamó.

Todos miraron hacia delante. Aquel camino los había conducido a una placita. Era pequeña, rodeada de muros que solo se mantenían en pie un metro como máximo.

En el centro había una columna de un metro de alto y, justo sobre ella, cuando Robert indicó hacia el lugar con la linterna, destellos de luz lo iluminaron todo, reflejando pequeños arcoíris en los muros de piedra que rodeaban la columna.

—Es... es... —susurró Robert totalmente impresionado, sin poder acabar la frase.

Se agachó sin apartar la mirada de aquellos cristales y depositó a su mujer en el suelo con sumo cuidado.

Bronte dio unos pasos, también impresionado, hacia delante.

—El arma —susurró anonadado—. El regalo de Poseidón.

Gael miró de un lado a otro, nervioso. Sabía que ese no era su objetivo principal, que no era lo que buscaba Bronte realmente, que tendría más adelante la oportunidad de poder arrebatarla una vez sacara a Lucía de allí, pero igualmente notó que la piel se le erizaba, pues sabía cuál era el poder y las consecuencias de su uso.

En ese momento, se dio cuenta de que tanto Bronte como Tritón se habían quedado embobados mirándola. La imagen era hipnótica.

El objeto que tenían ante ellos consistía en un pequeño cetro con un mango de oro de menos de un metro de largo, en cuya parte superior se incrustaba una enorme piedra azul, flanqueada por dos pequeñas piedras de cuarzo blanco que se sustentaban en dos finas varillas, dando a la pieza el aspecto de un pequeño tridente.

Los tres cristales emitían destellos de luz hacia el suelo y hacia el alto techo cuando la linterna de Robert coincidía con ellos, iluminándolo todo como si fuese prácticamente de día.

—Esto es... —susurró Robert mientras se acercaba extasiado— el regalo de Poseidón.

Gael tragó saliva y miró de reojo a Lucía, la cual se mantenía estática. Tritón había avanzado unos pasos al igual que Bronte, olvidándose de ellos.

La cogió del brazo despertándola de su sueño, pues miraba hacia los cristales con los ojos muy abiertos y la hizo retroceder con cautela.

—No te acerques —susurró Gael sin apartar la mirada de los hombres que se encontraban unos metros por delante.

Bronte llegó hasta Robert, descubriendo que de su frente caían gotas de sudor, seguramente provocadas por los nervios.

Observó el artilugio unos segundos y llevó su mano hasta el mango, aunque Robert se la apartó.

—Un trato es un trato —pronunció con voz firme, y llevó la mirada

hasta su mujer tendida sobre las piedras.

Bronte se puso firme e inspiró cargándose de paciencia.

—Está bien —tendió la mano hacia él, como si le otorgase el permiso para poder cogerlo. Luego miró a Tritón—. ¿Cómo se usa?

Tritón parpadeó varias veces mientras se acercaba.

—Hay que unir los dos cristales de cuarzo al central —explicó.

Bronte resopló fijándose en el mecanismo.

—¿Y cómo se hace? —preguntó Robert esta vez.

Gael empujó un poco más a Lucía haciéndola retroceder con disimulo y se colocó ante ella.

—No te apartes de mi lado —susurró hacia detrás colocando a Lucía a su espalda.

Robert cogió el mango para observar el mecanismo más de cerca y, en ese momento, los cristales comenzaron a brillar con fuerza, haciendo que la luz brotase de forma casi cegadora.

—Mierda —susurró Gael retrocediendo un poco más. Jamás había visto el arma en funcionamiento, pero sabía lo que haría. El regalo de Poseidón otorgaba vida, eso era lo que habían dicho y, en cierto modo, así era, aunque no de la forma en que Robert o el resto creían.

Hermes se había encargado de informarle, de ponerle sobre aviso: «Allá donde hay agua, hay vida», había pronunciado.

Aquello no era más que una fuente inagotable de vida, de agua, que había permitido a los atlantes mantener sus cultivos, sus ríos, disponer de agua potable que beber sin limitación y crear aquel lugar al que los egipcios llamaban su paraíso, pero también había sido usada por estos para conquistar tierras, para inundar ciudades enteras que se oponían a ser sometidas. Aquella había sido la causa del fatal desenlace de la Atlántida. Aquel regalo con el que Poseidón pretendía mejorar la vida de sus súbditos, estos lo habían empleado para acabar con las poblaciones que no se dejaban conquistar, para sepultar bajo las aguas poblaciones enteras, ciudades insurrectas y, en definitiva, a todo aquel que no obedeciese.

Y aquello era lo que iba a ocurrir a continuación si no sabían manejarla.

Gael echó la mano hacia atrás y cogió del brazo a Lucía para mantenerla cerca. Justo en ese momento los dos cristales comenzaron a girar alrededor de

la piedra azul, inicialmente de forma lenta, pero incrementando su velocidad cada vez más a medida que pasaban los segundos. Así, un zumbido comenzó a escucharse en toda la estancia, proveniente del rápido movimiento de los cristales al girar.

—Funciona —exclamó Robert. Asió el mango con más fuerza y corrió hacia su mujer agachándose a su lado.

—No —susurró Gael, aunque nadie excepto Lucía lo escuchó.

Sin soltar el arma, que cada vez giraba con más fuerza, cogió a su mujer con un brazo sosteniéndola contra su pecho.

—Cúrala —suplicó hacia el arma—. Dale la vida.

Gael tragó saliva mientras sujetaba a Lucía con más fuerza.

—¡Suéltala! —ordenó Gael llamando la atención de todos, aunque el zumbido cada vez era más fuerte.

Robert miró directamente hacia él y sollozó.

—Tengo que salvarla —lloró hacia él, lo que hizo que Gael tragase saliva e incluso se compadeciese—. Ella no se merece esto.

Apretó la mandíbula.

—No la salvarás con eso. ¡La matarás! —gritó intentando advertirlo, pues el zumbido comenzaba a ser ensordecedor.

Robert negó mientras su cuerpo comenzaba a temblar por los nervios.

—No, necesito la vida que otorga... Necesito que ella...

Un estallido hizo que toda la cueva comenzase a temblar.

Sin previo aviso explotó en medio de aquella arma, justo donde se encontraba la piedra azul, el estallido de luz más potente que había visto en su vida, lo que hizo que todos cerrasen los ojos durante unos segundos, cegados.

El agua comenzó a brotar de aquella luz como si se tratase de una catarata, inundando todo el suelo en cuestión de segundos.

Gael retrocedió más cuando el agua llegó hasta sus pies. Fijó la mirada de nuevo en Robert, que miraba confundido todo a su alrededor, sin comprender lo que ocurría.

—¿Qué es esto? —gritó enfurecido, soltando el arma y cogiendo a su mujer entre sus brazos, poniéndose en pie rápidamente.

El arma cayó al suelo, pero el agua brotaba con tanta fuerza que

ascendía sin parar y le llegaba casi por las rodillas.

Entonces, Bronte miró el arma y salió disparado hacia ella, pero Gael ya se había dado cuenta de la intención de este y corrió en su dirección. Pese a que tenía mucha más agilidad en el agua que Bronte, la cercanía de este al arma le hizo cogerla antes de que Gael pudiese impedirselo.

Lucía gritó mientras retrocedía, pues el agua ya le llegaba a la cintura.

Jamás había visto algo así. De aquella luz cegadora salía tal cantidad de agua que si no la paraban inundaría toda aquella cueva en pocos minutos.

En ese momento, Robert pasó al lado de ella con su mujer en brazos intentando huir de la zona, dirigiéndose por aquel camino en dirección al ascensor.

—¡Dios mío! —gritó Lucía cuando el agua comenzó a llegarle por el pecho.

No es que fuese una experta nadadora, pero al menos sabía mantenerse a flote.

Se giró hacia Gael justo cuando este interceptó a Bronte, que mantenía el arma sujeta, y lo hundió en el agua.

Se giró observando cómo en la lejanía se perdía Robert.

Comenzó a caminar en dirección al ascensor, debía salir de allí como fuese o acabaría ahogada. Cuando el agua le llegó por encima del pecho dejó de caminar y comenzó a nadar dando brazadas con toda la fuerza que podía.

A la velocidad a la que subía el agua estaba segura de que aquella enorme cueva estaría inundada en pocos minutos. Debía mantenerse a flote lo máximo posible y acercarse al agujero del techo para poder escapar por él.

Gritó cuando intentó hacer pie y ya no llegaba. Pese a que el agua no dejaba de aumentar su nivel, la luz que emitía aquella arma era tan potente que incluso a la distancia a la que se encontraba seguía llegando su luminosidad, permitiéndole trazar el camino que debía conducirla hasta el agujero, aunque aún estaba demasiado lejos como para poder verlo desde allí.

—Cielo santo —gritó cuando se dio cuenta de que el nivel seguía subiendo sin parar. No iba a conseguirlo si seguía ascendiendo a aquella velocidad.

Gael golpeó con fuerza a Bronte, que salió disparado hacia la profundidad, aunque reaccionó con rapidez y se impulsó en el suelo para

ascender hacia la superficie, pues él, a diferencia de Gael, no podía respirar bajo el agua.

Gael se dirigió veloz hacia abajo para cortarle el paso y arrebatarse el arma, pero fue interceptado por Tritón, que lo apartó de su trayectoria.

Aunque logró apartar a Gael de Bronte mientras este seguía subiendo a la superficie a toda prisa, no pudo apartarlo de él.

Se agarró a su brazo, reteniéndolo. Debía impedir que se llevasen el arma y sabía que el único que podía hacerlo era Tritón.

Rodeó con sus dos piernas la cintura de este y lo hundió mientras miraba hacia la superficie, comprobando que Bronte había llegado y comenzaba a nadar. En ese momento miró hacia los lados. ¡Lucía! La había visto nadar en dirección a donde se encontraba el ascensor. Según sus cálculos, la velocidad a la que nadaba no le permitiría llegar antes de que toda la cueva con la ciudad de Tartessos quedase inundada.

Cuando llegó al fondo, sujetando todavía a Tritón, que se removía entre sus piernas para liberarse e ir en busca de Bronte, golpeó su mejilla. Sí, Tritón era hijo de Poseidón y de la diosa Anfítrite, no tenía mitad humana, pero la edad lo hacía más lento.

El golpe en la mejilla le hizo echar la cabeza hacia atrás y chocar contra el suelo, pero tomó impulso con las dos manos y arremetió directamente contra Gael golpeándolo en el estómago, lo que hizo que pudiese escapar de entre sus piernas y comenzase a alejarse. Sin embargo, Gael no lo iba a dejar escapar tan fácilmente, si bien él tenía un mayor control del agua para dirigirla a voluntad, Tritón era mucho más rápido en este medio. Gael podía nadar y bucear a una velocidad impensable para un ser humano, igualando a la del animal más veloz de los mares, el tiburón mako, capaz de conseguir más de ciento treinta kilómetros por hora, ahora bien, lo que conseguía Tritón era prácticamente lo mismo que Hermi, pero en el agua se trasladaba de un punto a otro y sabía que si permitía que llegase hasta Bronte ambos podrían escapar sin problema.

Lo cogió del pie impidiendo que se alejase, aunque el impulso que se había dado Tritón hizo que le costara bastante frenarlo, teniendo casi que clavar los pies en el suelo para lograr detenerlo.

No lo iba a consentir, no iba a dejar que se llevasen el arma. Sabía que

pretendían abrir las puertas del Tártaro y aquello no sería solo el final de los dioses, sino de la humanidad, pues Crono no dudaría en exterminar la especie.

Por otro lado, ellos siempre se habían mantenido ocultos, interactuando única y exclusivamente con algunos humanos en particular y revelando su secreto a muy pocos. ¿Cómo reaccionaría la humanidad si de repente fuese consciente de todo?

No podía dejar que la humanidad asumiese tal riesgo.

Hizo toda la fuerza posible y empujó de nuevo a Tritón al fondo junto a él, pero este giró rápidamente y golpeó con su pierna el rostro de Gael, aunque no consiguió zafarse de él por más que lo intentó.

Tritón rugió. Aquel muchacho tenía más fuerza que él. Solo le bastaba un segundo en que estuviese libre para poder alejarse, pero Gael se aferraba como una lapa marina.

En ese momento, le llamó la atención que Hermes apareciese a su lado, aunque estaba claro que no estaba preparado para que todo estuviese inundado y comenzó a agitarse mientras se orientaba y expandía los mofletes aguantando la respiración.

—Saca a Lucía de aquí —gesticuló con la boca Gael.

Hermes desapareció de repente, tampoco es que fuese muy buen nadador, lo suyo era transportarse de un lugar a otro directamente, pero por tierra. Al menos podría indicarle el camino a Lucía, no podría sacarla de allí transportándola, pero sí indicarle el rumbo que debía seguir, lo cual ya era mucho.

Se colocó sobre la espalda Tritón a horcajadas, impidiendo que volviese a elevarse mientras observaba hacia la superficie. Debía faltar poco más de un metro para que el agua llegase al techo de la cueva. Fijó el rumbo hasta Bronte, el cual nadaba también en dirección al ascensor, aunque con pasmosa agilidad.

Sabía que lo interceptaría en pocos segundos, pero el problema es que Tritón podía hacerlo mucho más rápido que él y llevárselo. Necesitaba retenerlo lo suficiente como para llegar hasta Bronte antes que él.

Miró hacia los lados mientras luchaba por mantener a Tritón contra el suelo, buscando algo con que sujetarlo. Allí no había nada y el tiempo se le

acababa, pues tampoco podía permitir que Lucía estuviese en aquella cueva inundada mucho más.

Fijó la mirada en una de las linternas. Se echó hacia delante haciendo fuerza con las piernas para que Tritón no se le escapase, estirando lo máximo posible el brazo para poder cogerla.

Tritón no dejaba de intentar escurrirse para poder liberarse, lo que dificultaba el trabajo de conseguir la linterna sin que se le escapase.

Logró tocar con las yemas de los dedos el metal de la linterna y la hizo rodar hacia él mientras con el otro brazo y todo el peso de su cuerpo mantenía a su oponente contra el suelo.

La logró coger entre sus dedos y elevó el brazo para tomar impulso. Era posible que no consiguiese nada, que solo lograra aturdirlo unos segundos, pero puede que fuese suficiente como para llegar hasta Bronte y arrebatarse el arma, era lo único que necesitaba.

Con todas las fuerzas que pudo golpeó la cabeza de Tritón con el mango haciendo que saliese disparado hacia el lado. No esperó un segundo. Soltó la linterna, se arrodilló flexionando las piernas y salió despedido hacia la superficie en busca de Bronte.

Solo le bastaban unos pocos segundos para llegar hasta él, pero, por lo visto, Tritón tenía la cabeza demasiado dura.

Supo en ese mismo instante que Tritón también se había dado impulso a mucha más velocidad que él, pues el agua creó unas ondas por la fuerza de nado de este.

Fijó la mirada en Bronte, a pocos metros de él, que sacaba la cabeza entre el agua y el tech, en el poco espacio que había con oxígeno y que solo permitía tener la cabeza hacia arriba. Bronte seguía sin soltar el arma. Si algo le había quedado claro es que ninguno de ellos conocía su manejo, ni siquiera sabían detenerla.

Locos e imprudentes, podían armar el caos en el mundo en cualquier momento.

Nadó todo lo rápido que pudo y fue a estirar el brazo para llegar hasta Bronte y sujetarlo por la pierna cuando una fuerte corriente lo impulsó hacia el lado.

Supo de qué se trataba, sobre todo cuando Bronte desapareció de

enfrente de él. Tritón era rápido, demasiado rápido incluso para él. Había llegado hasta Bronte y se lo había llevado. Seguramente, en esos momentos, ya estarían subiendo por el agujero para salir de la cueva.

Salió a la superficie y, entonces, fue consciente de que no había prácticamente espacio para respirar, a duras penas podía sacar la nariz.

—Lucía —susurró.

Notó cómo el corazón le daba un vuelco. Miró de un lado a otro y se movió a gran velocidad en dirección al ascensor, buscándola.

A lo lejos pudo intuir cómo ella buceaba casi sin fuerzas, al lado de Hermes, pues ahora la única luz que los iluminaba era la que entraba por el agujero a través del cual habían accedido y que formaba un haz de luz hacia abajo indicando la salida, pero aún estaban demasiado lejos y Lucía no aguantaría la respiración tanto rato.

Se movió hacia allí todo lo rápido que podía.

Lucía estiró de nuevo sus brazos notando cómo los pulmones iban a explotarle, cómo un zumbido se instalaba en su cabeza. Aquel haz de luz que representaba salvar su vida estaba demasiado alejado como para llegar, aun así, Hermes tiraba de ella sujetando su mano. No lo conseguiría.

Miró hacia Hermes justo cuando este desapareció. Al verse sola se asustó más todavía, sin poder aguantar la respiración. Jamás había notado una angustia así, solo esperaba que fuese rápido, que no sufriese demasiado.

Iba a perder ya el sentido cuando notó que unas manos la agarraban por la cintura y la hacían girar rápidamente. Entre la oscuridad pudo ver el rostro de Gael. No esperó. Juntó sus labios a los suyos haciéndole abrir la boca e insufló el oxígeno que tanto necesitaba. El aire que él le daba era caliente, proveniente de su interior, pero lo suficientemente oxigenado como para hacerla ser consciente de todo de nuevo, pues la vista se le había comenzado a nublar pocos segundos antes.

Gael la rodeó con los dos brazos manteniéndola contra él, notando cómo el corazón de ella estaba disparado por la falta de aire y cómo, poco a poco, iba recuperando el tono muscular, pues cuando la había cogido entre sus brazos era casi un peso muerto.

En ese momento se calmó un poco, pues los últimos metros hasta llegar a ella le había parecido ver que perdía el conocimiento.

La apretó más fuerte contra él y nadó esta vez más despacio para no perder el contacto con ella y darle el oxígeno que necesitaba hasta lograr salir de allí.

Lucía se agarró a sus hombros mientras él los conducía hacia la salida, con los ojos cerrados, intentando calmarse y recuperar el aliento. Jamás se había sentido más cerca de la muerte como en aquel momento. Se agarró a él sabiendo que su vida dependía de aquellos labios hasta que Gael se detuvo.

Insufló aire de nuevo y se separó de ella sin soltarla para mirar hacia arriba, mientras Lucía lo imitaba.

El ascensor estaba obstaculizando la salida. Seguramente Robert habría logrado salir con su mujer de allí. Gael miró de un lado a otro rápidamente buscando otra salida y volvió a acercarse a ella para darle oxígeno. Al menos, los latidos del corazón de ella se habían calmado bastante.

Una potente luz que provenía del agujero le hizo separarse de nuevo de ella para observar. ¿Alguien había descolgado el ascensor rompiendo la cadena?

Se movió rápidamente hacia un lado con ella en brazos mientras volvía a insuflarle aire y el ascensor caía al fondo de aquella cueva agitando todas las aguas.

Desde luego, alguien tenía que explicarle medidas de seguridad a Hermes. Las intenciones eran buenas, les había despejado la salida, pero Hermes podría haberle avisado al menos. Si no tuviese las capacidades que tenía el ascensor habría caído sobre ellos arrastrándolos de nuevo hacia el fondo.

Se movió rápidamente hacia el agujero y finalmente salieron a la superficie, momento en que separó los labios de ella y Lucía elevó su cuello hacia arriba respirando una gran bocanada de aire fresco.

Gael miró hacia el inicio del agujero, aunque se sorprendió cuando se dio cuenta de que Hermi no estaba solo. Había ido en busca de refuerzos, no solo de Neil, que sin duda era quien había quemado la cadena de hierro fundiéndola y haciéndola caer hacia abajo, pues el hierro aún estaba rojo por donde lo había tocado, sino que arrodillados alrededor del enorme agujero se encontraban Karan y Elin.

—¿Estás bien? —preguntó directamente Hermes.

—Sí, los dos estamos bien —respondió él, pues Lucía aún intentaba recuperar el aliento. Miró hacia Neil y luego a Karan—. ¿Quién de vosotros dos ha echado el ascensor abajo de esa forma?

Karan señaló con un movimiento de cabeza a Neil, que chasqueó la lengua.

—Era urgente —se excusó.

Gael resopló mientras mantenía sujeta a Lucía, que en ese momento ya rodeaba con sus brazos sus hombros, manteniéndose a flote.

—¿Y tú no podrías haberlo subido del todo? —preguntó a Hermes—. Casi nos aplasta.

—Habían encallado la palanca —gritó Hermes.

—¿Y para qué cojones traes a Karan? —Miró directamente hacia él—. ¿No se supone que manejas la electricidad? ¡Haberlo arreglado!

Karan arqueó una ceja.

—Le hubiese metido tal voltaje que lo hubiese acabado de romper. — Luego miró al resto de sus compañeros, mosqueado—. Es un poco desagradecido, ¿no?

—¡Tirad una cuerda! —gritó Gael desde abajo haciendo caso omiso a las últimas palabras de Karan.

Elin fue quien se levantó para coger una de las cuerdas y entregársela a Karan, que se encontraba al lado.

—Si la atas a la plataforma —informó señalando el hierro—, aguantará y podremos subirlos.

Karan ladeó su rostro y medio sonrió hacia ella.

—Gracias por la información, rubia —contestó mientras iba hacia el hierro que había sujetado el ascensor.

Aquel «piropo» hizo que Elin pusiese su espalda recta y entornase sus ojos.

—¿Cómo me has llamado? —preguntó mosqueada mientras daba unos pasos en su dirección.

El tono de voz que empleó la muchacha los sorprendió a todos, incluso a Karan, que se giró para observarla bastante sorprendido.

—Bueno, eres... eres rubia, ¿no? —preguntó consternado.

Se colocó frente a él con las manos en la cintura.

—Sí, pero no me gusta que me llamen así, me llamo Elin —contestó tajante.

Karan anudó con fuerza la cuerda y la arrojó por el agujero para que Gael pudiese cogerla.

—De acuerdo, pues, Elin —contestó con ironía. Miró a Neil e hizo un gesto gracioso con su rostro—. Menudo genio se gasta la rubia —susurró a su compañero.

Gael cogió la cuerda con una mano y miró a Lucía. Ya estaba mucho mejor, al menos, su respiración era sosegada.

—¿Estás bien? —preguntó con delicadeza.

Ella asintió.

—Sí, gracias —susurró.

Gael sonrió y no pudo evitar besarla. Un beso corto, pero intenso. Había estado tan cerca de perderla que el miedo aún lo atenazaba, pero, ahora, debía esforzarse, centrarse y recuperar el arma antes de que se hiciesen con el tridente de su padre.

—Cuánto amor..., primo —bromeó Karan desde arriba, observándolos.

Aquel comentario en tono irónico se llevó las miradas de todos los allí presentes.

—Quizá a ti no te iría mal un poco de amor —comentó Elin situándose a su lado.

Karan chasqueó la lengua.

—Tengo todo el amor que necesito: cuando y donde quiero. —Luego le guiñó el ojo.

—Puaaajj —comentó Elin apartándose de él.

Gael se dio media vuelta.

—Sujétate a mi espalda —explicó mientras se la ofrecía y con las dos manos se agarraba con fuerza a la cuerda. Cuando notó que ella había adoptado una postura como si se tratase de una niña subida a caballito miró hacia arriba—. ¡Preparados! Ya podéis subirnos.

En ese momento los cuatro se miraron. Neil arqueó una ceja hacia Karan, que suspiró.

—Eh, venga... —continuó Gael mientras colocaba las piernas en la pared y comenzaba a trepar—. No nos iría mal una ayuda...

—No seas comodón —se burló Karan.

Elin miró a Neil y a Karan arqueando una ceja, con cierta socarronería, aunque se centró más en el griego.

—¿No dicen que eres superfuerte? —preguntó con mofa—. ¿No te ves capaz?

Karan sonrió de forma forzada. Estaba claro que intentaba provocarlo.

—Lo que dicen es que destruyo cosas —aclaró—, y no precisamente con la fuerza.

Ella se encogió de hombros.

—¿Necesitáis una recarga? —preguntó con ironía hacia los dos—. Os puedo dar un buen chute de energía para que tengáis la suficiente fuerza como para coger una cuerda y tirar de ella.

Neil y Karan suspiraron.

—No, no hace falta —contestó Neil mientras la cogía.

Poco después, Neil ayudaba a Lucía a bajar de la espalda de Gael, que miró de un lado a otro rápidamente.

—¿Y el resto de los que ayudan a Bronte? —Y centró la mirada en Neil.

—La gran mayoría se han ido asustados... —Chasqueó la lengua—. Sobre todo, cuando Karan ha aparecido aquí y lo han reconocido.

—No sé por qué provooco ese efecto —bromeó él.

Elin lo miró extrañada.

—Yo tampoco. —Se encogió de hombros mientras él la miraba con intensidad.

Neil ignoró a los dos.

—El resto se ha ido en cuanto Tritón y Bronte han salido del agujero.

Gael se puso firme, con la mirada irritada.

—¿Y no los habéis detenido? —gritó hecho una furia.

—Eh, eh..., cálmate —le instó Karan, impresionado por su carácter—. No nos ha dado tiempo. Hermes ha venido a buscarnos —señaló a Elin también— y hemos llegado justo cuando salían de la cueva. Tu amigo —señaló a Neil— estaba luchando contra el resto. Y, la verdad, creíamos que era más urgente sacarte de ahí, bueno..., a ella —dijo sonriente. Carraspeó y sonrió a Lucía de forma encantadora—. Por cierto —dijo dando unos pasos hacia delante—, soy Karan, no nos habían presentado. La vez que nos vimos

estabas inconsciente —dijo alzando su mano.

Lucía miró de reojo a Gael, pues Karan habían usado un tono meloso con sus últimas palabras.

Gael abofeteó la mano de Karan apartándola de ella y miró a Lucía.

—Es mi primo.

Lucía lo miró impresionada.

—El... el hijo de... ¿Zeus?

Karan sonrió.

—El mismo.

Elin se acercó también.

—Yo soy Elin.

Esta vez sí estrechó su mano.

En ese momento unos sollozos inundaron la cueva. Todos se giraron hacia atrás. Robert permanecía por detrás de ellos, arrodillado en el suelo con su mujer en brazos.

—Regina, por favor... —sollozó pasando una mano por su mejilla.

Gael tragó saliva y miró de reojo a Lucía.

—¿Están aquí? —preguntó ella.

Hermi fue quien contestó.

—Sí, estaba aquí cuando hemos llegado.

Gael apretó los labios y dio unos pasos al frente.

—¿Has encallado tú la palanca del ascensor? —gritó hecho una furia, pero Lucía lo cogió del brazo para contenerlo.

Robert alzó la mirada hacia él. Tenía los ojos cargados de lágrimas.

—No —sollozó—, no fui yo. Tritón. —Fue lo único que dijo mientras pasaba la mano por la mejilla de su esposa.

Fue entonces cuando Gael se dio cuenta de que el pecho de la mujer no se movía, algo de lo que Lucía ya era consciente desde que la había visto.

—No está... —gimió acariciando el cabello mojado de su mujer—. Se ha ido —sollozó—. Mi vida..., yo... no he podido salvarte.

Gael tragó saliva y dio un paso atrás, aunque todos miraron directamente a Elin cuando se acercó para observar a la mujer. Se arrodilló a su lado y cogió su mano.

—¿Qué le ocurre? —preguntó con delicadeza.

—Cáncer. Tenía cáncer de páncreas. —Tragó saliva y la abrazó contra él, meciéndola—. Él... Él me prometió que la curaría, que se pondría bien... —siguió llorando—. Yo... no puedo vivir sin ella...

Neil se giró hacia Gael.

—¿Él? ¿A quién se refiere? —preguntó sin comprender.

—Bronte —respondió directamente—. Él financió la excavación para encontrar el regalo de los dioses. Bronte le prometió que el arma podía devolverle la vida.

Robert lo miró enfurecido.

—¡Me engañó! —gritó con dolor.

—Nunca te fíes del hijo del dios del inframundo —comentó Karan.

Elin pasó una mano por el rostro de ella y miró a Robert.

—Aún no está muerta —susurró. Robert la miró sin comprender—. Tiene el pulso muy débil, pero su corazón sigue latiendo.

Robert incrementó su llanto y miró a Elin.

—Es una mujer muy fuerte. Siempre lo ha sido.

Elin se quedó observándolo un rato y luego miró de reojo a sus compañeros, bastante dubitativa. Finalmente, puso una mano en su frente y cerró los ojos ante la mirada sorprendida de Robert, aunque un pequeño grito se escapó de sus labios cuando de su mano comenzó a emanar una luz dorada. Elevó la mirada hacia Elin, que permanecía con los ojos cerrados, con una suave brisa meciendo sus cabellos, hasta que los abrió y apartó la mano de la frente de Regina.

—Marchaos de aquí —susurró.

Robert la miró sin comprender y finalmente posó la mirada en su mujer, que abría los ojos muy lentamente. El hombre ahogó un grito de incredulidad y acarició la mejilla de su mujer.

—¿Regina? —preguntó totalmente anonadado, con las lágrimas resbalando por sus mejillas e incapaz de controlar el llanto.

—Robert —susurró ella.

—Estás... Estás... —comentó con voz temblorosa, luego miró directamente a Elin con una mirada de agradecimiento que no podía describirse con palabras—. Gracias —sollozó mientras abrazaba a su mujer—. Gracias, gracias, gracias...

Elin se levantó lentamente y asintió.

—Puede que esté un poco débil unos días..., pero se pondrá bien —explicó ella.

Robert tragó saliva, sin ser consciente aún de lo que había ocurrido. Se puso en pie con su mujer en brazos, mirándolo todo, intentando ubicarse.

—No sé qué decir —dijo Robert hacia Elin, luego miró al resto y concretamente a Gael y a Lucía—. Siento haber ocasionado tantos problemas —pronunció arrepentido.

Gael no dijo nada, simplemente apretó los labios y asintió. Tampoco podía reprocharle nada tras ver aquella escena. Sabía que no era justo lo que había hecho, pero también era consciente de la desesperación que lo azotaba —. Cualquier cosa que necesitéis...

—Sí, sí... —interrumpió Karan—, ya te avisaremos —pronunció sin darle importancia—. Ahora, márchate de aquí. —Quedó claro como el agua que Karan no tenía tanta paciencia como el resto de sus compañeros y que parecía molesto con la actuación de Robert, pese a saber que los motivos de este no eran otros que el amor que profesaba a su mujer—. Pero no vuelvas a meterte en asuntos de dioses o la próxima vez...

—Karan —lo interrumpió Gael—, creo que ya lo ha entendido.

Aquello no disuadió a Karan, que se acercó a él con movimientos bruscos.

—Por si acaso... —pronunció antes de colocarse frente a Robert—. Y de lo que has visto aquí, ni una palabra —lo señaló con el dedo, con una mirada capaz de asesinar a cualquiera—. Como digas una sola palabra sobre lo que has visto, lo que sabes, o sobre nosotros te aseguro que yo mismo iré a deshacer lo que la rubia ha arreglado.

Elin lo miró enfurecida de nuevo, aunque se abstuvo de decir nada. Lo cierto es que Karan sí que daba miedo cuando se enfadaba.

—Largo —ordenó señalando hacia la abertura.

Robert asintió, pero antes de salir con paso acelerado miró de nuevo a Elin.

—Gracias de nuevo. —Luego miró a Lucía—. Y... lo siento mucho, de veras.

Dicho esto, se alejó de allí dejándolos solos.

Karan se giró hacia sus compañeros, que lo miraban incrédulos.

—Tío, esa última frase tampoco hacía falta —le reprochó Neil.

—Mejor estar seguros de que no hablará —confirmó Karan.

Elin carraspeó un poco mientras se colocaba al lado de Lucía.

—Borde —susurró, llevándose la mirada contrariada de Karan.

—¿Perdona? —preguntó él ladeando su cabeza.

—Nada, nada... —sonrió hacia él. Lo ignoró y miró a Lucía—. ¿Te encuentras bien? ¿Necesitas algo?

Lucía negó con una sonrisa.

—Ha sido muy bonito lo que has hecho —susurró Lucía.

Elin le sonrió y se encogió de hombros.

—Los humanos hacen muchas tonterías por amor —pronunció con una leve sonrisa.

—Bueno..., y ahora, ¿qué? —preguntó Karan con cierta ansiedad, pues aún le duraba el enfado.

Gael chasqueó la lengua.

—Pues no hubiera estado mal que detuviésetis a Bronte y a Tritón... —dijo con los dientes apretados—. Resulta que no están tan interesados en el arma en sí, solo la necesitan para que los conduzca hasta el tridente de mi padre.

Hermes se puso frente a él.

—¿El tridente de Poseidón? —preguntó temeroso—. ¿Para qué lo quieren?

Gael resopló, cogió de la mano a Lucía y comenzó a caminar hacia la salida del túnel.

—¿Te suena la batalla de Titanomaquia?

Todos siguieron caminando a toda prisa tras él excepto Hermes, que se quedó clavado en su sitio. Se giraron para observarlo.

—No... —Hermes tragó saliva—, ¿no querrán...?

—Abrir las puertas del Tártaro, sí. Y para eso necesitan las tres armas forjadas por los cíclopes. El casco de Hades, el rayo de Zeus —dijo señalando a Karan— y el tridente de Poseidón. —Ladeó la cabeza hacia ellos, pues todos lo miraban con los músculos tensos—. Quieren traer a Crono de vuelta.

Karan resopló y lo miró hecho una furia.

—¿Y para qué cojones quieren hacer eso? —gritó.

Gael se encogió de hombros.

—Creo que nuestro tío Hades no está muy de acuerdo con eso de estar siempre en el inframundo.

—Nunca me ha caído bien —pronunció con los dientes apretados—. Hay que acabar con él.

Gael suspiró.

—Sabes que ellos son inmortales.

—A no ser que le cortemos la cabeza... —aclaró Karan.

Neil resopló.

—Hay que hacer algo, pero algo de verdad —comentó Neil.

—Sí —respondió Gael tirando de nuevo de Lucía para caminar a un paso más apresurado—. Tengo que evitar que se lleven el tridente de mi padre como sea.

## 30

Todos miraron a Hermes cuando apareció al lado de Gael, frente a la orilla de la playa.

—Van en un pequeño yate —comentó apresurado mientras le pasaba una linterna que había cogido del túnel—. Se han detenido a unas tres millas y media de aquí.

—¿Eso son cinco kilómetros y medio? —preguntó Elin rápidamente.

—Casi —respondió Karan.

—Van acompañados —informó Hermes de nuevo.

Neil intervino.

—¿De cuántos?

—Creo que tres más, pero, vamos..., dos hijos de Dionisio y uno de Temis.

—¿Vino, extravagancia y justicia? —se mofó Karan—. Pzzz...

Gael miró hacia a Elin.

—¿Puedes quedarte con ella? —preguntó mirando de reojo a Lucía.

—Claro —respondió rápidamente colocándose a su lado.

Gael miró al resto.

—¿Vas a ayudar? —preguntó directamente a Karan, pues de Neil ya sabía la respuesta.

Karan se encogió de hombros.

—Algo habrá que hacer... —pronunció mirando hacia el mar sin mucho interés.

Aquellas palabras provocaron un suspiro agotado por parte de Gael, aunque prefirió no decir nada. Realmente le hacía falta la ayuda de Karan.

—Está bien, Hermes. Llévalos al yate.

—¿Y tú? —preguntó Hermes a Gael.

—Iré por mar. Lo más seguro es que hayan localizado el tridente. Bronte no puede sumergirse, así que estará en el yate junto a sus amigos, pero Tritón sí, habrá ido a buscarlo. —Se giró, cogió a Lucía por la cintura y la besó. Miró a Elin—. Tened cuidado.

Karan se alejó de ellos resoplando, acercándose al mar, como si aquella

escena de amor le provocase urticaria.

—¿Nos vamos o qué? —preguntó Karan mirando al frente, intentando encontrar el yate, aunque desde allí no lo veía.

Elin sonrió a Gael y cogió a Lucía del brazo.

—No te preocupes. Estaremos bien. Yo me encargo.

Gael asintió, echó una última mirada a Lucía y se quitó los zapatos. Se giró hacia Karan y se acercó al resto mientras Elin y Lucía se alejaban de la playa dirigiéndose a una zona arbolada.

Les esperaba un duro enfrentamiento y la tensión de los últimos momentos con Lucía entre sus brazos en aquella cueva inundada lo había alterado. Si hubiese llegado un poco más tarde no habría podido salvarla. Aquella idea lo enloqueció. Debía parar aquello como fuese.

Gael cogió los extremos de la camisa, rugió y la abrió haciendo saltar todos los botones.

Aquel rugido hizo que todos lo mirasen, incluso llamó la atención de Elin y Lucía, ya alejadas de ellos varios metros, haciendo que se girasen.

Lucía lo miró sorprendida. Ambas tragaron saliva, totalmente asombradas con la actitud de Gael.

—Madre mía... —susurró Lucía mirando la espalda de Gael.

—Caray... —continuó Elin—. Me parece que está enfadado.

—Menuda espalda —susurró Lucía tras tragar saliva—. Este no gana para camisas —comentó recordando que hacía unos días también había roto otra, aunque por motivos muy diferentes.

—¿Cómo? —preguntó Elin sin comprender aquella frase.

—*Tritone, sei morto* —rugió Gael mientras su respiración se aceleraba.

Karan miró hacia las muchachas. Lucía y Elin miraban asombradas a Gael o, más bien, se lo comían con la mirada.

—¿No os ibais a esconder? —preguntó señalando hacia los árboles con impaciencia.

Ambas volvieron la mirada hacia él, anonadadas, aunque segundos después la volvieron hacia Gael otra vez, ignorando a Karan, que resopló y miró a su primo.

—Será mejor que te marches, musculitos, o estas dos no se van a ir nunca —pronunció molesto.

Gael dio unos pasos y entró en el agua.

—Directos a por Bronte, yo voy a por Tritón. —Se detuvo mientras el agua le llegaba ya por la cintura y se giró hacia ellos—. Por nada del mundo dejéis que se apoderen del tridente.

—Descuida —comentó Neil.

—Si hace falta préndele fuego al yate —sugirió Gael.

Neil asintió y enseguida Gael se dio la vuelta y se sumergió en aquellas aguas. No tardaría más que unos pocos minutos en llegar a la altura del yate, pero aquello no era lo que le importaba, no iba a ir hacia allí, sino que debía sumergirse y usar el yate solo como referencia.

Sabía que la Atlántida, a esa distancia, debía encontrarse a unos seiscientos metros de profundidad. No le costaría llegar, el problema era localizarla. Con la linterna no haría mucho, pues a partir de los cien metros de profundidad la luz ya no penetraba en el agua y solo había oscuridad. Para colmo era plena noche. A duras penas podía ver algo, y eso que estaba aún a pocos metros de la superficie.

Cogió la linterna y la encendió. Aún podía ver la arena del fondo marino si enfocaba hacia abajo. Debía estar alerta. A esa profundidad no contaría con nadie, ni siquiera con Hermes. Nadie podría ayudarlo.

Incrementó la velocidad todo cuanto pudo, perdiendo poco a poco de vista el fondo marino, pues la profundidad aumentaba a medida que se alejaba de la costa.

No pasó más de un minuto antes de que viese el pequeño yate quieto sobre aquellas aguas tranquilas. ¿Era ahí? Comenzó a descender a gran velocidad, alumbrando con la linterna hacia delante, aunque la oscuridad lo ocultaba todo. Tritón tenía la rapidez, pero él el dominio de las aguas. No iba a ponérselo nada fácil.

Llevó las manos hacia delante sin dejar de descender, creando una gran corriente de agua que podría golpear a Tritón si este se cruzaba por casualidad en su camino. De paso, apartaba de su trayectoria todo ser vivo que pudiese entorpecer su avance.

Entró en tensión cuando, a lo lejos, le pareció vislumbrar una luz. No dejó de bajar en picado. Sabía de qué se trataba, Tritón bajaba por delante de él, iluminado por el arma que, sin duda, iba adquiriendo cada vez más brillo a

medida que se acercaba al tridente.

Ni siquiera veía el fondo marino, pero cada vez la luz era mayor.

Hizo fuerza con todos sus músculos intentando incrementar más su velocidad mientras volvía a tirar los brazos hacia delante para provocar una corriente marina que ralentizase los movimientos de Tritón.

En aquel momento, la luz, aunque tenue, le indicaba el camino que debía seguir. Pudo ver cómo el agua, ante él, hacía un giro y creaba una estela al salir disparada en dirección a donde se encontraba aquella luz cada vez más potente.

Supo que aquella corriente había dado en el blanco cuando la claridad que emitía parpadeó y durante unos segundos se movió hacia los lados, como si intentase evitar la ráfaga.

Entonces la luz aumentó y pudo visualizar el fondo marino. Sin duda, aquella ráfaga había golpeado a Tritón, pero, de nuevo, este sostenía el arma en su mano, la cual brillaba con una intensidad sobrecogedora.

Fue entonces cuando pudo visualizar unos pequeños muros en el fondo marino, aún a bastante distancia, pero que formaban cuadrados, incluso la parte de un tejado caído.

La Atlántida se encontraba bajo sus pies y, aunque no había nada en pie, aquella era sin duda la ciudad que había hundido su padre.

Colocó de nuevo los brazos hacia delante impulsando con fuerza otra ráfaga de agua, pero, en este caso, Tritón ya era consciente de que Gael se encontraba cerca, ¿o quién si no iba a manipular el agua de aquella forma?

Se giró justo para esquivar la potente ráfaga que le enviaba Gael y que levantó toda la arena del fondo marino e incluso algunas rocas, que salieron despedidas.

Tritón miró de un lado a otro, el arma de Poseidón lucía con mucha más potencia que antes, lo que le daba a entender que el tridente se encontraba cerca.

Se movió de un lado a otro buscándolo, si bien la arena suspendida en el agua por la ráfaga de Gael le dificultaba la visión.

Aprovechando que Tritón se encontraba de espaldas, Gael se abalanzó sobre él haciéndolo caer de forma que soltó el arma. Aunque la intensidad de la luz disminuyó todo el fondo marino era aún visible.

Pudo ver delante de él varios ladrillos, sin duda, fruto de la destrucción de la ciudad. No quedaba nada en pie, como era normal, pero allí debía estar el tridente de su padre. Debía conseguirlo como fuese o, al menos, evitar que se lo llevase Tritón, y solo había una forma de lograrlo: conseguirlo él primero.

El yate, a lo sumo, tenía ocho metros de largo. Bronte estaba acompañado por tres amigos más, tal y como les había informado Hermes.

Neil no esperó un segundo más para actuar. Se abalanzó contra el primero golpeando su mejilla, dejándolo semiinconsciente, se desplazó rápidamente hacia el segundo y de una patada lo arrojó por la borda.

Miró hacia delante, donde Bronte se encontraba con el tercero, que se colocaba por delante de él como si pudiese protegerlo.

Hermes miró a Karan, que se mantenía impassible, de brazos cruzados.

—Haz algo, ¿no? —se quejó.

Karan chasqueó la lengua y negó.

—Ya se basta él solito. Míralo cómo disfruta —sonrió mientras Neil corría hacia el semidiós colocado ante Bronte, aunque este gritó, colocó las manos por delante de él totalmente asustado y se agachó. Aquello dejó aturdido a Neil, que frenó y se quedó observándolo asombrado. Aquel chico temblaba y gemía realmente asustado.

Neil suspiró y le hizo un gesto con su cabeza para que se alejase.

—Vete de aquí.

El muchacho miró a ambos lados.

—¿Adónde? —preguntó extendiendo los brazos hacia los lados.

Karan y Hermes caminaron hacia el lugar con paso tranquilo.

—¿Qué tal si saltas por la borda? —ironizó Karan mientras llegaba hasta Neil.

Neil resopló y lo miró con fastidio.

—Gracias por la ayuda, eh —ironizó. Luego observó al muchacho, que se dirigía a la popa del barco—. Eh, ¿adónde vas?

El muchacho los miró aterrorizado.

—Yo me voy —dijo antes de saltar.

Tanto Neil como Karan ladearon su cabeza al verlo tirarse por la borda y

nadar alejándose del yate.

Karan se giró hacia Bronte, que se encontraba en pie con los músculos en tensión.

—Qué buen fichaje, ¿eh? —bromeó este dando un paso al frente, acercándose más a él—. Dinos, ¿el arma la tiene Tritón?

Bronte dio un paso más atrás. Aunque disponía de mucha fuerza sabía que se encontraba ante dos de los semidioses más poderosos y realmente él solo contra ellos dos no tenía nada que hacer.

Miró con furia a Neil, recordando cómo había convertido en cenizas a su hermano, sin siquiera inmutarse.

—Tú... —susurró de forma siniestra— acabaste con la vida de mi hermano.

Neil lo miró con odio.

—Y acabaré con la tuya si no respondes.

Bronte apretó los labios.

—Acabaremos con todos vosotros —rugió Bronte.

—¿Y qué hemos hecho nosotros? —se quejó Karan, aunque de una forma bastante agresiva.

—Ya va siendo hora...

—¿Hora de qué? —gritó Karan.

—De que Zeus abandone su trono.

Karan resopló y luego comenzó a reír, totalmente incrédulo.

—Espera, espera... —dijo divertido—, ¿todo esto es para destronar a mi padre? —Comenzó a reír más fuerte ante la mirada inquisidora de Neil. Karan logró controlarse y prestó toda su atención a Bronte—. ¿De verdad creéis que tenéis algo que hacer contra Zeus?

—Puede que nosotros no, pero...

—Ya, Crono, el titán... —interrumpió rápidamente Neil, que se dirigía hacia él. Bronte retrocedió un poco más mientras Karan se acercaba por el otro lado, rodeándolo para que no escapase—. Crono ya intentó destruir a los dioses una vez, ¿qué te hace pensar que ahora será diferente?

Bronte retrocedió hasta que chocó con la barandilla evitando caer al mar.

—Zeus no tuvo que enviar a mi padre al inframundo —comentó con rabia hacia Karan.

—No lo envié —le recordó este, incrédulo ante lo que escuchaba—. Se repartieron el mundo así. ¿Qué es esto? —preguntó ya desesperado—. ¿Una patata de un niño pequeño? —gritó.

—No, no lo es —le devolvió el grito Bronte—. Vuestro reinado ha acabado, es hora de que las cosas cambien.

—Nada va a cambiar —rugió Neil colocándose frente a él—. Nada. Esto acaba aquí. No te vas a llevar el tridente ni conseguirás el casco de Hades ni el rayo de Zeus.

—Eso sí... —continuó con la broma Karan a la espalda de Neil—, a mi padre no creo que le haga mucha gracia cuando se entere de lo que estáis haciendo.

—¡A tu padre le damos igual! —gritó Bronte dando un paso hacia él—. ¿O acaso está aquí para ayudarte? ¿O Poseidón? —siguió con la burla—. Ni siquiera Hefesto... —miró con odio a Neil.

Neil rugió.

—No es Hefesto... —bramó—. ¡Se llama Belenus!

—Ya, ya... —lo cortó Karan al ver por dónde iba el tema. Se adelantó colocándose al lado de Neil, que respiraba agitado mientras Hermes se mantenía un poco apartado, mirando por la borda por si veía aparecer a Gael—. Eso no tiene nada que ver. Nos dieron libertad, el libre albedrío para decidir. No estamos supeditados a ellos.

—Sí, suena bonito, ¿verdad? —se burló Bronte—. ¿Pero quién está luchando ahora aquí en su nombre mientras él sigue en su trono bebiendo vino? —Aquello hizo ensombrecer la mirada de ambos—. No podéis hacer nada para evitarlo. Nosotros somos muchos más.

—¿Nosotros? ¿Quiénes? —preguntó Karan.

—¿Te refieres a todos estos blandengues de los que me acabo de deshacer? —se burló Neil haciendo referencia a los acompañantes de Bronte.

—No, no a esos —sonrió con malicia, aunque luego borró la sonrisa de su rostro y miró directamente a Hermes—. Hay alguien que necesita tu ayuda...

Neil y Karan se giraron hacia Hermes, el cual enarcó una ceja hacia Bronte.

—¿Qué?

—Esa chica tan mona... ¿Cómo se llama? ¡Ah, sí! Lucía... —rio—, la protegida de Gael. Me parece que Elin no puede protegerla del todo.

Karan dio un paso al frente y lo cogió por el cuello.

—¿Qué has hecho? —gritó.

Neil se giró hacia Hermes.

—Ve —ordenó. Hermes desapareció al momento.

Karan sujetó con fuerza el cuello de Bronte, pero lejos de hacer una mueca de dolor en sus labios se dibujaba una sonrisa de satisfacción.

—Creo que es hora... de que os vayáis —susurró con el poco aliento que le quedaba en los pulmones, pues Karan no le dejaba prácticamente respirar.

Hermes apareció tras ellos de nuevo.

—Van tras ellas... —dijo acelerado.

—¿Quién? —gritó Neil girándose hacia él, mientras escuchaba cómo los dientes de Karan rechinaban.

—¡Todos los que estaban en la excavación!

Neil resopló y miró a Karan.

—Karan —llamó su atención para que soltase a Bronte y se acercase a Hermes.

Karan aún tardó en soltarlo unos segundos, manteniendo la mirada fija en él. No podían hacer nada más que esperar a que Gael lograra el tridente antes que Tritón, sin embargo, Lucía y Elin, tal y como les había dicho Hermes, corrían peligro.

—Esto no ha acabado aquí —lo amenazó mientras lo soltaba, haciendo que retrocediese.

Bronte no dijo nada, simplemente se llevó la mano al cuello recuperando el aliento mientras Karan corría hacia Hermes.

Nada más colocar la mano en el hombro de Hermes los tres desaparecieron.

Bronte tardó unos segundos en recuperar el control de su cuerpo. Aquellos dos le ponían la piel de gallina.

Corrió hacia la borda del yate y observó a lo lejos. Al menos, había cumplido su objetivo: distraer a Karan y a Neil, alejarlos de allí y darle vía libre a Tritón. Por mucha fuerza que tuviese Gael sabía que no podía

competir en velocidad con Tritón. Ahora, todo estaba en manos de él.

Hermes, Neil y Karan estaban lejos, Gael se encontraba a cientos de metros de profundidad y él tenía vía libre para escapar, tal y como había planeado.

Fue hasta el motor y lo arrancó rompiendo el silencio de aquella zona.

A lo lejos, observó las luces hacia donde debía dirigirse. No creía que tardase más de media hora en llegar.

Arcila era un precioso pueblo costero de Marruecos. Sus casas blancas se encontraban dentro de la ciudad amurallada, al lado del mar. Era un bonito lugar para pasar desapercibido, pues allí no sería fácil de encontrar. Más tarde ya se reuniría con Tritón, tal y como habían acordado.

## 31

Lucía corrió todo lo que pudo, Elin era bastante más rápida que ella. La cogió de la mano y tiró.

No habían llegado a los árboles tras la partida del resto del equipo cuando Elin ya se había detenido, como si intuyese algo, echando su vista al frente y deteniendo a Lucía.

—Mejor vamos en dirección contraria —había pronunciado antes de empujar a Lucía para que iniciara la carrera.

Segundos después los gritos que provenían de entre los árboles, justo el lugar adonde se dirigían, inundaron toda la playa.

Elin estuvo acertada, intuyó bien, al menos veinte personas esperaban escondidas tras los árboles. Aunque, ¿personas? Sin duda corrían más que ella. No, no eran personas normales, posiblemente eran semidioses.

—Pero ¿qué hacen? —gritó Lucía con la voz ahogada mientras corría.

—¿Tú qué crees? —gritó Elin—. ¡Corre!

Poco después cogía su mano para ayudarla a correr más, pero estaba claro que una humana normal y corriente, por mucho que hiciese deporte, no iba a poder igualar a ninguno de ellos.

Elin lo tuvo claro desde un principio. Aquello era una emboscada en toda la regla. Ya era extraño que la excavación se hubiese quedado vacía tan pronto. Lo tenían todo calculado. Lo primero era echar de allí a sus mayores rivales; los hijos de Poseidón, Vulcano y Zeus suponían una gran amenaza para todos ellos, sin embargo, ella no lo era, o al menos eso creían. Sabía lo que pretendían, si intentaban hacerse con el tridente de Poseidón, tener en posesión a la mujer de la que su hijo estaba enamorado era una buena baza para conseguir su cometido, pero ella no iba a permitirlo.

Puede que no tuviese poderes tan fabulosos como ellos, pero los que la seguían tampoco, sin embargo, ella era la hija de Eir, la diosa nórdica de la medicina, de la curación, y como buena vikinga sabía luchar mejor que la mayoría de ellos.

Miró hacia atrás. Lucía la retrasaba, aunque sabía que hacía lo que podía, y estiraba sus piernas al máximo, en poco tiempo, si seguían a ese

ritmo, las cogerían.

—¡Sigue corriendo! —le gritó soltándose de la mano.

Lucía se detuvo y miró a la veintena de personas que corrían en su dirección.

—No, no me dejes sola —gritó desesperada.

—¡Vete! —gritó a modo de orden—. Yo los retengo. ¡Vamos!

Desde luego, aquellos semidioses no se andaban con rodeos y tenían todos mucho genio. Daba igual que fueran hombres o mujeres, sin duda, estaban hechos para dirigir porque sabían emplear perfectamente bien el tono de orden.

Lucía asintió y echó a correr.

No sabía los poderes que tenía Elin, por lo que había visto podía sanar a las personas, pero desconocía si podría realizar otras cosas fantásticas como Gael.

Notó cómo las piernas comenzaban a flaquearle, pero no dejó de correr a la misma velocidad, manteniendo un ritmo constante.

Se giró para observar justo cuando Elin se estrellaba contra el primero de los perseguidores arrojándolo al suelo. Si su vida no dependiese de huir de aquella playa seguramente se quedaría observando, pues los movimientos de aquella muchacha eran realmente ágiles. No sabía si podría con todos ellos, pero a buen seguro podría con unos cuantos.

Elin echó al suelo al primero y estiró su pierna para empujar al segundo. Eran demasiados, pero podría retenerlos un poco, quizá lo suficiente como para permitir que Lucía se alejase de allí, dándole los segundos necesarios para huir del lugar.

Aquella tarea iba a ser más difícil de lo que esperaba desde un primer momento. Notó cómo la golpeaban desde la espalda, siendo por momentos el objetivo de todos ellos.

Cayó sobre la arena golpeándose con fuerza y giró rápidamente sobre sí misma esquivando las patadas.

Se incorporó mientras observaba cómo más de ellos pasaban a su lado, sin siquiera observarla, con un objetivo fijado: Lucía.

—Por Dios, corre —susurró mientras la observaba.

Se agachó y tiró arena a un par que tenía delante, los cuales se llevaron

la mano instintivamente a los ojos, gritando.

Corrió hacia el que venía en su dirección, se agachó esquivando su puño y lo golpeó en el estómago dejándolo sin respiración.

Se giró directamente para observar a Lucía y a todos aquellos que la perseguían.

Echó a correr en dirección a ella, persiguiendo a todos los que la habían adelantado y, justo cuando pasó al lado de uno, lo empujó echándolo sobre la arena.

Bueno, ya llevaba cuatro, y eso que los últimos meses no había entrenado mucho, se había dedicado en cuerpo y alma a su profesión.

Se forzó a correr más y comenzó a adelantar a otro, pero este, cuando se dio cuenta de que la tenía casi encima, se detuvo para hacerle frente.

Elin no paró, sino que golpeó con su codo el rostro de él, sin previo aviso, sin aminorar su marcha, aunque sí pudo escuchar cómo su nariz crujía y el posterior grito de dolor.

—Fractura de tabique nasal, fijo —susurró mientras seguía corriendo intentando interceptar al siguiente, aunque estaba bastante alejado—. Tienes para varios meses de recuperación —comentó sin descender su marcha.

Iba a lanzarse a por el siguiente cuando se dio cuenta de que Lucía tenía casi encima a dos. Debía darse prisa o la cogerían. Incrementó más su ritmo cuando notó cómo la empujaban y caía rodando sobre la arena.

El golpe fue fuerte y la dejó casi sin aliento. Abrió los ojos intentando llenar los pulmones, estirando su cuello para facilitar la entrada de aire, cuando unos gritos la alertaron.

Uno de ellos había cogido a Lucía por la cintura y la elevaba para que dejase de correr, aunque ella golpeaba con sus piernas las de él.

—¡No! ¡Suéltame! —gritó Lucía.

Elin se arrodilló cuando cuatro hombres se colocaron ante ella, con sonrisas de autosuficiencia. Elin se puso erguida para hacerles frente ante la mirada sorprendida de los cuatro chicos. Su mirada voló hasta Lucía, rodeada por diez hombres más.

Aquello se había complicado a base de bien.

Aguantó la respiración, apretó los labios y estiró su brazo hacia la cara del hombre que tenía más cerca, estampando el puño en la mejilla de este,

que retrocedió gritando, pues no esperaba aquel movimiento de ella, y lo dejó totalmente desconcertado.

Iba a por el segundo cuando por el lado la golpearon en las costillas haciéndole perder el equilibrio y teniendo que apoyar su mano en la arena para no caer.

Se puso erguida y dio una patada en la pierna del que acababa de golpearla haciéndole caer, pero justo entonces otro de los hombres, con la palma bien abierta, golpeó su mejilla tirándola finalmente sobre la arena.

Gritó cuando se golpeó en la cabeza y gimió por el dolor. Se llevó la mano a la mejilla, que comenzaba a palpar, latiendo cada vez con más intensidad, justo cuando unos pies se colocaron frente a ella.

Elin resopló y elevó la mirada. Sabía de quién se trataba.

—Ey, Rubén —bromeó Elin—. ¿No tienes ninguna fiesta en mente para ir a alcoholizarte hoy? —preguntó, pues sabía que se trataba de un descendiente de Dionisio, el dios del vino.

—Me divierte más esto.

—¿Pegar a una mujer? —bromeó ella mientras Rubén la cogía por el cabello para ponerla de rodillas sobre la arena.

—Has sido una chica mala —ironizó Rubén mientras descendía su cabeza hacia ella.

Elin hundió su mano en la arena cogiendo un buen puñado, con cierto disimulo, mientras observaba cómo trasportaban a Lucía cogida por los brazos hacia el otro extremo de la playa.

—No lo vais a conseguir —pronunció Elin con los labios apretados.

—Ah, ¿no? —volvió a reír—. ¿Quién lo va a impedir? ¿Tú? —Miró a su compañero, que se levantaba de la arena colocando una mano en la rodilla, y al otro, que iba hacia ellos con la mano en el ojo—. Para ser una mujer peleas bastante bien.

Ella sonrió con cierta malicia.

—Si tuviese un arma esto mejoraría. —Miró con intensidad a Rubén—. No sabes de lo que soy capaz... —susurró esta vez de forma siniestra.

Aquel cambio en el comportamiento de la muchacha los pilló a todos de improviso. Rubén soltó su cabello, tragó saliva y dio un paso atrás.

—Ammm... —pronunciaron los tres hombres—, perdona.

Elin sonrió más aún.

—Sí, hacéis bien en huir... —Aunque estaba bastante sorprendida por el cambio tan brusco en el comportamiento de aquellos jóvenes, seguía hablando con la voz siniestra.

—Vámonos, vámonos... ¡Corre! —gritó uno de ellos cogiendo del brazo al otro.

Elinladeó su cuello y enarcó una ceja al verlos huir de aquella forma. Pero ¿qué les pasaba ahora? En ese momento se dio cuenta de que Rubén, mientras corría, echaba la mirada a la espalda de ella. Aquel gesto la pilló desprevenida.

—¿Qué está pasando aquí? —susurró para ella misma.

Se giró y justo tuvo que dar un salto hacia atrás mientras un grito se escapaba de su garganta.

—Ahhh.

Karan se encontraba tras ella, no sabía cuánto tiempo llevaba allí, pero estaba segura de que el comportamiento de ellos se debía a la aparición de él. Karan estaba con los brazos cruzados, con una leve sonrisa de superioridad en sus labios.

—¿Algún problema? —preguntó mirando de reojo a los que corrían por la arena, aunque volviendo a mirar a Elin con una gran sonrisa.

—Ah —dijo ella intentando recomponerse—, eres tú —continuó con indiferencia.

—Claro —respondió dando un paso hacia ella, colocándose enfrente y descendiendo su mirada para observarla directamente a los ojos, a pocos centímetros. Estaba claro que quería provocar—, o es que acaso creías que huían de ti —susurró con tono provocador.

Elin lo miró directamente a los ojos. Cierto era que Karan tenía fama de destructor y de tener un carácter realmente horrible, pero lo que se habían olvidado de explicarle era que también tenía un carácter soberbio; aun así, tragó saliva cuando Karan dibujó una sonrisa más amplia mientras la seguía observando.

—Eres un engreído —comentó Elin colocando las manos en su pecho y empujándolo para alejarlo de ella, lo que hizo que Karan riese más.

—Vale, vale, de nada, ¿eh? —protestó mientras se alejaba.

En ese instante, los gritos por delante de ellos llamaron su atención.

—Oh, vaya —gritó Elin retrocediendo, impresionada por lo que veía.

Hermes debía haber dejado a Neil en medio de todo el embrollo porque en aquel momento mantenía a Lucía a su espalda mientras cogía a uno del cuello, lo elevaba y lo lanzaba por el aire varios metros hacia atrás.

—No quiero convertirlos en cenizas —los amenazó Neil ante una Lucía que miraba de un lado a otro asustada.

Elin miró de reojo a Karan y se cruzó de brazos.

—¿No vas a ayudarlos? —preguntó molesta señalando hacia ellos.

Karan se mordió el labio y la miró de reojo.

—No, mejor que no... —susurró. Luego se encogió de hombros y sonrió hacia ella—. Igualmente, Neil se divierte.

—Yo no lo veo así —reaccionó con urgencia.

Neil resopló al mirar alrededor. No quería hacer una matanza. Lo más fácil sería acabar con todos en un momento, pero se resistía a hacerlo.

—¡Largo! ¡Alejaos! —volvió a advertirlos.

Uno de ellos se llevó la mano a la cintura y extrajo un cuchillo. Neil arqueó una ceja.

—¿Qué se supone que vas a hacer con eso? —preguntó sorprendido, cogiendo a Lucía por el brazo para colocarla a su espalda.

—¿Dónde está Gael? —preguntó ella mirando de un lado a otro.

—Ocupado —respondió rápidamente, y volvió toda su atención hacia aquel joven que se acercaba—. Suéltalo —ordenó elevando su mano levemente. En ese momento el chico hizo un gesto de dolor y miró hacia el cuchillo. De repente, este tomaba una tonalidad rojiza—. ¡Ahora!

—Ahhh —gritó el chico soltando el cuchillo al rojo vivo. Se miró la mano y la agitó mientras veía cómo salían ampollas por la quemadura en la palma—. Maldito seas.

—Acercaos un paso más y no dudaré en haceros desaparecer calcinados —rugió hacia ellos—. Estáis avisados... y se me agota la paciencia.

Entre ellos se miraron como si evaluaran la situación. Algunos de ellos dieron un paso atrás, pero el muchacho que había sacado el cuchillo rugió enloquecido mientras se miraba la mano y corrió hacia él gritando hecho una furia.

—Joder —susurró Neil al ver que no cejaba en su empeño—. Qué pesadito.

Soltó a Lucía y dio un paso hacia delante para distanciarse y hacerle frente. Esquivó un golpe sin problemas echándose a un lado y colocó la mano en el estómago del agresor para empujarlo, alejándolo.

—¡Aléjate! —gritó desesperado, pues aquel chico no hacía caso a sus advertencias.

El chico cayó sobre el suelo y se levantó de nuevo.

—Tenemos una orden —bramó poniéndose en pie, con la mirada fija en Neil, luego la desvió hacia Lucía.

—¿Y estás dispuesto a morir por ello? —preguntó Neil apretando los labios.

El joven inspiró cogiendo fuerzas.

—Esto debe cambiar —sentenció mientras se arrojaba de nuevo hacia él.

Neil lo cogió del brazo y lo hizo rodar con infinita paciencia arrojándolo sobre la arena, ante el grito de sorpresa de Lucía. Se echó sobre él conteniéndolo, colocó la mano en su espalda e inspiró intentando controlar su poder.

El joven comenzó a gritar cuando notó cómo la ropa de su espalda ardía y le quemaba la piel.

Fue solo unos segundos. Neil se contuvo y se levantó de nuevo de encima del chico, luego le dio una suave patada mientras este gemía y se llevaba la mano a la espalda.

—Si no os marcháis —miró a todos de forma enérgica—, la próxima vez arderéis y nada ni nadie podrá salvaros. —Volvió a mirar al chico, que se arrastraba por la playa llevando su mano a la espalda—. ¡Largo!

Esta vez sí surtió efecto.

Dos de aquellos chicos lo cogieron por los brazos, arrastrándolo y alejándose del lugar.

Se giró hacia Lucía, que miraba impresionada todo lo ocurrido.

—¿Estás bien? —preguntó.

Ella asintió y fijó su mirada en Elin y Karan, que también se acercaban.

Neil se giró hacia ellos y centró su atención en Elin.

—¿Tú estás bien?

—Sí, claro —respondió con indiferencia.

Neil miró a lo lejos, en la playa, varios hombres yacían tirados sobre la arena, inconscientes. Volvió su mirada hacia Elin.

—¿Has sido tú? —preguntó y parpadeó varias veces.

Ella sonrió de forma forzada.

—Yo sola, sí. —Se encogió de hombros mientras Karan se ponía a su lado—. Aunque me hubiese ido bien una espada. Hubiese acabado con más.

Aquello hizo que Karan la mirase de arriba abajo.

—Tú... ¿con una espada? —ironizó.

Ella apretó los labios.

—Toda buena vikinga sabe manejar una espada... —Karan hizo un gesto gracioso hacia Neil, que resopló por la mirada de él—. No tienes ni idea —comentó molesta por la insinuación de él y avanzó hacia Lucía.

Lucía se colocó al lado de Elin y miró a todos lados.

—¿Y Gael? —volvió a preguntar asustada.

Neil hizo un gesto a Hermes para que fuese en su búsqueda y desapareció al momento.

Karan se había girado y vigilaba que ninguno de los lacayos de Bronte se acercase, de hecho, todos corrían despavoridos por la playa huyendo de ellos. Se giró hacia Lucía y colocó las manos en su cintura mientras adoptaba una postura informal.

—Supongo que estará peleando con Tritón para conseguir el tridente.

Lucía dio unos pasos hacia él, angustiada.

—¿Y no podéis ir a ayudarlo? —suplicó preocupada.

—Lucía —llamó su atención Neil—. Debe de estar a mucha profundidad, no lo soportaríamos.

—Pero... pero vosotros sois... semidioses...

Karan sonrió.

—Ya, pero cada uno en lo suyo —explicó con paciencia.

En ese momento, Lucía lo miró intrigada.

—¿Y cuál es tu poder? —preguntó esta vez intrigada.

Karan chasqueó la lengua.

—Hacer que la gente salga corriendo —comentó Elin mirando hacia el mar.

—Ja, ja... —bromeó Karan sin girarse hacia ella—. Rubia, no me provoques. —Y se giró hacia ella con una ligera sonrisa. Esta vez a Elin no le sentó mal el tono de voz con el que empleó ese apelativo, simplemente resopló, aunque se descubrió devolviéndole una sonrisa.

Lucía dio un paso hacia delante, acercándose a la orilla, mientras notaba cómo su corazón se desbocaba pensando en Gael. Solo esperaba que estuviese bien. Justo entonces la Tierra vibró bajo sus pies.

—Mierda —susurró Neil—. Algo no va bien.

## 32

Gael se arrastró sobre el fondo marino ante el empujón de Tritón, hincando su rodilla para no alejarse demasiado.

Si algo tenía claro es que estaban muy cerca del tridente, pues el arma brillaba con una intensidad abrumadora, y podía ver en la lejanía. No estaba seguro de que desde la superficie se pudiese ver la luz que desprendía, pero si no era así faltaría poco.

Se abalanzó contra Tritón, pero este lo evitó. Gael volvió a apoyar la rodilla en el fondo marino y estiró su brazo hacia delante enviando una ráfaga de agua hacia él. Tritón la esquivó por poco, distanciándose hacia un lado.

Volvió a dirigirse en su dirección a gran velocidad y esta vez sí lo interceptó del brazo, forzándolo a soltar el arma, que cayó sobre la arena disminuyendo la intensidad de la luz.

Cogió a Tritón por la nuca, lo acercó a él y estrelló su rodilla en su estómago haciendo que un grito se escuchase en el fondo marino. Pocas veces hablaban bajo el agua, pues les era costoso, pero sin duda aquello le había dolido.

Gael empujó a Tritón alejándolo de la luz y se giró para ir directamente hacia ella. Cogió el arma, que volvió a lucir con intensidad, mientras miraba de un lado a otro. Debía coger el tridente antes que él, pero desde allí no podía ubicarlo.

Se giró para observar que Tritón aún giraba sobre el fondo marino intentando levantarse. Debía encontrarlo como fuese. Buceó a gran velocidad observando la luz, cómo esta cobraba una intensidad más azulada a medida que se acercaba hacia el lugar.

Los ladrillos se amontonaban sobre la arena. Antiguas construcciones de lo que había sido la ciudad más próspera durante milenios.

Llevó su mano hacia la derecha observando cómo la luz se volvía más y más azulada y corrió en esa dirección justo cuando Tritón se abalanzó sobre él con tanta intensidad que los dos comenzaron a girar. El arma salió despedida hacia un lado.

Gael fijó la mirada en aquella luz mientras sujetaba el cuerpo de Tritón junto al suyo, rodando sin cesar en el agua.

—Maldito seas —susurró al final cuando acabaron de rodar.

Tritón acabó encima de él e iba a tomar impulso para salir a gran velocidad hacia la luz, pero Gael lo sujetó de la pierna evitando que se alejase.

Tritón gritó desesperado. Aquel muchacho se lo estaba poniendo realmente difícil, más de lo que había imaginado.

Golpeó con la otra pierna el pecho de Gael alejándolo y salió disparado hacia la luz sujetando el arma por el mango. Se movió rápidamente hacia un lado para esquivar la corriente de agua que le lanzaba Gael y movió el arma hacia la derecha tornándose más azulada.

Salió disparado en esa dirección mientras Gael tomaba impulso para seguirlo. No se le podía escapar, no podía permitirlo.

Tritón avanzó a gran velocidad, poniendo distancia con Gael. Miró al frente y, entonces, se detuvo un segundo, totalmente impresionado.

Tal era la luz que emitía el arma que Gael pudo ver desde donde estaba a Tritón y al objeto que debía proteger a toda costa.

Pese a que el agua estaba turbia por la arena que se elevaba desde el fondo cuando Tritón pasaba sobre él y dejaba una gran estela, pudo identificar un estrecho mango dorado que salía en posición vertical clavado en la tierra. Tenía bastante coral incrustado en él.

La luz que emitía el arma se tornó totalmente azul, reflejando aquellos rayos en el oro que bañaba el mango.

Tritón fue hasta él, observándolo asombrado.

Ahí estaba, el tridente de Poseidón. El primer objeto que debían reunir para abrir las puertas del Tártaro.

Llevó su mano hasta el tridente justo cuando notó cómo las aguas vibraban, incluso las piedras del fondo marino se elevaron, y eso que a esa profundidad no era tarea fácil que eso pasara.

Se giró justo cuando Gael se echó encima de él. Lo cogió por el cuello y lo arrastró por el fondo, que cada vez aumentaba más la intensidad de su vibración.

—Detente o provocarás un terremoto —acabó diciendo Tritón.

—Prefiero que el tridente desaparezca a que caiga en manos tuyas — rugió Gael mientras el impulso que había tomado aún le permitía arrastrar a Tritón, haciendo que la arena se elevase e hiciese la visión más difícil.

Colocó los dos pies sobre el fondo sin soltar a Tritón e hizo fuerza con sus piernas incrementando la potencia del temblor.

Si había algún barco por aquella zona iba a tener serios problemas. Lo peor de todo es que sabía que si no quería acabar provocando un maremoto no podía excederse con su poder. ¿Pero acaso no era mejor eso a que lograsen sacar de su encarcelamiento a Crono? Aquel titán era el mismísimo diablo y acabaría con toda la humanidad solo con chasquear los dedos. Si algo tenía claro es que Hades debía haber llegado a un acuerdo con él, de lo contrario, ¿por qué liberarlo? ¿Por qué desatar tal caos en el mundo?

Tritón colocó las manos en los brazos de Gael e hizo fuerza para zafarse mientras el temblor cada vez era más fuerte.

Gael hizo que una corriente de agua echase atrás a Tritón y salió disparado hacia el tridente, sin perder un segundo. No solo necesitaba cogerlo, sino huir de él. Sabía que con llegar a la superficie y gritar el nombre de Hermes este aparecería y lo alejaría de allí, pero era mucho trayecto si se tenía en cuenta la velocidad que podía alcanzar Tritón.

Se impulsó con fuerza y estiró el brazo. Llegó a tocar el frío oro del tridente justo cuando salió despedido hacia un lado. Rodó por el fondo marino y se arrodilló para recobrar el equilibrio. Se frenó haciendo fuerza con las piernas y los brazos y justo cuando se detuvo pudo ver a Tritón al lado del tridente, llevando su mano hacia él.

—¡Nooooo! ¡Tritón! ¡No lo hagas! —gritó mientras creaba otra corriente de agua.

Tritón rodeó con sus dedos el mango, apoyó los pies en el suelo e hizo fuerza hacia arriba para arrancar el tridente.

Gael salió disparado mientras hacía que la corriente marina y el temblor incrementasen.

Una de las corrientes impactó contra Tritón echándolo hacia atrás, pero tenía el mango del tridente bien sujeto y no lo soltó.

Gael se acercaba a gran velocidad, pero pudo ver cómo Tritón se ponía en pie y lo miraba. Justo iba a alcanzarlo cuando este desapareció ante él.

Gael se frenó de inmediato, mientras la luz que emitía el arma se iba haciendo más tenue ante la lejanía del tridente.

—¡Nooooo! —gritó Gael haciendo que el temblor se incrementase tanto que seguramente podía sentirse en la orilla.

Convirtió sus manos en puños mientras intentaba controlar la respiración y calmar sus impulsos.

Fue quedándose totalmente a oscuras, intentando paralizar el temblor, pero tal era su estado de nervios que le costaba controlarlo.

Miró hacia la superficie desconsolado. Se lo había llevado, Tritón había conseguido el tridente de su padre. Inspiró intentando calmarse y cerró los ojos. Necesitaba evitar desesperadamente que llevaran a cabo su plan, pero lo cierto es que habían logrado hacerse con el primero de los tres objetos necesarios para liberar a Crono.

Hizo fuerza con sus piernas, flexionándose, y tomó impulso para subir a la superficie. La ira fue apoderándose de él mientras ascendía a una velocidad vertiginosa, dejando una estela que iba desde el fondo marino hasta la superficie.

Nada más salir gritó desesperado y miró hacia donde debía estar la costa. Luego se giró hacia el yate donde debían estar sus amigos, pero se sorprendió cuando vio que no había ni yate ni amigos.

—Ehhhh —gritó Hermes a su lado.

Gael se distanció de él asustado.

—¿Hermes? —preguntó, pues la oscuridad de la noche solo se veía quebrada por la luz de la luna y las estrellas. Miró hacia los lados—. ¿Y el yate? —gritó desesperado.

—Se lo ha debido llevar... —en ese momento se hundió un poco, pero Gael lo cogió del brazo para sacarlo a flote y sujetarlo—, se lo ha llevado Bronte.

—¿No estaban Neil y Karan con él? ¿No tenías que traerlos para que lo detuviesen?

—Y los traje —se excusó—, pero hubo un problema en la playa. Querían llevarse a Lucía y tuve que llevarlos allí de vuelta.

Gael apretó los labios enfurecido y resopló.

—¡Joder! —gritó a los cuatro vientos mientras soltaba a Hermes y

golpeaba el agua.

Pero Hermes se movió para sujetarse a su hombro, pues necesitaba soporte. Gael lo miró con una ceja enarcada.

—¿No sabes nadar?

—Llevo varios minutos aquí buscándote, estoy cansado —se excusó. Gael asintió pensativo—. ¿Y el tridente?

Negó con la cabeza y tragó saliva.

—Lo intenté —explicó con la voz tensa—, pero Tritón lo ha conseguido.

—Dios mío —susurró Hermes.

—Llévame a tierra. Ya —ordenó Gael.

Dicho y hecho.

Hermes trasportó en una fracción de segundo a Gael, y ambos aparecieron en la playa al lado del resto, que brincó cuando aparecieron allí.

Gael los miró a todos, pero su mirada chocó con los ojos de Lucía.

—Gael —susurró ella corriendo hacia él y estrechándose entre sus brazos.

Gael la abrazó con fuerza acariciando su cabello, aunque Lucía se separó mientras le pasaba la mano por las ropas.

—Estás empapado —comentó con desagrado.

Neil dio unos pasos hacia delante.

—¿Y el tridente?

Gael negó mientras cogía la mano de Lucía. Todo su cuerpo estaba en tensión.

—¿Tritón ha conseguido el tridente de tu padre? —gritó Karan, hecho un manojo de nervios.

—He intentado evitarlo, pero Tritón es mucho más rápido que yo.

—¡Mierda! —gritó Karan amenazante—. ¿Sabes lo que significa eso?

—Por supuesto que sé lo que significa —contestó rápidamente Gael—. ¿Te crees que no lo entiendo?

—Eh, eh... —se metió por medio Elin—, calmaos los dos. —Miró a Gael—. Sé que has hecho todo lo que has podido. Tú —señaló a Karan—, deja de gritar como un histérico. —Karan tensó su mandíbula, pero decidió ignorar a su compañera—. Si lo que quieren es abrir las puertas del Tártaro

sabemos que solo con el tridente no pueden, necesitan dos objetos más: el casco de Hades y el rayo de Zeus. Sin eso no pueden hacer nada. —Miró de nuevo a Karan—. No es una guerra perdida.

—Pero sí una batalla —comentó Gael con voz grave. Miró a todos—. Debemos recuperar el tridente y evitar que consigan los otros dos objetos.

Karan resopló mientras iba hacia la orilla del mar de brazos cruzados.

—Esto es una locura.

Neil miró a Gael y asintió.

—Sí, es una locura, pero cuenta conmigo para detenerlos —comentó rápidamente.

Gael asintió.

—Gracias.

Elin se acercó a Gael y a Lucía.

—Y conmigo —dijo. Luego puso una mano en su brazo—. ¿Necesitas una recarga? —Se ofreció.

—No, no hace falta, estoy bien, gracias.

Ella asintió y todos se giraron hacia Karan, que permanecía mirando al horizonte; cuando se giró se encontró todas las miradas sobre él. Gael mantenía sujeta a Lucía por la cintura, Neil permanecía de brazos cruzados con una ceja enarcada, Hermes lo miraba fijamente y Elin parecía impaciente por recibir una respuesta, pues daba golpes en la arena con el pie.

—Está bien —acabó diciendo—. Contad conmigo.

Todos sonrieron y se giraron hacia Hermes. Gael colocó una mano en el hombro de su amigo.

—Necesitamos saber dónde se encuentran los dos objetos que faltan y evitar que los consigan.

Elin interrumpió.

—Esperad, pero ¿el rayo de Zeus no debería tenerlo él? —preguntó señalando a Karan, que en ese momento chasqueó la lengua y fue hacia ellos.

—Por el rayo no os preocupéis. Hay que ir a por el casco de Hades.

—¿Dónde está? —preguntó Gael.

Todos miraron a Hermes, que les devolvió una mirada asombrada.

—No... no lo sé...

—¿Que no lo sabes? —gritó Gael—. ¡Pues averígualo! —gritó.

—Ya voy, ya voy...

—Espera, espera... —lo interrumpió Karan—. Yo tengo una importante junta de accionistas mañana, así que primero llévame a casa.

—Oh, vamos... —se quejó Gael—. Tenemos que ir a buscarlo.

—Primero tenéis que saber su paradero —se excusó Karan colocando una mano en el hombro de Hermes—. Y cuando lo sepáis, ya sabéis dónde encontrarme..., así que, hasta entonces, voy a seguir con mi plácida vida normal. —Miró a Hermes—. A casa, ahora. —Hermes suspiró y asintió—. Hasta luego —se despidió de todos, aunque luego sonrió hacia Elin—. Adiós, rubia.

Elin iba a rugir cuando Hermes desapareció con Karan.

—Dichoso sea, siempre igual —se quejó Elin.

Todos se giraron para observar la playa, aún había varios de los ayudantes de Bronte tendidos en la arena.

—¿Vosotras estáis bien? —preguntó Gael a Elin y a Lucía.

—Sí —contestó Lucía.

Gael miró agradecido a Elin y a Neil.

—Gracias por cuidar de ella.

—No hay de qué, ¿para qué están los amigos? —preguntó Neil colocando una mano en su hombro. Miró al frente viendo cómo uno de aquellos enemigos se alejaba de la playa cojeando—. Necesitamos más hombres. Un ejército que pueda plantar cara al que ha montado Hades.

—Estoy de acuerdo —contestó Gael mientras comenzaban a caminar por la playa—. Tengo contactos, algo podré hacer.

—Yo también —contestó Elin caminando al lado de ellos.

Gael se detuvo y suspiró. Al menos, con ellos iba a ser más fácil llevar a cabo su próxima misión. Sabía que si todos trabajaban en equipo podrían derrotarlos, aunque iba a ser difícil, sin duda.

—Está bien, nosotros nos vamos a casa —comentó Gael apretando a Lucía contra él—. ¡Hermes! —gritó para que volviese lo antes posible.

Al momento apareció ante ellos.

—Aún no he descubierto nada... —contestó nervioso.

—Ya lo imaginamos —reaccionó Gael rápidamente—. Lléalos a casa. Descansad —dijo hacia Elin y Neil—. Intentad reunir al máximo número

posible de semidioses para cuando Hermes sepa la ubicación del casco de Hades. Se avecina tormenta.

—¿Qué? ¿Que reunamos a gente? —preguntó Hermes.

Neil sonrió mientras colocaba una mano en el hombro de Hermes.

—Ahora te lo contamos todo de camino a casa. —Miró a Gael y sonrió hacia los dos—. Nos vemos en breve, amigo.

Gael asintió mientras se despedía de los tres y, de repente, Lucía y él se quedaron a solas en la playa. Solo se escuchaba a lo lejos el lamento de algunos de los hombres que aún se arrastraban por ella.

Se giró hacia Lucía, la cual miraba de un lado a otro.

—Será mejor que nos alejemos de aquí antes de que den la voz de alarma y esto se llene de semidioses. —La cogió por los hombros estrechándola contra él mientras caminaban a paso apresurado. Solo entonces, con Lucía entre sus brazos sana y salva, sintió un poco de paz. Se quedó contemplándola, ella se mantenía en silencio, abrazándolo por la cintura mientras caminaban. Desde que ella había descubierto todo no había aclarado aquella situación con ella. El viaje en avión desde El Cairo no le había permitido solventar la papeleta y, aunque aquello quedaba un poco suspendido en el aire por la problemática que tenían en aquel momento, notó cómo el corazón se le aceleraba de nuevo. Ella era la única persona en el mundo por la que valía la pena luchar, por la que daría su vida. Lucía había entrado en su vida como un soplo de aire fresco dándole naturalidad y humanidad a su existencia.

Debía proteger aquel mundo no solo por todos los habitantes de este, sino por ella.

—Creo que tenemos que hablar —Lucía lo miró, pero no dijo nada—. ¿Está todo bien entre nosotros? —preguntó un poco más tímido.

Ella lo miró confundida sin dejar de caminar.

—¿Por qué preguntas eso?

—No hemos hablado sobre...

—Ya, sobre que seas hijo de Poseidón, ¿verdad? —Ella se encogió de hombros—. Bueno, después de enterarme de que hundió una ciudad entera acabando con la vida de miles de personas no me apetece mucho conocerlo. Así que, si no me lo presentas, mejor.

Aquella respuesta pilló de improviso a Gael, que sonrió. Se detuvo y la cogió por la cintura para mirarla a los ojos.

—Entonces, ¿todo bien? —insistió.

Ella asintió con una leve sonrisa.

—Sí, todo bien por mi parte —le sonrió de una forma tierna y pasó su mano sobre su cabello mojado, acariciándolo—. ¿Y por la tuya?

Gael sonrió más y asintió.

—Sí, todo estupendo.

Descendió sus labios hasta los suyos y la besó con intensidad.

Se les presentaba una dura batalla por delante, pero Lucía era un buen incentivo para salir vencedores de ella y luchar hasta el final. Rendirse no era una opción.

## 33

Las casas del poblado de Arcila, en Marruecos, destacaban por su blancura en el amanecer anaranjado frente al mar.

Tritón caminó por aquella estrecha calle mirando hacia el cielo. No había dudado en envolver el tridente y dirigirse a aquel lugar, tal y como había quedado con Bronte.

Las calles, pese a lo temprano que era, estaban a rebosar. Los comercios abrían sus puertas tanto para los propios habitantes como para los turistas que iban a pasar sus vacaciones a aquel tranquilo pueblo frente al mar.

Giró una esquina y tomó la calle recta. El lugar era realmente hermoso. Los balcones, las puertas y ventanas estaban pintadas de un azul que contrastaba con el blanco de cada una de las casas. Pese a la paz que aquel lugar infundía, ninguna de las personas con las que se cruzaba era consciente de lo que estaba por venir. Una nueva era, un nuevo amanecer donde los dioses quedarían relegados, donde ya no se verían sometidos a su yugo. Siempre a sus órdenes, siempre protegiendo sus secretos... Todo eso acabaría y, al fin, serían libres, sin nadie que los controlase.

Se quedó paralizado en medio de la calle cuando una plaza redondeada apareció ante él. No era muy grande y estaba rodeada de viviendas. En una esquina se encontraba el pequeño restaurante donde había quedado con Bronte.

Las mesas ya estaban colocadas con los correspondientes parasoles amarillos dotando de más colorido si cabía a la zona.

A medida que se acercaba pudo observar cómo el restaurante estaba en un lugar estratégico, pues tras un pequeño muro de un metro había un acantilado que caía sobre el mar, otorgando al lugar unas vistas maravillosas.

Visualizó de inmediato a Bronte. Se encontraba sentado a una mesa, sin hacer nada, simplemente mirando al mar.

Tritón fue hasta allí y, sin mediar palabra, se sentó en la silla al lado de él. Debía haber llegado hacía poco porque tenía un té humeante sobre la mesa, recién servido. Bronte no se giró, lo siguió obsequiando con su perfil, totalmente hipnotizado por el amanecer.

—Lo tengo —susurró Tritón.

Bronte todavía no se giró, pero una leve sonrisa se dibujó en su rostro de perfil.

—Lo has hecho muy bien —le felicitó.

En ese momento Tritón tragó saliva y suspiró. Aquel gesto hizo que Bronte se girase hacia él.

—¿Ocurre algo? —preguntó tirante.

Tritón dudó un poco.

—No lo sé. ¿Estás seguro de que es buena idea? —preguntó alarmado.

Bronte se echó sobre la mesa con un gesto calculado, como un felino que se prepara para atacar.

—Ya sabes que sí —pronunció con la mirada fija en él—. Es un nuevo inicio, una nueva era y nosotros, los hijos de los dioses, resurgiremos como lo que somos y tomaremos lo que nos pertenece por derecho. —Enarcó una ceja—. ¿Acaso no estás de acuerdo? —Tritón tragó saliva y asintió. Bronte le ponía los pelos de punta, el hijo del dios del inframundo era igual o más oscuro incluso que su padre—. Entrégamelo —ordenó colocando el brazo hacia delante, al lado de la mesa.

Tritón suspiró mientras pasaba la mano sobre la tela que cubría el tridente de Poseidón, de su padre. Sabía cuál era su misión y el cometido al que se había entregado, pero en aquel momento sintió una pizca de arrepentimiento.

Decidió no pensarlo más y le entregó el tridente envuelto.

Bronte cerró los ojos e inspiró con fuerza mientras lo sujetaba entre sus manos, como si sujetar un arma que albergaba tanto poder le diese placer.

—Sabes que serás recompensado por esto —acabó diciendo Bronte.

—Me basta con que ningún hijo de dios o humano muera.

—Claro, Tritón —dijo poniéndose en pie, con una sonrisa perversa—. En poco tiempo nosotros controlaremos este mundo. No tienes nada que temer.

Tritón chasqueó la lengua y apartó la mirada de él sin creer mucho en sus palabras.

—Tómame algo, a esta invito yo —comentó sonriente mientras daba un paso alejándose ya de la mesa.

—Espera —interrumpió Tritón sus pasos—. ¿Y qué ocurre si Poseidón se entera de esto? ¿Crees que Gael o Neil o Karan no se lo comunicarán a sus padres?

Aquello le hizo gracia.

—Verás, ni Zeus, ni Poseidón, ni Vulcano están por la labor de entrometerse en los planes de la Tierra o ¿acaso has visto que hayan intervenido para ayudar? —Aquellas palabras hicieron que Tritón apretase los labios—. A los dioses ya no les interesa este lugar más que para divertirse... y creo que los dos sabemos a qué nos referimos. La prueba es que nosotros dos estamos aquí, igual que muchos semidioses más. Este es el burdel de los dioses... a ver si te enteras —ironizó—, el lugar de recreo para ellos. ¿Crees realmente que les importa lo que les ocurra a los humanos? ¿A sus hijos? —Tritón tragó saliva y apartó la mirada de él, asqueado por sus palabras—. Nunca les hemos importado una mierda —acabó diciendo más serio—, por eso mismo debemos asumir nosotros el control.

Tritón lo miró finalmente y se limitó a asentir. Si algo tenía Bronte, aparte de esa oscuridad que lo caracterizaba, era su don de palabra. Cuanto decía era cierto, pero eso no evitaba que un sentimiento de culpabilidad se adueñase de su ser mientras veía a todas las personas pasear tranquilas a su alrededor, a los niños jugando con un balón en la calle contigua...

—Todo saldrá bien —pronunció Bronte—. Si te necesitamos de nuevo nos pondremos en contacto contigo.

Ni siquiera esperó a que Tritón asintiese, se giró directamente y avanzó por la calle entremezclándose con la gente, sujetando con fuerza el tridente de Poseidón. Una vez giró la esquina desapareció de su vista.

Tritón se quedó allí durante unos minutos, contemplando el mar, escuchando las voces de toda la gente que le rodeaba, sus conversaciones alegres, los gritos de los niños... Todos ellos ajenos a lo que se estaba fraguando, a lo que estaba por venir. Todo cambiaría en breve.

Se levantó y deshizo el camino que había hecho rumbo al mar, al único hogar que realmente había conocido y donde se sentía realmente como en casa.

## DOS DÍAS DESPUÉS

Besó sus labios de forma apasionada mientras intentaba recuperar el

aliento. Juntó su frente con la de ella y sonrió. Lucía le devolvió la sonrisa mientras acariciaba su mejilla. Después de todo lo ocurrido se habían encerrado en la habitación. Gael solo había salido de aquel pequeño piso situado en Sanlúcar de Barrameda durante unas horas el día anterior, las suficientes para que Hermes lo llevase a ver a Cristina de Haro y esta confesase todo lo ocurrido.

Un buen puesto como directora de la excavación y del Museo de Huelva a cambio de entregarles lo que le pedían. Ella misma había renunciado a seguir trabajando ahí, no tanto por arrepentimiento, sino por miedo a personas como Gael.

Se había encargado de recuperar las cajas que Lucía había llevado de su abuelo y ahora todas permanecían en la casa de Jerez de la Frontera, a la espera de poder ser transportadas a su propio piso y seguir así Lucía con las investigaciones de su abuelo.

Aunque no había surgido la conversación, Gael llevaba aquellos dos últimos días y noches en el piso de ella y lo cierto es que no tenía intención de marcharse.

Se separó de ella y se tumbó a su lado, mientras Lucía se apoyaba junto a su pecho.

—¿Y si tengo sed ahora puedes crear agua?

Gael la miró de reojo.

—Me sabe mal, pero creo que te vas a tener que levantar —sonrió divertido.

—Pzzz —refunfuñó ella.

Se incorporó sobre la cama y besó su frente antes de levantarse.

—Voy al aseo —dijo poniéndose los pantalones— y te traigo agua. — Se levantó, volvió a besarla y fue hacia el pasillo.

Aunque tenía el aire acondicionado puesto, seguía haciendo calor. Abrió el grifo y se refrescó la cara repetidas veces, pasándose las manos mojadas por su cabello castaño. Se quedó contemplándose en el espejo. Pese a que tanto ella como él habían investigado por internet, en las cajas de Laureano sobre el casco de Hades no había ni rastro. El abuelo de Lucía se había centrado exclusivamente en la búsqueda de la Atlántida, lo cual era desesperante, así que solo esperaban que Hermes consiguiese la información

necesaria para iniciar la búsqueda.

Miró el reloj de muñeca, que marcaba las ocho de la tarde, se secó la cara y salió del aseo rumbo al comedor.

—Podríamos ir a cenar algo —comentó elevando la voz.

—Me parece bien. Tengo hambre —contestó la voz risueña de Lucía desde la habitación.

—No me extraña —dijo atravesando el comedor rumbo a la cocina—. Yo también estoy hambriento. —Y emitió una sonrisa pícaro.

Encendió la luz de la cocina y dio un respingo hacia atrás.

—¡Joder! —gritó con todas las fuerzas mientras centraba la mirada en Hermes, aunque lo que más le desconcertó fue que no se encontraba solo. Karan resoplaba mirando hacia el techo, Neil lo miraba divertido y Elin directamente se había girado—. Te puedes girar, estoy vestido —pronunció molesto.

Elin rio tontamente.

—Menos mal —ironizó.

—Tu última frase daba a entender lo contrario —reaccionó Neil.

Gael suspiró y fue hacia la nevera para coger una botella de agua fría.

—Quita —protestó dando un golpe a Karan para que se apartase.

—Te veo más fibrado que hace unos días —bromeó este.

Gael lo miró de reojo mientras cogía la botella y cerró la nevera girándose hacia ellos.

—Muy gracioso, Karan —ironizó. Luego miró a Hermes entornando los ojos—. ¿No te había dicho que me avisases antes de hacer una reunión? —preguntó con los dientes apretados.

Hermes se encogió de hombros.

—Lo siento, es que es urgente —se disculpó.

Todos miraron hacia la puerta cuando escucharon unos pasos.

—¿Va todo bien? —sonó la voz de Lucía acercándose.

—Tenemos visita —se quejó Gael.

Al instante Lucía asomó por la puerta. Se había vestido con un pantalón corto tejano y un top de color negro.

—Hola —pronunció sonriente—. ¿Qué tal? —dijo acercándose directamente a Elin.

—Muy bien. Ya ves, Hermes no nos deja tranquilos —continuó Elin con la broma.

De nuevo Gael centró la mirada en Hermes mientras le pasaba la botella de agua a Lucía.

—¿Y bien? —preguntó removiéndose el cabello—. ¿Sabes algo nuevo?

—Sí, de hecho... tenemos que irnos.

Gael y Lucía lo miraron intrigados.

—¿Cómo? —preguntó Gael mirando al resto de sus compañeros.

Neil fue quien habló.

—Hermes cree que sabe dónde puede encontrarse el casco de Hades.

Gael miró directamente a Hermes esperando una respuesta, pero Karan lo interrumpió.

—Pero antes vamos a pasarnos a ver a Robert Morris.

Aquello llamó más la atención de Gael y Lucía.

—¿Al millonario? —preguntó Lucía extrañada.

—Elin ha hecho negocios con él —le informó Karan.

Elin lo miró de reojo, estaba claro que no esperaba que la llamase por su nombre.

—Le pedí a Hermes que me llevase a verlo —explicó ella—. Quería ver el estado en el que se encontraba su mujer y, de paso, asegurarme de que no contaba nada de lo sucedido.

—¿Y? —preguntó Gael intrigado.

—¿Recuerdas cuando dijo que si necesitábamos cualquier cosa podíamos pedírsela? —Gael asintió—. Pues resulta que tiene una multinacional llamada Horizont Corporation, dedicada a nuevas tecnologías entre las que destaca la militar.

—¿Nos va a regalar armas? —preguntó mientras cogía la botella de agua de Lucía y bebía a morro.

—Mucho mejor —contestó ella—. Nos ha diseñado unos trajes especiales a medida y... bueno, supongo que también nos podrá garantizar todo lo que necesitemos. —Se giró hacia Karan y Neil sonriente—. ¿Veis como da resultados ser buena?

Karan le sonrió divertido.

—Eso no te pasa porque seas buena, sino porque estás... —reconoció

cruzándose de brazos.

—Tú solo piensas en esas cosas... —lo interrumpió Elin. Se giró hacia Hermes—. De verdad, Hermi, ¿no hay otro hijo de Zeus que pueda acompañarnos? ¿Tiene que ser él? —protestó.

Hermes chasqueó la lengua.

—Él es el que tiene más poder... —susurró—. Nos hace falta que...

—Vale, vale —continuó ella mosqueada. Resopló hacia Karan y volvió su atención hacia Gael—. He ido a hablar con el señor Morris hace un rato, lo tiene todo listo.

—¿Todo listo? —preguntó Gael sin comprender.

Neil suspiró y dio un paso hacia delante.

—Hay que irse, ya.

Gael parpadeó varias veces, sorprendido por aquel súbito cambio de planes.

—¿Ahora? —preguntó impresionado—. ¿Tiene que ser ya?

—Me temo que sí, Romeo —contestó Karan haciendo que Gael resoplase—. El tema es bastante urgente.

—Ya, ya sé que es urgente, pero había quedado con unos compañeros mañana...

—¿Compañeros? —preguntó Karan.

—Hijos de Hera, Hestia y Apolo. Están dispuestos a ayudarnos —confirmó.

—¿Estás reclutando a gente? —preguntó Karan sorprendido.

Gael señaló a Neil y a Elin.

—Ellos también lo han hecho.

—Ah, ¿sí? —preguntó sorprendido.

Elin lo miró con una sonrisa endiablada.

—Sí, es lo que haces cuando tienes amigos... —y se encogió de hombros—, normalmente tus amigos te ayudan.

Hermes se metió por medio.

—Puedo ir a hablar yo con ellos y ponerlos al corriente de todo, no te preocupes. Pero ahora, es urgente que vayamos a ver a Robert para ver con qué puede ayudarnos y que salgamos disparados a buscar el casco de Hades. Si yo tengo una ligera idea de dónde puede estar, también la pueden tener

ellos.

Lucía lo miró inquieta.

—¿Y sabes dónde puede encontrarse?

Hermes suspiró, tragó saliva y asintió. Miró directamente a Gael con una sonrisa forzada. Aquello no gustó nada a Gael, que dio un paso hacia delante mientras el resto de aquel grupo improvisado se encogía de hombros. Lucía hizo lo mismo, mirándolo intrigada.

—¿Lo sabes o no? —insistió Gael al ver que Hermes no respondía.

Hermes volvió a asentir, pero no se arrancaba a hablar, así que Neil le dio un golpecito en el hombro para que lo hiciese.

—Sí, tengo una ligera idea y... creo que no te va a gustar.

Gael enarcó una ceja, bastante mosqueado no solo con el silencio del resto, sino con el gesto de Neil y las enigmáticas palabras de Hermes.

—¿Por qué no me va a gustar?

Hermi chasqueó la lengua.

—Siracusa.

Gael lo miró sorprendido.

—¿En Italia?

—Sicilia —concretó Hermes.

FIN

# AGRADECIMIENTOS

Quiero agradecer en primer lugar Ediciones Kiwi que haya vuelto a confiar en mí una vez más (¡y ya van seis con esta!) y me acompañe en este nuevo camino, un camino lleno de ilusión. A mi editora, por su profesionalidad y su dedicación. Siempre lo digo, pero es un placer formar parte de la editorial y publicar con vosotros.

En segundo lugar, y no por ello menos importante, quiero aclarar que todo lo explicado en el libro es cierto, excepto la parte de ficción de los protagonistas. La mayoría de estos datos están basados en los estudios de un gran profesional al que quiero agradecer su ayuda: Georgeos Diaz-Montexano, que ha dedicado toda su vida a la búsqueda de la Atlántida recopilando datos, estudiándolos y buscando una conexión entre ellos. Es más, muchas de las frases que se citan en el libro las ha pronunciado él mismo.

Tengo tanto que agradecerle que no sabría ni cómo empezar. Gracias por haberme ayudado tanto y por responder siempre a todas mis dudas con una sonrisa, por tus incansables explicaciones cuando no entendía algo, por tus charlas, vídeos y por compartir todos tus estudios y conocimientos adquiridos durante más de treinta años de incansable investigación conmigo. Me he sentido una privilegiada al haber podido disfrutar de toda esta información y haberla podido contrastar contigo de primera mano. Eres uno de los mejores historiadores que he conocido, además de una excelente persona. Gracias por tanta amabilidad y generosidad demostradas durante todo el proceso creativo que me ha llevado a escribir mi novela. Si no hubiese sido por ti y por tu santa paciencia no habría podido asimilar tanta información. Estoy segura de que conseguirás todo lo que te propongas en la vida.

En tercer lugar, dedicar también mi novela a Juan Pablo Marichal Catalán. ¿Qué hubiese hecho yo sin ti? Miles de gracias por tus explicaciones, por tus charlas tan instructivas, por la paciencia que has demostrado conmigo, por el interés que demostrabas en que todo me quedase claro y, sobre todo, por darme un poco más de sabiduría. He encontrado

además de un gran erudito a un gran amigo. Gracias por esas charlas con las que me he divertido tanto y por haberme recibido con los brazos abiertos y con una sonrisa desde el primer día. Al final lo que menos importaba era el libro...

En cuarto lugar, a Antonio Ángel Pérez Díaz. Cuando envié un correo electrónico al Parque Nacional de Doñana lo cierto es que no esperaba contestación, así que imagínate mi sorpresa cuando recibí respuesta y además me atendieron con tanta gracia andaluza. Millones de gracias por tus correos y explicaciones, por tus consejos, por esas fotos y por ese paseo guiado por Doñana. Fue una experiencia única y muy instructiva que me permitió descubrir un paisaje increíble de un encanto sin igual.

En quinto lugar, a Esther Asencio Pérez. La de mensajes que te envié para que me explicases cómo era Jerez de la Frontera: si había farolas o no en una calle, si había curvas en esa carretera... Y finalmente, cuando me desplazé a la zona, nos conocimos y pudimos charlar en persona. Hubo momentos contigo que no tienen precio y de los que guardo un grato recuerdo. Muchísimas gracias por haberme ayudado tanto en ese momento y por esa inolvidable noche en Jerez recorriendo las calles en la que hacías las veces de guía. Fue una experiencia maravillosa.

En sexto lugar, a mi pareja Raúl Díaz-Peñalver y a mi amiga Nerea Álvarez. Gracias por vuestros consejos y aportaciones, por reiros conmigo cuando os explicaba una de mis ideas locas del libro o me preguntabais emocionados cómo iba a seguir la historia. Sin duda todo esto me hacía sentir aún más ilusión por este proyecto.

Y, por último, mención especial a todos mis lectores: gracias a todos vosotros y a la confianza que depositáis en mí este libro sale a la luz, así que millones de gracias por acompañarme en esta aventura que es escribir y hacer de mi ilusión la vuestra.

Un abrazo,  
María



*Nzofrenick*

*"La lectura hace al hombre completo;  
la conversación lo hace ágil,  
el escribir lo hace preciso".*

*Francis Bacon*

